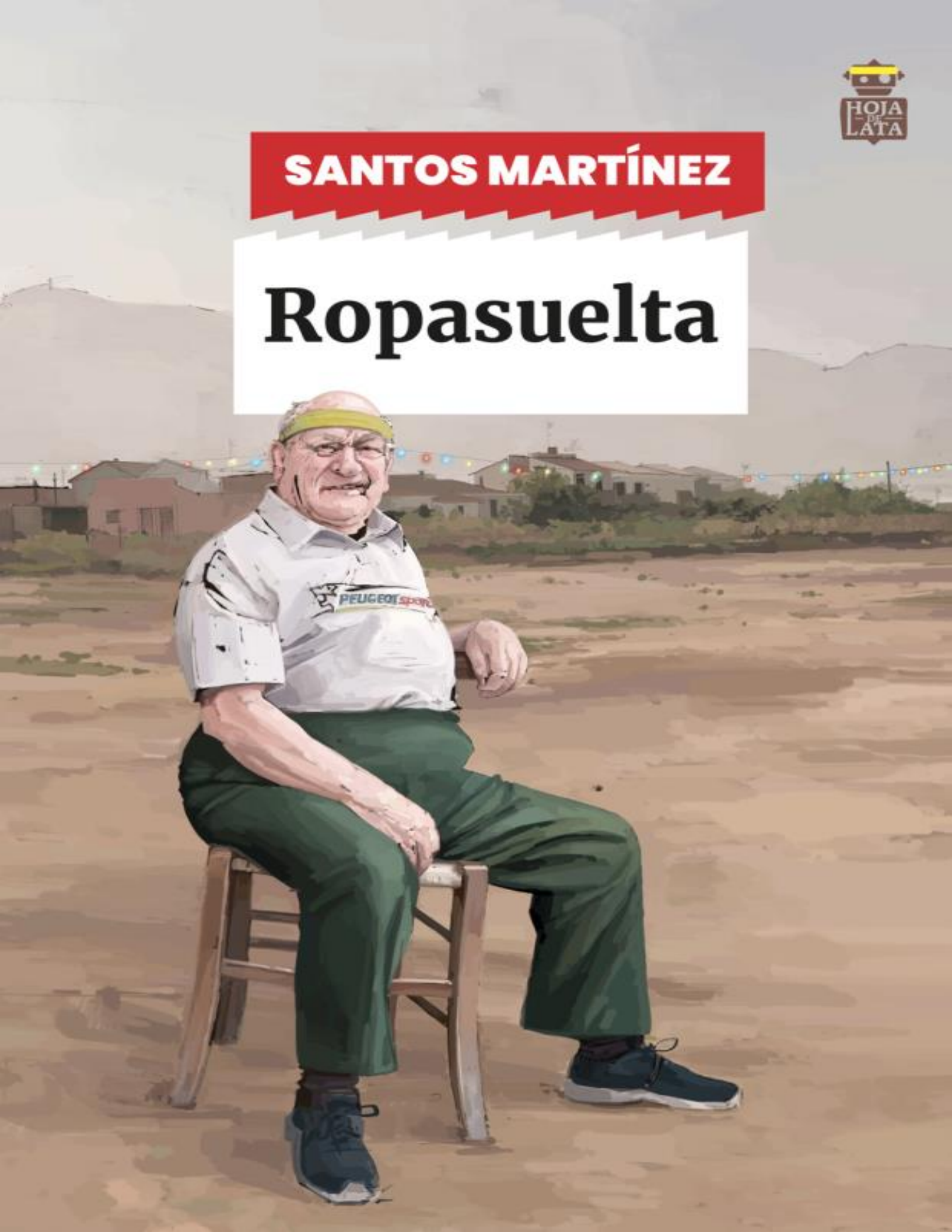
SANTOS MARTÍNEZ

Ropasuelta



HOJA DE LATA


ROPASUELTA

SANTOS MARTÍNEZ

ROPASUELTA

Sensibles a las Letras, 103

Primera edición en Hoja de Lata: octubre del 2024

© Santos Martínez Álvarez, 2024
© de la imagen de la portada: Iván Cuervo Berango
© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2024

El fragmento en cursiva de las pp. 201 a 203 es un capítulo de la novela *El banquete celestial,* de Donald Ray Pollock, ligeramente adaptado al contexto de *Ropasuelta.*

Hoja de Lata Editorial S. L.
Camino del Lucero, 15, bajo izquierda, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores Culturales Glayíu/Iván Cuervo Berango
Corrección de pruebas: Tania Galán Álvarez

ISBN: 979-13-87554-02-6
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A María, que sabe bailar sevillanas y rapear a la vez
(y me deja verlo)

«Why put a new address
on the same old loneliness?»
Just be simple, Songs: Ohia

«Mr. Blue, Mr. Blue
keeps on chasing me
that´s why I´m running
why I´m always running»
Run for cover, The Dells

Fuente Librilla. Tarde-noche del 24

Mi padre iba por la vida como si el cielo le debiera algo. Lo vi mil veces: caían cuatro gotas, mi madre se levantaba del sillón de la esquina, le cantaban las rodillas, miraba por la ventana y señalaba el cristal. Él arrugaba el morro. Devolvía la mirada a la tele. Removía el culo en el sofá. Los destellos de luz que las imágenes proyectaban en su cara permitían observar cómo le iban apareciendo arrugas. Al rato se levantaba. Apartaba la cortina de un manotazo y decía con desprecio:

—¡Pos ya ha llovío to lo que tenía que llover!

Cuando lo hizo en su fiesta de jubilación, sentí que había vuelto a casa. Eso, la forma de llamar «zopenco» a mi hermano —arrastrando la zeta y derrapando en la pe— y el temblor rabioso de los párpados cuando algún infeliz le soltaba que ya era hora de cerrar el supermercado.

Lo de la fiesta fue idea de Rosario, mi hermana. Me llamó el día antes.

—El papá está pa morirse.

—Seguramente —contesté.

Mi padre y yo nos peleamos nueve años antes. Rosario insistió en que era el momento de hablar. Dijo que *ya* éramos *dos adultos*. Quería que me presentase por sorpresa.

—A ver si le va a dar un infarto —dije.

—Idiota.

Insistió. Era *el momento de volver*. Igual tenía razón. Una semana antes caí en el ERE del periódico, no tenía un duro y tardaría varias semanas en cobrar el paro, no me quedaba ni un amigo en Murcia y la lavadora de mi piso acababa de arder. No sé si tenía que volver a mi pueblo, pero sí era el momento de largarse del culo del mundo. Cogí el autobús de las dos en la estación de San Andrés. Seguía siendo el único que llegaba a Fuente Librilla. Era 24 de diciembre. Cuando recogimos a los zagales del instituto de

Alcantarilla, camino de Barqueros, pensé que tenía su gracia dejar el culo del mundo por la superficie infectada de un grano en el culo del mundo.

La carretera consistía en una sucesión de boquetes rodeados de pegotes de hormigón. Mi padre decía que salía a cuenta seguir funcionando a caballo. Y ahí no estaba tan equivocado: la leyenda contaba que, como no había dinero para un plan de carreteras digno, se soltó a un caballo cuesta arriba y se iba asfaltando por donde el bicho tiraba. Muchos maestros pedían el traslado a los pocos días. Los comerciales de Lay's, Pringles, Powerade y Menorquina ni siquiera llegaron, lo que se tradujo en generaciones de mozos con una alimentación entre sana y de posguerra.

Llegué a las cuatro y algo. La estación seguía siendo el banco verde frente a la cabina telefónica, en el centro del pueblo. Tampoco se habían ido el olor a purín removido, Sierra Espuña, al fondo, y los cinco grados menos que en cualquier lugar del mundo.

—¡Hijo mío! —gritó mi madre cuando abrió la puerta.

Extendí los brazos. Sabía que venían sus tembleques de voz y piernas. El labio bailando. El llanto y el suspiro. Se me echó encima. Empecé a temblar.

—Hijo mío…

Luego ella volvió a la cocina y yo fui al salón. Cuatro mesas unidas por un mantel. Patatas fritas, cascaruja, olivas, berberechos, mejillones, vasos, platos y tenedores de plástico. Mi hermano estaba subido a una escalera. Lo reconocí por el ángulo recto que formaba con los pies. Sus Paredes grises. Intentaba atar a una estantería un hilo del que colgaban cartulinas azules que formaban la frase «Ahora empieza la vida feliz jubilacion». Entre las letras había incrustado con cinta aislante figuras de pastores, Reyes Magos, trozos de abeto, un reno. Daba repelús.

—¡Hombre! —se dio la vuelta. Le vi en los ojos cómo calculaba el salto para no dejarse los dientes. Nos abrazamos. Estaba más gordo. Más canoso. Seguía oliendo a tomillo. —¿Qué hace aquí el señor corretero?

—Nada, que me han dicho que necesitas mano de obra…

Asintió, brazos en jarra.

—Sí, sí…

Nos abrazamos. Se le iba viendo el cuero cabelludo bajo el matorral de estopa rizada. Con 37 tacos, su calvicie/no calvicie era lo único que quedaba por determinar con respecto a su ingreso en la senectud. Los años le habían caído por decreto. Sin gracia, sin sorpresas. Como si fuera cada dos lunes al centro de salud a que le recetaran lo suyo en vejez. Lo suyo habría sido que heredara la tienda. Quinielas, pan de molde, golosinas, yogures. Quizá fruta y verdura, que dan castigo pero se cobran bien, pero nada de carne. Ni embutido. Me pregunté si le seguiría asustando rajar un cerdo desde el cuello hasta el rabo. Señaló su invento con la barbilla.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Se me ocurrió anoche.

—Mira…

—Como es lo de la jubilación y además es Navidad —dejó de mirarme, los ojos se le fueron al mostrador del embutido, a su izquierda—… pues lo mezclo todo, ¿sabes lo que te digo?

Volvió a la escalera. Le sujeté el hilo, que se había enredado en el jamonero de El Pozo. Murmuró algo. Luego repitió lo mismo como si fuera un estribillo de Melendi. Se le daba bien, eso. Eché un vistazo al fondo de la estancia. Sería difícil determinar en qué momento la casa se comió al supermercado. Recuerdo cierto equilibrio. El jamonero, ya amarillento, sujetando seis patas de cerdo que mi padre había curado como nadie más supo nunca, marcaba la frontera. Por delante quedaban dos estanterías color crema con conservas, cereales, galletas y patatas fritas. En paralelo, pegada a la pared derecha, se levantaba sobre un escalón la vitrina de la carne y el embutido. Al lado, la máquina de la lotería y tres montañas de quinielas, primitivas y bonolotos. Los cinco metros que quedaban hasta llegar a la puerta principal de la tienda tenían poca historia. La caja en el centro. La cámara de los yogures a la izquierda. Las cajas de verdura, fruta y patatas, a la derecha. Del jamonero para atrás era un trajín. En ese trozo, bajo el cartel de cartón lila que decía «Hogar» en letras blancas, crecimos los tres hermanos. Y no sé cómo les fue a ellos, pero yo sigo buscando el letrero cada vez que abro una puerta. Dos estanterías paralelas atravesaban el espacio

entre el jamonero y la puerta trasera. Mezclaban sin fuste cordoneras, plantillas, lavavajillas, geles, detergentes y ambientadores. Y *medecinas*. Resulta que a mi madre le dio por ir al médico. Acumuló pastillas y le puso nombre a sus dolores. Cuando yo hice la comunión, las cajas de medicamentos ya sepultaban a los pobres champús. «Y aquí, los antiinflamatorios», les decía ella a los primos de Elche, golpeando una caja de Surtido Cuétara con el índice y el corazón. A mí me daba seguridad oírla decir «antiinflamatorio», sí, pero me preguntaba por qué no se los tomaba, en lugar de celebrarlos.

Luego, en el centro, una mesa de conglomerado de madera. Por ella desfilaban nuestras sudaderas, nuestros libros con pegatinas de delanteros del Numancia y nuestras mochilas bañadas en típex. Nuestros paquetes de galletas con la cinta roja suelta. Allí comíamos, nacía y moría nuestra vida en común. La cocina quedaba junto a la puerta de la calle. Y en su mismísimo corazón, junto a los fuegos, la joya de la corona: el asador. Mi padre apareció un día con un mamotreto marrón que hubo que meter en diagonal. Faltaba puerta.

—¿Esto qué es? —preguntó mi madre.

—¿Que qué es esto? —respondió mi padre, resollando—. Esto es tu futuro y el de tus hijos.

A uno de Pliego le tocó una primitiva, se compró aquel muerto, se hartó y lo vendió. «Se ha hartado porque no sabe», explicaba mi padre. Nunca concretó qué había que saber y qué no. Y, sobre todo, cuándo. Fue un éxito. El pueblo acudía en procesión, cacerola en mano, cada domingo a mediodía. Rosario se quedaba en la caja. Jesús se encargaba de las patatas y el caldo. Le decía a todo el mundo: «El caldo parece una salsa de bueno que está». Mi padre tocaba los pollos. Mi madre sudaba. Yo me quedaba en el quicio de la puerta con las palmas de las manos entre la madera y el culo. Me decían que me quitara de en medio. Sobre las cinco, mi padre se iba al bar. A mi madre se le hacía de noche sacándole lustre al torno metálico. Los domingos sonaban a ecuaciones desgraciadas, Carrusel Deportivo y espátula contra chapa. Olían a pellejo quemado. Yo levantaba la cabeza de la libreta y se me atrancaba un pedrusco en la garganta.

—El papá está pa morirse —dijo una voz a mi espalda. Me giré. Era mi hermana.

—Rosario… —mi hermano meneó la cabeza.

Nos abrazamos. Seguía ahuecando el pecho y los brazos al acercarse a alguien. Estaba morena. En diciembre, Señor. Se había arreglado los dientes. Ya no tenía sentido llamarla Rosario Drácula. Olía a salir del teatro un domingo a las siete y «picar algo» sin mirar los precios. Me contó por teléfono que todo estaba más o menos en su sitio. Supe que el «más o menos» era un ramalazo de humildad. *Todo* estaba en su sitio: el indefinido en Garrigues, la casa niquelada, la piscina a punto para junio, el Qashqai en la puerta, el zagal al caer y el idiota de Carles donde le tocaba, medio metro por detrás. Mi madre tenía razón. Decía que Rosario tenía tan mala hostia que no envejecería. No la exhibía, ahí residía su poder bajo aquel techo. Nosotros éramos el único cordón desatado de su vida: su hermano Jesús, 37 tacos, su habitación de infancia, afrontando la decoración navideña como si saliera en *Got Talent*, mi madre, sus piernas destrozadas, sus penas y sus caldos, mi padre, su cabeza de jabalí, y yo, que solo podía mirar a la gente a los ojos fuera del pueblo.

—De verdad, está pa morirse.

—Rosario —repitió mi hermano mientras bajaba de la escalera—, creo que no es el momento…

—¡Que pongas eso recto y te calles!

—¿Pero por qué siempre me gritáis? —se lamentó, se giró y obedeció sin esperar respuesta.

—¿Y el macuto de los primos de Elche?

Mi madre observaba mi maleta apoyada en el quicio de la puerta de la cocina. Se secaba las manos con un trapo multicolor.

—Se… rompió…

—¿Se rompió?

—Sí… en un viaje.

—En un viaje —asintió, pasándose la lengua por las muelas—. Qué pena. Era muy buen macuto.

Lo destrocé. Curré captando socios para la Cruz Roja. Dos semanas. Cero socios. Me echaron. Devolví el chaleco y la carpeta. Me dieron 40 euros. Compré una maleta. No era tan dura y flexible como decía el del Carrefour, pero aguantó diez años. Y sirvió para dar carrete al macuto de los primos de Elche. Acabó en un contenedor de la avenida Miguel de Cervantes. De camino, lo estiré hasta reventar las costuras. Cuando levanté la tapa, aquello era un gurruño azul y gris. Sobresalía un cuerno del parche de Cobi. Lo había pegado un primo de Elche cuando era relevante. El macuto pasó por las manos de todos los sobrinos de mi madre. Luego, por las de Rosario y Jesús. A mí me llegó en 2001. Tenía nueve años. Fuimos con la escuela al Museo de la Ciencia de Murcia. Primera excursión sin padres. Mi madre lo bajó del altillo la noche anterior. Me lo cruzó sobre el esternón. Lloró. Me abrazó. Noté el sudor en la espalda. El Cobi entre su pecho y el mío. Pensaría que ya me tocaba soportar al hombro el legado de un apellido. Y qué legado: ser objeto de mofa de hasta los gordos, los pecosos y los gafas en cada viaje. Vacié los pulmones al oír la tapa contra la base del contenedor. Pensaba yo que con gestos así puede uno borrar de dónde es.

—¡Qué contenta estoy, capulla! —mi madre se me acercó formando una uve con los brazos.

—¡Tus tres hijos juntos por Navidad, mamá! —Jesús observaba desde la cumbre escaleril.

Mi madre apoyó la cabeza en mi pecho. Intentaba balancearme. Podía ver por encima de ella. Jesús se acercó. Me abrazó por detrás. Su aliento me calentó la oreja.

—¡Tus tres hijos juntos por Navidad, mamá, y por la fiesta de jubilación!

Apoyada en el cristal de la vitrina, mi hermana levantó la mirada del móvil. Quise decirle que se uniera.

—¿Y el papá? —pregunté.

—El papá está pa morirse.

La fiesta estaba bien. A nadie le extrañaba que mi padre no apareciese. Mi madre me paseaba por la casa-tienda como un niño Jesús. Me agarraba por los sobacos. Las vecinas pusieron de su parte:

—¡Parece un filósofo! —dijo la Vinatera mientras destrozaba una torta de almendra.

—Como su padre… —contestó la Rosario de las telas, que seguía pasándose la lengua por los dientes cuando alguien le hablaba —el padre, porque no quiso…

—¡Porque no pudo, vaya un pijo! —respondió la Vinatera.

—Eran otros tiempos.

Empezó a llover. Los amigos de mi padre se alinearon al otro lado de la mesa, frente a las vecinas. Algunos apoyaron la cabeza en el mango del bastón. El Listo me tiró de las orejas. Parecía un duende.

—¿Has probado ya el material de Guardamar? —me preguntó al oído.

Nadie ha superado una adolescencia en Fuente Librilla sin que el Listo le hable de «el material de Guardamar». El rito iniciático no era el mensaje en sí, si no *aguantar* el mensaje. Si soportabas la media hora de brasa, bien, ya no eras un niño. En resumen: las putas de los polígonos de Mula y Alcantarilla, los dos núcleos urbanos más cercanos al pueblo, eran «para un aprieto». «Están muy resabiadas —decía, agitando los cubitos del cubata negro—, te despistas un segundo y te han despachado… además de que la mayoría son ecuatorianas». Según él, había que ir a Guardamar del Segura. Pronunciaba el nombre con pompa: *Guarda maaar del Seguuura*. Había que ir «escurrido, porque ellas son muy listas». Recomendaba «ponerles una pata paralela al travesaño de la cama». Era asqueroso. «Así —concluía— no se escapan por mucho que quieran». Creo que a mí me interesaba la parte de salir del pueblo a por algo. Fuera lo que fuera. Lo imaginaba devorando kilómetros, agazapado tras el volante de la C-15 gris, chispazos en las cervicales, cruzando una comunidad autónoma. Era un éxtasis vomitivo, pero era un éxtasis.

El Listo se acercó al cuenco de la cascaruja. Arrastraba los pies. Durante mucho tiempo cojeó de la pierna izquierda. Fue en sus años de guardián del canal. Resulta que uno de Pliego, el Jesucristo, enchufaba una manguera por la noche y se llevaba bidones enteros. El Listo lo denunció. A los dos o tres días, el otro le esperó subido a un almendro y le clavó un perdigonazo en la pierna. Luego el Listo y su sobrino le pegaron una jamanza palos. Nadie sabe

cómo quedó. Nadie lo volvió a ver por el pueblo. A los años, otra vez de madrugada, un jabalí desorientado le metió un cabezazo en la otra pierna y le equilibró los andares. Me fijé en los calcetines. Uno a rombos verdes y grises y otro negro. Su Ana María jamás lo permitiría. Habría muerto, supuse. Se enzarzó en una discusión sobre la almendra con Alegrías, el mejor amigo de mi padre. Alto, delgado sin inspirar hambruna, la boina calada, cinturones impolutos, aún daba gusto verlo. Me guiñó un ojo.

Me acerqué a mi hermana, que estaba apoyada en la esquina del mostrador de la carne. Los cristales y las bandejas seguían relucientes. Era lo único que siempre permaneció limpio. Mi padre no permitía que una mota de polvo se acomodase en sus embutidos, una voluntad que se acabó sedimentando en nosotros. Daba igual que hubiera tres dedos de mierda en los yogures o los pandorinos. Después de todo, eso se podía comprar en cualquier otro sitio. Acomodé el culo en la chapa.

—¿Y el papá?

Se encogió de hombros y jugó con las punteras de sus botas. Saqué un par de quintos de la cámara frigorífica. Los abrí con el soporte de la tabla de cocina. Le ofrecí uno.

—¿Qué es eso de que está pa morirse?

Cambió el peso de una pierna a otra. Dio un trago.

—Echa cuentas: trabajando desde los ocho años, ha dormido al raso cuidando melones, ha matado cerdos y corderos sin la ayuda de nadie, ha labrado bancales y a las 9 estaba en la tienda. Así 60 años. Los huesos hechos mistos. Y ahora se jubila.

—Ya está bien.

—¿Ya está bien? Los cuerpos no resisten esos frenazos.

—Pues que siga trabajando.

—Dios —soltó aire como si le molestara un moco—, no tienes corazón.

Jesús cruzó por entre nosotros. Colocó un disco en el equipo de música, un Samsung gris con pantalla azul, un capazo de luces y bandeja giratoria para tres CD. Mi padre se lo sacó a uno de Alhama por medio remolque de leña. Sonaron unos cascabeles. Mi hermano desanduvo el camino al ritmo de *Los peces en el río*. Versionada por Manolo García.

—¡Este sigue siendo el mejor disco, Santini! —dijo, mirándome.

Estiré el brazo y recogí la carátula. *Villancicos pop*. Bunbury, Manolo García, Azúcar Moreno, Chayanne, Niña Pastori y mil más alrededor de un árbol de Navidad. Entre el plástico y la lámina había una capa de arenilla. Ya era viejo cuando me largué.

—Encima, ahora le ha dado por salir a correr —mi hermana dio otro trago.

—¿A Jesús?

—No, al papá. Jesús solo es retrasado.

Levanté la mirada, buscando una escapatoria. Ahí estaba: mi madre me llamaba con la mano desde la puerta de la cocina.

—Que digo —dijo— que está la gente tropezándose con la maleta. ¿Por qué no la subes al piso?

Asentí. Intentó abrazarme en el momento en que me agachaba. Casi me deja sin respiración. Me soltó y se pasó el lateral del delantal por las manos.

—¡Qué emocionada está la Adelica! —oí a la Vinatera. En las fiestas pronunciaba las eses.

A la derecha de la cocina estaba la puerta que daba a la escalera interior de la casa. Dos millones de escalones de mármol blanco siempre congelado que conectaban la azotea, a la que solo subía mi madre a tender, el piso y, por debajo de la tienda, el sótano, con la cámara frigorífica y el almacén. Me preparé para ver el piso. Un pasillo con tres habitaciones a un lado y un baño al otro. El salón quedaba al fondo. Supuse que la tabla de planchar se habría instalado en mi habitación. Pilas de sábanas, calzoncillos, calcetines y camisas en los brazos de los sofás. Nunca entendí la cantidad de ropa que circulaba en casa. Ni vestíamos ni olíamos bien. Una vez vino uno de Barqueros a echar la quiniela y dijo que lo importante no era tener dinero, sino manejarlo. Pensé que eso es lo que hacíamos nosotros con los trapos. Mi madre decía que era por nuestra sangre. «Suda mucho», explicaba.

Abrí la puerta, pulsé el interruptor y lo vi. Sentado en la escalera, los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las palmas. Levantó la mirada.

—Con esos zapatos vas a trabajar, ¿no? —dijo, sorbiendo aire por la nariz y señalando mis Gazelle reventadas con la barbilla.

—Papá.

Dios, Matías Martínez, *el Ropasuelta*. Era un viejo. Seguía echado hacia delante, a punto de embestir. Los cuatro pelos le aguantaban sobre el cráneo manchado. Las verrugas en las junturas de los párpados. Los labios en forma de uve invertida, estirando los pómulos hacia abajo.

—¿Cómo estás, hijo?

Abrió los brazos. Lo interpreté como una invitación a un abrazo. Me acerqué. Le rodeé el tronco y apoyé la cabeza en su hombro. La sudadera, un saco rojo con publicidad de Limcamar que perteneció a mi hermano, olía a humedad y gasolina. Sollocé. Me palmeó la espalda. Al separarnos, nuestros ojos se cruzaron. No había echado de menos esa mirada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, incorporándome.

Se encogió de hombros. Se frotó la palma de una mano con los nudillos de la otra. No he visto a nadie más hacer ese gesto. Bajó los ojos. Tropezones de barro le salpicaban los bajos del pantalón de chándal y los laterales de la suela de unas zapatillas de paño marrón. La puerta se abrió. Mi madre.

—¡Padre e hijo!

El viejo se levantó. Le crujieron hasta las orejas. Al pasar junto a ella, le dijo:

—¿Te puedes creer que va a trabajar con esos zapatos?

Crucé el núcleo de vecinas, saqué un quinto. Lo abrí. Apoyé el culo junto a mi hermano, que bailaba *A Belén, pastores* versionado por Juanes. Junto a la mesa, mi padre asentía, abrazaba y explicaba. Me fijé en las estanterías del fondo.

—¿Cómo es que se han vaciado tan rápido? —le pregunté a mi hermano.

—El papá…

—¿Las ha devuelto al Makro?

—Algunas cosas… —clavó los ojos en el 7Up que todavía le burbujeaba en el vaso de plástico.

Lo pillé: mi padre le vendió al Makro los productos que había comprado dos semanas antes. Seguramente por el mismo precio. Lo caducado, seña de identidad del supermercado, se lo colocó al pueblo. A las viejas y a los críos.

A unas, por vaciar el monedero en la chapa de la caja sin poder diferenciar entre reales y céntimos. A otros, por no tener tiempo para menudencias. Era tan explícito que no se le escapaba ni a mi hermano. Una vez Jesús le intentó parar los pies. A su manera, apelando al bien y al mal. El viejo le dijo que con quinielas y morcillas no se pagan aparatos de los dientes. Jesús se pasó el índice por la hilera de alambres, desde la muela hasta la paleta. Luego se dio la vuelta.

El Listo y el Librillano se sentaron a nuestro lado. Se me hizo raro ver al Librillano sin delantal y sin preguntarme si quería una tapica de magra. Hablaban de la vuelta de Sixto de la Cierva. Alegrías se acercó.

—Nene —le dijo a mi hermano—, ¿vas a poner su canción?

—Su canción… ¡ah, sí!

—¿Es que va a volver Sixto de la Cierva? —le pregunté.

Arrugó el morro.

—Eso dicen.

—Eso se ha dicho siempre.

—Ya, pero ahora se ve que sí. Le queda poco.

—Y se quiere despedir.

—¿Qué pijo? Si vuelve será por el vertedero.

Sixto de la Cierva, el *Millonario*, tendría unos 80. Se largó del pueblo 13 años antes. Yo tenía 15. Casi todo el terreno que rodeaba el pueblo le pertenecía. Cuando quisiera podría levantar un muro y aislar a Fuente Librilla. O eso se decía. En el pueblo tenía dos bares, el campo de fútbol y cinco casas. Vivía en la más céntrica, si es que un peo de Dios como este puede tener centro y extremos. Cuando los animeros iban a cantarle, en Navidad, lanzaba los billetes al suelo. Los animeros se agachaban y los recogían. Daban las gracias. Pagaba las flores de la Virgen y un marrano a la brasa el lunes de las fiestas. También tenía un apellido. El único que se pronunciaba. Mientras, los otros 547 habitantes circulábamos con un nombre o un mote, en pelotas, asalvajados, sacándonos mocos y pegándolos en el hombro del prójimo. Decía ser bisnieto de Juan de la Cierva. Basaba la mitad de su posición social en el dato y la otra mitad en el mito. Su hegemonía se basaba precisamente en eso: a nadie se le ocurrió siquiera

comprobar si aquel gordo encorbatado y cojo, calvo con una hilera miserable de pelo blanco subrayando el pescuezo y colgando de las orejas, un rodapié clásico, era descendiente del inventor del autogiro. La mayoría no se lo tragaba, pero se le permitía. Era una guinda pomposa sobre un andamio indestructible. El Millonario tenía un plan: quería construir un vertedero a 600 metros del pueblo. «El mayor vertedero de escombro y tratado petroquímico de Europa», decía con los ojos entornados. Los fuenteros aprendimos a decir «petroquímico». Decía también que el vertedero iba a poner a Fuente Librilla en el mapa. Y, bueno, las típicas mierdas de esa clase de discursos: iba a crear trabajo, prosperidad, abundancia y, en resumen, «la felicidad». La historia es que lo dejó a medias. Tenía las obras a la mitad y… desapareció. Se dijo de todo: que si el hijo necesitaba tratamiento para los nervios, que si la hija que estudiaba en San Francisco sufría mal de amores, que si su mujer lo pilló con alguna y le exigió largarse del pueblo, que si alguien lo largó a perdigonazos, que si cáncer. Las versiones se solapaban. Ninguna era creíble.

—Nene… —dijo Alegrías.

Mi hermano levantó el pulgar.

—Termina esta y la pongo.

Esta era *Clavelitos* versionada por Malú. Jesús solía defender que Malú tenía el registro vocal más amplio en habla hispana. Yo le preguntaba si sabía lo que era el registro vocal. Él agachaba la cabeza, la nariz a tres dedos de la aletría. Al rato, pasaba página.

Sonaron unos violines. Julio Iglesias: *De tanto gritar mis canciones al viento…*

—¡Cabrón! —soltó mi padre. Alegrías sonrió, se acercó y le pasó la mano por el hombro.

… Ya no soy como ayer…

—Me cago en Dios… —negó con la cabeza. El labio le temblaba.

Yo no sabía qué le removía aquella canción, pero era oír los violines y ponerse mustio. «Es que es muy bonita», decía mi madre cuando le preguntaba. Llegué a pensar que mi padre y Julio Iglesias eran amigos. De la mili, de alguna vez que Julio tocara en Mula y tuviese cuerpo de embutido,

yo qué sé. Luego la gente hacía chistes de los hijos de Julio, de que las manos le olían a coño, y yo sentía una culpa tremenda de imaginar a mi padre en esas. O lo veía en algún vídeo en su casa de Miami, zapatos sin calcetines, pantalones blancos de lino, y pensaba en las bolas de los jerséis de lana de mi padre y me decía que unos tanto y otros, tan poco.

… Ya no sé lo que siento…

—Pfff… virgen santísima…

Entonces la voz de Julio fue apagándose. Justo antes del estribillo. Todos miramos detrás del mostrador de la carne. Allí, mi hermano meneaba la cabeza con los ojos cerrados. Sonreía. Giró un poco más la rueda del volumen. Alzó su vaso de plástico.

—¡Quiero aprovechar este momento para decirle a mi padre y a mi madre lo mucho que los quiero, también a mi hermana Rosario y a mi hermano Santini, que ha vuelto después de un siglo por ahí por el mundo, Santini, eres el mejor, mi hermano, y a pesar de las muchas *visicitudes* yo creo que esta es una buena época del año para decirle a nuestros familiares lo mucho que los queremos y eso, la familia siempre va a estar ahí, y nada, que lo paséis todos muy bien hoy y siempre y feliz Navidad!

Se bebió el 7Up de un trago. Subió el volumen. Ya no había violines.

—¡Me cago en Dios —dijo mi padre— hay que ser zopennnnnco!

La gente se fue yendo. Mi madre volvió a la cocina. Mi hermana, al móvil. Hablaba con su prometido. Carles. El idiota de Carles. Estaba de guardia y por eso no había venido a la fiesta. Pero ya nos veríamos. Supe que la conversación surgió de su necesidad de pronunciar la palabra «prometido». Jesús y yo agrupamos las sobras en varios platos. Cascaruja, patatas fritas, navajas, mejillones, berberechos, canapés con queso Philadelphia cuarteado, pizza de mi madre, calcinada y con olivas negras. Mi padre estaba apoyado en el quicio de la puerta. Bebía tintorro en un vaso de unos cuatro dedos. El viento bajaba helado de la sierra y circulaba por las estanterías vacías de la casa-tienda. Nadie le dijo que cerrara. Se abrió la puerta de la cocina.

—Anda que no hace tiempo que no te comes unas patatas asadas en condiciones —dijo mi madre.

Jesús hizo hueco en la mesa. Yo cogí el trapo del hombro de mi madre y lo coloqué en el centro. Dejó la bandeja. Mi hermana se sentó.

—Voy a asar carne —dijo mi madre.

—¡Mamá! —contestó mi hermana, tecleando a dos pulgares—. ¡Qué manía de cocinar de más!

—Hija…

—Con esto cenamos.

Y con eso cenamos. Rosario soltó el móvil en la mesa y cogió una patata con las manos. Le dio un mordisco. Crujió. A su lado, mi hermano miraba boquiabierto el especial de Televisión Española sobre los mejores momentos del año. Rafa Nadal ganando Roland Garros, Kim Jongun amenazando con un cohete, el premio Príncipe de Asturias a Martin Amis. Yo abrí otro quinto.

—Jesúúús… —dijo mi madre.

—¿Eh?

—La boca, hijo.

Cerró la boca y me miró de reojo. Pinché un berberecho. Me heló el paladar. Mi madre me dio un codazo a dos por hora. Señaló la pizza. Le acerqué un trozo negro. Eran sus favoritos. Si sabía a algo, se le torcía el morro. Di un trago. Me giré. Mi padre seguía apoyado en el marco de la puerta. La luz de la farola le subrayaba los cuatro pelos sobre la coronilla. Giraba el vaso entre los dedos. En el omoplato del plumas seguían notándose restos del logo de Peugeot. Lo recordé: mi hermana necesitaba un coche para ir a trabajar. Vino un día diciendo que un amigo de una compañera suya tenía mano en Marcos Automoción, la Peugeot de Murcia. Le dejaban un 307 de segunda mano por 3000. A ella le cuadraba. «Eso te lo deja tu padre en 1500», dijo mi padre. Rosario resopló. El viejo decía que llevaba el negocio en la sangre. «Yo marchaba ganao antes de tener bigote, ¿sabes?», explicaba. Por la tarde, los cuatro nos enrolamos en la Vanette y aparecimos en Marcos Automoción. Salimos de allí sin 3000 euros, pero con cuatro plumas sin mangas. En el viaje de vuelta, mi padre repetía: «Se creía el tío…». Nunca terminó la frase.

Mi madre me pasó el brazo por la espalda para que volviera a la mesa. Apuré el quinto. Traje otros tres de la cámara. Mi hermana aceptó uno. Mastiqué una patata. Una ráfaga de aire se me coló por las lumbares y me recorrió el pecho, agitó el cartel de «Ahora empieza la vida feliz jubilacion», uno de los cabos cedió y la mitad de las cartulinas acabaron enroscadas en el jamonero. Jesús soltó el trozo de pan y se subió a la silla para recomponer su obra. Mi madre se comió el borde quemado de una patata. Se limpió las comisuras. No sé dónde aprendió a poner así la servilleta: la desdoblaba por la mitad, colocaba un trozo en el extremo de la mesa, que le servía para acumular desperdicios. Se limpiaba con la porción que colgaba. Era la única persona que acercaba la cabeza a la servilleta y no al revés.

—¿De los primos de Elche sabes algo? —me preguntó.

Mi hermana resopló.

—No… —contesté.

Rosario sacó el móvil. A mi hermano le faltaba el oxígeno. Se estiraba, enseñando un tercio de raja del culo.

—¿Es que ha pasado algo?

—No —dijo ella, levantando un hombro y envolviendo las cáscaras en la servilleta—, porque a lo mejor esta Navidad sí venían.

—¡Y dale! —dijo mi hermana—, ¡y dale!

—Hija…

Mi hermano se dio la vuelta. Levantó los puños. Sonreía. Me miró y se bajó la sudadera, que le surcaba la panza. El cartel resplandecía. Un Baltasar colgaba bocabajo de un extremo. Jesús se sentó y se tragó medio litro de 7Up. Se oyó un portazo. Pasos acercándose. Mi padre pasó junto al costado de la mesa.

—¡Pos ya ha llovío to lo que tenía que llover! —dijo.

Quise responderle, pero no me dio tiempo. Cogió una almendra y se perdió en la oscuridad de la casa-tienda.

Fuente Librilla. Noche del 24

El corazón me subía por la tráquea. Bajé las escaleras que daban a la puerta de la Vinatera. El aire me levantó el flequillo. Olía a leña. Me subí la cremallera de la cazadora. Miré calle arriba. Un calambre me cruzó desde el oído derecho hasta la mandíbula. La oreja ardía. Cada giro de cuello me encendía una caja de petardos bajo la patilla. Pasaba siempre que vivía una situación estresante. A veces ni siquiera era consciente. Sentía el relampagueo y luego observaba en perspectiva. Esta vez tampoco había que ser un lince. Tres horas duró la ilusión de haber madurado lo suficiente en diez años para volver a casa y torearlo todo. Sabía que tendría que hablar con mi padre. Contaba con ello. Llevaba una década pensando en cómo sería. Me venía a la cabeza cuando apagaba la luz. Le daba vueltas. Siempre me dormía antes de establecer un plan, pero sabía que llegaría. Con el resto no contaba. No: no pensaba que su presencia me seguiría inspirando entre miedo y rabia, observarlo negar con la cabeza y que me dieran ganas de agarrarlo de los hombros y zarandearlo y gritarle «¡¿qué pasa?! ¡¿Por qué no?!», empujarlo, preguntarme si ya estábamos en ese momento en que la inercia física jugaría a mi favor en un enfrentamiento a puñetazos. O mi hermano. Pensé en el cartel. «Ahora empieza la vida feliz jubilacion». Dios. Seguía siendo retrasado. Seguía sintiendo entre las sienes y en la lengua la necesidad de que lo supiera. De que no lo olvidara. Intuía que humillar a mi hermano ya ni siquiera serviría para que mi hermana y yo compartiéramos barco durante un rato. Ya no tenía sentido mirar al mediano desde abajo y desde arriba, reprenderlo por no saber hacer algo ya o no saber hacerlo todavía. Habíamos exprimido ese sándwich despiadado. Solo quedaba corteza. Tendríamos que inventar otra forma de comunicarnos. Me daba la risa. ¿Cómo iba a ser? ¿Le entraría yo un día hablando de abogacía? ¿Me hablaría ella de lo que fuera que hiciera yo con mi vida? Era ridículo. ¿Y mi

madre? Por los clavos de Cristo, Madre, la quiero a usted con cada trozo de pellejo, pero no se puede vivir una vida en el victimismo. No puede usted salpimentar de culpa cada decisión que yo haya tomado. No puede, Madre. No puede llorar cada vez que una mandarina salga agria o que alguien diga «Elche» en la tele. Me sonreía. Le notaba en la cara la cantidad de historias que se le evaporaban cuando aparecía su hijo menor. Porque yo era eso, una aparición. Así, en ese cartón-piedra emocional, no se puede vivir, Madre. Con todo lo que la quiero se lo tengo que decir.

Caminé. La calle estaba flanqueada por dos hileras de coches, que ocupaban también la acera. De los balcones colgaban hileras de bombillas de colores. Distinguí algún Papá Noel piojoso. El humo salía de las chimeneas. La oreja me seguía bullendo. Pensé en la vuelta de Sixto de la Cierva. Yo no se lo decía a nadie, pero quería escribir una historia. Quitando los propósitos de comer tres veces al día y vivir bajo un techo, durante varios años aquella idea era lo más parecido a un objetivo. Lo intenté. Fracasé. Al borde de los 30, me quería dar una última oportunidad. Escribir una historia o agachar la cabeza y hacer solo números. Y la historia estaba ahí, en el corazón mismo de mi pueblo. Un gordo omnipotente que desaparece y, de pronto, reaparece. Le daría vueltas en secreto. Investigaría. Quizá entendiera un buen trozo de mí mismo. Algún por qué, algún para qué. Y desenmarañar la bola de pelo grasiento y legañas a la que llevaba años dando patadas hacia delante. Explicárselo a mi padre. Después de todo, yo tenía algo en común con cualquiera que se fuera del pueblo. Incluso con un magnate de los agujeros. Eructé. El olor a cerveza se me coló por la nariz. Todavía no estaba borracho.

Fuente Librilla. Noche del 24

Doblé la esquina de la era del Barbas y encaré El Callejón. Al fondo, el neón azul seguía parpadeando. Estaba a punto de ser vintage. Un grupo de zagales levantaban vasos de tubo bajo la luz. Encendían cigarros, apoyaban los pies en la tapia del lateral. Reían. Cerraban los ojos y enseñaban los dientes. Alguno zapateaba. El remolque del Zurdo aparcado en el margen izquierdo. Como siempre. Avancé. A medio camino, frente al contenedor, vi una silueta apoyada en la tapia de la derecha. Hablaba por teléfono. El fuego del cigarro le bailaba entre la boca y la cadera.

—¡Coño, un Martínez, espera, nene, que he visto a un amigo mío!

La pantalla del móvil le iluminó la cara. La barba perfilada y el peinado a lo García Lorca me confundieron, pero ahí estaba. Juan Antonio Alcaraz. El Billy Elliot. Las gafas de culo de vaso ahora eran cuadradas. Un palmo de pasta roja rodeaba cada cristal.

—¡Hombre! —dije, y le ofrecí la mano. Al mismo tiempo, él abrió los brazos. Yo retiré la mano para abrir los brazos y él los cerró para ofrecerme la mano. Lo abracé. Me palmeó el pecho.

—¡Toma, Santini, por nosotros!

Se agachó y recogió un par de vasos de chupito. Me ofreció uno. Lo levanté.

—¡Por nosotros!

El chorro me abrasó la garganta. Aguarrás, lo menos. La pantalla del móvil parpadeaba.

—¿Qué dices, nene, cómo te va?

—Bien —dije.

—¡Yo estoy en Madrid! —señaló el móvil y meneó la cabeza—. ¡Nene, que me he encontrao al Santini! ¡Claro que te he hablao de él!

Me apoyé en la tapia, a su lado. Olía bien. Cada poco, agitaba la pierna derecha. Llevaba una americana marrón a juego con los mocasines. Una camisa amarilla con tres botones desabrochados. Cuatro pelos al aire. Con la que estaba cayendo. Llevaría los pezones para cortar mármol.

—¡A mi madre te la tienes ganaica, Pedro, hijo, por eso no te preocupes! Sí… sí… la yaya es la que está pachucha. Ha pegao capuzón. Capuzón. No sé si de aquí, pero aquí se dice. Cuando ves a alguien después de mucho tiempo y ha envejecido así de golpe, pues dices que ha pegao capuzón. Sí, sí.

Le señalé el neón. Levantó el pulgar. Seguí caminando.

—Hijo, pues ni gracia ni no gracia, aquí habla la gente así… somos gente muy sencilla…

No sé en qué momento empezó a ser el Billy Elliot. Alguna fiesta de fin de curso. Alguien lo pillaría bailando. O llorando o hablando de peinados. Lo que sí recuerdo es lo que pasó el día que se le hincharon los huevos. Fue cerca de El Callejón. A la altura de la era del Barbas. Una tarde de octubre, la semana después de las fiestas. Bajábamos de la pista de la escuela. Como las crías —quitando a la Rosario, que era Mark Lenders—, Juan Antonio jugaba de defensa o de portero. Y se comía cada tiro a puerta. Luego, atravesando la cuesta, el Pakero se cebaba. Ese día le cantó el repertorio entero: los maricones no saben jugar, si fueran pollas en vez de balones sí las habría agarrado bien, todos los hombres de su familia eran maricones, le gustaban más las pollas que a su hermana… El Billy Elliot pasaba. Desde hacía algún tiempo. Eso encendía al Pakero, que metía más candela. Lo agarró del brazo: «Acho, Billy, ¿por qué no me la chupas?». Juan Antonio se detuvo. «Venga, sácatela», dijo. La voz le sonó hueca. Las sienes le palpitaban. El Pakero miró a los lados. Media sonrisa. Soltó la mochila y se acercó a Juan Antonio, unos metros por delante. Se iba desatando el nudo del pantalón de chándal. El Billy Elliott se agachó y cogió algo de entre los hierbajos. Los separaban cinco o seis palmos. El Pakero estiró la goma del pantalón con los pulgares. Los arrastró hacia abajo. Cuando iba a la altura de los muslos, se enderezó. No le dio tiempo a decir nada. Juan Antonio le trazó una X en la cara. Abrió la mano y el culo dentado de un litro de cerveza cayó en el asfalto. El Pakero se tapó la cara con las manos. Gritó vocales: «¡Aaaaaaaaaaaao!

¡Iiiiiiiiiiiiie!». La sangre le goteó por la sudadera gris. La cicatriz le apañó la cara: nariz de bóxer, granos, granos, granos, granos sobre granos y un tajo de tres dedos bajo el pómulo izquierdo. Juan Antonio se largó en silencio. Le cayó la venganza del silencio. Pasó de ser omnipresente a invisible. Supongo que lo prefirió.

Compartimos clase desde preescolar hasta bachiller. Nunca fuimos amigos. Éramos dos raspas pajizas con ojeras y el pelo espeso. Durante algún tiempo pensé que reconocíamos en el otro a un similar, y que eso nos unía. Pero no. Es autoindulgente pensar así, una gilipollez. ¿De qué te sirve reconocer a un similar de los 7 a los 17 si nunca juntáis la espalda cuando vienen los indios? Yo sabía que los dos queríamos largarnos de allí, pero observaba cómo la nube se cernía sobre él, cómo asomaban los palos, cómo se le desperdigaban las rodajas de salchichón del bocadillo cuando caía, y pensaba en que a mí al menos me gustaba el fútbol y me hundía en los mil millones de grises entre un gay y un matón de pueblo.

Imagino que, para él, volver sería una autoafirmación. Le daría gusto mirar a la gente, a las cabras, a las cosas. Mirar fijamente y luego apartar los ojos con desprecio. O igual había perdonado. Hay quien lo consigue. Me pregunté qué le contaría a su novio sobre el pueblo. Sobre mí. Sobre nosotros. Sentí un golpe de culpa en el estómago. Llegué a la altura del neón. Habían pintado de granate la pared.

—¡Santiniiii! —dijo uno de los zagales del corro. No lo reconocí.

—¡Eh! —dije, levanté la mano.

Subí el escalón. Por el ojo de buey de la puerta asomaban dos haces de luz, verde y azul.

—El del Matías del supermercado, tonto… —oí a mi espalda.

—¡Menudo bigote! —dijo otro.

—¡Parece Vicente del Bosque de chico!

Se rieron. Uno silbó. Abrí la puerta y me envolvió una nube de humo. Un bombo machacaba desde el fondo. Me apoyé en la columna que separaba la puerta del pasillo del baño. Evité un par de espaldas. La tragaperras seguía pegada a la pared. Avancé de lado hacia la barra. Distinguí la voz de C. Tangana. Cantaba sobre la problemática de tener

alrededor demasiadas mujeres. Me hice hueco. El camarero pasó por delante. Bíceps de un palmo y medio. Levanté el índice. El tupé se le meneó al asentir. Uno de los viejos de la esquina me miró. Lo saludé con la barbilla. Primo del Alegrías, creo. Me imitó. Pagué el quinto. Un codo se me clavó en la espalda y me arrastró hasta el centro del bar. Un gigante me pidió perdón. Me ofreció la mano. Se la estreché. Estaba pegajosa. Me dijo algo al oído. Nada. Tenía cara de crío. Supuse que era de Barqueros. El empujón me había vaciado el quinto. Apuré el culo. Costaba girar sobre uno mismo. Reconocí algunas caras. Caras que diez años antes pertenecían a bebés. Dios. El más bajo rondaba el 1,90. Uno rubio pasó a mi lado. Levantó las cejas. El hijo del Moni. Diez años antes me preguntó si podía jugar en la pista, con «los mayores». Le dije que no. Esperé que no lo recordase. Qué brazos. Me podría partir como a una barra de pan y luego trocearme y esconder mi cadáver en una caja de pasta de dientes. Llevaba diez años sin sentirme un pigmeo. Las paredes estaban ocupadas por unos dibujos horrorosos. Unos abetos con su estrella, sus regalos y sus guirnaldas rojas. Supe que no sobrevivirían a la noche. C. Tangana se fundió. Nek le tomó el testigo. Esa transición tenía nombre y apellidos. Me puse de puntillas, buscando la cabina del dj. Seguía al fondo. La mampara de plástico transparente con pegatinas, los laterales de conglomerado estampado en leopardo, la pila de CDs detrás. Justo delante, una cabeza se meneaba al ritmo de Nek. … *Al menos, ahora, nos miramos sin volver la cara*… esos espasmos también tenían nombre y apellidos. Mateo Rodríguez Orcajada, Dj Teo'ss. Sonreí. Me abrí paso. Perdón, perdón, perdón, paso, perdón, paso. Llegué a la cabina. Me sujeté en la mampara. Dj Teo'ss jugaba con los potenciómetros de la mesa de mezclas. Los giraba y los soltaba repentinamente, como si quemaran. Lo que fuera que alterase, no se notaba en la canción. Podría estar configurando la calefacción de su casa. Leí las pegatinas. No Fear, Nike Total 90 y Berrock, que era un grupo kalimotxero de El Berro. Palmeé la mampara. Teo´ss levantó una mano sin mirar. Golpeé el plástico con fuerza.

—¡Pero me cago en Dios! —dijo, soltando los potenciómetros y levantando la mirada, el ceño se le alisó al verme—. ¡Me cago en Dios! ¡Un fantasma!

—¿Qué dice Dj Teo'ss?

Alargó la mano. Le estreché la mía. Me hizo con el índice el gesto de que luego hablábamos, el del dedo en horizontal trazando círculos en el aire. Levanté el pulgar. Pegué la espalda a la mampara. A este lado de la barra se apelotonaba un grupo de mujeres con la permanente de Rod Stewart. Eran las de la Asociación de Mujeres. Tenían entre 50 y 200. Hacían cenas, rifas y organizaban viajes a la 7 Región de Murcia, el canal autonómico, para ver el programa de Antonio Hidalgo. Cuando pasaba algo en el pueblo decían que no les gustaba politizarse. Que la asociación estaba para «otras cosas». El Callejón era el único bar-pub-discoteca-after de Fuente Librilla. Permitía ese tipo de escenas: la abuela asociativa con su agua Vichy en una esquina, el abuelo, al otro lado, cagándose en los muertos de Guardiola, los padres y las madres entre hablando, bebiendo y bailando —sin hacer ninguna de las tres —, las hijas perreando y los hijos sujetando el cigarro a la mitad del muslo, ojos de Mario Casas y pecho hinchado. Noté algo en el hombro. Un vaso. Lo sujetaba un brazo que venía desde la cabina. Dj Teo'ss me señaló y levantó el pulgar. Cogí el cubata. Ron cola. Mateo bajó de la cabina y levantó su vaso. Brindamos por algo. Dijo otra cosa más. Asentí. Di un trago.

—¡Que digo —me escupió a la oreja— que me alegro de verte!

—¡Y yo a ti, Mateo!

Volvimos a brindar. Levantó el pulgar. Fue a mear. Di un trago largo. Lo observé alejarse. Recordé sus greñas de la época del instituto. Tenía un don para estar en medio de todo. No era un liante, pero era un liado. A los 16 vio un vídeo de David Guetta. Hizo cuentas. Dejó de pasear libros y abrazó un nuevo sueño. Decía que iba a ser el dj más importante de Europa. Me parecía muy humilde por su parte no aspirar, yo qué sé, al mundo. También decía que estaba dispuesto a vender la casa de su madre para comprarse una mesa de mezclas. Nadie lo ponía en duda. Y ahí seguía.

Pegué el culo a la barra y llegué a la esquina. Desde allí, crucé al otro lado. Era más fácil que atravesar el centro del bar. Sonó Shakira. Shakira con autotune. Llegué al futbolín. Seguía en la esquina, tras el murete de ladrillo visto que separaba la zona de baile de la zona de diálogo y juego. Las mesas y las sillas eran nuevas. Cuatro gigantes remangados retorcían las barras del

futbolín. Gritaban. Celebraban. Se lamentaban. Se palmeaban los hombros. Chocaban los pechos. Era difícil determinar dónde terminaba el enfado y empezaba el orgullo. Detrás de cada portería, otro par de camisas blancas remangadas. Junto al cenicero, dos monedas de un euro. Me coloqué en una esquina. Uno me miró. Llevaba el pelo como Gareth Bale. Saludé con la barbilla. No detecté rasgos conocidos. Di un trago. Cuando la pelota se atrancaba en una hendidura, en una de las bandas, a la altura del centro del campo, uno de los gigantes clavaba la rodilla en la madera. La pelota saltaba. Jugaban con más entusiasmo que talento. Uno de ellos hacía la ruleta en defensa y pasaba de un jugador a otro sin tocar la pared, gestos de indudable mediocridad. Los dos que jugaban arriba no eran mejores. No apuntaban: la bola les llegaba y la golpeaban. De vez en cuando iba a portería. A veces parecían controlar la pelota con los extremos durante unos segundos, detalle de innegable talento, pero era un espejismo: se les había atrancado entre la madera del jugador y la chapa verdosa.

—¡Me cago en Dios! —dijo uno.

—¡Acho, eres to malo! —le contestó el de enfrente.

—¡Suelta la pelota, hostias!

—¡Tú pásala p'alante, Ramón, hostias, que ahí me encargo yo!

—¡Más malo que la carne de pescuezo!

Me pasé los viernes y los sábados de mi adolescencia observando el futbolín. Ahí mismo. Cumplimos 15 años y, de pronto, salir era algo que había que hacer. Los lunes se hablaba en el patio. Nadie daba la sensación de disfrutar demasiado, ni siquiera el Pakero, que había dejado el tabaco tres veces cuando la mayoría no sabíamos lo que era toser. Después de todo, disfrutar y que se notara era de zagales. Los adultos hacían sus cosas —beber café, lavar el coche, ponerse vaqueros— y hablaban de sus cosas, y parecía que el gusto estaba más en eso, en contar la vida, que en vivirla. Yo seguía estando solo, y así mismo es como salía. Mi madre me daba cinco euros y yo le contaba que había quedado con Juanjo. Con el Petecas. Con cualquiera. Luego bajaba las escaleras y me daban unas ganas tremendas de llorar por tener que mentirle a mi pobre madre en algo tan mundano como el tener o

no amigos. Subía a El Callejón y me colocaba en aquella esquina. Me hincaba dos o tres Fantas. Metía la lengua en el agujero del cubito y me lo pasaba por el paladar. Vivía tres horas de calma tensa. Procuraba que me vieran. Iba al baño, volvía. Hacía como que iba borracho. Balbuceaba. Llegaba a la esquina y calculaba el momento justo para escaquearme. Nunca jugué. La penúltima bola entraba en la portería y yo me giraba. Apuraba la Fanta. Había cumplido. Dejaba el vaso en la barra y volvía a casa corriendo.

Luego sí jugué. En Murcia, Valencia, Barcelona. En un bar español de Berlín. No era tan difícil. Nunca lo dominé, pero entendí que iba más de muñeca y de intuir la fuerza y la dirección con que la pelota rebotaba que de fuerza.

—¿Te metes?

Los imbéciles le metían rodillazos al mango. O, peor, lo doblaban hacia abajo.

—Eh, Bigotes, ¿te metes?

—¿Eh? —dije—. Ah, sí.

Lo dije sin pensar. Apuré el cubata.

—¿Arriba o abajo? —me preguntó un gigante con entrecejo.

—Abajo.

Me coloqué a su lado. Los dos pechos de enfrente se chocaron. Bufaron. Uno se remangó sobre el remangue. El puño de la camisa blanca llegaba casi al hombro. Asomaban dos bíceps del color de la masa del pan. La luz del foco del futbolín los hacía omnipresentes. El otro, orejas sin lóbulo bajo un degradado capilar que florecía en un tupé-yunque, cascó la primera bola en el lateral de madera.

—¿Pre pa raaaaaoh?

Las sílabas separadas, la curva ascendente en la penúltima vocal, la barbilla en el esternón cada vez que abrían la boca. Reconocí el acento: eran de Barqueros. Barquereños mazados. Solo podían ser horribles jugando al futbolín. Tupé-yunque soltó la pelota.

—¡Va muaaaaahí! —dijo mi compañero.

Lo miré de reojo. Las manos le daban para envolver el mango rojo y un trozo del metal de la barra. Parecía comprometido.

—¡Jiii iiii! —soltaba cada vez que golpeaba la bola.

Coloqué a uno de los centrales en el centro de la portería.

—¡Jiii iiii!

Tupé-yunque no la olía. Bíceps evitó un gol. Movió el portero y estampó la pelota en la pared. Entrecejo, mi compañero, la interceptó en la delantera. Soltó otro latigazo.

—¡Jiii iiii!

Rebotó en el fondo. Subió un par de centímetros. La controlé con el defensa derecho. Se me quedó atrapada entre el trozo de madera y la chapa. No pasaba nada. Lo estampé contra la banda. La pelota salió en diagonal, pero con menos fuerza de la que esperaba. Tupé-yunque la enganchó con su extremo derecho. ¡Pam! Me la comí.

—¡Va moooooh!

—¡Loh tíííií oh!

Pecho contra pecho. Entrecejo ni me miró. Bufé. Se me había escapado. La falta de práctica. Pero íbamos a ganar. Eran horribles. Mi compañero tenía un misil en el brazo y yo sabía defender. Íbamos a ganar.

—¡Saca! —dije.

Y sacó. Entrecejo bloqueó el primer tiro. La pelota le llegó a Bíceps. Soltó un taponazo que golpeó en la chapa del fondo de la portería y volvió al campo. 2-0.

—¿Pre fieee reh de laaan te? —me preguntó Entrecejo.

Negué con la cabeza. Eran malísimos. Dos goles los mete cualquiera. Mazados y de Barqueros. No se podía ser peor. Sacaron. Dos rebotes. Otro. Y otro. Nos ganaron 10-1. Entrecejo marcó nuestro gol. Mientras simulaba corregirme la colocación de los defensas, le metió al hierro con la rodilla. Esa jugada deleznable. Peor que un gol en contra. Chocamos manos. Noté un toque en el hombro. Alguien diciéndome algo. Me giré. Dios, no veía un pijo. Un tipo de unos 60 me sonreía. Abrió los brazos, esperando un abrazo. Los ojos se me adaptaron a la oscuridad. Un tipo canoso, raya al lado, un poco despeinado, barba de tres días, bufanda. Era Andresín. Nos abrazamos. Olía a gel Magno.

—¡Que digo —me gritó al oído— que lo tuyo era el fúrbol de verdad, no el furbolín!

—¡Vaya! —grité.

Me indicó la barra. Nos pegamos al murete que separaba el futbolín del resto del bar. Rodeamos el perímetro. Andresín levantó dos dedos. El camarero asintió. Movió los hombros al ritmo de Maluma.

—¿Quéééé? —me palmeó el hombro.

En la barra lo acompañaba Alfredo, que había engordado unos 250 kilos desde la última vez que lo vi. Ambos levantamos las barbillas. El camarero trajo dos vasos de tubo. Dos gintonics estoicos. No dije que no.

—Este —le decía Andresín, señalándome— sabía jugar.

Andresín fue mi entrenador durante dos años. 6.º y 1.º de ESO. Jugamos en la comarca del río Mula y en el noroeste. El ganador jugaba en Murcia con los ganadores de Murcia capital, del Altiplano, de Cartagena y de Lorca. Una liguilla a doble partido. Y ya, el que ganaba, contra España. Normalmente se jugaba en Palma de Mallorca. Iván Helguera entregó la copa un año. Nosotros no llegamos ni a Murcia.

—Frontal del área —seguía Andresín—, la pelota perdida. Llega este trotando…

Un par de zagalas pasaron a mi lado. Trazaban eses. Una me golpeó el hombro. Levantó la mirada, sorprendida. Conseguí levantar el vaso. Siguieron hacia la puerta.

—Trotando, Alfredo, ¡como los buenos!

Alfredo me cogió el vaso. Colocó el índice en el borde del suyo para sujetar los cubitos y me echó la mitad.

—Toma, nene, que te lo han tirao.

Me guiñó un ojo. Levanté el vaso. Brindamos. Andresín dibujaba una parábola con el reverso de la mano. Alfredo asentía, los ojos medio cerrados. Andresín se giró.

—¿Qué? —me preguntó.

—¿Cómo? —dije.

Asintió a dos por hora. Volvió a la parábola. Alfredo apretó los labios. Andresín me palmeó el hombro.

—Este, este.

Levantó el vaso.

—¡Por el fútbol bien jugao! —creí entender.

Lo imitamos.

—¡Por entender el juego, me cago en Dios! —siguió, cuando el resto ya nos limpiábamos el morro con la manga.

Sonó la de Alejandro Sanz y Shakira. Alfredo meneó la cadera. Yo extendí los brazos y bajé los hombros. El movimiento me removió algo en las tripas. Al enderezarme, una ola de líquido que supuse negruzco me subió por la tráquea. Cerré la boca. El líquido volvió a bajar. Intenté ahuecar el paladar para no notar el sabor de la pizza, las patatas fritas, las patatas asadas, la cerveza, el Jägermeister, el anís, aquel trozo de panceta.

Yo sé que no he sido un saaanto…

Unos metros por delante, dos armarios se encararon. Uno levantó el brazo. El otro levantó los hombros como los gatos.

… pero lo puedo arreglar, amooor…

Alguien empujó a uno de los armarios, que chocó con el otro. El otro separó con los brazos al uno. Se cruzaron varios «¡Eh, eh, eh!». Aparecieron más armarios.

… No solo de pan vive el hombre…

«¡Eh, eh, eh!». Como pasa siempre, el primer puñetazo desatascó el bote de los puñetazos. Volaron varios vasos. Se hizo un hueco en el centro del bar. A mí me estamparon contra la barra. Volví a sentir algo en las tripas. Intenté no hacerle caso. Miré el vaso. Estaba al caer. Me lo bebí de un trago. Busqué a Andresín. Nada. Alfredo, nada.

… Y no de excusas vivo yo…

Las tripas. Veía cómo las cabezas de los armarios se superponían a sí mismas. Me agaché, por hacer algo. Pensé que me vendría bien algo de aire. En cuclillas, seguí la barra hasta la esquina. Los dibujos de los abetos ya formaban una alfombra en el suelo. Dios, de cerca eran más feos todavía. Pegué el culo a la tragaperras. Cuando iba a empujar la puerta, la Mondonga la abrió de un codazo. Me miró desde arriba. Seguía de luto. Había engordado otros 50 kilos. Me miró. Dios, me podría aplastar con el

meñique. No me reconoció. Apoyé la espalda en la puerta. Me enderecé. El aire de la sierra me espabiló un poco. Me subí la cremallera de la cazadora. Un grupo de zagales rodeaba el remolque del Zurdo. Me acerqué.

—¿Qué dicen los jóvenes? —dije.

Me sentí viejísimo. ¿Qué tenía yo, 250 años? Lo menos. 250, 300 años.

—Pos na —dijo uno.

Le salía humo de la boca. Era verdad. No hacían nada. Uno que iba en sudadera me ofreció un porro. Claro que sí. Le di una calada corta. No subía. Una larga. Pensé que me vendría bien calentar los pulmones. Eso atemperaría el mejunje gástrico. El camión de la basura cruzó la perpendicular. Tres o cuatro salieron corriendo detrás. Otros tres o cuatro lo siguieron. El de la sudadera me puso delante una uve formada por sus índice y corazón. Le devolví el porro. Salió corriendo.

—¡Basurero campeón, basurero campeón! —gritaban.

No entendí nada. Tres o cuatro parejas de madres y padres salieron de El Callejón. No escapaban de una pelea. Reían. Miraban hacia arriba y se subían las cremalleras. Los padres me miraron de reojo. Me acerqué a la puerta. Distinguí una silueta en el muro. Una luz naranja trazaba líneas rectas verticales. Despedía destellos amarillentos. Una luz blanca. La pantalla de un móvil. Una zagala. Levantó los ojos y la barbilla. Gafas. Se llevó el cigarro a la boca. Creo que achinó los ojos. Soltó el humo.

—¿Te pasa algo? —dijo.

—¿Eh?

Caí en la cuenta de que llevaba un rato de pie, quieto, echando humo helado por la boca. Más que amenazante, creo que resultaría curioso.

—No, nada —dije.

Levantó las cejas. Como no sabía qué hacer, apoyé el culo en el muro.

—Qué frío, ¿no?

Levantó los hombros. Guardó el móvil. Volvió a soltar una bocanada de humo. Otros dos o tres salieron del bar. Intenté fijarme en la valla de enfrente. Separaba El Callejón de un descampado vacío. Los rombos metálicos se superponían a sí mismos. Como las cabezas hacía un rato.

—Qué raro que la gente no aparque ahí —dije.

Me miró. Levantó una ceja.

—Siendo un sitio limpio y tal, yo creo que es perfecto para dejar tu coche cerca de El Callejón, ¿no?

El «no» me salió eructado. Cerré la boca. Se rio como si le diera mucha vergüenza ajena. Tampoco era para tanto, pijo, un «no» eructado, pensaba yo. A quién no le ha pasado. Hay quien eructa cosas peores. Volví a fijarme en los rombos. No había manera de que no se desdoblasen.

—¡Capuuuulla! —dijo.

¿Capulla? ¿Qué manera era esa de hablar? Me miró, abrió la boca. Sonrió. Los ojos le brillaban.

—¿Tú eres Santini?

Me tomé mi tiempo.

—¡El de Ropasuelta!

¿Pero quién hablaba así con 22 o 23 años?

—Sí… —dije, como si hubiera que quitarle importancia al hecho de ser yo.

—No te he reconocido con el bigote, ¿cómo te va?

Se separó del muro y se colocó frente a mí. Se cruzó de brazos. Ya no veía los rombos.

—Bien…

—Míralo, qué alternativo con su bigote y sus patillas…

¿Quién pijo era?

—Hombre, el tiempo es que va pasando… —empecé a decir. Y me callé.

Ella asintió, mirando el suelo. Se agachó y recogió una copa que había junto a la puerta. Dio un trago. Me la ofreció. Cómo no. Vodka con limón, virgen santa. Di otro trago. No estaba tan mal. Le devolví el vaso. Se le movió el pelo.

—¡Eh! —dije—. ¡Una rasta!

Se rio. Creo que pensó que me hacía el sorprendido. Una veinteañera con rastas en Fuente Librilla. Pensé que eso debía significar algo. Tuve un fogonazo de lucidez.

—¿Quién eres?

Dio una calada y aplastó el cigarro con la bota.

—Sara —dijo.

—Sara —asentí de lado.

—Soy tu vecina, imbécil.

—¡Yaaaa! —dije. ¿Mi vecina? Mi vecina, coño. Sara la Vinatera. Mira esos rizos, copón, me dije. Se sacó el móvil del bolsillo. Escribió algo. Me dio su vaso.

—Tengo que entrar un momento —dijo—, ¿me esperas?

—Claro.

Subió el escalón y desapareció. Volví a apoyar el culo en el muro. Fijé la mirada en los rombos metálicos. Ahí seguían. Eché un trago. Sara la Vinatera, Señor. La recordaba escondiéndose tras el delantal de su madre. Asomando una mano para recoger el puñado de caramelos de café que le regalaba la mía. Mmm café. Estaban buenos, esos caramelos. Dejé de mirar a la valla. No se podía hacer nada con los rombos. Iban a la suya. Visualicé los pasos necesarios para dejar el vaso en el suelo. Era mucho trajín. Lo solté. Volcó. Rodó. Le metí una patada con la puntera izquierda. Se estampó en la valla. Dios, la valla. La puerta se abrió. Apoyé el pie en el muro. Noté un tirón en el cuádriceps. No era Sara. ¿Quién era? Ah, Andresín. Estaba raro. El pelo, algo.

—¿Qué pasa, Andrés? —dije.

Se metió el índice por entre los botones de la camisa. Levantó un trozo de tela rajada. Ah, coño, era eso. La camisa. Tenía un tajo entre el hombro y el esternón. Un señor tajo.

—¿Y eso? —dije.

Se encogió de hombros. Resopló y luego bostezó. Las piernas se le doblaban. Resopló de nuevo. Se dio la vuelta. Caminó. Levantó el brazo. Tres dedos.

—Mañana más —dijo. Y luego, algo que no entendí. Se alejó. El haz de luz de la farola le cabía casi entero entre las piernas.

Observé el charco que el cubito había formado en el suelo. Parecía la meada de un perro. Oí las campanadas. ¿Qué serían, las 5? ¿Las 8? Llevaba ahí 12 o 15 horas. ¿Y Sara? Hacía dos horas que había entrado al bar. Pensé

en entrar. Ufff, no. Entrar, por Dios. Qué fuera de lugar. Si ella llevaba tres horas dentro del bar sería por algo. Las cosas no hay que forzarlas.

—¿Qué cosas? —dije en voz alta, y me dio por reírme.

Separé el culo del muro, le metí otro punterazo al tubo de plástico y me largué de El Callejón.

Fuente Librilla. Noche del 24

Gabba gabba we accept you we accept you one of us!
Gabba gabba we accept you we accept you one of us!

Parararararam pam pam pam pam.

La mandíbula me crujió a la altura de la cabina telefónica. Esa canción, de nuevo, allí. Fue instintivo. Salir de El Callejón, clavarme los auriculares, buscarla en el móvil. Sábado tras sábado desde la Nochevieja en que juré que si volvían a poner *Des-pa-siiito* me largaba, como si eso le importase a alguien, y volvió a sonar *Des-pa-siiito* y me largué. Desde El Callejón hasta mi casa podía escuchar *Pinhead* dos veces. Casi tres si rodeaba por el horno. Esa canción, que le puso nombre a lo mío. Que no me dijo que yo tuviera razón, pero me dejó claro que no estaba solo con una contundencia que no podía rebatir ni la peste a mierda aplastada de todas las cabras del mundo. Que trazó una espiral plateada que salía del primer mono insolente, me atravesaba el esternón y llegaba al último ciborg triste. Los dientes desportillándose, el flequillo volando con el aire de la sierra. Yo no entendía una sola palabra, pero el tío iluminaba un camino conforme las soltaba. Un camino intenso y exculpatorio. De nuevo, allí. Agarré uno de los barrotes metálicos de la estructura de la cabina. En el vidrio se leía «Kinta 97» con espray gris. Dios del cielo, la gente del 97 ya hacía cosas que yo hice poco antes de largarme. Bah, pensé, las cosas han cambiado.

—Soy una persona madura —dije en voz alta.

Me quité los auriculares. Los convertí en una maraña y los guardé en el bolsillo de la cazadora. Ya no eran necesarios. Qué va. Metí la mano en el hueco de las monedas de la cabina. No había nada. Los números parecían roídos. Salí de allí. No necesitaba los auriculares, no. Ni esa canción. Estaba

bien, pero el tiempo… los años… había que valorar otras cosas. Los gestos, los detalles… el mundo te hablaba, ¿no? Sin sonar hippy. Dios, qué cebollazo. Noté cómo los sesos se me comprimían dentro del cráneo y luego se expandían, estirando el hueso. Si es que el cráneo se puede expandir. Eructé. Na, estaba bien. El aire en la cara me había venido bien. Un coche apareció en la curva de la Vereda. Marchas cortas. Se oía el bufido del motor. Así te cargas la caja de cambios. Daba gusto, daba gusto. Sentirse uno con el pueblo y el pueblo con uno. Con uno. El pueblo uno con… pasó otro coche. La gente… qué manía de coche. Con el gusto que daba deslizarse por el asfalto como un animal bípedo. Conectar y deslizarse. Deslizarse. Así. Deslizarse. Ufff. Ese olor. A veces agradable, a veces desagradable… Dios, qué peste. Me miré la suela. Parecía una tostada de Nutella. Nutella con tropezones negros y verdes. Y un tallo de algo.

Fuente Librilla. Tarde del 25

—¡Hermano, dicen que llega!

—¿Qué?

—¡Al partido, lo han dicho en la Cuatro!

—¿Cuatro?

—¡Sí, llega!

Abrí un ojo.

—¡Vente, lo están diciendo, el Nico Abad!

Abrí el otro. Olía a caza. Un rayo de luz cruzaba la habitación y se proyectaba en la puerta del armario. Me froté los ojos. Apoyé la espalda en el cabecero. Mi hermano apareció en el pasillo. Se acodó en el marco de la puerta. Los rizos blancos se le expandían por detrás de las orejas. Tenía la cara entre amarilla y marrón. Pegajosa. Como si le hubiera explotado en la cara una lata de Coca-Cola.

—¡Vente!

Me levanté. Me crujió todo. Bostecé. Me dolía la cadera derecha. Hielo en manos y pies. Moquillo. Un eructo me subió desde el ombligo y se perdió por el pasillo. Jesús se lanzó al sofá que había frente a la tele, pegado a la pared.

—Mira, mira —señaló—, ¡ha entrenado con normalidad!

En la pantalla, Marcelo trotaba. El pompón de un gorro de lana blanca —un gorro no encajado, sino posado en el cráneo, como les gusta a las personas que dicen «flow» y «chill»— bamboleaba a cada zancada. Marcelo se frotaba las manos. Sonreía. Levantó el pulgar a la cámara. Guiñó el ojo. Mi hermano suspiró.

—¡Pfff, menos mal!

Me fijé en el salón. En el mueble que sujetaba la pared izquierda seguían los vasos, platos, tazas, ensaladeras y cubiertos con los que nadie comió nunca. En el centro, nosotros tres de comunión. Mi abuelo levantando una perdiz, mis padres en su boda. Matías Ropasuelta con su cara de querer fundir al fotógrafo a pescozones. La mesa, que separaba la tele del sofá, estaba cubierta por ejemplares del *As*, *Marca*, *La Gaceta de Murcia* y *XL Semanal*. Cuando curraba en *La Región*, alguna vez pensé que mi familia compraría el periódico y se toparía con mi nombre. Los imaginaba a los cuatro en la mesa de abajo, esperando a que las patatas se dorasen. Queso, vino, pan esponjoso, almendras, mojama. Mi hermana leería algo y señalaría un nombre en negrita con el dedo. «¡Santini!», diría. «¡Pijo, a ver!», diría mi madre, apartando la bolsa de habas. «¡Es mi hermano, eso lo ha escrito mi hermano!», seguiría Jesús, seguramente volcando la silla al levantarse. Mi padre mordería un chusco de pan y lo bajaría con un trago de tintorro. Igual levantaría la ceja. O arrugaría el morro. Enseguida pitaría el horno. La imaginaba así: una escena desprovista de toda emoción que no fuese la de constatar que su hijo y hermano estaba vivo y cerca. Pero qué pretendía. Tampoco había hecho yo nada porque fuese diferente. Y a la escena se le iba cayendo el decorado. Mi madre no saldría jamás de la cocina con unas patatas en el horno. El pan nunca era esponjoso. Nunca se compraba *La Región*. Y lo peor: solo los periodistas miran quién escribe las noticias.

—Llegando Marcelo me quedo más tranquilo, hermano…

Se retrepó en el sofá. Arqueaba las piernas como los emperadores. Le faltaba el ramillete de uva. Medio dedo gordo le asomaba por el agujero de un calcetín de rombos verdes. Pocas cosas lo agobiaban más que el primer partido del año. El Madrid solía cagarla. Era una costumbre, una broma que este club ciclotímico no podía compartir con nadie. Una consecuencia de la soledad de la cumbre, pensaba yo. Jesús no lo veía así. Después de todo, había crecido junto al Ropasuelta. Consideraba una falta de respeto que el Madrid perdiese. Una afrenta personal. No ganaban para joderlo a él.

Nico Abad nos deseó feliz Navidad y dio paso al tiempo. Serían las cuatro. Mi hermano giró el cuello y me miró.

—¿Te ha gustao la sopa?

Asentí. Habíamos comido temprano. Sopa de pescado y los trozos de pizza y queso menos cuarteados de la noche anterior. En la comida del día 25 nos sacudíamos el ambiente navideño. A veces alguien soltaba algún cebo, pero nadie picaba. Ni siquiera mi madre abría la boca para otra cosa que no fuera sorber el caldo de la cuchara. Cubiertos contra platos y mi hermano triturando con los dientes trozos de pan de cuatro dedos de largo. Yo lo agradecí. No podía con mi alma. Fijé los ojos en el caldo y me hinqué medio plato. Se me apretó el estómago y dije que tenía sueño. Mi madre dijo que eso era del viaje en autobús, que cansan mucho. Subí a mi habitación y dormí hasta que Marcelo le alegró el día a Jesús.

—Yo me he quedao con hambre —dijo.

Me giré y crucé el pasillo en cuatro o cinco zancadas.

—Lo mismo me como un flan —siguió mi hermano, a mi espalda.

Llegué al baño. Levanté la tapa del váter. Abracé el tanque de cerámica blanca. Forcé. Nada. Me palpitaron las sienes. Me imaginé que me comía una mierda. Recreé los detalles. La porosidad. El olor en las manos. El derrape en las comisuras y la barbilla. Y salió todo. Noté las hebras de patata rasgándome la garganta al subir. Restos de almendra en las encías. Estiré la pierna y cerré la puerta de una patada. Me limpié con el dorso de la mano. Apoyé la espalda en la pared. Mejor. Noté el frío en pies y manos. Mejor. Pensé en la noche anterior. Estaría bien echar un par de meses sin beber. Templarme. Llamaron a la puerta.

—¡Ocupado! —dije por defecto.

—Ya, ya —era mi hermano —. ¿Estás bien, hermano? ¿Necesitas algo? ¿Agua Calina?

—Estoy bien, estoy bien.

—Voy a decirle a la mamá que te haga Agua Calina.

—Gracias.

—Esta mañana te ha limpiado los bambos, ¿sabes? ¡Vaya piazo zurullo pisaste anoche!

—Gracias.

Se alejó. Pensé en el zurullo. La marea me volvía a subir por las tripas. Salió lo que quedaba. Volví a apoyarme en la pared. Mucho mejor. Descorrí

la cortina de la bañera. En el centro había un barreño. Me crujió todo al incorporarme. El cuerpo me pesaba. Agarré el asidero pegado a la pared, a la altura del codo. Eso sí era nuevo.

Volví a la habitación. Cargué el móvil. Levanté la persiana en dos tirones. Mucho mejor. Observé la calle. Una hilera de coches recorría cada lado de la cuesta. Por el hueco que dejaban no pasaba un carricoche. Recordatorio sutil de que el pueblo no estaba hecho para tanta gente. Los hijos, sobrinos, nietos y bisnietos comían en casa de los abuelos y jugaban a las Olimpiadas del exotismo de una aldea de quinientos y pico habitantes. Flipaban. El burro, el almendro, la vieja con el canasto en la cabeza. Nosotros pasábamos a su lado y los mirábamos con desprecio. Nos quedaba eso. Oí pasos de suelas de plástico. Jesús.

—¡Agua Calina pa'l señor! —dijo.

Me extendió una botella de Bronchales. Litro y medio de líquido amarillento con hebras y pepitas de limón. La milagrosa y nunca del todo reconocida agua alcalina.

—Gracias.

—La mamá iba a subir, pero le he dicho que no hacía falta.

—Gracias.

—¡Pijo gracias, que soy tu hermano!

Se me acercó y me abrazó por debajo de los hombros. Yo lo rodeé con un brazo por la espalda. Nos soltamos.

—Que soy tu hermano —repitió, y volvió al salón.

Encendí el móvil. Abrí la maleta. Saqué el libro de Dayo Kane y lo coloqué en el centro de la mesa del escritorio, en la esquina con la ventana. Pasé el dedo por las letras en relieve. *La lucha de escribir*. Debajo, él con un jersey negro de cuello vuelto, el índice y el corazón en la sien, apoyado en el escritorio de su casa de Denver. El viejo renegón escribió allí sus tres últimos libros. Alcoholizado, casi ciego y forrado de almorranas. Di un paso atrás. Observé mi escritorio. Un metro cuadrado de contrachapado marrón pegado al gotelé de una pared blanca. Lo prefería. Aquel estoicismo, aquella incomodidad, qué pijo, le aportaría carácter a mi escritura. Ese era *mi* lugar. *Mi* posición narrativa para contar la historia de Sixto de la Cierva. Di un

trago largo a la botella. Noté cómo se me regeneraba la flora intestinal. No estaba seguro de que cupiese el portátil. Lo saqué de la maleta para comprobarlo. Al pasar junto a la cama, me fijé en la pantalla del móvil. Estaba encendida. 80 notificaciones de wasap. 67 eran del grupo del periódico. Me salí y lo eliminé. Más. Dos conversaciones con gente desconocida. Dos números sin guardar. Me metí en el primero. Una cascada de mensajes. El último decía: «Entonces te llamo?». Amplié la foto de perfil. Un tío en chándal en Fuentecaputa. Un pie sobre una piedra, los dos pulgares levantados. Gafas de cristales azules. Pelo hacia atrás. Volví a la conversación. Decía que Sara le dio mi número, que a ver cuándo quedábamos para que lo ayudase a *eso*, y que mejor si podía ser pronto. *Eso*. Volví a la foto. Amplié en la cara. Busqué un rasgo familiar entre el cuello del anorak y los cristales de las gafas. Podría ser cualquiera. Solté el móvil. Di un trago. Coloqué el portátil en la mesa. Faltaban un par de dedos de contrachapado. Bah, pensé, bastará. Volví a mirar el móvil. ¿Sara le había dado mi número? ¿A quién? Me lancé al colchón, oí los muelles, me metí en la otra conversación. Otra cascada de mensajes. El último era una hilera de emoticonos. Caras amarillas agobiadas, caras amarillas con los ojos en blanco, caras amarillas guiñando un ojo amarillo. En la foto de perfil, Chavela Vargas con gafas de sol. Era Sara. Volví a la conversación. Me llamaba «escritor». Así: «como ha amanecido el escritor?». Me levanté. Di un trago largo a la botella. Miré por la ventana. ¿Escritor? Yo qué sé. Serían las pintas. En la fiesta del Ropasuelta, su madre me llamó «filósofo». Filósofo, escritor… lo mismo era. Serían el bigote y las patillas y las ojeras de un palmo. El jersey algo grande en los hombros, los vaqueros fundidos. Así vestían los escritores. Apoyé la espalda en la esquina. Desde allí veía la calle y mi escritorio. Era un buen sitio, definitivamente. Otro trago. Dios bendiga al agua alcalina. Vi de reojo tres o cuatro haces de luz. Me estaban llamando. Número desconocido. Lo cogí.

—Oye —dijo una voz cazallera—, que soy José Luis.

—¿José Luis?

—José Luis, sí… el Petecas.

—Que digo —dijo—, que te llamo por lo de mi padre.

José Luis el Petecas era dos años mayor que yo. Fue de los primeros que curró en verano. Su padre, que era conserje del polideportivo de Mula, lo colocó en un almacén de limones. Una noche de julio, José Luis contó en la plaza de la iglesia que lo llamaban Petecas. «Por los granos», dijo, y se señaló las marcas de viruela en las mejillas y la barbilla. Se le veía contento. José Luises hay muchos, imagino que pensaría, pero Petecas solo estoy yo. Buen zagal. Nunca supe mucho más sobre él: jugaba al fútbol, sacaba cuatros, cincos y seises, los lunes de la fiesta estrenaba chándal y se echó novia en Alhama.

—¿Oye? ¿Santini?

—¡Sí, sí!

—¡Digo: este s'ha dormío!

En resumen: el Petecas necesitaba mi ayuda. A su padre le pasaba *algo*. Se suponía que yo sabía de ese *algo*. Sabía tanto que me podía colocar frente a él y decirle cuatro cosas. Perspectiva, consejos. José Luis insistió.

—Por los viejos tiempos —dijo.

¿Qué viejos tiempos?

—Claro —respondí.

Se alegró tanto que me apuró pedirle que recapitulara. Quedamos a la noche siguiente, en El Callejón.

—¡Apalabrao! —dijo.

Nos despedimos. Solté el móvil. Otro trago. Observé las hebras de limón danzando en el agua. El bicarbonato al fondo. Me llegó otro mensaje. De Sara. Decía que le dolía la cabeza. De refilón, le pregunté por qué me llamaba escritor. Así: «Jajajaja oye, y lo de escritor?». «Jajajaja hombre…», dijo. Se tiró un par de minutos escribiendo. Oí unos pasos. Suelas de goma rígida. Mi madre. Levantó la barbilla para saludarme. Apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—¿Qué eees? —dijo.

Me señalé la barriga.

—La pizza, a lo mejor.

—A lo mejor —dije.

—¿Es que has devuelto?

—Sí, hace un rato, pero poca cosa.

—Ah, es que me lo ha dicho tu hermano —se sacó el pie de la zapatilla y se lo pasó por la otra pantorrilla. Con el ángulo, la tela de la bata formaba un triángulo verde lleno de bolas.

La pantalla del móvil se iluminó.

—Eso fue la pizza o el ajo, a lo mejor. El alioli, digo —dijo.

Asentí. Cogí el móvil.

—Ha quedado sopa —siguió—, por si tienes más hambre.

—Vale.

La miré de reojo haciéndole entender que estaba ocupado. Me arrepentí al segundo. Esa no era forma de tratar a una madre. Una especie de instinto me llevaba a reaccionar como cuando tenía 16 años. Como un imbécil. Quizá fuera demasiado pedirle al tiempo que uno, en plena resaca galopante, fuera capaz de tratar a su madre con cariño y respeto desde el centro de su habitación de adolescente.

—Bueno, me voy.

Se dio la vuelta y rascó una mancha de pintura en el marco. Abrí la conversación con Sara. Leí el mensaje. No me lo explicaba. Lo intenté digerir frase a frase. Tampoco. Noté un peso tirándome los hombros hacia abajo, vacío en el estómago.

—Oye —dijo mi madre.

—¿¡Qué!?

—Na, que luego van a ir tu hermano y tu padre a por leña. A los Lobos. Por si te vas con ellos.

—¡Sí!

Se alejó por el pasillo. Volví al mensaje. No podía ser. Otro trago. Respiré hondo. Me recosté. Quizá así pudiera interpretarlo mejor. Volví al mensaje. Nada. Resulta que Sara me llamaba «escritor» porque me tiré la noche diciendo que yo era *un escritor*. A todo el mundo. Al Billy, a Alfredo, a Andresín, a los zagales, a Juanjo, al Pakero, Dios, ¿vi a Juanjo y al Pakero? Tampoco hacía falta que me uniese un lazo antiguo con el receptor del mensaje. Decía Sara que el contacto visual era suficiente. Que lo mismo me cruzaba con dos barquereños, sus tobillos al aire, sus degradados sobre las

orejas, y les soltaba que yo era escritor, que tenía entre manos La Gran Novela Rural. La Gran Novela Rural, virgen santa, me subió un rampazo a cinco mil grados por la rabadilla. Hasta Dj Teo'ss dedicó una canción a La Gran Novela Rural. No le pregunté cuál. Me lo dijo: *Torero*. Me quise morir. «Y cuando apareció el Petecas?», le pregunté. No es que apareciera. Es que estaba potando junto al remolque del Zurdo y yo me acerqué. Le sujeté el cubata, le pregunté si necesitaba algo y, antes de que pudiese articular palabra, le estaba contando mis planes literarios. Por qué, Señor, por qué. Por qué era yo así de imbécil. Luego se ve que paré a respirar y el Petecas aprovechó para contarme lo de su padre. Sara tampoco sabía qué era lo de su padre. Dice que nos abrazamos 20 veces y que yo dije: «Me alegro de verte». Por qué, Señor, por qué.

—Chssssss.

Levanté la cabeza. Mi hermano estiraba los brazos en el pasillo. Me miraba.

—Chssssss.

—¿Chsss qué, chsss qué? —respondí.

—¿Amos? —señaló las escaleras con la cabeza. Llevaba su sudadera de la selección española. Eurocopa 2000. Aquel verano las regalaban los proveedores de Coca-Cola. Tantos años después, la bandera parecía la de Austria.

—¿Adónde vamos, adónde?

Intenté calmarme. Tragué aire. Uno, dos, tres. Lo expulsé. En su momento, a mi hermano le dio por decir que la sudadera se la firmó Raúl, pero que no se veía porque la tinta se fue con la lavadora.

—A coger leña con el papá, que le echemos una mano…

También decía que la sudadera valdría millones «en el futuro». El futuro había llegado y ahí estaba él, en el pasillo, con sus Paredes grises en ángulo recto, calentando los tríceps para cargar leña. Su media sonrisa preparada por si alguien le decía algo y resultaba ser una broma. Tragué aire. Uno. Dos. Tres. Lo expulsé.

—… que él puede, pero sabes tú que le gusta enseñarnos…

Tragué aire. La media sonrisa preparada, un cuerno en la cúspide de la madeja canosa. Uno. Dos. Tres. Lo expulsé.

—¡Venga, venga!

Fuente Librilla. Tarde del 25

Mi padre pegó un frenazo y pitó. Ahí estaba, la Vanette blanca del Ropasuelta. No me sorprendió que aún funcionase. Nuestras vidas eran menos que un parpadeo en la existencia de una furgoneta que subía paredes, cargaba con más cajas de albaricoques que tres tráileres y cruzaba bancales de almendros inundados.

—¿'Amos? —dijo el viejo. Parecía de buen humor.

La Vanette era una extensión de su cuerpo. Idénticos: la furgoneta destartalada a la que no podían adelantar los Porsche en la autovía y el viejo pecho palomo que no necesitaba a nadie para matar a un cerdo. Le dolía cada fuga de aceite. Respiraba aliviado tras cada ITV. Cuando se bajaba y cerraba, daba un par de palmadas en el faro delantero izquierdo. Como si le diera las gracias. Yo creo que hasta mi hermano sintió celos de aquel tanque blanco. Nos subimos. Mi hermano delante y yo, detrás. Ajusté la esterilla de playa que servía como funda de los asientos. Me coloqué en el centro.

—Venga, que se va la luz —dijo mi padre, metió primera y me miró por el espejo central.

Subió hasta la calle de la cabina y cambió de sentido. Cada vez que la furgoneta pistoneaba, mi padre se aclaraba la garganta. Mi hermano, un codo en la ventana, percutía en la chapa de la puerta un ritmo reguetonero. No les afectaban los botes de la suspensión. Mi culo sí acusó la falta de costumbre. Para disimular, me acerqué al filo del asiento.

—Me estoy acordando —dijo el viejo—, de cuando iba con el chacho Ginés a vender el embutido.

—¿Por dónde ibais? —preguntó mi hermano, boquiabierto.

—Por los campos, hombre.

Ya llegaba.

—¿Por Mula y to eso?

Ya estaba aquí.

—Por cualquier campo, hijo. Por Caravaca… hosti, ¿os he contado la historia de cuando fui con el chacho a Caravaca en la burra?

Ya. Aquí.

Resulta que mi abuelo mandaba a mi padre y a su hermano mayor, el chacho Ginés, a vender el embutido. A él se le habían fundido las rodillas. No podía ni doblarse para darle forma a la masa de las morcillas. Se sentaba y le acercaban el tablero apoyado en dos pilas de cajas. Sus hijos sabían lo que había que hacer. Mi padre y mi tío recorrían, en efecto, la comarca entera. De Mula a Moratalla. Los campos altos, Archivel, El Sabinar, Cañada de la Cruz, La Junquera, con un ojo ya en la sierra de Almería. Cuatro días de camino. Tres y una mañana si apuraban el sol. Mi padre mordía a la burra en las patas traseras para que apretase el paso. Dormían donde pillaban. Y, bueno, un día les dieron una pastilla de chocolate. Fue en Bullas. Cuando salieron del pueblo ya se habían ventilado tres cuartos del ladrillo negro. Entonces, el Ropasuelta le preguntó a su hermano si a la burra le gustaría el chocolate. El otro se encogió de hombros. Mi padre acercó el trozo que quedaba al hocico de la bestia, que lo chupó y se lo tragó de una embestida. Caminaron. Cerca de Cehegín, mi padre oyó una descarga de truenos. Venían del culo del animal. No hizo mucho caso. La segunda tronaera vino acompañada de un grito ahogado. Se giró y se encontró a su hermano caído al borde del camino, la cara embadurnada de mierda. Se le veía un trozo de la nariz. Desde entonces, cada vez que la burra se tiraba cuatro peos, el hermano que iba a la cabeza avisaba al que cuidaba la retaguardia para que se apartase. Le decía: «¡Arrea, arrea, que la burra se pea!».

—¡Arrea, arrea, que la burra se pea! —gritó mi hermano, golpeándose los muslos mientras se encogía de risa.

—Sí, hijo, sí…

—¡Arrea, arrea! Ay, que me quedo sin respiración. ¡Arrea, arrea!

Mi padre me miró por el espejo central. Aparté la mirada. El viejo resopló.

—A tu hermano no le ha hecho tanta gracia…

Jesús se giró. Recuperaba el resuello. Estaba rojo, las mejillas le brillaban por el paso de las lágrimas.

—¿Cómo que no te hace gracia, Santini? ¡Arrea, arrea, que la burra se pea!

Asentí, sonreí. Los calambrazos de la resaca me inmovilizaban los músculos de la cara. No podía hacer mucho más.

—… es que nosotros somos muy bastos, Jesús…

—Un poco, a lo mejor…

—Claro, hijo, nosotros somos unos pobreticos de pueblo, bastos y tonticos. Nos reímos de que la burra se cague… no somos de ciudad, no tenemos universidad, ¿te das cuenta?

Mi hermano siguió con el tamborileo reguetonero en la chapa. No hizo caso. El viejo devolvió los ojos al espejo. Dios, conocía esa sonrisa. Los colmillos brillantes asomando, las comisuras en las orejas, las pupilas dilatadas y las cejas en uve. La cara que se le ponía cuando era consciente de que podía hacer sangre. Y no sé por ahí, pero en nuestra casa, bajo el falso techo de la reforma del supermercado, esa simple constatación resultaba humillante. Desvié la mirada. Salimos de la carretera y llegamos al camino. Una nube de polvo marrón fue envolviendo la Vanette. Subí el cristal de la ventana. Me vino a la mente la conversación con Sara. Escritor. Dios. La Gran Novela Rural. ¿Y si el viejo tenía razón y yo no era otra cosa que un bigotudo pretencioso que ni siquiera se hace entender? ¿Y si yo era *eso* y la verdadera esencia de cada uno solo se pudiera descubrir en el sitio en el que nació, en el sitio en el que todo cristo le ve la goma a las caretas? Bajé el cristal. Saqué la cabeza por la ventana. Inhalé el polvo. Me habría gustado ahogarme ahí mismo y encogerme, convertirme en una canica de tierra que se esparce al contacto con la esterilla que cubría el asiento y sus granos se desperdigan entre los amortiguadores de la suspensión y caen hasta…

—¡Achooooo, sube la ventana, capullo, que nos vamos a ahfisiah!

Mi padre y mi hermano tosieron. Deshacían la madeja de polvo agitando las manos. Subí el cristal. Tosí. Me escocían los ojos. El viejo pisó el embrague y redujo. Cuando la nube se disipó, observé un agujero gigante en un bancal a la derecha del camino. Se me aceleró el corazón. Era el

vertedero. Ahí estaba, un boquete con las dimensiones de una pista de fútbol sala. Alrededor, una hilera de cemento sujetaba una valla oxidada. El aire meneaba los trozos de plástico naranja agujereado que coronaban las vigas. Bajé el cristal para asomarme, pero ya no se veía nada. Ropasuelta aparcó la Vanette en un ancho del camino.

—¡Venga, que se va la luz! —dijo, tras palmear el foco delantero izquierdo.

Mi hermano se ajustó unos guantes. Me ofreció otros. Bajamos el sendero que llevaba a los almendros de mi padre, unos 30 metros cuadrados que habían generado más problemas que almendras. «¡Véndelos! —le gritaba mi hermana cuando entró en la universidad y se vio con legitimidad —. ¡La tierra no sirve para nada!». El viejo le metía un manotazo al tablero de la mesa. «¡Por la casa del que tiene un trozo tierra, el hambre pasa, pero nunca se queda!», decía.

Jesús bajó una nevera y cuatro capazos de goma negra del maletero.

—Hay agua fresca —señaló la cesta de tela.

Atravesamos el bancal y llegamos a los montones, apilados al fondo. Mi padre, brazos en jarra, los examinaba. De vez en cuando, chasqueaba.

—Hay que darse prisa —dijo.

Cargamos. Mi hermano y yo. Él, unos 25 troncos por viaje. Prodigioso. Los cargaba con una fiereza amigable, como si hubiera acordado con los troncos que aquello era lo mejor para todos. Cuando nos cruzábamos me sonreía, me guiñaba un ojo, me animaba, me palmeaba el omoplato. Yo tardaba el doble que él en echar un viaje y transportaba tres veces menos. Llenaba los capazos con los trozos que aparecían cuando él levantaba un tronco de metro y medio. El viejo, de cuclillas, cogía un puñado de broza, un trozo de corteza despegada, y lo lanzaba al capazo con suficiencia. Cargamos la mitad de la leña. Mi hermano se colocó frente al otro montón. Abrió las piernas y se secó el sudor con el dorso del guante.

—¡Vamos a echar un bocao! —dijo.

—Hay que darse prisa —repitió el viejo—. No queda media hora de luz, ¿eh?

—Sí —dije yo.

Nos sentamos bajo un almendro. Mi padre cogía piedras, las tanteaba y las lanzaba al bancal de al lado. Mi hermano abrió la fiambrera. Sacó un bocadillo y leyó la pegatina blanca adherida al papel de aluminio. Reconocí la letra redondeada de mi madre.

—¡Salchichón con queso! —dijo—. ¡Este es para el papá!

Sacó otro. Le dio la vuelta para leer la etiqueta.

—¡Salchichón con queso, este pa mi Santini!

Me lo lanzó. Sacó el tercero.

—Y este tiene que ser pa mí… ¡Salchichón con queso!

Comimos en silencio. El bocadillo me recompuso. Vi las cosas con claridad. Pensé en el vertedero. Tenía que acercarme. Ahí empezaba la historia. Y luego, un *flashback*. Como Dayo Kane en *Hijo de Polonia*. Qué pedazo de libro, ese. Quizá debiera releerlo. Estudiarlo. Ver cómo el maestro lo hacía. Me vino la noche anterior. La Gran Novela Rural. Intenté centrarme en la imagen del vertedero para desechar la vergüenza. Porque qué vergüenza, virgen santa. Mi padre rompió el silencio convirtiendo el papel de aluminio en una pelota. Jesús se había ventilado su flauta hacía rato.

—Quedan diez minutos de luz —dijo el viejo. Se levantó.

A mí me quedaba medio bocadillo. Lo envolví y lo dejé en la fiambrera. Mi hermano lo señaló.

—Eso…

—No puedo más —dije.

Levantó las cejas y lo agarró como si se fuera a escapar. Le duró tres bocados. Eructó. Guardó las pelotas de papel de aluminio en la nevera y se encajó los guantes. Mi padre ya estaba acuclillado junto al montón. Lo mismo: Jesús cargando medio bancal en cada viaje, yo con el capazo. Oscureció. Cuando quedaban tres troncos grandes, mi padre escupió a un lado.

—Venga, uno cada uno —dijo.

—No, papá —mi hermano se puso delante—, los recogemos el hermano y yo.

—¡Capulla, no! Hemos venido los tres y recogemos los tres.

—El hermano y yo, papá, que esta…

—¡Uno cada uno! —gritó. La luz de la luna le plateaba los cuatro pelos.

Jesús se encogió de hombros y cargó con uno. En su hombro, el tocón parecía un tallo de regaliz. El viejo señaló otro palo gordo. Levantamos un extremo cada uno. Avanzamos de lado. Costaba, en esa disposición.

—¡Para! —dijo—. ¡Se me escurre!

Paramos. Se limpió la frente con la manga del jersey. Se escupió en las manos. Se frotó el puño de una con la palma de la otra. Levantó. Avanzamos. Mi hermano se cruzó y aplaudió. Fue a por el tronco que quedaba. Entonces, a pocos metros de la rampa que llevaba a la Vanette, el viejo se cagó en Dios, tropezó, y soltó su extremo.

—¡Aaaaaah! —gritó.

—¡Papá! —dije, solté el palo y me acerqué. Estaba bocarriba, la boca abierta, le salía humo helado de la boca, se agarraba una rodilla.

—¡Aaaaaaah!

—¿Qué eeeees? —Jesús se acercó, alarmado.

—¡Aaaaaah! ¡Mi propio hijo! —gritaba el viejo—. ¡Mi propio hijo!

—¿Qué eeees?

—¡Jesús, hijo, sácame de aquí, sácame!

Mi hermano se agachó y consiguió que se sentara.

—¡Quiere que me lisie! ¿Es que quieres lisiarme? ¡Mi propio hijo!

—¡¿Qué dices, papá?! —¿Qué coño decía?

—¡Jesús, hijo, sácame de aquí! ¡Ha echado por las piedras pa que tropezara! ¡Me ha empujado con el tronco cuando pasábamos por las piedras, para que me diese un mal golpe en la cabeza! ¡Mi propio hijo!

Jesús me miró con la boca abierta.

—¡Es mentira!

Cerró la boca y levantó a mi padre por las axilas. Lo tendió en el asiento trasero de la furgoneta.

—¿Cómo estás? —gritaba.

—¡Mi propio hijo!

Yo no supe qué hacer. Intenté levantar el tronco. Imposible. Lo arrastré unos metros. Mi hermano arrancó. Encendió los focos. Subí la rampa en dos

zancadas.

—¡Cierra, cierra! —gritaba el Ropasuelta—. ¡Arrea!

Abrí la puerta del copiloto y subí de un salto. Mi padre se incorporó.

—¡Que se baje!

Ni siquiera me miraba. Los pelos se le habían empinado. Mi hermano puso punto muerto.

—¡Papá, hostias! —dijo.

—¡Que se baje! ¡Mi propio hijo!

Jesús me miró. La boca abierta.

—Santini… —empezó.

Abrí la puerta y salté al camino. Oí cómo quitaba el freno de mano. También los quejidos del viejo. Dio marcha atrás. Metió el culo en la rampa y enfiló el camino. Enseguida perdí la silueta de la Vanette. Solo el haz amarillento, las luces traseras y el ronquido del motor. Caminé. ¡Mi propio hijo! ¿De qué iba todo aquello? Se me agarrotó la mandíbula. Me palpitaron las sienes. Entre triste y enfadado, el estado en el que me sumía una exposición continua al Ropasuelta. ¡Mi propio hijo! Seguramente fuera tarde para arreglar algo. O demasiado temprano. ¿Cómo se sabe que ha pasado el tiempo suficiente para que las cosas se enfríen, pero no el necesario para que se enquisten? Y luego, ¿adónde iba yo con esa pretensión de que él, el adulto-adulto, el padre, el que ponía los macarrones encima de la mesa, ofreciese un trozo de tierra con unas reglas para llegar a *algo*? ¿Y qué era ese *algo*? Mi padre y yo diciéndonos todo a la cara, sí, ¿y después, qué? ¿Para qué servía decirlo todo a la cara si después habría poco más que decir? Por no hablar de esa fe estúpida en el diálogo. Quizá tuviese razón. Yo era hijo del camino de cabras que unía mi pueblo con la ciudad. No pertenecía a ninguno. Hacía como que entendía los entresijos de los dos, pero no *me* entendía con ninguno. Y así sería siempre.

Llegué al bancal del vertedero. Bajé la linde, comprobé la firmeza de la valla y la salté. La luz de la luna permitía ver las paredes de la parte alta del agujero, salpicadas de matorrales secos. ¿Qué pensaría el Millonario cuando pasase el pie por el borde del boquete? Por allí solía merodear Dionisio, el sobrino de Sixto de la Cierva. Un enano malasombra. Rajaba los balones que

se colaban en su patio, se cagaba en los muertos de los zagales que no sabían centrar y le acertaban en la espalda cuando cruzaba la plaza de la iglesia. Se movía en un quad. De pie, encajado como un playmobil, la canana al hombro. Lo recreé mentalmente y me removió las tripas. Si fuera capaz de tomar perspectiva, pensé, sería una imagen graciosa. Me pregunté qué fue de él cuando se interrumpieron las obras. Se habría largado, supuse. Un aullido rompió el silencio. Era tarde. Salté la valla y volví al camino. Los lobos y los zorros se repartían los bancales cuando caía el sol. La rambla que atravesaba el puente del pueblo era territorio de jabalís. Por la mañana era fácil encontrar huellas entre los juncos. A veces se desorientaban, aparecían en la carretera y le destrozaban el morro del coche a cualquiera que volviese con un litro de más. Volví a pensar en Sixto de la Cierva. En su vertedero. Ese agujero explicaba muchas cosas, pero no sabía cuáles. Quería descubrirlo. Contar aquello. Necesitaba empaparme, hacerme invisible y colarme en las tripas del pueblo. Un par de semanas serían suficientes. Luego, lo escribiría. ¿Mi padre? Bueno, si lo soporté 18 años, podría soportarlo 18 años y dos semanas. Solo había que jugar con sus reglas. Hablaríamos del Madrid. Insultaríamos a Carles. Alabaríamos la mezcla justa de pimienta y sal de sus embutidos. Su lomo y su butifarra. Era asequible.

Fuente Librilla. Noche del 25

—¿Es que has querido lisiar a tu padre?

No tuve que llamar a la puerta. En cuanto subí el primer escalón de la entrada, mi madre la abrió un palmo y asomó la cabeza. Nos sentamos a la mesa de la casa-tienda. Sobre el mantel, un barreño rojo, una bolsa de habas, un montón de cáscaras y un vaso con agua. Bebí.

—Bebe, está limpio —dijo, mientras pelaba 250 habas por minuto sin dar sensación de velocidad.

Hacía más frío que en la calle. Junto a los jamones se apoyaban los listones de una estantería. Mi hermano había empezado a desmontar. Era desolador. Me centré en el barreño.

—¿Te frío un huevo?

—No, no hace falta, mamá, me duele la barriga.

—¿Te pelo una naranja?

—Qué va…

—¿Te corto unas rodajas de salchichón?

—Si es que…

—¿Pongo pan a tostar?

—No.

—¿Quieres un Danone?

—No.

—Pos na —dijo, y se encogió de hombros.

Siguió pelando habas. Me levanté y cogí un puñado de la bolsa. Me sonrió.

—¿Qué ha sido?

Se lo conté. Dijo que mi padre era así. Me agarró del brazo. Aseguró que él nos quería. Volvió a las habas. Chasqueó.

—Estaría agobiado —dijo—, además, se estaba yendo la luz. Fue eso, se aturulló.

Pasaba siempre. Con el asador, con la compra del coche de mi hermana, con la no-venta de los almendros: los argumentos de mi padre permeaban en ella hasta borrar cualquier atisbo de identidad. A la mezcla añadía justificaciones y una miaja de victimismo si Jesús, Rosario o yo nos dábamos por aludidos. Luego nos explicaba cómo pedirle disculpas al viejo. Palabra por palabra. «Ya sabes cómo es —decía—, pero él nos quiere». Vació la bolsa de habas.

—¿Quieres un cordial? —se levantó.

—No, mamá…

—Un cordial con un vaso de leche…

—No.

—No, pos no.

Volvió de la cocina con otra bolsa de habas. Cada uno agarró un puñado. El chasquido de las bayas al quebrarse ocupó el espacio. Luego, el foco antinsectos de la vitrina del embutido le soltó un rampazo a una mosca. Cuando volví la vista a la mesa, vi que mi madre lloraba en silencio. Me levanté y la abracé por los hombros.

—Na, hijo, si no es na —dijo. Sorbió mocos.

Le traje una servilleta de la cocina. Se limpió. Me senté a su lado y le acaricié el brazo. Levantó la vista y me sonrió. El labio le temblaba.

—¿Qué pasa?

—Na, hijo, si no es na…

—Algo será…

—Los primos… —se encogió de hombros—, tus primos de Elche.

—¿Qué pasa con ellos?

Se sacó el móvil del bolsillo. Un Motorola con dos tramos de pantalla cubiertos de rayajos. Supuse que había pertenecido a mi hermana. Desbloqueó la pantalla y me enseñó una foto de un estado de wasap. Una familia junto a un árbol de Navidad. Llevaban gorros de Papá Noel. Detrás, se adivinaba una chimenea humeante. Reconocí algunas caras. El viejo y la vieja eran mi tío Juan, el Limonero, y la tía Concha, hermana mayor de mi

madre. También sus seis hijos. Cuando yo era un crío, pasaban la Navidad en Fuente Librilla. Luego, las dos mayores crecieron. En esa época los pueblos no eran exóticos. Nadie quería irse a un pueblo. Nadie quería desconectar de nada. Entre eso y una tía que hablaba de la consistencia de su mierda tuvieron bastante. Dejaron de venir. Mi madre esperaba cada año que volvieran.

—Se les ve bien —dijo, mientras se pasaba un dedo por la cuenca ocular —, los críos son ya cascúos.

—No se lo estarán pasando tan bien si tienen que echarse una foto y ponerla de estado de wasap.

—Hijo…

—¡Que se toquen el pijo! —eso lo decía mucho mi padre.

—¿Tú crees que volverán? ¿Aunque sea en Nochevieja?

—¿Pero por qué no los llamas?

—Eso tiene que salir de ellos —dijo, y noté en su voz un matiz de orgullo.

Pelamos el resto de habas en silencio. Subí el ritmo, pero era imposible acercarse a la mecánica de mi madre. Acabó su montón y dos tercios del mío. Como mi padre, desarrollaba los trabajos rutinarios con una mezcla de precisión marcial y un sentido orgánico que hacía pensar en que no había reglas, como si pelar habas, coger albaricoques o cortar salchichón fueran las acciones que convierten al humano en humano. Cosas de trabajar desde los ocho años, supongo.

Le di un beso y las buenas noches. Abrí la puerta que daba a la escalera.

—Entonces —oí a mi espalda—, ¿cuándo empezáis a correr?

Me giré.

—¿A correr?

—Claro, con tu padre.

En resumen, el viejo quería correr la carrera popular del 4 de enero. 12 kilómetros por los alrededores del pueblo que incluían una subida criminal a El Berro por la cuesta de la acequia. Pretendía que yo lo entrenase. Según mi madre, él consideraba que yo podría haber sido un atleta de primera «si hubiera querido».

—Primero, una persona de 72 años no está para correr esa carrera.

—Claro —respondió—, por eso tiene que entrenarse.

—Segundo, yo nunca he corrido una carrera, ¿de dónde se saca que yo…?

—Porque no quisiste —se puso de pie y se arregló el nudo de la bata.

—Tercero, yo no voy a ningún sitio con alguien que considera que lo he querido lisiar.

—Hijo…

—¡Atleta, yo!

—… es tu padre, ya sabes cómo es…

—¡Que no!

—… pero él nos quiere.

Que no. Cerré de un portazo y subí las escaleras de tres en tres. Me largaba. ¿Por dónde empezar? El viejo montó el títere del tronco para que yo necesitase un perdón. Qué cutre. Supongo que pensaba que solo corriendo con él podría redimirme. Era su juego. Berreaba y coceaba, pero lo importante se movía bajo la mesa. Contaba con el apoyo de mi madre. Supongo que le bastó con mencionarlo de pasada antes de acostarse. A ella se le vendría el mundo encima. Avistaría el problema y actuaría con la única herramienta que manejaba: el control de la culpa. Y ahí estaba yo, con ojeras y 29 años, apelotonando mis jerséis en la maleta, a punto de desencajar las cremalleras, viendo con claridad las costuras del plan de mi propio padre y todavía incapaz de trocearlo y digerirlo. Era demasiado. Yo sabía que las cosas serían parecidas, pero me superaba que fueran calcadas. Y ya nadie podía decir que yo fuera un crío. Y que él, un tipo de 55. Que unos se templan antes y otros después. Por mi parte, la única opción de sentar un precedente era largarme. Decir: bien, veo esto, muestro mi disconformidad y no perpetúo esta dinámica. «No perpetúo esta dinámica». Eso le jodería al viejo. Ojalá me lo cruzase de madrugada en el pasillo. Le gritaría: «¡No perpetúo esta dinámica! ¡No perpetúo esta dinámica! ¡No perpetúo esta dinámica!». Y los ojos y las orejas le arderían, de tanto complejo. Puto viejo. Era demasiado. Quizá en otro momento las cosas fueran diferentes. Ahora

era imposible. Guardé el libro de Dayo Kane, el portátil, los folios. Cerré la puerta de mi habitación. Me aguanté las ganas de mear. La mera posibilidad de cruzarme con el viejo por el pasillo me daba escalofríos. Puto viejo. Me dormí enseguida.

Fuente Librilla. Mañana del 26

El despertador me asustó a las 7. Pensé que debía cambiar de una vez la canción. *Subway Joe*, de Joe Bataan, un temazo para cualquier cosa que no fuera abrir los ojos con tranquilidad. Además, corría el riesgo de aborrecerla y nunca poder escucharla como… Me perdí en ese tipo de elucubraciones hasta que Joe volvió a gritar. Mierda. 7:05. El autobús salía a y media. Me embutí los vaqueros. Camiseta, jersey, cazadora. Observé los laterales de las zapatillas mientras me las ataba. La goma cuarteada de las suelas deslumbraba. Nadie adivinaría que había patinado sobre una mierda 48 horas antes. Aún necesitaba a mi madre para llevar las ruedas limpias. La pelota de tenis me volvió a la garganta. Sentí vergüenza. Moqueé. Mi pobre madre. Saqué un folio de la maleta y me senté al escritorio. A ella sí le debía una explicación. Leí lo que había escrito. Menuda basura. Convertí el folio en un gurruño. Saqué otro. No tenía sentido exponerla a una retahíla que contenía la verdad, claro, ni tampoco a una masa viscosa de pensamientos que no llevaban a nada y que yo ni siquiera sabía identificar como causas, consecuencias o lo que sean las cosas que no son causas ni consecuencias. 7:12. Mierda, mierda. Escribí: *Te quiero, mamá. Volveré.* Taché el *volveré*. ¿Quién era yo, Batman? *Te quiero, mamá*. Y luego: *Te quiere, tu hijo*. Y luego: *Santini*. 7:15. Dios, era ridículo. Taché. Parecía que alguien hubiese usado el folio para comprobar el caudal de tinta de todos los bolis de su casa. Dejé la primera frase. Dice poco, pensé, pero dice la verdad. Me pareció suficiente.

Bajé las escaleras de puntillas. De tres en tres. Casi me como el muro de uno de los descansillos. La maleta se me clavaba en los gemelos. Cerré la puerta con suavidad. 7:20. Al pisar la acera, me di cuenta de que me seguía meando. Lo solucioné en el callejón de la Salera. Volví a girar y vi la Vanette, aparcada junto a la persiana del supermercado. Me asomé. Los corcoveos del viejo habían descolocado la esterilla del asiento trasero. En las esquinas

aparecían boquetes de esponja naranja boniato. La leña seguía en la carga. Mi hermano la descargaría aquella mañana. Una figura motorizada pasó por delante. Reconocí la Mobylette del Listo. Pitó dos veces. Levanté la mano. 7:25. Subí la cuesta. Un par de viejas de luto cruzaban la plaza de la iglesia. Empezó a chispear. Las prisas me impidieron darle vueltas a la sensación de haber vuelto demasiado pronto. Llegué al banco de madera verde. Lo habían pintado hacía poco. Me senté. Las rodillas me temblaban. 7:30. Estaba al pasar. El autobús salía de Mula, pasaba por Albudeite, Campos del Río, Pliego, Fuente Librilla, Barqueros, donde se subían los adolescentes que iban al instituto Sanje, y llegaba a Murcia. Contando los mastuerzos barquereños, incapaces de hablar hasta que el día no se aclarara, el volumen de pasajeros oscilaba entre los dos y los 12. El autobús del silencio, lo llamaba yo. Diez años antes me subí a ese mismo mamotreto de hierro jurando no volver a Fuente Librilla. Tampoco había salido el sol. 7:35. A veces se retrasaba. A pesar de la escasa circulación, menear un tormo de ese tamaño por las curvas de la sierra requería aplomo. En algunos tramos, un trozo de la carrocería quedaba suspendido en el aire. De camino al instituto, con la mejilla pegada al cristal helado, alguna vez deseé un despeño. Algo. Que pasara *algo*. 7:40. ¿Y si habían eliminado la ruta? No, no. Volví a pensar en el día en que me largué. El autobús del silencio, susurré en el pasillo, braceando los reposacabezas hasta llegar al tercio trasero. Me senté junto a la ventana y empecé a tararear *The sounds of silence*. La canción de mi madre. «Pon a Simón y a Garfunkel», me decía cuando nos quedábamos solos en la tienda. *Hello, darkness, my old friend*, repetía yo, el vaho helado saliendo de la boca y difuminándose en esas tapicerías que guardaban polvo de la guerra. Entonces pensé en que no se podía ser más obvio. Había recreado aquella mañana durante meses. Piazo a piazo. La espera, pagar el tique, sentarme, cruzar la autovía, llegar a la civilización, pegar la oreja al asfalto, sentir los atascos en las tripas. Y llegaba el día y tarareaba la canción favorita de mi madre. Me centré en *Pinhead*, de los Ramones. Tenía en la cabeza cada golpe de bombo, las inflexiones de Joey, los silencios de la guitarra de Johnny. Tanto, que me permitía pensar en otra cosa mientras la recreaba. Y pensé en Simón y Garfunkel y en mi madre subiendo a despertarme y

bajando las escaleras llorando y en el olor a café quemado. La leche ardiendo. Las galletas maría, que se le quedaban en el aliento hasta la comida. Pero «no hay mayor tragedia para un padre que un hijo que no vive su vida». Eso cantaba Jonathan Richman. Y yo pensaba soltárselo a mi madre llorosa alguna vez por teléfono, en una cabina, que creía yo que en 2010 se seguían usando cabinas en las ciudades.

7:50. Saqué el móvil. Desbloqueé la pantalla. Cinco mensajes de wasap. Dos mails. Busqué *autobús Fuente Librilla*. La pantalla se quedó en blanco. La barra azul se congeló un poco antes de la mitad. *No dispone de conexión*. Sus muertos. Agité el móvil. A mediados de la década de los 2000, algunos decían que la cobertura se pillaba así. Nada. Respiré hondo. Me retrepé en el respaldo del banco. Aguantaría otra media hora. Si no llegaba, llamaría a un taxi. El trayecto hasta Murcia me saldría por unos 50 o 60 euros. Una fortuna, en mi situación, pero era vida o muerte. Ya comería arroz blanco tres semanas. Oí cómo se levantaban dos o tres persianas metálicas. El día se echaba encima. 8:00. Una figura chaparra apareció por el callejón de la panadería. Se acercaba. Caminaba en la posición de frío: manos en bolsillos, brazos pegados al tronco, muslos juntos, barbilla en el esternón, vientre apretado. La capucha y la braga me impedían verle la cara.

—Eh —dijo.

—Eh.

Se apoyó en el poste de la luz. Entonces distinguí las Paredes grises. Los pies en ángulo recto.

—¿Jesús?

—¿Es que te vas?

—Sí.

—Ah.

Se sentó a mi lado. Olía a tomillo. Respiraba por la boca.

—¿A qué hora pasa ahora el autobús?

—Poh —se encogió de hombros—, depende.

—¿De qué?

—Unos días más antes, otros más después…

—¿Pero tan tarde?

—Depende —volvió a levantar los hombros.

Se bajó la braga y carraspeó y clavó un escupitajo al pie del poste de luz.

—No, pero pasar, pasa.

Asentí. ¿Descargaría la leña al volver? No le pregunté. Temía que encontrase desprecio. Me seguía mirando de reojo cada vez que decía algo. Yo bajaba la mirada o asentía de una forma exagerada. En los últimos días de mi adolescencia llevé la máquina a todo lo que daba. Quería saber dónde estaba el límite de mi hermano, en qué momento se le hincharían los sesos, se giraría y me tumbaría de un trompazo. Nunca lo encontré.

—Hermano —dijo—, yo sé que…

Y se me vino el mundo encima. Lo abracé por el cuello. Mi pobre hermano.

—Yo sé que… —seguía, intentando liberar un trocico de cuello para respirar y hablar.

—Da igual, da igual.

¿Me podría perdonar alguna vez? ¿Seríamos capaces en los 50 años que nos quedaran de empezar de cero?

—No, no, que digo que yo sé que…

Noté su aliento en el cuero cabelludo. Chasqueó. Lo solté. Me saqué un pañuelo del bolsillo y moqueé un volcán entero.

—En fin —dijo—, que yo te pido que te quedes, hermano. El papá está pa morirse… y le daría gusto… en fin, vernos unidos, a la familia, ¿sabes lo que te quiero decir?

—Claro.

—No, ¿pero tú sabes lo que te quiero decir de verdad?

—Claro, claro.

Mi pobre hermano. Ni siquiera la mención a mi padre me levantó un remolino de rabia. Tenía razón. ¿Adónde iba yo? Me fijé en el trozo de carne que rodeaba sus ojos. Vi al cromañón Ropasuelta, a nuestros tatarabuelos, al bisabuelo marchante de ganado, al abuelo probando con el embutido, a nuestro padre, a mis hijos, sus sobrinos, a mis nietos. Los amaba. A todos. Claro que correría la carrera. Correría hasta que se me quebrasen los huesos.

El autobús apareció por la esquina de la Vereda.

—Anda, ahora —dijo mi hermano con suficiencia.

El mismo trasto que nos llevaba al instituto. La chapa blanca con líneas azules. El logo de Iasa en el rosa más feo que han visto estos ojos. El conductor redujo y frenó a nuestra altura. Mi hermano agitó el brazo.

—Pasa, pasa —dijo.

El conductor nos señaló. Jesús se levantó y volvió a agitar el brazo.

—¡Que pases, hostias!

Fuente Librilla. Mañana del 26

Subí las escaleras de tres en tres. Saqué el portátil y los folios de la maleta. El libro de Dayo Kane. Me fijé en su cara. Esa mirada… si ese tipo no me hubiera cambiado la vida, me habría gustado pegarle un guantazo. ¿Por qué todos los escritores, incluso los buenos, se compran una docena de jerséis negros de cuello alto cuando tienen éxito? Busqué la nota a mi madre. Había desaparecido. La luz del salón estaba encendida. Oí el vapor de la plancha. Mi madre doblando las sábanas limpias.

—¡Qué madrugaor! —dijo. Tenía las gafas empañadas.

—¿Ves bien con las gafas así?

—No —se encogió de hombros—, pero como tampoco tengo na que ver…

Se sacó el trozo de folio del bolsillo de la bata. Abrió los brazos y ladeó la cabeza. Me acerqué. Nos abrazamos. La bata le olía a hervido. *Hirvido*, como decía ella. Me apretó. Me soltó.

—Mamá, ¿tú sabes por qué se fue el Millonario?

—¿Yo? No, yo no sé na —se giró hacia la montaña de camisetas arrugadas—. Se ha dicho de to.

—Algo sabrás, toda la vida en el mostrador. La gente entrando y saliendo…

Me miró y levantó el índice.

—Eso te lo tiene que contar tu padre.

—¿El qué?

Volvió al montón de ropa y bufó. Emparejó tres calcetines y me miró. El labio le temblaba.

—El Millonario se fue por una historia con tu padre. Una cosa recia. Te la tiene que contar él.

—¿Sabes dónde está el papá?

—Poh.

Dobló una toalla y la colocó junto a la pila de ropa doblada que ocupaba la mitad del sofá. La otra mitad, el montón por planchar. Levantó una camisa y le estiró las mangas. Fui a su habitación, al baño, al balcón, la mesa junto a su jamonero, el laberinto de estanterías a medio desmontar. Nada. Entonces caí en la cuenta: sin bancal y sin tienda, el Ropasuelta solo podía estar en un sitio.

Si un peo de Dios como Fuente Librilla tuviera un centro cerebral, sería el colegio, en la cúspide de la cuesta. Si hubiera, además, un centro neurálgico, sería el ambulatorio: las viejas con sus botes de meado, los viejos con sus rodillas fundidas, el resto del mundo en chándal lila. Si, por lo que fuera, hubiese un centro emocional, sería el bar del Librillano. Quedaba a unos 100 metros de nuestra casa. Frente a la farmacia, que era el vértice superior del triángulo conocido como la Boquera. Allí pasaban las cosas que daban forma al relato popular del pueblo. Allí se fundió el motor del Clio blanco de Faroles, que insistía en conducir siempre en primera para que el coche no perdiera fuerza. Allí la maestra Loli le estampó las escrituras de su propia casa al Barbas, que decía que el chalé del puente era ilegal. Allí le partieron la cara a Dumbo el día que el Barça de Guardiola ganó no sé qué mierda de copa y él decía que los del Madrid ganábamos sin disfrutar. Y a Juan de Pliego le cascaron un culatazo en el cuello —que le cambió hasta el color del pelo— por discutir sobre unas horas de agua del riego. Y al Breva por amañar la copa de cazadores.

El Librillano era un tipo canoso con delantal blanco y polo marrón churretoso al que las piernas se le intuían. Cuando vivía su mujer, la Paquita, el bar servía desayunos, comidas y cenas. Nunca fueron el culmen de lo exquisito, pero doblaban las servilletas. Luego ella murió y a José le pasó como a mi padre con la furgoneta: le dolían hasta las baldosas. Dejó de servir comida. Vendió la vitrina de la barra y nunca tapó los agujeros de los tornillos en el mármol negro. Yo metía los meñiques de crío. Al polo marrón le salieron más churretes. Se centró, o se dejó centrar, en el dominó, Real Madrid TV, los Helados Royne y los carajillos. Se hizo de culto, vamos. Su parroquia respondió. Entre ellos estaba mi padre, miembro destacado y

respetado. Las pocas veces que decía algo, el resto callaba. Ostentaba la autoridad inapelable del que trabaja antes que el resto: el Ropasuelta le echaba un par de horas al bancal antes de que amaneciera. Subía sobre las nueve. Media sonrisa, la cara brillante de sudor y la azada al hombro. Se hincaba su carajillo y levantaba la persiana de la tienda.

—¡Pijo qué bigote, te paeces a Stielike!

—¡Hombre, Listo, feliz Navidad!

Me ofreció la mano. Se la estreché. Era como rasparse con el tronco de una higuera.

—¡Feliz Navidad, nene!

—¿Quéééé?

—Pos na. Voy pa dentro a ver —señaló la puerta del bar.

Además de por las putas de Guardamar y por sus andares, el Listo era célebre por sus presagios. Se jactaba de haber previsto el 11-M, pero aquello no fue más que un chispazo en una trayectoria negra: en su momento afirmó que Messi no le llegaba a la suela de las botas a Robinho, que Sergio Ramos no era central para el Madrid y que Felipe VI no llegaría a reinar. También era famosa su guerra sin cuartel contra las serpientes. Férreo guardián de sus gallinas, había desarrollado una técnica perfecta de exterminio. Encaraba al bicho cerca de una pared. Trazaba un círculo en el aire con la mano izquierda y con la derecha la agarraba de la cola. Antes de que se pudiera revolver, el Listo le reventaba el cráneo contra el muro. Todo en menos de cuatro segundos. Cuando el motor de su C-15 ardió se gobernó una Mobylette verde. En el culo del asiento ataba un manojo de esparto «para espantar a los municipales». Sujetó la puerta y me indicó con la cabeza que entrase.

—¡Se te va a congelar el bigote, Stielike! —dijo, y me cascó un pescozón.

Al bar le sobraban sillas. Unas cinco o seis formaban un semicírculo al fondo, frente a la tele. Otras tantas rodeaban la mesa del dominó, a la izquierda, tras el pilar. Junto a la pared se levantaban tres pilas que se torcían y quedaban a un soplido de volcar. Las demás estaban esparcidas. El Listo se abrió camino y llegó a la tele. Lo seguí.

—¿Quéééé? —dijo.

—¡Eh! —saludó alguno.

—¿Habéis visto a quién me he encontrao? —me palmeó el hombro.

Los cuellos se giraron. Ninguno pertenecía a mi padre.

—¡Eeeeh!

—¡Pijo!

—¡Qué bigote!

Saludé con la barbilla. Eran los cuellos del Librillano, de Felipe de Pliego y de Macanás padre. Junto al Ropasuelta, el Listo y Alegrías formaban la Hermandad del Carajillo. Volvieron a la tele: la final de la décima Champions del Madrid. Sin voz, porque el Librillano no soportaba a los comentaristas de Real Madrid TV. Busqué a mi padre con la mirada. Nada. El pilar seguía forrado de fotos. José con sus hijos y la Paquita. Con Pirri, un día en la puerta de la Condomina. Al otro lado, parapetada, la mesa del dominó. Se oían los zamarrazos de las fichas contra la mesa. Una rama de higuera se me enganchó al brazo.

—¿Qué vas a querer, nene? —me preguntó el Listo.

El Librillano arrastró la silla y atravesó la barra. Avanzaba a trompicones, pero rápido.

—¿Te gusta la cerveza? ¡Capullo si te gusta, no le va a gustar al hijo del Ropasuelta! ¡José, ponle un tercio al zagal!

La cámara se centró en Isco, que se subía las calcetas en la banda.

—¡Bien, bien, el zagal! —gritó otro.

—Ese sabe jugar la pelota…

El Librillano me puso el tercio en la mejilla. Se sentó.

—Sabe jugarla —dijo—, pero a veces le gusta muncho monear.

Otra cosa que no soportaba eran los pases hacia atrás. Si un extremo se llegaba a tres cuartos, veía negro el percal, giraba y se la pasaba al lateral, José bufaba. «¡Ya estamos con los toquecicos!». El cambio de Isco vino bien. El Madrid ya tenía la pelota, pero el patizambo le dio otro aire. Más profundidad, algún cambio de juego, alguna cabriola… otra gracia.

—¿Y mi padre? —pregunté al aire.

—¡A la banda, hostias, está solo el tío!

—¡Eeeesa era!

No les importaba que el partido terminase diez años antes. Sabían que Modrić centraría en el último minuto y Ramos la cruzaría con la cabeza y la pelota botaría una vez antes de entrar en la portería y el Madrid metería tres más en la prórroga. Y daba igual. Para ellos, los días tenían la forma de un eterno retorno en el que iban muriendo y El Equipo seguía ganando copas de Europa.

Le di un trago al tercio. Rodeé el pilar. Las fichas del dominó formaban una T en la mesa de conglomerado marrón. Un brazo se levantó y golpeó el tablero.

—¡Pito doble!

—¡Hostias!

Al contrario que en la Zona Fútbol, en la Zona Dominó los cuerpos se apretujaban en una masa uniforme de boinas negras, brazos y narices asomantes. Encontré la de mi padre. Removía los posos de un vaso de tintorro. Se pasó el labio inferior por el superior, gesto heredero de sus años de bigote. Me coloqué detrás de él. Se giró.

—¡Eh, nene! ¿Qué dices?

—¿Es tu zagal, Matías? —dijo una boina.

—Mi menor, sí —se giró hacia mí a dos por hora. Estaba borracho—. ¿Qué quieres?

—¿Podemos hablar?

—Cla-ro —bajó los ojos. Cuando se bebía cuatro, separaba algunas palabras en sílabas. Los labios le bailaban.

—Fuera —dije—, un momento.

Suspiró y levantó las cejas. Arrastró la silla.

—¡Y cierro! —dijo una boina.

—¡Hostias!

Salimos. El sol había atemperado el aire de la sierra. Se agradecía.

—Voy a correr contigo, papá.

—Ah, ya.

Nos quedamos en silencio. Levantó la cabeza hacia el monte.

—Si le da por chispear, ahí arriba es nie-ve.

—La carrera, digo —dije—, que la voy a correr contigo.

—¡Que sí, nene! ¡Claro que la vas a co-rrer conmigo!

La puerta se abrió. El Listo asomó la cabeza.

—¡Venirse! ¡Última jugada, centra el Modrić, yo no sé qué va a pasar!

Mi padre eructó y me palmeó el hombro. Bajó la cabeza y subió el escalón del bar simulando una leve cojera. Lo observé esquivando las sillas.

—¡Goooooooooool! —gritaron al fondo—. ¡Qué huevos, me cago en Dios! ¡Gol!

El Ropasuelta levantó los brazos y aplaudió. Volví a casa. Olía a sopa de pollo. Subí las escaleras de tres en tres. ¿Mi padre sabía que iba a correr la carrera? ¿Es que cuando rondas los 70 eres capaz de identificar qué partes de tu propio ADN brotarán en un momento concreto de la vida de tu descendencia? O eso, o era adivino como el Listo. Si me hubiera ido, la escena habría sido parecida. «Yo sabía que no iba a correr conmigo», le diría a mi madre. Me lancé a la cama. Solté aire. Era pronto para darle vueltas. El viejo… habría salido por ahí. Navidad, jubilación, el Madrid ganando otra Champions… se le habían juntado muchas cosas. «¡Claro que vas a correr conmigo!», yo qué sé. Una frase como cualquier otra.

Fuente Librilla. Mañana del 26

Descubrí a Dayo Kane en la Biblioteca Regional de Murcia. A los 18, yo leía por el nombre del autor. Me tragué al cansalmas de David Foster Wallace. Después de todo, nadie se llama David Foster Wallace. Con Francis Scott Fitzgerald no fue tan mal, pero siempre tuve la sensación de que no le salió de los dedos nada a la altura de su nombre. John Dos Passos, Jeffrey Eugenides, Herman Hesse, Carson McCullers. Ese tal Mijaíl Bulgákov. El otro, Jack Kerouac y sus compadres: Corso, el gafas de Ginsberg. Un día fui a la K. No encontré a Philip K. Dick. Ya que estaba allí, di vuelta a la estantería. Junto a un libro manoseado de Kafka se escondía un lomo negro con letras blancas, editorial Contubernio, número 138, *Los trapos sucios*, de un tal Kane. Lo saqué, por sacarlo. Olía a toalla recién usada. Algunas páginas se caían. En la contraportada había una frase de Antonio Oliva, crítico de *El Cultural*. Decía que era «un fresco sin igual de los bajos fondos norteamericanos». Yo, que tampoco había leído mucho, empezaba a preguntarme si todos los libros eran frescos sin igual de algo. Aquello era la hostia. Kane contaba la historia de Damian Kovalski, el nieto de unos migrantes polacos que vivía en Denver —como él— y quería ser escritor. Lo leí tres veces. Me di cuenta de que *eso* era de lo que hablaban los otros escritores. Tampoco sabía ponerle nombre, pero sentí por primera vez la pulsión de dejar de picotear y hundir el hocico en los ocho libros de un mismo autor. Quise tener 80 euros, llegar a Diego Marín y decirle: «Dayo Kane, dámelo todo».

Damian Kovalski se enamoraba y desenamoraba, las tenía con su padre, pensaba que algún día ajustaría cuentas con el mundo. Se emborrachaba y hacía el ridículo. Como todos. Pero había algo. La manera de criticar al mundo entero solo después de haber hurgado en sus propias llagas. El baile esquizofrénico entre considerarse Dios y un pelagatos, con frecuencia en

páginas consecutivas. La voz, Señor, ¡la voz! No diré eso de que cambió mi vida, pero vi las cosas de otra manera. Desde otro sitio. Se podía: no había que ser tan listo como Foster Wallace ni tan valiente como Kerouac ni tan elegante como Fitzgerald. Era suficiente con sentir las cosas y querer contar algo. No era suficiente, eso lo vería luego, pero sí era un comienzo. «¡Vive, Kovalski, vive! —se decía a sí mismo cuando llegó a Los Ángeles con 20 años—. ¡Ya tendrás 30 años y escribirás!». Y yo lanzaba el libro al cielo de Santa María de Gracia y aplaudía y vitoreaba y luego lo acunaba de nuevo.

Desbloqueé el móvil. Dos mails. Infojobs me deseaba feliz Navidad. En Tusclasesparticulares.com se preguntaban si no quería pagar 13 euros para «posicionar» mi anuncio. Borré. Fui al wasap. Uno de Sara: una ristra de caras amarillas llorando de risa. Iba a contestarle con otra ristra de caras amarillas. Sonrientes y con una gota de sudor perlando la frente, en este caso. Lo borré. El otro mensaje era del Petecas. Decía: «Nos vemos esta noche crak» y una cara amarilla guiñando un ojo. Hosti, se me había olvidado. Solté el móvil y me retrepé en el cabecero. Me fijé en la cara de Dayo Kane. «Mira a tu alrededor —decía—. El mundo está lleno de gente contando sus historias. Esas historias son minas donde los escritores pueden encontrar oro». Petecas padre y Petecas hijo una mina, Señor mío. Quién lo iba a decir. Oí el quejido de un motor inconfundible. Me levanté y aparté la cortina de un manotazo. Allí estaba: la Rieju Marathon de Raimundo Palacios. En el asiento, un bloque humano envuelto en un plumas verde coronado por una gorra de Cajamurcia. Supuse que la de la CAM se habría desintegrado. Del pescuezo le seguía brotando un ramillete de pelos. Raimundo era más tonto que mi hermano, pero según mi madre «se sacaba más partido». No tenía hermanos. Se contaba que, cuando lo vieron crecer, la Torera y Bonifacio pensaron que con uno ya estaba bien. El Ayuntamiento de Mula lo contrataba para la megafonía. También pasaba lista en el ambulatorio. Así se levantaba sus 700 u 800 al mes. 700 u 800 que se fundía en guitarras, pedales de guitarra, amplificadores, mesas de mezclas, películas. «Si yo tengo más de ohmil o tres mil películas», decía a menudo. También discos. Le obsesionaba Gary Moore. Un invierno le dio por decir que Patricia, la hermana de Gary, era su amiga. «Hablamos por Facebuk, sí,

Patricia Moore, muy simpática», aclaraba, los ojos soltando neones. Editaba sus propios discos. Se grababa con el micro del ordenador, lo copiaba en un Verbatim y le colocaba una carátula.

Bajé las escaleras en cuatro o cinco brincos y giré por el callejón de la Salera.

¡Raimundo! —grité— ¡Raymond!

Su primer disco se tituló *Atrás al blues*. La portada era un calco del *Back to the blues* de su ídolo. No sé cómo se las gobernó para quitar «Gary Moore» y poner «Raymond Palas» (su nombre artístico), pero lo hizo. Me regaló una copia. Cantaba como si su padre lo hubiera pillado masturbándose. También plagiaba en Facebook. Letras de Manolo García, Carlos Goñi, Rosana. Las copiaba y pegaba. Encima, de estado, un «Raimundo Palacios se siente inspirado». Y una cara amarilla con estrellas en los ojos.

La moto se perdía Boquera abajo. Bajé corriendo. Me lo solía cruzar al volver del instituto. Me contaba que se había bajado la discografía completa de Eric Clapton. O de Buddy Guy. O de Joe Bonamassa. Y que era gente que tocaba «con gracia», pero que no le llegaba «a la suela los zapatos al Gary Moore». Y que él hablaba «por Facebuk con Patricia Moore, que es la hermana de Gary Moore, sí, muy simpática». Yo nunca le dije que odiaba esa música. Que los solos de guitarra huelen a calzoncillos pegajosos. Que la gente que tocaba unplugged se coloca justo detrás de los nazis a la hora del Juicio Final. Supongo que compartíamos la condición de lo-otro. Nos gustaba lo no-Estopa. Lo no-Daddy Yankee. Es posible que desde la cúspide de mi torre de prepotencia, rencor, pajas y granos a punto de infectarse viese ahí mismo su capacidad de redención. El resto del pueblo lo ignoraba. Ocupaba la plaza de tonto-que-da-pena. La otra cara de la moneda, José Macarrones, un pobre diablo que respondía «mmm macarrones» cuando le preguntabas qué había comido, era el que se tragaba los cacahuetes y los pelotazos. Raimundo era Raimundico, no daba ni para un mote. Encima, su padre se mató con la furgoneta en el camino del Trasvase. Bajábamos juntos hasta la Boquera. Ahí él seguía hasta el Llano, donde su madre creó algo parecido a un hogar. Al despedirnos, me agarraba del brazo y me invitaba a

su casa. Se había comprado una Fender Stratocaster. Lila. La más fea que tendría el tío de la tienda. La llamó Rosalía. Decía que quería ponerle Rosalie, como hizo Gary Moore, pero que lo mismo era demasiado. Quería que la viese. Nunca fui. La moto paró junto al callejón de los contenedores.

—¡Raimundo! —repetí.

Se giró, sorprendido.

—¿Es usted Raymond Palas, el padrino del blues en el sureste español?

—¿Qué? —los ojos se le iluminaron, se quitó la gorra—. ¡Acho, hostias, eres el Santini!

—¿Cómo vas?

Le pasé el brazo por el hombro y se me acercó. Olía a gasolina. Fue un abrazo raro, con la moto ahí en medio. Con tanto sudor y tanto frío.

—¡Bien, bien! ¿Y tú? Acho, vaya bigote. Está guapo, le paeces al Carlos Santana, ¿sabes el que te digo? Carlos Santana, el de las guitarras, el que lleva un gorro blanco que siempre está calladico…

—¿Qué giro llevas?

—Pos na —señaló la rueda de la moto con desprecio—, que tengo que hacerle una chispa rodaje a la burra, que está vieja. ¿Y tú?

Lo vi clarísimo.

—Na, te acompaño.

Sixto de la Cierva tenía cinco casas en Fuente Librilla. Una en el tercio bajo de la cuesta, junto al camino que llevaba al Llano. Dos pared con pared a tres bancales del cementerio, una junto al campo de fútbol y otra en la Trasera, la calle más cercana a los cebaderos de las tres que vertebraban el pueblo. Vivía en esta última. En una esquina. La misma altura que la iglesia, tres pisos que intimidaban y encogían al resto de muros de la calle. Raimundo cruzó por el callejón de la Peluquera. En las curvas sacaba el pie y silbaba. Vi el torreón al fondo. Polvoriento y con manchas de humedad. A los solares vecinos les había ido peor. De uno salía un perro cojo con moscas alrededor. Hierbas y piedras. Cholecks estrujados. Al otro lado quedaba en pie un muro apuntalado. Raimundo frenó y bajé de la moto. Él apoyó un pie.

—Esto está pa meter la pala. Pero to, ¿eh? Empezar por una punta y terminar por la otra.

—¿Cuánto tiempo llevará cerrada?

—¿Eh?

—La casa —señalé con la barbilla.

—¿La casa qué?

—Que cuánto tiempo llevará cerrada la casa, digo.

—Ah —dijo, se quitó la gorra y apagó el motor—. Años. Yo qué sé. Munchos años.

Las ventanas estaban tapiadas. El perro se alejó cuesta arriba. Rodeé la esquina. A ese lado quedaba la escalera y una terraza. Un toldo tapado por una bolsa de basura agujereada. Se veía un tramo del descansillo. Entre el segundo y el tercer piso quedaba hueco para un híbrido entre patio y sala de estar. Eso es tener dinero, me dije, convertir la ignorancia y las dudas en nuevas formas de arquitectura. No había rastro de la pérgola de la azotea. Cuando pasaba de crío se oían vasos contra mesas, música suave, sillas arrastrando y risas. Venga risas. Yo me preguntaba qué podía hacerle tanta gracia a esa gente, que luego te la cruzabas por la acera y llevaban la cara mojada en vinagre. Concluí que sería la altura en sí misma. Lo mismo alegraba los cuerpos. La puerta de la verja estaba cerrada con dos candados oxidados. Apoyé el pie en los remaches de las barras verticales y salté.

—¡Ten cuidao! —oí a mi espalda.

Subí las escaleras de la entrada. En el suelo quedaban manchas. Mesa, cuatro sillas y, si no recordaba mal, un banco de madera pegado a la pared. Nunca vi a nadie sentado ahí. Esa es otra característica propia de las casas de los ricos: estancias que nunca se utilizan. Hablar de «estancias», qué demonios.

—Los hierros de las puertas tan viejas, cuando se enrobinan tienen infecciones. Eso te roza y te hace mistos.

—¿Tú sabes por qué se fueron, Raimundo?

La cerradura de la puerta no tenía manija. Estaba cortada de cuajo. No había mucho que hacer. Volví a la acera y rodeé la fachada. Una hilera de barrotes ondulados de hierro protegía cada ventana. Me agarré a dos de

ellos. Apoyé los pies en la pared y escalé varios metros. Tiré de uno de los topes que atravesaban las lamas y levanté un palmo de persiana. Una araña enana se escondió entre los pliegues de PVC. Bajé de un salto. Me crujió el tobillo.

—¡Raimundo!

—¿Qué? —se volvió a poner la gorra.

—Que por qué se fueron. El Millonario y la familia.

—¡Poh! —levantó los hombros— Vete a saber. Dicen que tuvieron que irse con la hija a América del Norte, ¿no? Que estaba mala.

—No lo sé. Podría ser, pero… ¿por qué no volvieron?

—Lo mismo les gustó aquello. Cuando tienes perras es que puedes vivir donde más te guste, ¿sabes lo que te digo?

A ras de suelo quedaba otra ventana. Ventilación del garaje, supuse. Me agaché. El extremo derecho estaba partido, con un agujero con la forma de la Región de Murcia. Me cabía el puño. Acerqué la cara. Los rayos de luz penetraban desde la otra esquina, pero no llegaban al suelo. Nada. Me levanté y me sacudí el polvo de las rodillas.

—Sabes que si tuviera yo perras me iba a volver de América del Norte. ¡Un capullo me iba a volver!

—Allí que están todos los que te gustan a ti, además…

—¿Qué?

—Los del blues…

—Ah, sí, válgame Dios. Eh, Santini, to el santo día de conciertos. Eso tiene que dar gloria. Y venga blues.

Me senté en la acera de enfrente, junto a la moto. Qué dice de alguien su casa cuando está cerrada. Me pregunté qué diría Dayo Kane. Un palacete venido a menos, maltratado por el sol, el aire y la lluvia, que aun así aguantaría un día más que la pared más resistente del pueblo, pero eso se podía decir de la casa de cualquiera con millones. ¿Dónde estaba la particularidad? La personalidad. La prueba de que allí vivió Sixto de la Cierva y no Amancio Ortega. O quizá don Sixto era eso, un cualquiera con millones. Me acerqué al cejo que daba al bancal de los cebaderos. Un operario salió de una nave con un caldero a cada mano.

Volvimos por el callejón de la Peluquera. No tenía demasiada fe en visitar las otras casas del Millonario. A veces las alquilaba a las maestras que venían a la escuela y preferían vivir en un grano infectado en el culo del mundo a recorrer a diario la travesía infernal hasta Murcia. Dicen que también se quedaban sus familiares. En Navidad. Venían una semana y pico y el Millonario les dejaba una casa entera. Quizá ahí estuviera su complejo. No con su familia, que eran todos más del campo que las cabras. Con la de su mujer, que sí venían de la ciudad. Y no hay billetes en el mundo que le quiten a uno ese guiño de ojo pueblerino cuando el sol te golpea de frente. Igual Sixto lo sabía. Y respondía con casas. Una respuesta tan contundente y anacrónica que dejaría a sus cuñados desorientados. Encendiendo la lumbre sin saber muy bien qué había pasado. O por qué.

Raimundo frenó al llegar a mi casa.

—¡Ha llegado a su destino! —dijo con voz de azafato y empezó a reírse.

—Qué buen paseo, pijo.

—Pos sí, si quieres otro día seguimos la ruta.

—Claro, claro… ¿y la guitarra qué? ¿Cómo la llevas?

—No, ya no…—bajó la vista y rodeó con el tapón del depósito de la gasolina.

—¿Cómo que no? ¿Se ha acabado el blues?

—Yo me creo que sí, amigo —levantó los hombros. Miró al cielo y tragó aire—. No se me daba a mí el blues.

—Bueno… ¡ya volverá! ¿Y tu madre qué?

—Murió hace tres años, el bicho ese que mata a to el mundo —apretó los labios.

—Joder, lo siento mucho.

Bajé un escalón y le abracé. Otro abrazo sudado y frío con una Rieju Marathon de por medio.

—Na, si estoy bien. Bastante aguantó… era más dura que las piedras, me cago en Dios.

—Oye, si necesitas cualquier cosa…

—Na, si estoy bien. —Sorbió aire por la nariz y metió puño— . ¡Oye, qué buen paseo, pijo! ¡Nos vemos, Santini, amigo!

Fuente Librilla. Tarde del 26

Me despertó el goteo del agua en la chapa del tejado de la Vinatera. Encendí la luz de la mesa de noche. Eran las cinco. Me levanté. Busqué en mi maleta algo parecido a un chándal. Nada. Abrí el armario. Allí seguían mis trapos adolescentes. Como no había más hijos, ni sobrinos o nietos, la ropa se acumulaba en las lejas de mi habitación. Jerséis, chaquetas, camisas, camisetas básicas de mi padre y de mi hermano. Vaqueros Lois, que duran toda la vida. Cualquier prenda no-rosa y no-palabra-de-honor de la Rosario. Me enfundé una sudadera negra de Deportes Valero. Las mangas se me quedaban a medio brazo. Pasaba lo mismo con las perneras del pantalón gris. Fui al baño. Meé. Me eché un chorro de agua a la cara. Se me helaron los sesos. Bajé las escaleras de dos en dos. Abrí la puerta de la casa-tienda.

—¿Amos?

Mi padre se había colocado una cinta amarillo pelota de tenis en la mitad de la frente.

—¿Y eso? —dije.

—Amos.

De camino a la Vereda pensé en preguntarle por Sixto de la Cierva. Ya no llovía. En la sierra se veían algunos parches blancos. Noté el sabor de la sangre en la boca. A unos 200 metros de la esquina de la Vereda se endurecía la carrera.

—¿Has estirado? —le dije a mi padre.

—Hmmm.

—Es importante.

Me miró.

—Estirar, digo —dije.

Volvió la mirada hacia delante. Corría como si fuese a la vez un toro a punto de embestir y un barrigón a centésimas de comerse el suelo. Cada poco soltaba un ruido. «¡Ñieeeee!» O: «¡Gooo!». La cinta se le había escurrido de la frente y le apelotonaba las cejas. Yo no iba mejor. Los tobillos me crujían a cada paso. Notaba el fémur. Notaba cómo se desenroscaba de la cadera. Los pulmones y el corazón hacían lo que podían. No era mucho. Por debajo, el tronco y las rodillas heladas y ardiendo a la vez. Los bancales seguían embarrados.

—Veremos a ver si el camino no está cortado.

—¿Qué pijo cortado? —dijo.

—Por las lluvias. Ha llovido fuerte.

—No ha llovío na.

Las palabras nos salían a trompicones. Bajamos la rampa de la Tacones. Un pastor alemán nos acompañó ladrando al otro lado de la valla de un corral. A lo lejos, otros lo imitaron.

—¡Pichooooo! —dijo el viejo.

Llegamos al molino. La cuesta de las Cañaicas se levantaba desde allí. La lluvia la había convertido en un barrizal. Era el primer tramo duro de la carrera. Unos 800 metros que se empinaban hacia el final, cuando te temblaban las canillas. Sostenida y desmoralizante. A lo largo de la historia, todos los flojos de espíritu mirábamos hacia arriba a medio camino y se nos desencadenaba el regomello. Es que soy un inútil. Es que soy incapaz de subir una mísera cuesta. Es que a quién pretendo engañar. Es que ande iba yo. Y nos volvíamos a casa.

—¡Amos! —dijo mi padre, y aceleró el paso.

Llegamos a la base. Nos subimos al murete del canal… El vaho se nos escapaba de la boca y dibujaba una nube espesa entre los dos.

—¡Por los laos, por los laos! —indicó el viejo.

—¡Pero si está imposible!

Y era cierto: el reguero se espesaba un pelín en los márgenes del camino, pero tampoco había necesidad de jugarse el pescuezo el primer día.

—¡Por los laos, nene!

Se levantó la cinta un par de dedos. Saltó del murete. Avanzó de puntillas, como si no quisiera que la tierra se enterase. Se oyó un relámpago. Bordeó un bancal de almendros. Lo seguí. Arrancó una lluvia fina. Ni medio pelo seco me quedaba.

—¡Está lloviendo! —grité, y me sentí imbécil.

Mi padre rodeó el charco que crecía a los pies de la cuesta. Nos matábamos. Avanzó por el alto que separaba el reguero del barranco del Peloto. Me pegué a él.

—Vámonos, papá.

—Hmmm.

—Tenemos tiempo, quedan muchos días…

Dio un salto y se clavó en una piedra chata. La lluvia arreció. Puso el pie en la tierra. Lo retiró. Giró y señaló otra piedra, casi en el centro del camino. Un salto gordo. Flexionó las piernas. Agitó los brazos para tomar impulso. Tragó aire. Sopló. Tragó. Sopló. Saltó y se comió tres sacos de tierra.

—¡Me cago en san Dios!

Levantó la pierna, marrón, canija, peluda, un calcetín marrón a media espinilla. Bajé del altillo y llegué a su altura. El agua bajaba con fuerza. Me cubría hasta medio muslo.

—¡Te voy a sacar de aquí! —me salió.

No sé si fue el barro en la cara, el desconcierto del trompazo o la mierda de frase que acababa de soltar, pero se le veía perdido. Le tiré del brazo. Se levantó. Descendimos de la mano. No se nos ocurrió volver al lateral. Cuando estás de barro hasta la mitad del fémur, qué más da estar de barro hasta la cadera. Oía al viejo chasquear.

—¿Te has hecho daño?

—¡Qué pijo daño!

—Ha sido un buen trompazo.

—Na.

Y vuelta a los chasquidos. Mi pobre padre. Derrotado a la primera. Saca el hocico y el cielo le suelta un trompazo. Pero ahí venía su hijo. Después de todo, yo no era ningún atleta, pero sabía que las cosas requerían su tiempo. No digo que él no lo supiera, vaya un pijo, digo que algo se tambaleará

cuando te jubilas y la vida se te queda en una lista de cosas por hacer. Llegamos a la base de la cuesta. Amainó. El viejo seguía murmurando. Ni un cuarto del recorrido y ya volcando. Era cierto, pero Padre, por los clavos de Cristo, mire usted al cielo, mañana las cosas se verán de otra forma.

—Pues nada —dijo el viejo, me giré y lo vi con los ojos en el cielo y la palma de la mano boca arriba—, ya ha llovío to lo que tenía que llover.

—Queda tiempo, papá.

—Hmmm.

—Mañana vamos a otro sitio. A los Lobos. Podemos ir corriendo a los Lobos.

—A los Lobos, dice…

—Para hacer fondo físico. Hay que hacer fondo físico.

Me miró. Uno de los ojos se le entornó. Tres rayajos marrones le cruzaban la cara. Le había salido hasta barba. Me adelantó. Bordeó el bancal de almendros. Lo alcancé.

—¡Me he buscao al más flojo! —dijo, cuando supo que lo oiría—. Anda, pa esto te podías haber quedo por ahí… ¡en qué momento, Señor!

Volvió a apretar el paso. Esta vez no me esforcé por seguir su ritmo. Dejé de patinar al llegar al asfalto. Arrastré los pies. Cargaba una fanega de barro en cada uno. Los pantalones se me pegaban a la piel. Por el trozo de brazo que asomaba de la sudadera me entraba un hilo de aire que se expandía al llegar a los hombros y se clavaba en las lumbares. La garganta me ardía. Me costaba tragar saliva. Se me taponó un oído. Pensé que había hecho bien en no preguntarle por don Sixto. En ningún horizonte de posibilidades existía la opción de que mi padre, atravesando semejante barrizal, no me mandara a tomar por culo. Esperaría el momento. Oí a lo lejos el motor de un tractor. El pastor alemán me acompañó desde detrás de la valla. Al fondo vi a mi padre. Podría haberlo alcanzado y meterle una patada por detrás, estilo Pepe, y que se comiera el asfalto, que el asfalto está más duro que el barro, Padre, le iban a quedar a usted menos ganas de soltar basura por la boca. Pero no podía con mi alma. Dobló la esquina y desapareció. El pastor alemán apoyó las patas delanteras en el escalón de cemento que se levantaba en la esquina del corral. No serían ni las siete.

Fuente Librilla. Noche del 26

Abrí la puerta de El Callejón.

—¡Escritor, escritor! —dijo una voz.

—¡Viva el escritor! —respondió otro, palmeando la barra.

Alfredo y Juanjo. Levantaron los vasos de tubo.

—¡Ven aquí, escritor, capullo!

—¿Qué vas a querer? ¡Una cerveza y un chupito de Jäger d'ese, venga!

El camarero y su tupé sirvieron los vasos. Estreché los garfios de Alfredo y Juanjo. El resto del bar estaba vacío. Me puse de puntillas. Vacío no: al fondo, en la mesa de la esquina, se sentaban los Petecas. Petecas hijo estiró el cuello y levantó la mano.

—¡Por el escritor! —Juanjo levantó el vaso.

Levanté mi chupito, ¿qué iba a hacer?

—¡Por el escritor! —Alfredo levantó su ron cola.

Levanté mi tercio. La cerveza me suavizó la tráquea.

—La virgen, qué cebollazo llevabas la otra noche —dijo Alfredo, los ojos cerrados. Le quedaban tres botones de la camisa blanca en su sitio.

Asentí, ignorando el retintín. Atravesé el salón. Petecas hijo quitó los abrigos de la silla de en medio y los soltó en la mesa de al lado. Me senté.

—Santini —dijo, le temblaban los dedos—, en primer lugar, muchísimas gracias.

Asentí como los curas, lento y con los labios apretados. En el plato del centro de la mesa quedaban tres olivas, varios huesos y una almendra. Menta poleo a la mitad para Petecas padre, Coca-Cola Zero para su primogénito. Apunté mentalmente las bebidas. Según Kane, los zapatos, las bebidas y los pendientes que se regalan dicen todo sobre alguien. Petecas hijo tragó aire y separó las manos.

—Papá…

—Mmm —bufó el otro, levantando las cejas.

Hijo tamborileó la mesa con los dedos y me miró. Otro detalle. Kane tenía razón: los Petecas eran una mina de oro.

—¿Cómo afrontarías tú, Santini, esta situación?

—Bueno, yo… —empecé.

—Esto es una tontuna —dijo Padre.

—¡Papá!

Padre se sobresaltó. Le di un trago a la cerveza.

—Santini…

—Sí, decía que yo creo que primero tendríamos que contextualizar, ¿no? Trazar un marco contextual para que todos fuéramos conscientes de qué…

En resumen: la Josefina, mujer de Petecas padre, había muerto hacía dos meses, un cáncer, una cosa fea, y Petecas hijo no es que culpase a su progenitor, sino que no creía que su forma de llevar el duelo fuera la más —ahí hizo una pausa— adecuada. Ese era el asunto. Padre se había largado a Pliego. Allí vivía Ernesto, un amante suyo de toda la vida.

—¿Adecuada? —dijo—. ¡Que no se enteráis: que me gustan las pichas, los penes, las pollas, las cucas!

Con toda la razón del mundo, Padre argumentaba que no tenía que esconderse de nadie. Que había respetado a la Josefina y criado a sus hijos. Que a nadie le había faltado un *petit suisse*. Y que no tenía ganas de penar. Hijo, que se refería a Ernesto como «el tío», confiaba en mí. Aseguraba que yo tenía «mundo y palabras».

—¿A que esto no se ve por ahí, Santini?

—A ver, es que…

—¿A que tú no ves que a la gente de Madrid se le muera la mujer y se vayan a… yo qué sé, qué pueblos hay al lao?

—Alcorcón…

—A Alcorcón…

—Fuenlabrada también está medio cerca.

—¿A que no se van a Alcorcón o a Fuenlabrada a acostarse con otros hombres?

—¡Esto es una tontunta! —dijo Padre.

—¡Lo que es una tontuna es irse a Pliego a estar con el tío, papá, hostias!

—¡Una tontunta!

Apuré la cerveza. Lo apunté todo: las manos, los carraspeos, los bufidos, lo que le pasaba a los párpados de Padre cuando Hijo decía «el tío». ¡Más, más! Hijo apoyó el codo en la mesa y escondió la cabeza en la mano. El camarero vino con otra pareja de chupito/tercio para mí. Me giré. Alfredo, de pie sobre el taburete, levantó su vaso de tubo. Gritó algo. Levanté el chupito y me lo tragué. Noté un desastre tráquea abajo. Le di un trago a la cerveza. Hijo me miró. Sudaba.

—Santini… ¿algo que decir?

—Al final… —empecé, sin saber por dónde tirar— es tu padre, ¿no?

—¿A que por ahí los padres no le hacen eso a los hijos?

—Los padres no le hacen eso a los hijos, ¡me cago en la Virgen del Rosario!

Padre se levantó y agarró el abrigo en el mismo movimiento.

—¡Papá, papá!

Yo también me levanté.

—Si yo lo que digo… —tosí, di un trago, el padre me miró con las cejas en uve invertida— es que ¡estáis condenados a entenderos!

Eso lo calmó. Más apuntes: el abrigo del padre, un híbrido entre un plumas y una trenca, olía a miel. El tembleque del párpado de Hijo. Nos sentamos.

—Yo creo —empezó Padre— que yo tengo que vivir mi vida como yo quiera.

—¡Cierto! —dije. Hijo asintió a dos por hora.

—¡Soy viejo, capullo! Y si me quedan… pues ponle 10 o 15 años…

—¡O 20! —levanté el tercio, se me quedaron mirando.

—¡Los que tengan que ser! Pues digo yo que tengo que vivirlos como yo quiera, ¿no? Si tampoco pido nada…

—¡Muy bien hablado, Pet… José! —¿Se llamaba José, aquel tipo?

—¿José? —levantó las cejas. No, no se llamaba José.

—¡Muy bien hablado!

—Pero papá —Hijo, ojos cerrados, pasó el índice por las vetas falsas de la mesa—, tienes que respetar a tus hijos…

Apunté: ojos cerrados, índice por las vetas falsas, voz quejumbrosa. ¡Kane, Kane, Kane, tenías razón!

—¡Capulla! ¿Dónde está la falta de respeto en que yo me vaya a Pliego a ver a Ernesto? ¡Otra cosa es que lo trajera a la casa!

—¡Me faltaba el tío en la casa! —Hijo se levantó, hecho un titán—. ¡Me faltaba el tío en la casa!

—Calma, calma —dije, y lo agarré del brazo. Se sentó.

—¡Esto es una tontería!

—Lo estáis haciendo muy bien —dije—, estáis… llegando a acuerdos, ¿no?

—¿Qué capullo dice este? —Padre le dio un manotazo al aire y noté una corriente cerca de la nariz.

Se me escapaba. Aquello se venía abajo. Lo notaba. Me vino una idea: Armando. El repartidor que hacía posible el negocio entre almacenes de tapicería y amas de casa de mi pueblo. Los primeros enviaban esponjas. Ellas las introducían en fundas que habían cosido previamente. Se sacaban su dinerico. Nadie se enteraba. Todos contentos. Armando, el facilitador. Un relator. Un aliado. El primero que paseó su homosexualidad por el pueblo sin que nadie le tosiera. Quizá por conducir un camión. Quizá por no ser fuentero. Quizá por traer billetes y dejárselos aquí. Él encontraría la solución. Moreno, pelo negro teñido, camisas blancas remangadas un palmo. Una pulsera de oro cayendo hasta la mitad de la mano. Los billetes atados con una goma… ¿Habría muerto? Daba igual. El desconcierto me daría tiempo.

Padre jugaba con la bolsa de la infusión. La levantaba desde el hilo y la hacía bailar. Hijo me miraba.

—¿Y si —dije, y los dos echaron los hombros hacia atrás— le preguntamos a Armando?

—¿Qué capullo dice este? —le preguntó Hijo a Padre.

—¡Esto es una tontería!

—¡De las gordas! —Hijo se levantó. Se subió la cremallera del anorak y le dio a Padre el plumas-trenca.

—¡Vámonos, hijo!

Cada uno le pasó al otro la mano por el hombro. Hijo dijo: «Tenías razón, al final es hijo de Ropasuelta». Me dio gusto, aquel vínculo. Se fueron juntos. Yo volví la cara al plato de huesos de oliva. Los Petecas, una mina. Pensé en Dayo Kane. Estaría orgulloso. Era una tarea ciclópea, aquella de ser escritor. Mucha gente no lo entendía. Los Petecas no se buscarían jamás en mi libro, pobreticos, se las debían ver negras para entender los titulares del *Marca*. Cómo explicarles a ellos que la historia de la literatura nos había atado ya por los siglos de los siglos. Pobreticos. Pero también había que escribir para ellos. «Las grandes historias crean comunidad», decía Kane. Cuánta razón. Había que escribir para los Petecas, para Alfredo y Juanjo, allí, al fondo, uno imitando a un toro y el otro toreando con la chaqueta del chándal. ¡Ole, ole! Quizá supieran algo de Sixto de la Cierva. Apuré el tercio y recogí mi cazadora. El resto es una nebulosa: que qué negocios llevaba yo con la Vinatera chica, había echao tetas, la cría, María santísima, Bigotes, hace dos días era una borreguica chica, como tú, hostias, que eres algo mayor pero a ti te he visto yo cagarte encima, chupitos, tercios, ¡escritor, escritor! Tequila, el camarero zapateando, Jose creo que se llamaba, ¿Sixto de la Cierva? La mujer le pilló con otro, no, no fue la mujer, fue la hija que se puso mala y no levantaba cabeza, que no, que fue la mujer, no, copón, lo echaron a machetazos, no, tampoco, estaba metido en una historia de drogas con gente de por ahí. Y luego estaba su sobrino Dionisio, el chiquitico, no se le escapa una, tómate otra, como un tío, ¿me vas a negar que te invite? ¡Me cago en Dios que te avío! Es broma, compadre, aquí somos todos amigos, ponle otro tercio y otro golpe, nene, al Dionisio le va a hacer gracia en los huevos que revuelvas los trajines de don Sixto, ¿sabes? Tú lleva cuidao, que ya te ha visto esta mañana con Raimundico por la casa de la Trasera. Así que el Enano seguía en el pueblo… Y luego vuelta a casa. Noche cerrada.

Fuente Librilla. Mañana del 27

Abrí el grifo del lavabo y pasé por debajo las suelas de las zapatillas. El barro seco se resistía. Giré el grifo y el agua se mezcló con el barro y salió despedida en un millón de direcciones. Tragué tierra. Me pesaba la cabeza. Cerré el grifo.

—¡Amoooooos! —oí desde la planta baja. También oí el gallo del corral del Etarra.

Estampé la suela de una zapatilla con la otra. Algo de mierda cayó. Volví a mi habitación a por el ajo que mi padre me había dejado sobre la mesilla. El viejo consideraba que sin un ajo en el cuerpo no se puede uno enfrentar a nada. Nada que ver con el soniquete de las viejas del ajo en ayunas. Se refería a algo más… ¿espiritual? Espiritual, moral, político. Cualquiera sabía. Nunca nos contó en qué momento de su vida un diente de ajo supuso la diferencia entre no comerse un torrao y ver el mundo a tus pies. Lo que sí aprendimos, al menos Rosario y yo, es que un diente de ajo significaba que el viejo nos reconocía. No era ninguna tontería. Sus huelgas de silencio, seguidas de nuestro regomello infantil y disculpas ensayadas, concluían con un diente de ajo en las mesillas. Sin ajo no había paz.

Bajé los escalones de dos en dos. La goma de las suelas chirriaba a cada paso. Como si estuviesen degollando a siete gallinas a la vez. El viejo, en el quicio de la puerta, se frotaba la palma de una mano con el puño de la otra. La cinta amarilla encandilaba. Le di vueltas al diente de ajo en el bolsillo. Estiré. Isquiotibiales, cuádriceps, gemelos. Roté rodillas y tobillos. Manoseé el ajo en el bolsillo.

—¡Amoooos!

Me había preparado. Después de la incursión petequera en El Callejón, pasé la madrugada empapándome de atletismo. Trucos, consejos, métodos. Lo sabía todo. Se recomendaba hablar mientras se corría. Se ganaba fondo.

El arroz y la pasta nos iban a salvar la vida. Arroz y pasta. A capazos. Se hablaba también de estirar y rotar. Eso sí lo sabía. Más cosas: si te atas cada nudo de las zapatillas en una dirección, es casi imposible que se desaten.

—¡Ñieeee!

Ya empezaba, el viejo. Calcetín recio: duro pero no gordo, que vas a correr, no a la mina. Algodón siempre. Reaccionaba mejor que ningún otro tejido al agua. En fin, todo. Lo sabía todo. Doblamos la esquina y enfilamos la calle que llevaba a la Vereda. A mi padre se le veía consciente. No podría decir de qué exactamente, pero los ojos enfocaban. Me dije que esa era la mirada del que conocía el tamaño del enemigo. A mí me pinchaban los cuádriceps. ¿Qué sabría mi padre sobre el ácido láctico?

—Dicen que es bueno hablar…

—Hmmm.

—… bueno, hablar en general estimula la actividad neurológica, pero me refiero corriendo…

—Hmmm.

—Que es bueno hablar mientras se corre.

Tosió. Carraspeó. Escupió. La flema verde dibujó una parábola y se esparció al tocar el asfalto. La nieve ocupaba la pared frontal de Sierra Espuña. El blanco se rompía en el cielo nublado. El aire bajaba sin ansia, en brisas que te acariciaban primero las orejas y los muslos.

—También es muy importante hidratarse. Beber agua. Bueno, beber cualquier líquido. Bueno, cualquier líquido tampoco…

—Hmmm.

—Una cerveza no te vas a beber, capullo —forcé una risa ridícula.

Pasamos el pico de la Vereda. El pastor alemán de la Tacones nos acompañó un trecho. Ladró.

—¡Pichooo!

—¡Eso es, hay que hablar!

—Hostias, la mañana que me vas a dar.

Chasqueó. Decidí darle un respiro. Quizá me estuviera pasando. Decidí abstraerme: pensé en Sara. Me gustaba hablar con ella. No se podía considerar tonteo, nuestra comunicación se parecía más a la de dos agentes

secretos que comparten información. Un hablar seco —quitando las ristras de caras amarillas—, irónico, inteligente. Respetuoso, diría. Pero no respetuoso como si el otro fuese tu abuelo y le tuvieras que acercar la silla cuando baja el culo. Respetuoso como una forma de reconocimiento y aprobación del lugar del otro en el mundo. Eso es.

—¡Ñieeee!

Señor, lo poco que me tiraban las piernas. Hay quien dice que las agujetas se sienten como alfileres —agujas, qué demonios— clavándose en el músculo. No tienen ni idea. Una buena agujeta, una agujeta seria, con su resaca sobrevolando, incluso, es un saco de tornillos enrobinados que te hinca en el tejido en cuestión el carpintero peor encarado, con menos tiempo y las uñas más negras que puedas imaginar.

El perro se calló. Ya no hacía falta bordear el bancal para llegar a la base de la cuesta. El camino, aún tierno, era transitable. Mi padre pegó los brazos al tronco. Se clavó la barbilla en el esternón. Apretó el paso. Resoplé. Todavía era pronto para dirigirle la palabra. Era eso. Aquel pedazo de tierra era lo que se interponía entre una comunicación paternofilial fluida. A la mitad de la cuesta giré el cuello.

—¡No mires, capulla!

Tenía razón. Volví al frente. Quedarían unos 50 metros. Descubrí que las piernas, además de para recibir pinchazos, servían para pesar. Imité el gesto del viejo con la barbilla. No sé qué me pasó en las tripas, pero oí un quejido gástrico. Eructé. La cabeza me ardía. Un chorro de bilis me subió por la tráquea. Cerré la boca. El regusto ácido me inundó la boca. Tragué aire por la nariz. Levanté la cabeza. El viejo había coronado. Flexioné las rodillas. Avancé a cuatro patas. Briega en el estómago. Las sienes me palpitaban. Recuperé la verticalidad. Una ráfaga de aire me heló los mocos. Se me coló por las mangas, me levantó los hombros y me empujó desde el centro de la columna. Llegué a la cima. El viejo se frotó la palma de una mano con el puño de la otra. Me miró y asintió. Algo era. Hasta salió el sol. Recuperé el resuello.

Desde allí se extendía una explanada de un par de kilómetros. Pasaba por entre los invernaderos. Luego venía la bajada.

—Este tramo hay que usarlo para recuperar aire —dije.

—Sí.

Había despegado los brazos. Volaba en su frecuencia habitual.

—Eso es el ajo —dijo, y creo que sonrió.

Asentí. Manoseé el diente de ajo en el bolsillo. Los dedos se me quedaron pegajosos. Mi padre no sabía ser simpático. La gente estaba tan acostumbrada a sus alpargatazos que, cuando sonreía, pensaban que se le había metido algo en el ojo. Y si hablaba, peor. Decía «gracias» o «no hay de qué» o «a ti» o preguntaba por algún familiar enfermo y dejaba al personal congelado, con ojos de bull terrier. Algunos pensaban que se reía de ellos. «Este hombre o se pasa o no llega», decía mi madre. Bordeamos una montaña de estiércol y llegamos al sendero que separaba los dos invernaderos. La peste a mierda se concentraba en ese pasillo. Un camión taponaba el otro extremo.

—¡Ñieee!

—Al que veo bien es a mi hermano —dije.

—Fuu fuuuu.

—No digo que antes lo viera mal, pero que ahora está… más maduro. ¿Sabes lo que te digo? —Las palabras me salían a trompicones—… Serio, eso es. Lo veo serio. Con el gen Martínez, un poco.

—Hmmm.

—¿No? El gen Ropasuelta. Hombres serios que tiran.

Pensé que por ahí podría llegar a preguntarle por Sixto. Apretó el paso. Lo seguí. Me miró de reojo. Bufó.

—¿Le da asco la sangre, todavía?

Mi hermano era vegetariano a su pesar. «Herbívoro», decía él, orgulloso. Yo le contestaba que si era herbívoro podía vender los colmillos y comprarse la camiseta de Van Nistelrooy. «Acho, déjame en paz», decía, y se quedaba con la boca abierta. No le daban pena los animales, era la sangre. Y solo dijo «asco» una vez: lo soltó cuando mi padre le tajó el cuello a una gallina y mi madre le cruzó la cara de un guantazo. «Lo que quita el hambre no da nunca asco», le dijo. Aprendió la lección. «Es que la sangre me pone malo, es por

eso», respondía cuando le preguntaba por qué ya no bajaba nunca al obrador.

—Lo de la sangre es que cuesta, ¿sabes? —insistí yo—. A mucha gente por ahí le da asco… Me he topado yo a mucha gen…

—¿Pero te quieres callar de una santa vez? —se giró, las cejas en uve, y dio un par de brazadas al aire—. Tu hermano es lo más tonto que ha cagao madre. Pero tonto, tonto. Más tonto que un mazo.

—Bueno, bueno.

—Tonto que no vale ni pa cargar sacos —agitaba los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba—, tonto que con 40 años no sabe ni arreglar el escandallo. Tonto, pijo, ¡un bulto con ojos!

Llegamos al camión. Entre la chapa y el plástico de los invernaderos cabía un gorrión. Mi padre palmeó el logo de Renault, en el morro.

—¡Venga, hostias!

—Esto te corta el ritmo —dije.

Chistó. Yo me agaché, por si acaso. Por debajo del camión tampoco se podía pasar.

—¡Hostiaaas! —ahora palmeó la puerta del conductor.

Gritamos, tiramos piedras por los agujeros del plástico. Se oyó el motor de una moto. Venía de la otra punta del camino. El viejo se cagó en Dios. Gritamos. Nada. Había que volver. La moto llegó a nuestra altura. Era el Peloto. Seguía llevando la boina sin calar, como si se le hubiera caído en la cabeza. Nos saludamos. Dijo algo. Mi padre contestó. La scooter amarilla pistoneaba. No entendí una palabra. El Peloto asintió, maniobró y dio media vuelta. Le pasé el brazo por detrás del cuello a mi padre. Levantó un hombro.

—Ha sido un buen entrenamiento, de todas formas —dije.

Escupió, estiró el cuello y arrancó. Lo alcancé.

—Que sea la última vez que me mentas a tu hermano — dijo, dedo índice en ristre.

Apretó el paso. Le dejé unos metros de ventaja. Pensé en Jesús. ¡Un bulto con ojos! ¿De mi madre se podía hablar, o tampoco? ¿Y de Rosario? De Rosario tampoco tenía yo mucho que decir. Ni de Rosario, ni de nadie. Todo

lo que no fuera sacar mi huida y mi silencio era marear la perdiz. De alguna manera, él también lo entendía así. O me explicas qué capullo se te pasó por la cabeza o no me dirijas la palabra, parecía decir. Podría responderle que llevaba pensando en escapar del pueblo desde que cumplí 15 años, que a veces calculaba el tiempo en segundos, que me preguntaba si por ahí se vería gente en la calle a partir de las seis de la tarde o si daba menos miedo levantarse a mear en plena noche de invierno. Pero aquello no era una disculpa. Podría pedir perdón por las formas, no por el fondo. Y quizá por unas formas tampoco se pida perdón si se da lugar a que pase una década. Una santa década. Por otro lado, háblale tú de formas a un tipo que olía el exceso de sal en la mezcla de la morcilla pero se comía el pan duro por no decir que lo prefería blando. Esa gente vivía sin explicaciones. Tiraba. Su vida se regía de una manera explícita por la necesidad de llegar a lo suficiente. Quizá la carrera fuera lo suficiente.

Al llegar a la Vereda miré hacia el campo de fútbol. El sol asomaba entre las nubes. La Cati, la panadera, pasó con la furgoneta. Pitó y sonrió. Levanté la mano.

—Escucha —dijo mi padre—, al siguiente hay que terminar el recorrido ya, ¿eh? Esto se escapa.

Asentí. Asintió. Miró al cielo. Frunció el ceño. A dos dedos de las cejas se le notaba la marca de la cinta amarilla. Remprendió la marcha y desapareció. Volví a mirar al campo de fútbol. Distinguí una figura verde. Raimundo. Me acerqué.

—¿Qué dice Raymond Palas?

Giró el cuello, sorprendido.

—¡Eh, Santini!

Los hierbajos y los cardos entre las porterías llegaban al metro y medio. Raimundo arrancaba tallos de la base de los postes. Se levantó y se sacudió la tierra de las rodilleras del pantalón. Me dio la mano. No cerró la boca en un rato. Me contó que la semana siguiente había un partido contra el Muleño. Una tradición: Fuente Librilla-Mula. Jóvenes y veteranos. La carretera que separaba el campo de fútbol del colegio se llenaba de gente. Raimundo me contó que estaban arreglando la tierra. Que al final le tocaba

a él, porque el Ayuntamiento mandaba a un tío una mañana y en una mañana no se arreglaba un campo «bien bien», entonces, «por el bien de todos», le tocaba a él. Estuvimos un rato en silencio. El Albardinal alternaba periodos de estadio de élite con otros como aquel, de patatal. Se pintaban las líneas, se cambiaban las redes, se enderezaba la valla. Se organizaban torneos con Barqueros, Pliego y Mula. Y no se decía, pero se pensaba que un campeón de algo brotaría de aquel solar. Pasaban dos o tres meses. Las líneas se desdibujaban, las redes se cocían, la valla se doblaba sobre sí misma. Las madres hablaban de agujas y culebras. Esa dualidad reflejaba bien el carácter fuentero. Nunca estaba medio bien o medio mal. Raimundo volvió a doblar el lomo.

—¿Tú qué? —preguntó.

—Na, te he visto y digo, voy a ver a Raymond Palas a ver qué se cuenta.

Me agaché a su lado. Arranqué un puñado de ortigas.

—Toma guantes, que te vas a hacer daño.

Se sacó dos guantes azules con puntos negros del bolsillo trasero.

—¿Tú no los usas? —le pregunté.

—¿Eh? Yo tengo las manos duras ya. Por aquí es que no se puede pasar la máquina, ¿sabes?

Asentí. Una ráfaga de aire removió los arbustos. Raimundo avanzó en cuclillas hasta el fondo de la portería. Se oyó un frenazo. Levanté la mirada. Pegada a la otra portería se levantaba otra de las casas de Sixto. No había una diferencia estética exagerada con respecto a las lindantes, ni siquiera en los materiales. La distancia estribaba en ciertos detalles. Acabados. Orientación de la puerta. Jarrones en la escalera. Era una contestación noventera y rural a la rudeza de las demás. Quizá en esos recovecos se cimente la única biografía fiable de un rico. El resto, igual. Persianas bajadas, polvo y moscas. Nada que rascar.

—Yo me creo que por hoy voy a dar de mano —dijo Raimundo mientras se incorporaba—. Un ratico, al menos.

Bordeamos el campo y llegamos al camino desde el bancal del Maestro. Doblamos en el canal y subimos hasta el cementerio. Las dos últimas casas

de Sixto de la Cierva. Una verja de piedra marrón rodeaba las dos viviendas y el patio y las separaba de la calle. Me asomé por uno de los ojos de buey. Raimundo hizo lo mismo. Imaginé que la cara del Enano brotaba al otro lado del agujero. Qué susto, sus muertos.

—¡María santísima cómo tienen esto! —dijo Raimundo—. ¡Pero si esto es una marranería! Muncha gente con munchos billetes es que luego es muy marrana, ¿sabes?

Los tallos secos se levantaban entre las losas. Un líquido verdoso rebosaba la piscina, justo en el centro. Alrededor, un cuadrado de césped seco. Las casas se miraban entre sí. Dos escaleras en embudo ascendente jalonadas de balaustradas color teja daban paso a voladizos de unos tres metros de ancho. Columnas cada poco. Un balancín oxidado y atrancado en una de las esquinas. Todo cerrado.

—Es raro que las casas estén de lado a la carretera —dije.

—Porque las hizo así. Para los hijos. Una para Sixto hijo y otra para su Mari Carmen, la mayor.

—Hostias, no me acordaba de Sixto hijo.

—¿No te acuerdas del piazo 4x4 que le gobernaron conforme se sacó el carné? Su puta madre, que no cabía por el puente.

—¿Y cómo le va?

—A ese le pasa pues que como nunca ha necesitado…pues no sabe lo que es trabajar. Y un hombre necesita trabajar para ir más o menos recto.

—¿Pero qué hace?

—Pues dar por culo.

Yo me lo imaginaba calvo y gordo. Arrastrando las vaguedades que definen las vidas de los que tienen que mencionar su segundo apellido para diferenciarse de su padre. Rentista en el centro de Murcia. Vicepresidente de alguna cofradía.

—La Mari Carmen sí era inteligente —dije.

—Y lista —contestó, levantando el índice.

Tenía la nariz de aldaba de papi y el pelo lechuguino de mami. Teniendo en cuenta todas las versiones, el mejor escenario posible para su adultez pasaba por ponerle nombre y estudios a lo que don Sixto solo intuía. Pero

los escenarios de la adultez nunca son los mejores. Y los padres lo suelen saber. El Millonario y Rosa, su mujer, mandaban a la primogénita a San Francisco cada verano desde los 16. Estudió. Máster, doctorado… todo allí. Cuando le preguntaban, Rosa decía: «Relaciones internacionales y no sé qué, dos o tres cosas más. El que lo sabe bien es su padre». A su padre no le preguntaba nadie. Y algo pasó. Se dijo que estaba mala de los nervios. Se habló de mal de amores, pero se le quitaba hierro: si sufría de mal de amores era porque, por los clavos de Cristo, había tenido relaciones con un norteamericano. El exotismo casi nunca da pena.

—¿Se llegó a traer al novio americano?

—¿Al de América del Norte? —frunció el ceño— ¡¿Qué capullo?! ¿Tú crees que alguien de América del Norte va a querer venir aquí?

La última vez que la vi fue en la inauguración del vertedero. Sixto le dio 150 euros al Chachico para que su nieto colocase la primera piedra. Recuerdo al Millonario, los bajos del pantalón gris carísimo manchados de tierra, estirando el brazo del zagal como si fuese una grúa manual. Vinieron periodistas de Mula. Corresponsales de *La Región* y *La Gaceta de Murcia*, de la Cope y la Ser. De la 7RM, la tele autonómica. Uno de ellos le colocó un micro en los morros al Pakero padre, que dijo que «contra más trabajo, mejor… pa tos». Del aspecto de la Mari Carmen no se habló hasta días después. No sé si fue respeto o miedo. Se le notaban los omoplatos. Yo la vi pajiza. Las madres, estropeada. Arrevejía. Se sugirió el cáncer, que en los periódicos es una larga enfermedad y en mi pueblo, una enfermedad gorda. O una enfermedad gorda de la madre. O de las dos.

—¿Y ellos llegaron a vivir aquí?

—¿Eh? ¿Ellos? Na, ni un día. Yo creo que entras a la casa y están los plásticos puestos.

¿Destrozaría aquello al Millonario? Cualquiera sabía. ¿Si puedes gobernarle una mansión a cada uno de tus vástagos, te afecta que no estrenen ni las puertas? ¿Dónde está el dolor, en la dimensión del esfuerzo o en la condición de padre, que no hay manera de relativizar? Bajamos la cuesta.

—¿Tú crees que va a volver?

—¿Qué va a volver quién, Santini?

—Don Sixto.

—¿Y yo cómo lo voy a saber, amigo? No hay manera de saberlo.

—Ya, pero digo que si crees que va a volver. Si tienes alguna intuición.

—Yo no tengo intuición ninguna.

Se oyeron truenos. Comenzó a chispear cuando alcancé la curva de la Vereda. Avanzamos pegados a los tejados. Llegamos a la casa de Raimundo. Se palpó los bolsillos del pantalón y sacó una llave.

—¿Cuándo me vas a invitar a tu casa, que me enseñes tu guitarra Rosalía?

Apoyó las dos manos en el quicio de la puerta.

—Si es que ya no toco.

Francachela murciana

Aprendí varias cosas en mi curro de dos-semanas-y-cero-socios en la Cruz Roja. Una: trabajar de cara al público no era lo mío. Por mucho que me lavase el sobaco y me cambiase de camiseta a diario, había algo en mi cara y en mi manera de hablar que repelía a la gente. Dos: los trabajos excrementicios se dividían en dos categorías. Los que te arrojan a la calle, tartamudo, sin desayunar, con una carpeta y un boli, o sin carpeta y con una bici, o sin bici y con furgoneta. Triunfas —no te largan— cuando eres capaz de responder al estímulo más sutil que se te presente. (Pienso en el gafas que me tutorizó como comercial de Iberdrola. José Miguel, se llamaba. De Archena. Daba la mano a la altura del hombro. En mi segundo día me vio en una acera de Cieza repasando las tarifas. El kilovatio hora, sus muertos. El gafas arrancó los folios de mi carpeta de polipiel. «Yo de eso no sé na —me dijo, formando una pelota con mis papeles—, y mírame». Dio un paso atrás y adelantó un pie. La americana de rayas grises le tapaba el culo. Sostenía que la mejor franja para vender luz era la de la siesta. Decía: «La gente acaba de comer, está en paz, con ganas de decirte que sí, ¿sabes lo que te quiero decir?». Allí fueron tres-semanas-y-cero-socios). Y, en segundo lugar, los trabajos que te esconden en las tripas de una empresa. Triunfas —no te largan— si no reaccionas a nada. («Que no sepan ni tu nombre», decían los viejos cascados en la línea de empaquetado de Donlimón. Dos meses y miles de limones, allí. Cuando me echaban de un trabajo del tipo Reaccionador, buscaba uno del tipo No Reaccionador. Y viceversa. Ese camino de ida y vuelta me frio los sesos. Terminaba mi turno, pero el trajín infernal se me quedaba en la cabeza. Y, oh, es un drama tener 20 años y no reaccionar a unos macarrones pegados). Y tercera y última cosa que aprendí: *necesitaba* currar. Las becas llegaban en febrero o marzo. Cuando llegaban. Pese al arroz y las patatas, las cuentas no salían. Odié las ETT. Romanticé el

paro. Arroz y patatas durante unos meses sin trabajar por haber trabajado 360 días. 360 días. Seguidos. Parecía imposible, pero a alguien había que rezarle, y yo elegí a la Prestación por Desempleo. Tardaría años en cobrarlo.

Se podría decir que Murcia empezaba en mi primer piso. Vivía en Ronda Norte, una de esas avenidas que se sobrentienden en un sitio grande pero que no tienen perdón de Dios en una ciudad mediana. Gris, ruidosa. Agobiante y pusilánime a la vez. 160 al mes. Unos 180 con agua y luz. El internet se lo pinchamos a los vecinos, una pareja de viejos amantes de *Pasapalabra* y la coliflor. De la operación se encargó Chema, uno de mis compañeros. Dos metros y pico de estudiante de Enfermería. Ojos verdes. Cejas en tienda de campaña. Entradas hasta medio cráneo. Fuerte. Natural de Beniel, confiaba en su tendón de menos en el hombro para meter el morro en los cupos de minusválidos. «Y a partir de ahí, a vivir», decía, entrelazando las manos en la nuca, cuando contaba su «plan de vida». Quizá lo peor de él fuera su afición por el Patético de Madrid. Algo habitual a finales de la década de los 2000, por otra parte. Supongo que cada generación necesita encontrar sus callejones sin salida. Pero un buen tipo. La clase de persona que en aquel momento yo despreciaba —Cristo, escuchaba a Fito & Fitipaldis— y que luego añoraría. Raquel era la otra compañera. Cartagenera. Estudiaba Arte Dramático. Ponía los ojos en blanco con frecuencia. Se llevaba regular con su vocación. A veces volvía de la escuela, soltaba el bolso con espejos en el sofá y se declaraba «hasta la mismísima seta». Decía que el mundo del arte dramático estaba lleno de gilipollas. Yo asentía como un pato de plástico en un salpicadero. Lo cierto es que me costó años verle fuste a ser actor. Pensaba que ese azogue por ser otro implicaba cavar tu propia tumba, asumir que a ti no te podía pasar nada. Entonces Raquel buscaba curro. Dos o tres semanas en un Consum. Y «la pulsión» renacía. Se acababa el Consum. Volvía de la biblioteca con un capazo de libros y hablaba de Eugene, William, Tennessee, Arthur o Jardiel. Jardiel p'arriba y Jardiel p'abajo. Como si vinieran a cenar. A mí me daba calor en la espalda, que era la manera que tenía mi cuerpo de expresar la vergüenza ajena. Pero bueno. Nos entendíamos. Desde el principio estuvo

claro que la amistad sería un añadido: éramos tres personas lo suficientemente pobres como para tener que compartir piso.

Cogí la universidad con ganas de más. No esperaba debates sobre materialismo en parterres con Wilco de fondo, pero era de los que creían que sin apellido solo tiras con lo que estudies. Una idea que aprendí a callarme: en 2010 no era «guay» hablar de futuro. Estábamos oliendo a choto en el instituto y ya nos habíamos comido una crisis. Decían que pronto caería otra. Daba igual, me decía yo, las cosas habrá que contarlas. Gracias a Dios, eso también me lo callaba. Elegí periodismo por descarte. No quería ser un culo grasiento filólogo ni abogado, y a Fuente Librilla no llegaba ningún estereotipo de periodista, así que construí el mío. Además, tipos como Mark Twain y Jack London fueron periodistas. Jim Thompson también. Movimiento y escritura. ¿Qué más quieres? Y me sentía Napoleón de camino a Rusia. Las posibles dudas se me olvidaron cuando lo dije en el instituto. La de lengua dijo que cómo que periodista. La de historia llamó a mi madre, que le contestó: «Hija, yo qué sé». Y yo no sabía si sería periodista, no tenía un plan de vida como Chema el enfermero, pero *iba* a meter el hocico en aquello. Fundamentos de la Comunicación I, Historia del siglo XX. Dámelas todas. Economía, Documentación I, Política I. Aguanté tres semanas. Era espantoso. Por decirlo rápido: los profesores eran más culo-grasiento-filólogo-o-abogado que Mark Twain o Jack London.

Lo bueno es que allí conocí al Punteras, a Pablo y al Ralfi. Mi primer grupo de amigos. Contaban conmigo a la hora de comprar cerveza. Me nombraban si los llamaban sus madres y yo estaba delante. Caminábamos dibujando una línea horizontal por la avenida Miguel de Cervantes a las tantas. Crearon un grupo de wasap llamado «Repudiados». Y me metieron. Un alto, un pelo afro, un carismático y… bueno, yo. Lo de «repudiados» respondía a ese poner el coche a 60 en primera que es tener 18 años, pero había algo de cierto: lejos de bañarnos en un aura de malditismo atractivo, no entrar a clase, tener ojeras, granos y bostezar nos convirtió en invisibles. Y nos enorgullecía. Dejamos de ir al campus de Espinardo. Al caer el sol nos juntábamos en la terraza del Kiosko, un bar en la plaza de la Merced. Santuario de punks costrosos, sharperos, hippies y esa gente entre medias

que pone los pies y el culo en la misma silla. El alto, Pablo, venía a diario desde Beniaján. Su hermano cultivaba marihuana y sus padres estaban prejubilados por un accidente laboral. Eso le permitía tener la última palabra con frecuencia. Cuando reía, las comisuras se le escapaban por encima de la nariz. Levantaba los hombros cada poco. Tenía 24. Estudió Ambientales y se salió en segundo. «Me cansé de recoger hojas», decía, y encogía los hombros. Bebía sangría. El pelo afro pertenecía al Punteras. Cartagenero. No hablaba mucho. Caminaba con las manos en los bolsillos, pateaba las hojas secas. Ojos verdes. Decía que su abuela era Clint Eastwood. Fue el primero que me preguntó si es que no sabía liar porros. Ralfi era el carismático. Lorquino. Mohicano castaño. Gafas. Se llamaba Rafael. En su instituto había otro Rafael. Rafa, un gordo. Así que pensó que necesitaba un mote. Nunca supe si me sorprendía más la capacidad de decidir tu propio mote o la avería mental para querer que te llamen Ralfi. Estaba fuerte de una manera orgánica. Sin aspavientos. Ni marcaba ni apretaba la mandíbula, pero nunca tuvimos duda de que le partiría la cara a cualquier Gimnasios. Yo no conocía a nadie tan… admirable. Tampoco sabía que se podían estirar así los años, de manera que en 19 te hubiese dado tiempo a vivir 38 o 39. Llevaba tatuajes, hablaba de amores de verano —Señor, si daría los cuatro meñiques por uno de invierno, pensaba yo—, y de escritores con nombre europeo que luego resultaba que habían nacido en Estados Unidos. No le gustaba Lou Reed, pero entendía que a mí sí. Y eso me parecía darle la vuelta al calcetín. Entender el gusto de los demás. Guau.

Ni siquiera trazábamos revoluciones. Más bien, bailábamos la danza de la ceremonia del calentamiento del litro de cerveza. Ni siquiera dijimos que cambiaríamos el mundo. O ni siquiera se nos permitió. No lo sé, pero ignorar que no había ningún futuro para nosotros era imperdonable. Solo había que decidir qué hacer con eso. Y entonces, algún peo. Alguna raja de culo peludo asomando de unos pantalones de chándal. Algún gangoso. Y estallábamos en carcajadas. Lágrimas, pinchazos entre las costillas, falta de aire, Pablo palmeando el tablero rojo de la mesa. Así pasaban los cuatrimestres.

No sabría situar el momento en que nos distanciamos. Quizá fue cuando nos cruzamos con un mod en Santa Eulalia. «¡Paul Weller!», grité. Para mí todos los mods eran Paul Weller. Lo que es lo mismo que decir que todos los mods eran Dios. El Punteras chasqueó. «Ya hay que ser faramallas para vestirse así en pleno 2012», dijo. «Vas tú mejor con la camisa de cuadros de tu abuelo», me salió. Pablo rio. El Ralfi dijo «chssss» y negó con la cabeza. Él agachó la mirada. Compramos dos litros y una botella de Sandevid en un chino. Nos sentamos en los bloques de madera de la plaza. El mod desapareció. No es que pensase en cascarme un jersey de cuello alto y unos mocasines para bajar al Mercadona, pero me atraía algo de ese aire, esos andares, esa forma de atrapar el tiempo. Yo no sabía qué pijo pensaban los mods sobre el futuro, pero estaba claro que sabían que con el presente sí se podía hacer algo. Algo. Aunque fuese caminar como si no te pesase la cadera y estornudarle en la cara a ese nihilismo harinoso.

Pero no me hice mod ni aquello volvió a salir a la luz, así que quizá fuese otro momento. O no hubo *un* momento. Quizá ellos no tuvieran en la cesta de esa amistad los mismos huevos que yo. Sabían lo que era tener amigos, el Ralfi hasta conocía el amor, y quizá fueran conscientes de que uno se deslumbraba y luego la cosa se convertía en una planicie con picos memorables y valles inevitables. Pero yo no entendía una palabra. No sabía qué significaba la amistad, qué la delimitaba. Dónde empezaba y dónde terminaba. Menos aún, con qué compararla. Para mí era todo o nada. Si una tarde no protagonizábamos una peli de Scorsese, notaba que la vida se me escapaba de entre los dedos. Y eso estomaga al santo Job.

La rutina del Kiosko desapareció. Imprimí un mapa de la ciudad en las oficinas de MRW. Curré allí seis semanas. Repartidor a media jornada. Por las mañanas. Me zampaba Santa Eulalia, San Juan, La Fama y Vistabella en un triciclo espantoso. Tras el asiento, sobre una base sujeta a las dos ruedas traseras, se levantaba una caja de madera que me llegaba al pescuezo. Un par de cebras cabían sin apreturas. Cuando volvía a casa tachaba en el mapa las calles de mi recorrido. Me propuse recorrerlas todas. Nunca supe por qué, pero me podía el agobio. Supongo que buscaba eso que le vi al mod.

Perseguía, consciente de que las cosas tenían el significado justo, la capacidad de construirles uno. O algo así.

Un día acabé en el micro libre del Atenas, un bar en el barrio del Carmen al que cuatro tontos llamaban «epicentro de las letras murcianas». Pedí un quinto y me senté en una esquina. Al fondo. Tardé poco en arrepentirme. Ocho mesas de madera en dos filas iluminadas de manera indirecta desde los vértices del cuadrado por un par de focos torcidos. Debajo de uno de ellos se levantaba una estantería con juegos de mesa. Alrededor de todo aquello se paseaba un camarero canoso con ganas de contar que una vez fue a La Habana. Esa tarde recitaba un tal Joaquín Ghost. Menos da una piedra, me dije. Presentaba su nuevo poemario. Se titulaba *Caleidoscopio romántico*. Me dio calor en la espalda. Se subió al escenario. Collar de búho, camisa blanca por fuera, sombrero de ala corta sin calar. Dedos como salchichas Frankfurt. Leyó un par de poemas. Uno iba sobre una estación de autobuses. Las bolsas vacías revoloteando en las estaciones de autobuses. Las palomas comiendo migas de pan duro en las estaciones de autobuses. Yonquis que se confunden con personas a las que acaban de dejar. En el otro cambiaba de tercio. Iba sobre la Navidad en la casa de su abuela, en un pueblo de Albacete. Hellín, creo. Juraba que su abuela hacía unos cordiales de miedo y que madurar era poder comerse los cordiales de otra abuela. Creo. Dos fans con gorro de lana aplaudieron en primera fila. Ghost apretó los labios. Saludó. Dio las gracias, gracias. Una fan se giró y reclamó acompañamiento con la cabeza. Detrás de ella, un bulto amarillo con bufanda lila y moño le enseñó el dedo corazón. La fan resopló. Apuré la cerveza. Me fijé en el bulto amarillo. Entre nosotros, una pareja de oscuros se comía la tráquea. El bulto amarillo movía la cabeza. Movimientos leves, pero rítmicos. No negaba. Tampoco seguía el ritmo de los versos de Ghost. Quizá fuera de esa gente que va por la vida como si siempre tuviera agua en los oídos. Bebía vino.

El tercer poema iba sobre musas y noches de whisky. «Y entonces… tú», dijo Ghost. El bulto amarillo bufó. Las fans sacando el confeti. El poeta limpiándose el sudor con el dorso de la mano. Al camarero viajado se le antojó poca fiesta, así que buscó en Spotify a Joaquín Sabina. El bulto

amarillo se bebió el vaso de un trago. Arrastró la silla hacia atrás, guardó un par de minibultos en el bolso y se largó. Cuando pasó a mi lado me fijé en sus cejas. Formaban una uve. Le vibraban. Decidí que también era suficiente para mí. Arrastré la silla un metro. Casi me pego un costalazo. Me abotoné la cazadora mientras negaba con la cabeza. Ghost recitaba con la mano en ristre. «… Los besos robados a las níveas vírgenes…». Ahora la pareja de oscuros atendía. El hilo musical cubría ya a la altura de las rodillas. Pronto sería difícil escapar de allí sin un bombín. Sin decir la palabra «canalla». Sin hablar de Los Rolling. Sin oler a testículo colgandero. Cerré de un portazo.

El bulto amarillo fumaba sentado en un macetero de hormigón, a pocos metros de la puerta del Atenas. «Eh», saludé. Me señaló con la barbilla y devolvió la mirada a sus Dr. Martens de imitación. Le pregunté si tenía fuego. Metió la mano en un bolsillo del bulto amarillo y plumoso que la cubría de cuello a espinillas. Sacó un mechero. Y ahí me quedé, con el Clipper entre las manos heladas: quizá el ejemplar más inteligente de la especie homo sapiens. Me ofreció tabaco, papel y boquillas. Asentí. Me senté a un par de cuerpos de ella. Cómo me vería, que fue abrir el paquete de tabaco y preguntarme si me lo liaba. Frunció el ceño. Los ojos se le estiraban hacia abajo por los extremos. Construyó el cigarro. Me hubiera gustado que tardase un par de siglos. Los rizos del final de la cola se le desparramaban por los hombros. La nariz le mediría un par de dedos. Mi plan era sujetar el cigarro con el índice y el pulgar, bajar las cejas y entornar los ojos, dejar que el humo se me colase en el flequillo, pero me dio un rampazo en la sien. Como experto en lo ridículo, dejé que Joaquín Ghost hiciera el trabajo sucio. Si algo une es el odio. «Menudo papanatas, ¿eh?», dije. Levantó la vista, sorprendida. «El Joaquín Ghost», seguí, con voz de Ray Loriga. Sonrió y asintió. «Un buen gilipollas», contestó.

A la semana éramos novios.

Ángela tenía dos años más que yo. Su padre era de Bari. Su madre, de Macael. Vivía en el Infante. Estudiaba Hispánicas para que su tía Manoli no le cobrase alquiler. Curraba en calzados Mary Paz. En la Platería. «36, juanete», decía cuando nos cruzábamos a una vieja. «38, dedos gordos, de las que dicen que el calzao, mejor holgadico». Y entretanto, ahorraba.

Quería irse a Barcelona. Decía que allí sí pasaban cosas. Yo miraba para otro lado. ¿Se refería a *más* cosas? Le gustaba echar fotos, que se ve que es una cosa que solo se podía hacer en Barcelona. Me daba 20 vueltas. Una inteligencia diferente a la del Ralfi. Superior. Tenía la capacidad de usar esa velocidad neuronal para llegar adonde quería. Barcelona, mismo. Nosotros la habríamos convertido en la tierra prometida. Ella no. Barcelona era un sitio en el que *sí* pasaban cosas. No había mucho más.

No he conocido a nadie tan listo que sienta tanto lo que siente. Volvíamos del cine Rex, nos cruzábamos con un perro cojo, ella quería hacer algo, agua, abrigo, algo, me miraba, yo le decía que tampoco era nuestro problema o que me estaba meando o que tenía sueño y nos largábamos. A la semana se le saltaban las lágrimas pensando en el chucho. A veces me daba miedo. Hablaba de las huellas en su carácter de la relación con su padre. Y yo: «Claro, claro». Qué le iba a decir, si cuando me tocó la chorra me vinieron a la cabeza las lecciones del Listo y las putas de Guardamar. Si me corría, Señor, y le daba las gracias hasta que me dijo que no hacía falta. A mí me bastaba con soltar un par de comentarios sobre cualquier cosa. Una película, un disco, un libro, un pastel de carne. Estaba bueno o malo, guapísimo o una mierda. Me identificaba o no. Ahí Ángela solo se aclaraba la garganta. Todo tenía un millón de matices. Me cogía las manos y se las colocaba en el regazo. «Tienes manos de viejo», decía. Yo le contestaba que eran manos de trabajador. «A mí me gustan», seguía, y las besaba.

Pasaron dos años. Yo no hacía algo, ella me lo echaba en cara, yo hacía mal ese algo, luego, menos mal, y entonces yo no hacía otro algo. Resoplaba y ponía los ojos en blanco. Separaba las sílabas. Negaba con la cabeza. Se iba a escuchar a Laurie Anderson. Yo me sentía Dumbo en la guardería adulta. Pensaba que así eran las relaciones. Incluso con 20 años, sí. ¿Hincarte la cerveza suficiente para vomitar o que te lleven a casa o que la tengáis y así evitar el mal trago de que flote en el aire la posibilidad de follar? Sí. ¿Esa sensación de no hacer del todo lo que quieres hacer? Sí, sí, las relaciones. El principal argumento a mi favor era la inteligencia de mi novia. Si Ángela,

que las ha visto de todos los colores, sigue en esto, será por algo, me decía, y sacaba el pan de la tostadora.

A mis amigos les pareció regular. En el velatorio de la abuela del Punteras, la Clint Eastwood, el Ralfi me separó del grupo. Fue en el tanatorio de Ronda Sur. Nos apoyamos en el muro de la fachada. Se encendió un cigarro y canturreó: «Mis amigos me dijeron: "Andrés, no te enamores la primera vez", y no les hice caso». Y dio una calada crepuscular. Era recíproco. Ángela decía que a qué esperaba Pablo para dejar de mirarse las zapatillas, que el Punteras no era sutil, sino soso, y que por mucho que el Ralfi supiera quién era Kurt Cobain y, a la vez, cómo apretar un Yasuni, a eso no se le llamaba carisma. «¿Y cómo se le llama?», le preguntaba. «Pues yo qué sé, conocimiento», respondía, y se llevaba dos dedos a la frente. Yo no sabía si me molestaba más que mi novia atribuyese rasgos humanos a mis amigos o que mis amigos despachasen mi relación con frases de Andrés Calamaro. Pensé en reunirlos. Que hablaran. Mediar. Recreé la escena. Ridícula. Me dio calor en la espalda. Y esa vez, la vergüenza no fue ajena, no.

Llegó la primavera. La cosa mejoró. Volvimos a follar. Decía alguna tontería y ella se reía. Enseñaba las encías, se me enredaba en el brazo. La oía respirar y notaba un chorro de agua fresca en el corazón. Llegó el verano. La echaron de calzados Mary Paz. «Mejor», dijo. «Mejor, sí», dije. Números: ella tenía para cuatro o cinco meses. Yo, para un par. Esa tarde sacamos los dos Murcia El Carmen-Barcelona Sants. Salimos al día siguiente. 7 de julio. En Murcia ya no se podía estar. Mi amada y yo de camino al nuevo mundo. ¿Qué podía salir mal?

Fuente Librilla. Mediodía del 27

Los tobillos me crujieron cuando salí de la ducha. Me sequé. La piel seguía apretada, como si me hubieran escurrido desde los talones. Oí la voz de Manu Carreño. Venía del salón. Abrí el grifo del lavabo. Apoyé un barreño. Cuando se llenó, hundí en él mis zapatillas. El barro seco se desprendió y tiñó el agua. Me pesaban los hombros. Arrastré los pies. Pensé en dormir un rato.

—¡Hermano —dijo Jesús, asomando la cabeza al pasillo desde el lateral del sofá—, que dicen que vamos a fichar al Hazard!

—¡Hostias!

—El payo es más del Madrid que el escudo.

—Ese es bueno…

—¡Buenísimo!

Retiró la cabeza. Me lancé a mi cama. Estiré el brazo y bajé un palmo la persiana. Desbloqueé el móvil. Dos mails. Uno de Infojobs: +50 ofertas de trabajo en la Región de Murcia. El otro, un anuncio de Viagra. Me aliviaban esos desajustes del algoritmo. A las máquinas les quedaba un rato si mi chorra olvidada y polvorienta se les antojaba el cliente potencial de Cialis. Dos chats de wasap. Sara y Juan Casero. Sara decía que por la tarde se daría una vuelta por el Llano. Que no podía con tanta familia. Que si me iba con ella. Le dije que sí. Juan Casero, por su parte, se preguntaba si podría pagarle el mes de enero antes de que acabara el año, que se iba a Alicante con la familia de su mujer.

—Juan Casero, *veste* a tomar por culo —dije.

Dormí un par de horas. Estiré el brazo. Levanté la persiana dos palmos. Nublado. Desbloqueé el móvil. 16:27. Tenía media hora. Me volví a duchar. Saqué de la maleta unos vaqueros, un jersey negro liso y una camisa granate.

Guardé la camisa. Embutí los pies en los calcetines. Coño, las zapatillas. Vacié el barreño. Aún quedaba tierra incrustada en los laterales de la suela. Cada una pesaba ocho kilos. Cinco minutos de secador valdrían. No. No valieron. Clavé el dedo en la plantilla. El agua me cubrió la uña. Observé las pantuflas de mi padre, junto al bidé. Metí los pies. Se estaba en la gloria.

Sara me saludó con la cabeza y se guardó las manos en los bolsillos del plumas *beige*. Bajamos la cuesta. No cabíamos en la acera, así que caminé por la carretera. Ahora me sacaba dos cabezas.

—Vaya música llevas, maestro —dijo, señalándome las zapatillas con la mirada.

Ah, los pies. No los sentía desde hacía un rato. Cuando los doblaba, las zapatillas soltaban un quejido agudo.

—Entonces qué —dije—, ¿la familia?

—La famiiiiiglia —dijo, poniendo voz y manos de Corleone.

Me reí.

—Me hace gracia —siguió, y levantó los ojos al cielo—, nos llaman «la familia del pueblo».

—¿De dónde son ellos?

—De Crevillente.

Todos teníamos parientes en Alicante. A principios de los 80 había pasta allí. Calzado y construcción, sobre todo. El hermano de su madre y mi tío Juan el Limonero se largaron un verano a una obra en Elche. Residencial Nueva España. En esa década, los partidos políticos, los periódicos y las urbanizaciones se llamaban igual. Volvieron en octubre y se llevaron a sus mujeres. El Limonero se consideraba yesaire, no albañil. «Ah, yesaaaaire», le respondía mi padre con morro apretado. El Vinatero abrió un supermercado. Le fue bien. Siempre me he preguntado cómo debe ser eso de no querer lo mismo que tu padre y volver a casa mirándolo a los ojos. Demostrando, de una manera oliente, tocante y mordiente, que tenías razón.

—Crevillente, tío, ¿puede haber un sitio más mierda?

—¿Has ido? —pregunté.

Me miró con cara de Beyoncé.

—Mira —señaló el puente, al fondo—, ¿ves el tráiler ese?

—Sí.

Un camión se acercaba al pueblo. Distinguí el verde y el marrón de Cefusa.

—Pues prefiero tumbarme, ¡aquí mismo!, tumbarme y que me pase por encima. Prefiero que me pase por encima, Santini, con las 27 ruedas que tendrá, a ir yo a Crevillente.

—Entiendo.

Una moto y un pitido sonaron a mi izquierda. Era el Pakero, desde la otra calle de la Boquera.

—¡Escritoooor!

Levanté la mano. El Pakero metió puño y la Aerox se le encabritó cuesta abajo. Sara escondió la nariz en el cuello del plumas. Alcanzamos la cochera de Antonio Miñano. Doblamos hacia el Llano, un camino de unos cuatro kilómetros que atravesaba bancales de albaricoqueros, limoneros, naranjos, oliveras y almendros y acababa en el santuario de la Torera.

—Tío, qué sinfonía, de verdad —dijo, y señaló mis zapatillas con la barbilla.

Caminé sin doblar los pies, pisando huevos. El quejido se amortiguó cuando el asfalto se transformó en tierra. La sinfonía la interpretaban sapos y no grillos, se podría decir.

—Seguro que hay un Burger King a la entrada.

—¿Qué?

—En Crevillente, digo.

—Ah, ni idea.

—¿Y dicen «Crevillent»?

—¿Quién dice Crevillent?

—Tus primos, ¿dicen «Crevillent»?

—¿Cómo Crevillent?

—Para referirse a Crevillente.

—Yo qué sé.

—Es muy de allí.

—Supongo.

Me callé. Cuando no eres guapo ni gracioso ni fuerte, la gente valora que sepas convertirte en paisaje. Doblamos un recodo y llegamos a la zona de los mandarinos. Subirse a uno de los árboles del tío Mataúvas, robarle un puñado de mandarinas, que se enterase, te persiguiese y no te pillase era otro rito iniciático. Luego tuvo una avería con una motosierra. Le amputaron una pierna. Dejó de perseguir, y los zagales, de iniciarse. Sara sacó la boca del cuello del plumas. El vapor le empañó los cristales de las gafas.

—¿Lo de escritor es en serio, entonces?

—Yo qué sé —dije, y me encogí de hombros.

—Algo sabrás.

Cuando sonreía se le formaba un hoyuelo en la mejilla derecha. Yo pensaba que los hoyuelos solo aparecían de dos en dos. Se sacó un cigarro del bolsillo y lo prendió. Era un porro. Dio una calada. Me lo ofreció. Aspiré.

—¿No? —preguntó. Levantó las cejas, dándome pie.

—Yo qué sé, ahí está.

Controlaba el noble arte de llevar una conversación a punto muerto. Palabras imprecisas, significados ambiguos, sonrisas nerviosas. Me miré las zapatillas. Juro que seguía saliendo agua por los agujeros de la punta. La miré. No había bajado las cejas. Asentía con movimientos cortos. Como hacen las orientadoras de los institutos. Le di otra calada al porro. Me volví a encoger de hombros. Deje de asentir y mirarme, señora, me dije.

—Ahí está… —repitió, y ralentizó los gestos— y…

—Sí…

—Vamos, que vas a escribir un libro sobre el pueblo.

—No *sobre* el pueblo. Aparece el pueblo.

—Si aparece el pueblo…

—No es un libro sobre un sitio, coño, no es un libro de Conocimiento del Medio.

—Perdona.

—Na, da igual.

—¿Y sobre qué es?

Se lo conté. Torció el morro. Rebasamos el bancal de Mataúvas. El de Miñano estaba desierto. Supuse que murió y sus hijos pasaron de albaricoqueros. Se veían los cráteres en la tierra. La ausencia de árboles permitía ver el otro lado de la rambla. Los Lobos, los cebaderos de Cefusa, la casa de los Rubio. Falcon Crest, le decían. Y, un tramo antes, el boquete del vertedero. La lluvia había destrozado la rampa por la que bajaban los camiones.

—Si tuviera que resumirlo en una frase sería: un tío tiene poder y de pronto no.

—¿No fue por la mujer, que lo pilló con la Rosario de la Vereda?

—No es verosímil. A alguien así se la pela su mujer. Don Sixto caminaba…

—Sixto —me corrigió.

—Sixto… Don Sixto —aquí puso los ojos en blanco— caminaba como si la hierba le pidiera permiso para crecer. Ni la hora se cambiaba sin preguntarle. ¿Por qué se larga de un día para otro?

—Se cansaría.

—¿Quién se cansa de ser Dios?

—Pues alguien que haya sido Dios. Esa figura, la del señorito, la estudiamos mucho en Trabajo social. Piensa que es un perfil separado de la comunidad. Plenipotenciario, pero muy aislado. Tiene su miga, sociológicamente.

—¿Socioqué?

—Eres imbécil.

Estornudé. La glaciación me llegaba a la cadera. Pronto sería parapléjico. Estornudé. Sara chasqueó. Estornudé.

—Qué capullo vas a escribir —dijo—, si no sabes ni estornudar como una persona.

Era verdad, estornudaba —estornudo— como los perros.

—¿Cómo llamáis a eso en Trabajo social?

—Ser gilipollas.

Volvió a esconder la nariz en el cuello del plumas. Una moto nos petardeó por detrás. Me giré. Cuando volví a sentir la cara, reconocí a

Raimundo. Pitó al pasar a nuestro lado.

—¡Raimundo! —dije.

—Eh, Santini —levantó la mano enguantada y la devolvió al manillar. Metió puño.

—¡Raymond!

—Raymond… —susurró Sara, y chasqueó.

No se giró. Los muelles de la Marathon zurrían en cada bache.

—Tío, ¿no puedes hacer menos ruido? De verdad…

Volví a caminar sin doblar las rodillas.

—¿Y este?

Levantó la barbilla.

—Raimundo —precisé—, ¿qué vida lleva?

Se encogió de hombros.

—Pues yo qué sé, como siempre. Su moto p'arriba y p'abajo, regando las cuatro matas que le quedarían…

—Me contó que su madre murió.

—Sí, y… eso, sus carteles, su Real Madrid TV y su pollo asao. Bastante.

—Pues sí.

—¿Por qué? ¿Es que lo vas a meter en tu novela?

—No, pijo. Es mi amigo.

—Tu amigo…Estaría bien, una novela de Raimundico, el retrasado heteronormativo de pueblo por antonomasia…

Me reí.

—… yo te veo escribiéndolo, lo harías bien, no eres tan diferente.

—Es verdad, no soy tan diferente.

—Le falta al pobre haberse ido del pueblo y volver con ínfulas.

Uh, ahí lo vi: estábamos ligando. Decidí meterle leña a la lumbre.

—Es mejor tener veintipico y seguir en el pueblo, adónde va a parar. Con las cabras, el coche de los muertos…

—Más tranquila y más cerca de la naturaleza, claro que sí.

—¡Vuelve a pintar en las paredes, maestra! ¡Cómete el marrano conforme lo matas!

—Eres imbécil, de verdad.

—¡Dúchate una vez cada dos semanas!

—¡Qué subnormal, Dios!

—¡No tomes ibuprofeno!

—¡Cállate!

—¡No vacunes a tus zagales, reina, que se mueran de viruela con un año y seis meses!

—¡Que te calles!

Estiró el brazo hacia atrás. Arqueó las cejas. Se rifaba un guantazo. Giró y desanduvo el camino. Caminaba a pasos cortos. Brazos cruzados, la barbilla pegada al pecho. Llegué a su altura.

—¿Es que te has enfadao?

—¡Déjame en paz!

—¡Hostias, pero si estamos hablando!

Apretó el paso. Enseguida me sacó tres bancales. Igual no estábamos ligando, no. Al llegar al asfalto se caló la capucha del plumas. Desapareció. Me di la vuelta. Me crujieron los tobillos.

Llegaría al santuario de la Torera. Aún no había presentado mis respetos. Siempre se portó bien conmigo. Cuando tenía 16 y se me caía encima el techo de casa, solía caminar hasta su bancal. La pillaba dándole vuelta a las matas. Me daba nueces, media mandarina. «Es que el Ropasuelta es mucho Ropasuelta», decía, jugueteando con la azada y la broza. Le decían la Torera porque de joven combinaba medias rosas y zapatos negros. Su santuario tampoco era un santuario: dos o tres espejos y cascabeles en las ramas y cuatro troncos partidos a los pies de un sauce llorón. Decían que adivinaba quién iba a morir. Cuando mi abuelo me lo contó, decidí saludarla siempre. Por lo que pudiera pasar. En el pueblo no estaba bien vista: le gustaba el vino y no fregaba a diario el trozo de acera que separaba su casa de la carretera. Además, cuando murió Bonifacio solo vistió de luto dos meses. Y volvió a pintarse el pelo y los labios.

Era peor con su familia. Estos ojos vieron las dos escenas que le costaron la defenestración. Una: su hermano Ginés mandó a Gica, el rumano, a por unos palés. El pobre se las vio negras cuando el camino se estrechó. El

barranco de la rambla le iba ganando terreno al camino, y la Torera se negaba a arrancar naranjos. Gica metía marcha atrás. Se bajaba, comprobaba el suelo, volvía a la furgoneta, otro palmo, se limpiaba el sudor. En una de esas, la Torera lo tocó en el hombro con el cañón de la escopeta. Le dijo: «Nene, mira a ver si te llevas una hilera de naranjos. Y dile a mi hermano que tenga cojones y baje él a por lo que quiera. Arreando». Y Gica arreó. Dos: la Torera acostumbraba a arrancar tallos por ahí. Los plantaba en su bancal. Decía que crecían solos. Se encogía de hombros. Una vez trajo de Moratalla una mata que resultó ser cannabis. Un grupo de zagalones, entre ellos su sobrino Ginés y el Pakero chico, bajaron a comprarle el hierbajo. «Claro —dijo ella, girándose hacia la caseta—, esperarse, que la tengo en un bote». Salió con la escopeta. «Arreando», dijo, señalando el camino con el cañón. Y los zagalones arrearon.

Superé la finca del Esponjas. Entre los naranjos y el barranco quedaba un palmo de tierra. Me agaché, pasé bajo las ramas de los árboles y llegué al santuario. El verde del bancal contrastaba con el marrón secarral de alrededor. Los tallos de hierbabuena seguían a la altura de los tobillos. También el sauce llorón, los troncos y los cascabeles. El manillar de la Rieju de Raimundo descansaba en uno de los muros de la caseta de las herramientas. Habían pintado la puerta de verde Leroy Merlín.

—¿Raymond? —grité.

Nada. Eché camino. Volví a pasar por debajo de los naranjos. Una rama se me enganchó en el cuello de la cazadora y me arañó la nuca. Llegué al bancal del Mataúvas. Los albaricoqueros tenían falta de poda. Oí un motor por detrás. Me giré. Eran otra vez el Pakero y su Aerox amarilla.

—¡Ieeeeee!

Lo saludé con la cabeza.

—¿Qué dice el escritor? ¡Te veo flojo!

Apoyó el pie en el suelo y me palmeó el hombro. Negué con la cabeza.

—¡Acho, estás fundío! Escucha, súbete —me dejó hueco en el tercio trasero del asiento—, vamos tú y yo a echarnos unos chorros, ¿sabes lo que te digo?

Me subí.

Fuente Librilla. Tarde del 27

El Pakero dobló en la esquina de El Callejón y echó el pie a tierra. Me trastabillé al pasar la pierna sobre el asiento. Casi me caigo de culo. Él se bajó de un salto y la aparcó entre el muro de piedra y el remolque del Zurdo.

—Llevo los huevos como canicas. ¡Me cago en Dios!

Se frotó las manos. Se apañó el moño. Pocas modas futbocapilares no habían pasado por su cabeza. Me palmeó el hombro.

Entramos. El calor seco del aire acondicionado me pegó los vaqueros a la piel. Sonaba Luis Fonsi. No recuerdo la canción. La de Luis Fonsi de cada dos o tres años que explota en julio y en sitios como El Callejón estiran hasta marzo. Estornudé. El Pakero, a mi lado, levantó los brazos a lo torero. Tres vasos de tubo se alzaron desde la barra. Los sujetaban Alfredo, Juanjo y Andresín.

—¡Hostias, ya estamos todos!

—¡Un Pakero y un escritor!

—¡Capullo en Dios!

Saludé. El Pakero se señaló, luego a mí, y luego al camarero. El camarero soltó el móvil y fregó un par de vasos. Se le veía hasta el pijo. Caminaba con la suficiencia del que sabe que posee en los bíceps la fuerza necesaria para quebrar el 95 % de cráneos del mundo. Clavó en la madera los vasos.

—Gracias —dije.

A esas alturas de la vida yo ya exageraba el agradecimiento a cualquier trabajador con los ojos rojos. Conocía esa mezcla de rabia y frustración. La resignación asomando la patita. Los años pasando. Volví a estornudar. Volví a sentir los pies. Fui al baño. Olía a Mistol. Me desaté las zapatillas y las coloqué debajo del secador de manos. Estornudé. El aire caliente me había endurecido los mocos. Los calcetines, marrones, tenían la textura de la

cebolla que se cuece sin lavar. Me sequé los pies con papel higiénico. Las venas del empeine me palpitaban. Llamaron a la puerta.

—¡Ocupado!

—¡Hostias, ya! —era Alfredo—, ¡pero invítate!

Se rio. Se rieron. Me embutí los calcetines y me até las zapatillas. Seguían húmedas. Me lavé las manos. Reparé en el espejo. Por los extremos inferiores asomaba el hierro que lo sujetaba. El marco se cortaba tres dedos por encima, en filo. Las ojeras me llegaban a la mitad de la nariz. Alfredo volvió a golpear la puerta.

—¡Escritor, hostias!

—¡Voy!

Abrí la puerta. Sonrió y se frotó la nariz. El cabrón había engordado 50 kilos desde Nochebuena. Avancé de perfil por el pasillo. Entró y cerró de un portazo. Llegué a la barra. El Pakero me palmeó el hombro y me señaló dos vasos en la barra. Uno, de tubo, cubitos, gintonic, supuse. El otro, un chupito de Thunder Bitch.

—Es moderno —me dijo cuando lo levanté.

Me lo bebí de un trago. Noté el trueno bajándome por la tráquea. Me apoyé en la barra. Al ser horario vespertino, El Callejón adoptaba aún su modo cafetería: luces tenues amarillentas, tres lámparas sobre el techo de la barra, y focos que proyectaban triángulos violetas a la mitad de las paredes de ladrillo visto. Los pies se podían despegar del suelo con cierta facilidad. Juanjo se me acercó. Acunaba el cubata contra el corazón.

—¿Qué pasa, maestro?

Lo saludé con la barbilla. Agachó la cabeza y removió los hielos con el dedo. Le vi la coronilla. Se la tapaba echando el pelo hacia atrás. Como no tenía un portaviones en la frente, no le quedaba del todo mal. Absorbió el líquido del dedo con los labios.

—Oye —se colocó a mi lado y bajó la voz—, me enteré el otro día de lo de tu libro…

Eché un trago al cubata. Iba cargado, sus muertos.

—… tú ya sabes mi historia. Lo del fútbol y to eso…

Juanjo había sido un porterazo. Un ojeador del Murcia se lo llevó después de jugar contra nosotros. Real Murcia infantil 4-0 Muleño infantil. Sin él, nos habrían metido 15. Como ese año el Murcia jugó en Primera, invitaban a las categorías inferiores a los torneos nacionales. Lo fichó el Villarreal, y dicen que el Madrid lo llamó para una prueba. Tenía 16. Iba de negro, que es como los viejos decían que debía jugar un portero. Nunca me creí lo del Madrid, pero todos pensábamos que llegaría a Primera. Jugó en la selección sub-17. Coincidió con Saúl, el del Atlético. En silencio, yo rememoraba los goles que le marqué en los entrenamientos. Diría que no fui el único. El caso es que se lesionó. La rodilla. Un año sin jugar. Se le vino el mundo encima. Volvió al Murcia y, a los seis meses, al Muleño. Cuando me largué no jugaba ni los partidos de veteranos de los viernes. Llegó hasta cuarto de la ESO. Los maestros le decían que apretara, que podía. «Poh», respondía él, y se encogía de hombros. A mí me daba una pena terrible. Señor, cómo tiene que ser eso de verte a dos palmos de jugar en Primera y que al año tu horizonte de posibilidades se concentre entre un módulo y los albañiles. Y cómo se remueve eso en las tripas con 17 años. Cómo un día se le asentó en el pecho la conciencia de que no iba a llegar y no se murió allí mismo. La gente de Mula lo llamaba «la marmota». Él pasaba tanto que no puso ni el mínimo necesario para que el mote calara. Ahora curraba en El Pozo. Paseando papeles. Entró como deshuesador, un día hubo que traducir no sé qué al inglés. Él supo. Al día siguiente dejó de currar de pie y volvió a sentir los hombros.

Eran él y su madre. El padre murió de cáncer de garganta. Socialmente tiraba de él Alfredo, que era su primo. Eso lo convertía en palomita suelta. No hablaba ni decidía, pero *estaba* en los sitios. Envidié su imperturbabilidad. Justo antes de deshacer el contacto visual, sus ojos decían que esa era la única manera de sobrevivir siendo él allí. Quizá solo fuera presbicia.

Alfredo salió del baño. Aplaudió, se frotó las manos. Luego, la nariz.

—¡Escritor, hostias, te has dejao una puntica!

Me enseñó el meñique. Pensé que se podía alimentar a una familia de kikos con semejante salchicha. Lo retiró y esnifó, ladeando la cabeza. Volvió

a aplaudir.

—¡Un futbolín habrá que echarse! ¿O qué?

Me rodeó el cuello con el brazo. Me sentí un recién nacido en medio de la calle.

—¿O qué, escritor? ¿Vas a jugar con tus quintos una miaja furbolín?

—Claro —dije.

Alfredo y el Pakero fueron al futbolín. Andresín salió a fumar. Juanjo me agarró del brazo.

—Yo te pediría que contaras mi historia. Bueno, no que la contaras toda, pero que…

—¡Acho, vamos! —dijo Alfredo mientras dejaba su cubata en el poyete que separaba la zona de baile de la zona de café.

—… al menos una parte, cuando me llamó el Madrid pa la prueba. ¿Lo vas a contar?

—¡Me faltan dos! —siguió Alfredo, cascando la bola en el lateral de la mesa—. ¡Mi Juanjo y mi Santini!

—¿Pero lo vas a contar?

—¡Acho, venga!

—¡Sí, vale, vale! —dije.

—Gracias —contestó Juanjo.

Fuimos al futbolín.

—Escucha —dijo el Pakero—, al ser Navidad y to eso hemos dicho de jugar por perras, ¿estamos?

—Yo no tengo un duro —dije.

—200 machacantes de momento —siguió el Pakero, y se pasó la lengua por el labio superior.

—Si es que no…

—¡Saca, hostias! —gritó Alfredo. —¡Que saques!

Casqué la bola en el borde de la mesa y la solté. Mi compañero resopló. Dijo algo que no entendí. Golpeó la pelota con un centrocampista. Rebotó en la otra pared y la controló el Pakero, que soltó el mango y le pegó un golpe seco con la palma de la mano. La pelota trazó una diagonal hasta su delantera. Allí controló y me la cruzó. Gol.

—¿Es que no vas a parar una santa pelota, me cago en Dios me cago?

Alfredo desvió sus ojos de gorrino cuando iban a cruzarse con los míos. Se giró y le dio un trago al gintonic. Al levantar el codo le asomó la barriga. Una masa estriada y peluda. Como harina a medio amasar. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Eructó. Olió a ginebra. Me di un guantazo en cada mejilla. Oí la risa ahogada del Pakero. Hijo de puta, me dije, te vas a enterar. Me incliné sobre las barras. Mi compañero golpeó la bola y la soltó a la espalda uno de sus centrocampistas. Tiró. Juanjo la controló con su defensa.

—¡Uoh! —gritó el Pakero, mientras se estiraba hacia atrás. Levantó a sus jugadores y yo, en un acto reflejo, porque tan tonto de verdad que no soy, hice lo mismo.

La pelota golpeó en mi portero y le llegó al ralentí a su delantero. Ni siquiera la paró. El trastazo contra la plancha metálica del fondo de la portería se impuso a la canción. Pablo Alborán, creo.

—¡Y 11-0, señoressss! —dijo el Pakero.

Alfredo bufó. Observé cómo los jugadores se inclinaban conforme soltábamos las barras. Enseguida se alinearon en horizontal, sobrevolando el campo a tres dedos de altura. Una maza con dedos me golpeó la espalda. Me agarró del hombro y me arrastró hasta un cuerpo sudoroso. Noté la vibración del corazón. La panza también se meneaba. El antebrazo se me pegó al cuello. Sentí su sudor contra mi piel. El aliento en la oreja. Más caliente que pestoso.

—¿Tú sabes lo que acaba de pasar aquí?

¿Qué de todo?, quise preguntarle. Me agitó el hombro y me estrelló contra su pecho. Se le endurecía justo sobre la semiesfera obesa. Era curioso.

—Te estoy preguntando que si sabes lo que acaba de pasar aquí, Bigotes.

Noté un hilo líquido bajando por los muslos. Me pregunté si le cabría mi cabeza en la boca. Si me mordería el cuello. Si me estrujaría contra su esternón hasta convertirme en un cenicero. La zarpa me sujetó por el pescuezo. No sabría decir si me levantó. Las burbujas de saliva se le superponían en las comisuras. Vi al Pakero por el rabillo del ojo. Se acercaba con las manos levantadas. Tiró del brazo de Alfredo. Nos separó. Di un par

de pasos atrás. Me temblaban las piernas. Apoyé el culo en el poyete. Busqué a Juanjo con la mirada. Se había esfumado. Los haces de luz dibujaban ahora líneas entre violeta y amarillo. Las caras se veían raras. Se me había pasado el pelotazo. El Pakero sujetaba al gordo de los hombros. Se le meneaba el moño.

—¡Yo no voy a pagar una mierda! —gritó.

—Alfredo…—dijo el Pakero.

—¡Ni Alfredo ni capullos! —me señaló— ¿Tú has visto jugar al maricón este? ¡Que pague él!

—A ver, eso es verdad, Santini…lo justo sería que pagaras tú. Te has comido 11 goles como 11 soles, hijo mío.

—Yo no tengo un duro…—repetí.

El Pakero miró al techo y luego le dijo algo a Alfredo al oído. Asintieron.

—Se me ocurre una solución.

—Si es que yo…

—Chsss, chsss —me enseñó la palma de la mano—. Te voy a perdonar 50 euros. Que se note que somos amigos, ¿no?

¿50 euros, hijo de la gran puta, garrulo asqueroso?

—Eso es —siguió—, 150 euros solo. ¿Estás contento?

Las palabras se me clavaban en la garganta como mocos secos. Si pudiera, les reventaba las cabezas allí mismo. Me temblaban los brazos. Levanté los hombros.

—A cambio —siguió, y le pasó el brazo por detrás de la espalda a Alfredo—, tendrás que sacarnos en tu libro. ¿Estamos?

Le palmeó la espalda a Alfredo. Se giraron en dirección a la barra. Me vibraban las sienes. El temblor de los brazos se me había extendido a las costillas y las piernas. Pasé la mano por los botellines que flanqueaban el otro lado del poyete. Levanté el último. Le quedaba un trago. Me lo bebí. Lo escupí. Colillas y ceniza.

—¡Ah! —oí la voz del Pakero, se acercaba— ya sabes las reglas, Santini: 11-0 se pasa por debajo de la mesa…

—¿Qué? —era el colmo. Garrulo de mierda. Si pudiera meterle un cabezazo y romperle esa nariz.

—Lo siento, compadre, yo no pongo las reglas…

Decidí acabar con aquello cuanto antes. Me agaché. Las cervicales me crujieron al encoger el cuello. Oí el saxo de Fito & Fitipaldis. El mismo solo en todas las canciones. Menudo sinvergüenza. Me despegué una colilla de la palma de la mano. Crucé el ancho de la mesa a cuatro patas. Las zapatillas del Pakero retrocedieron unos pasos.

—Y… media vuelta —dijo.

Giré y volví a encarar la mesa. Cuando iba a la mitad, noté una masa semisólida en la palma. Amarillenta. Entre vómito y esponja. Me la llevé a la nariz instintivamente y separé la cabeza. Estrellé la coronilla en la base de hierro. Sonaron las pelotas. Oí risas. Vi colorines. Luego, las baldosas grises. Tragué aire. Apoyé una mano en el murete y me incorporé.

—¿Ya? —dije.

Habían desaparecido. Un grupo de adolescentes me observaba desde el otro lado del futbolín. Me señalaban. Se ponían la mano en la boca. Me abrí paso y salí a la calle. Agradecí el soplamocos del aire en la cara. La puerta se abrió detrás de mí. Bajé el escalón. Era Andresín. Llevaba un cubata a la mitad, removido y vivido, y un quinto. Los ojos rojos. Me ofreció el botellín. Di un trago. La cerveza ahogó el regusto de las cenizas líquidas. Volví a escupir. Otro trago.

—Vente —me agarró de la cintura—, que tengo que hablar contigo.

Pegué la espalda a la pared blanca. La luz de la farola dibujaba un triángulo amarillento en el centro del callejón. Iluminaba una esquina del remolque del Zurdo. Di un trago largo. Noté cómo el tembleque se me convertía en nervio puro. Apuré el quinto y lo estrellé contra el muro de enfrente. El cuello salió entero. Me agaché y lo volví a estampar contra el suelo. Se partió en seis o siete. Caminé hacia la luz. Oí la voz de Andrés a mi espalda. Supuse que estaría largando algo sobre mi carrera truncada de centrocampista. Alguna soplapollez más. Otra, Andrés, me dije, que no he tenido hoy bastante tontuna ya, ¡otra!

—¡Otra! —grité. Le podían dar por culo. A Andrés, al fútbol, a los centrocampistas, al futbolín, al Alfredo, al Pakero, a Juanjo y a Jose el

camarero. A Dayo Kane. A Sara y a Sixto de la Cierva. Al retrasado de Raimundo. A mis hermanos. Al Ropasuelta. A Dios y a san Dios.

Doblé en la esquina del banco verde. Cuatro golpes de bombo me recorrieron la mente.

Gabba gabba we accept you we accept you one of us!

Gabba gabba we accept you we accept you one of us!

Allí estaba.

Fuente Librilla. Mañana del 28

El Ropasuelta me observaba desde la base de la cuesta. Trotaba sin moverse. Formaba una visera con la mano. Luego correteaba en círculos. Corría una brisa ligera, apacible para las 9 de la mañana de un 28 de diciembre. Las nubes iban y venían. Podría salir el sol. Alcancé a mi padre. La lluvia había dejado la tierra esponjosa, en el punto perfecto para practicar el noble ejercicio de la carrera continua. La mierda la llevaba yo en las tripas. Me sentía culpable. No sabía exactamente de qué, así que aposté por una culpabilidad abstracta: no podía yo seguir así. Una verdad irrefutable.

Sí: no podía yo seguir así, siendo una pluma de gallina que cambia de dirección conforme recibe el mensaje de una vecina de toda la vida o escuche la chicharra de la scooter de alguien apodado, por los clavos de Cristo, Pakero. Me vino a la cabeza el futbolín de la noche anterior. El relinchar de Alfredo. Dios, qué les había hecho yo. La plama de la mano del Pakero. Menudo subnormal. A ver si raspaba un bordillo helado con la moto y arrastraba esa cara de mierda hasta el otro lado de la carretera, que se le quedara un potaje de gravilla y cocaína, que no lo reconociera ni su madre. Antes de salir miré mi cuenta del banco. Nada. Decidí desaparecer por unos días. Que la cosa se calmara. Solté aire. Coronamos la cuesta con cierta suficiencia. Después de todo, ya eran tres entrenamientos. Algo se notaba. Pensé en decírselo al viejo, pero me mordí el labio. Mejor así, la marcha y las respiraciones acompasadas: padre e hijo compartiendo la carga de un objetivo común. En silencio. Que cantaran los pájaros, que el aire acariciase nuestras orejas y la grava replicase a nuestras pisadas.

—¿Es que estás rondando a la Vinatera?

Lo miré de reojo. Me dio para observar la comisura levantada. Atravesamos el callejón que separaba los invernaderos. Esquivé una hilera

de bolas de mierda de cabra. A lo lejos se oía un motor. Distinguí el quejido del motor cuando metes primera con una grada enganchada.

—Esa tiene genio.

Tragué aire. Poco antes de la curva de la Casa Alta noté un pinchazo en los cuádriceps. Me pesaban. Bajé el ritmo. El viejo me sacó un par de metros. Estiró el cuello y ralentizó.

—A esas mujeres hay que saber llevarlas, hay que ser hombre.

Ahí venía. Calle, Padre, por los clavos de Cristo. Los pinchazos me rebasaron la cadera y se instalaron en el estómago. Me sonaron las tripas. Pasamos junto a la casa de los guiris, una pareja de holandeses que compraron la finca a finales de los 90. Ella tenía los pulmones jodidos. Le venía bien el aire de la sierra. Decían «gresias», «per favor no es molestio» y «no me lo recuerdo». Creo que él murió antes. Las persianas, tintadas del marrón de la tierra, estaban echadas. La maleza llegaba a las rodillas.

—¿Se murió ella también?

—¿Eh? —dijo.

—La guiri.

Chasqueó.

—Lo que no sé yo es si tú eres hombre pa una Vinatera. Me quiero referir —levantó la voz—, tienes buenos genes, claro está, pero…

—Se moriría, digo yo —dije.

Apretó el paso. Lo seguí.

—… no sé yo si tú… con tanto libro y tanto que sabes…

—Se sentiría sola. Y se murió. De vieja y de tristeza. Es que hacerse viejo tiene que joder, ¿no?

—… no sé yo si… sabes tú llevar a una mujer…

—Notar cómo te va faltando aire, fuerza, cómo te encoges y las orejas y la nariz no paran de crecer y crecer y crecer, que al final parecemos todos gnomos, ¿eh?

Volvió a apretar el paso. Lo seguí. Observé su perfil. La comisura había vuelto a su posición natural. El labio le temblaba. Lo tenía. Decidí parar. Aspiré. Abrí la boca y saboreé mi victoria. La admiré en su plenitud. Bajamos un repecho, cruzamos la recta que daba al bancal de Pedrín y

llegamos a la cuesta de las Cañaicas. Unos 200 metros de bajada que marcaban un vértice con otro trecho ascendente, en un tramo rodeado por ortigas y coronado por el cementerio de Gebas. Redujimos la marcha. Las rodillas me crujieron al descender los primeros metros. Vigilé al viejo. Avanzaba con los pies en diagonal a la cuesta. Me sorprendió esa ortodoxia en él. Cerré los ojos. Los pájaros cantaban, el aire acariciaba mis orejas y la grava replicaba a mis pisadas. Había salido hasta el sol.

Esprinté durante unos metros. Miré hacia atrás. Enseguida le metí un trecho al Ropasuelta. Había hundido la cabeza entre los hombros. Se equilibraba con los brazos. La cinta amarilla le tapaba las cejas. Completé la bajada y aproveché el impulso para ascender unos metros. Volví a girar el cuello. El viejo había pegado los brazos al tronco y avanzaba más rápido. Dudé si reducir el ritmo y esperarlo. Pero no. Ya nos veríamos en la cima, si acaso. Era un buen final para mi vacile: observarlo apoyado en la tapia del cementerio. Salivé solo con recrearlo. Volaba. El aire me entraba y salía sin aspavientos. Ni siquiera notaba las articulaciones. Nada de pinchazos, adiós a los retortijones. Fotografié mentalmente el trozo de cuesta que me quedaba. Extendí los brazos. Oí el canto de las perdices. Cerré los ojos. La pendiente se endurecía hacia el final. Nada reseñable para el Bekele fuentero. Quizá el viejo tuviese razón y yo podría haber sido atleta. Lo vi claro. En algún momento tendría que darle la razón. Estaba en lo cierto, Padre, a estas alturas podríamos sentarnos usted y yo en sillones de cuero reclinables, y no en esos sofás polvorientos con trozos de esponja asomando por las esquinas, qué digo sillones de cuero, Padre, comeríamos marisco usted y yo, toneladas de gamba roja y blanca y quisquilla, sin elegir, océanos enteros mientras mi agente discutiera las condiciones de ese nuevo especial sobre mi carrera en Televisión Española, y no aquí, pegando barrigazos en la cuesta de las Cañaicas nueve años después de que usted decidiese que yo lo había traicionado, porque eso tampoco habría pasado, Padre, quién quiere educación superior, quién quiere un trampolín para escapar, cuando tiene atadas a las caderas dos extremidades de guepardo, Padre, dígame.

Acompasé mi marcha a la pendiente. Troté en círculos al llegar al cementerio. Una botella de Font Vella sin etiqueta se cocía atada al primer

pino de la hilera que escoltaba la fachada. El aire batía la chapa de la puerta principal. Colé la cabeza entre los barrotes. A diferencia de la mayoría de cementerios, que acaban convertidos en terrazas de lápidas, allí no habían superpuesto niveles. Lo impedía el hecho de que se levantase sobre un penacho de tierra rodeado de bancales en plena desertificación. De las laderas asomaban matojos secos. La gente de Gebas tampoco apretaba en ese sentido. Cuando yo me fui eran 16. Quizá ya hubiera muerto allí toda la gente que tenía que morir.

Giré el cuello. El Ropasuelta ya subía la cuesta. Era raro, pero se movía como los viejos que saben, como si hubiera exprimido lo que significa correr: levantaba los pies lo justo para mantener la marcha, seguía con los brazos pegados al tronco, con un vaivén de apenas un palmo, la mirada fija en el próximo metro de tierra y la cinta amarilla al borde de los párpados. La respiración sostenida. Un quejido —un «ieeee», un «ñieee»— de vez en cuando.

—¡Admirable, Padre! —grité, formando un megáfono con las manos.

Llegó a mi altura. Se recolocó la cinta en la mitad de la frente.

—Es usted admirable —le susurré al hombro—, admirable.

Levantó las cejas y me miró. Volvió la vista a la tierra. Reemprendí la marcha. Me coloqué a su altura. Estaba frío. Apreté unos metros. Desde allí, el sendero rodeaba varios bancales de almendros y llegaba al desfiladero que daba a los barrancos. Allí se mató Angelillo con el coche. Por aquel entonces, los guiris ya iban, flipaban y se volvían. Aún no se había aprendido que el futuro consistía en alargar el flipe de los guiris. Luego construyeron El Mirador, un restaurante con lumbre y ladrillo visto, y los guiris fliparon con las migas recalentadas. Se llegaba bordeando el desfiladero. Allí arrancaba la carretera y llegaba hasta El Berro, ya a los pies de Sierra Espuña. El recorrido de la carrera torcía antes, en un camino de cabras que llegaba al cortijo del Andaluz, subía por los limoneros del Panina hasta el Castillo y desde allí volvía al pueblo. Seguía helado. Notaba de nuevo cada engranaje, la burocracia corporal para moverme. Qué angustia. Dejé de oír a mi padre. Me volví. Trazaba semicírculos con los pies antes de apoyarlos. Mantenía el ritmo de la cuesta. Admirable, Padre. Entonces pisé una piedra que se venció

a un lado. El peso del cuerpo se me fue detrás. Oí el crac del tobillo. Grité. Una voz que no parecía mía. Apoyé el codo al caer en la tierra. Intenté girar y caer de culo. Me quedé de lado. Vi por el rabillo un amasijo de hilos verdes y rojos. Sentí el sudor helado en la nuca. Avancé impulsándome con los brazos y me senté en el borde elevado del lateral del camino. Mi padre se acercó. Levantó la barbilla. Le salía humo de la cabeza.

—El tobillo —dije—. Me ha crujido.

Chasqueó y negó con la cabeza. Miró al cielo. Brazos en jarra.

—Ha sido al apoyar.

—Prueba a ver —dijo, recolocándose la cinta amarilla.

Me sequé el sudor de la nuca con la palma de la mano. Me incorporé apoyando el peso en el otro pie. Qué va, qué va. Volví al suelo. Era imposible. Resoplé y negué con la cabeza.

—¡Pero si no has probao, capullo!

Apoyé los brazos en las rodillas y escondí la cabeza en medio. Oí las pisadas del viejo. Trotaba en círculos. Dejé de ver las luces. Me erguí. Arranqué varios tallos de malas hierbas. Los trencé y los lancé a los almendros. Los surcos de los bancales lucían impolutos. El labrado era reciente. El viejo se subió al montículo del borde del otro lado del camino. Levantó el brazo al cielo.

—¡Si es que no puede ser, Señor, si es que no puede ser!

Me pasé los dedos por el tobillo. La sensación era inequívoca: como si aquellos centímetros de músculo perteneciesen a otro y aun así me doliesen. Un esguince. Todavía no se había enfriado y permanecía casi en su estado natural. No tardaría en hincharse.

—¡Estoy rodeao de tontos! —seguía mi padre.

Pateó un tormo. Arrastró los pies. Agachó la cabeza y siguió negando.

—… estoy yo hablando de mujeres y no sabes ni correr, ¡ande vas! ¡Ande capullo vas, Señor!

Masculló algo que no entendí.

—¿Llevas el móvil?

Ni se giró. Me palpé el bolsillo. Noté la protuberancia del diente de ajo. Lo lancé al bancal. A tomar por culo, tanto ajo y tanta tontuna. Oí un motor,

no muy lejos. Mi padre levantó la cabeza en esa dirección. Se le arrugó todo. Se giró hacia mí.

—¿Y ahora qué capullo hago yo con mi entrenamiento?

—Yo qué sé —me encogí de hombros—, pues sigue, si tanto te importa…

—¡Pues sigue, dice! ¡Pues sigue! Pero vamos a ver —se me acercó mientras se tiraba hacia abajo el cuello del forro polar, enseñando el pecho rojo y un ramillete de pelo blanco—, ¡¿Cómo voy a seguir?!

El motor se acercaba y pertenecía a un quad. Vi una cabeza sobre el manillar. Unos hombros. Unos brazos. La cabeza medía sus buenos tres palmos. Las orejas permanecían pegadas al cráneo y se separaban en el tercio superior. Reconocí la mirada de hijo de puta. Dionisio de la Cierva. Lucía ese tono de piel de la gente que no llama «tomar el sol» a estar al sol. Redujo al pasar a nuestro lado.

—¡Me voy a cagar en todos vuestros muertos, uno a uno! —estiró el cuello y escupió. Me hice a un lado para sortear el gargajo. Noté los bufidos de mi padre.

—¡Me voy a cagar en Dios y en san Dios! —gritó el Ropasuelta.

Levantó el puño y salió detrás del quad. El Enano metió puño y levantó una polvareda. Me tapé la cara con el brazo.

—¡Ven aquí si eres hombre, enano del capullo, ven aquí! —el Ropasuelta se sentó a mi lado—. Me cago en el Dios que lo cagó. A ese y a toda su familia.

—Son todos iguales.

—¡Pero todos! Si lo tengo a un palmo… lo reviento —escupió y se incorporó.

Aproveché:

—¿Tú sabes por qué se fue su tío, el Millonario?

—Viene aquí el enano del capullo a cagarse en mis muertos… ¡ven aquí si eres hombre! —gritó al vacío. Se giró y deshizo el camino. Al rato lo seguí.

Las nubes habían engordado. Apenas dejaban pasar el sol. Al poco de atravesar el pasillo entre los invernaderos me eché la mano al tobillo. Era ya

el tobillo de alguien de otro octanaje, de un Alfredo. Pensé en él y en el Pakero. Menudo par de hijos de puta. Arrastré el pie durante la bajada. Avanzaba más rápido así. Pensé en tumbarme y bajar rulando. El viejo ya bordeaba el bancal que se extendía junto a la base. Me esperó en el primer tramo de asfalto. Cuando llegué, asintió y volvió al movimiento. Ni corría ni caminaba. Tampoco se podía llamar «marcha» a ese ritmo bipolar. Con mis egocéntricos 29 años, me dije que él pensaba que yo era su hijo y le recorría la piedad, y al segundo pensaba lo mismo, que yo era su hijo, y le daban ganas de salir pitando.

Se oyó un trueno. El perro de la Tacones ladró un rato. Mi padre cogió una piedra y amagó con tirársela. El chucho reculó. El viejo apretó al llegar a la esquina de la cabina. El tobillo me ardía. Subí las escaleras. Mi madre me esperaba en el quicio de la puerta con un rollo de esparadrapo alrededor del índice.

—¿Qué te has hecho? —dijo. Le temblaba el labio.

Oí el motor de un tractor. Me giré antes de cerrar la puerta. Venía del corral del Etarra. Observé la casa de la Vinatera, justo al lado. En la planta de arriba, una luz amarillenta de flexo iluminaba una habitación. La de Sara, supuse. Un perro ladró.

Brincos catalanes / Brincos berlineses

Ángela me dejó al tercer día de llegar a Barcelona. Dijo: «Siento que no puedo estar contigo». «Yo sí», le contesté. Dijo: «¿De verdad quieres estar con alguien que no quiere estar contigo?». Visto así, tenía razón. Y, bueno, me quise morir. Kebabs, sábados viendo *La Sexta Noche*, Jason Molina, caminar hasta intentar ver el final de la ciudad —y no verlo—, tembleques, etcétera. Vivía encima de un taller, en el barrio del Clot. Le alquilé una habitación a Gonzalo Trastiere, un saxofonista uruguayo que siempre se las gobernaba para que alguien lo pillase cocinando. «Alguien» era la veinteañera a la que daba clases particulares desde hacía dos semanas. Gonzalo Trastiere tenía mundo, el dinero justo y eso que llaman «conversación interesante». Se hacía las preguntas correctas porque parecía que ya supiera las respuestas. A esas y a las que aún no se había formulado, pues la vida «es más larga de lo que parece». También tenía una gata albina. Se llamaba Tiza. Yo la llamaba «Tisa» porque me había dejado mi novia y se me había olvidado hasta que los uruguayos sesean. Además de guapo y uruguayo, Gonzalo Trastiere era un miserable. Una vez le dije que la gata me había cogido cariño, que era verdad, coño, cerraba yo la puerta y se liaba a cabezazos, y va y me dice que eso se lo hace a todo el mundo. No se me va a olvidar en la vida: «Sho creo que entra Adolf Hitler en persona y va a haserle mimito». Si llego a tener un gramo de autoestima le rompo una silla en la espalda.

Pronto encontré curro. Lo de la gran ciudad y las oportunidades era una cosa alucinante. Vendedor de aire acondicionado. A puerta fría. El jefe era un sevillano gordo que decía que yo iba a ser su protegido. Decía: «Loh igualeh tenemoh que protehehnoh y tú y yo zomo iguale: no pronunsiamo lah ezeh y tenemo mohtasho», y se colocaba el índice en horizontal bajo la nariz. Me echaron el jueves de esa semana. No conseguía engañar a los

viejos. «No ereh lo que se dise un tiburón, vamo», dijo el sevillano cuando fui a devolver la carpeta y el polo. Luego repartí publicidad. Durante el segundo mes me asignaron el barrio de Gràcia. Allí vivía Ángela. Plaza Joanic. A unos 40 minutos largos del piso de Gonzalo Trastiere. De camino me daba tiempo a revisar con detalle nuestra relación. Tardaba tanto que me puse hasta en su lugar. Fue lo más cerca que estuve de entender algo. Nunca me la crucé. Y lo agradecí: entre el uruguayo, la mochila con folletos multicolor, el pelo estropajoso de tanto pateo y tanto coche y las ojeras por debajo de la nariz, me faltaba ver a mi amada en un vestido rojo con vuelo de la mano de algún Joan Manuel, sus sandalias —buaj— menorquinas, su piel tostada —buaj, buaj— en febrero, su camisa remangada —buaj, buaj, buaj— un palmo. Pensaba yo que esa era la única manera de cruzarse con una exnovia.

Lo del reparto acabó a los tres meses. Al parecer, la empresa controlaba varios portales en cada distrito. El Chapi, un veterano de allí que yo creo que inventó el vapeo, intentó explicármelo. No me enteré. Ningún drama, me dije. Focalizaba el poco orgullo que me quedaba en un mantra: no se aflige uno por los trabajos de mierda. No, señor. Se aflige, qué sé yo, por sentirse solo en una ciudad de un millón de habitantes, por rumiar bromas privadas hasta el punto de no saber si son privadas o solo insulsas, por no tener con quién celebrar un gol de Ruud Van Nistelrooy en el Camp Nou o porque no se le levanta la herramienta en pleno ejercicio del acto sexual. Esa fue con mi vecina. Resulta que Gonzalo Trastiere se largaba a Uruguay. «Tengo nostalgias montevideanas», me dijo, mientras desenroscaba la lámpara del salón. Yo creo que alguna de las mallorquinas o zaragozanas no tenía 20, ni 19, ni 18. Que alguien movió un dedo y Gonzalo Trastiere apretó el culo. Me pidió que me quedase a entregar las llaves a la inmobiliaria. «Podés terminarte la comida y eso», me dijo. Yo no tenía nada mejor que hacer. Guardé mi ropa y mis libros en la maleta y me comí los tres yogures de limón, la rodaja de salchichón y la media manzana. Saqué un paquete de queso Havarti. Quedaba una loncha con la consistencia de un portaviones. La guardé y la empujé al fondo del frigorífico. Me recosté en el sofá. Se suponía que los de la inmobiliaria vendrían por la tarde. Eso me dejaba tres

o cuatro horas para revolotear por el resto de la casa. Entré a su habitación. Sobre la cama se veían las marcas que deja la masilla. Me pregunté a qué edad se dejan de colgar pósteres en las paredes. Los cajones de la mesilla estaban desencajados. De uno de ellos asomaba el cartón de un paquete de calcetines. Me lancé en la cama. Crucé las piernas y me entrelacé los dedos en la nuca. Desde aquí —me dije—, observaba Gonzalo Trastiere el caer de los sujetadores. Me vi pensando aquello y me di asco. Me incorporé. Cerré de un portazo. Entré a la sala del fondo, un rectángulo insonorizado de cinco palmos de ancho y dos pianos de largo. Separé de la pared una de las placas de esponja ondulada. El piano lo vendió. En la moqueta se veían las marcas circulares de las cuatro patas. Me senté en la silla de escritorio negro que había al fondo, junto a la ventana que daba al patio interior. Aquí las fichaba, me dije. Sus dedos sobre los de las zagalicas. No, así no, la mano erguida, mira, con tensión. Menudo marrano.

Sonó el timbre. Dos toques. Me agobié. Era la vecina de arriba. Joanna. Me preguntó por Gonzalo Trastiere. Mientras le contestaba, repasó con la mirada los trozos de salón que no tapaba mi figura. Dijo que si podía entrar. Le dije que claro. Entrar, salir, tirar un tabique, lo que quieras, amiga. Se subió al mueble del salón por el lado que ocupaba el tocadiscos. Me preguntó qué opinaba de mi excasero y compañero de piso. Dije: «Es majo». Sonrió. Los hoyuelos se le amontonaron con las pecas. Era pelirroja. El pelo le salía a chorro desde el centro de la frente y se le enganchaba en las orejas. Dio un salto y se sentó en el sofá, a mi lado. Se quitó las Quechua y me puso las piernas encima. Las medias grises le llegaban a media pantorrilla. Dijo: «Gilipollas, es gilipollas». Hablamos un rato de lo gilipollas que era Gonzalo Trastiere. Bajó al chino. Trajo latas, kikos y una vela de vainilla. Dije: «El de la inmobiliaria está al caer». Dijo: «Entonces tendremos que follar ya». Dije: «Sí». Pero qué va. Me puso la mano en el cuello y a mí se me amontonaron los pensares. Qué fría, esa mano, por Dios, ¿se habrá dado cuenta? ¿Quiere follar porque le doy lástima? ¿Esconde algo? ¿Joanna se va a llamar la primera zagala con la que folle después de Ángela? ¿No se me debería poner dura ya? Es guapa, Joanna es guapa. Y simpática. ¿Qué tendrá, 30? Hay gente que tiene toda su vida entre 30 y 55 años. Como Rihanna. O como el

payo de *Juno*. ¿Cómo se llamaba el payo de *Juno*? Esa era mi cabeza. Joanna se quitó la camiseta. Piel de gallina. Se me sentó encima. Me besó el cuello. Me pasó la lengua por las orejas. Se quitó el sujetador y me estampó la cara contra sus tetas. «Chúpamelas», susurró. Y se las chupé. ¿Así estará bien? ¿Se las estoy chupando de una forma demasiado normativa? Oí pasos en la escalera. «¡Los de la inmobiliaria!», le dije a su esternón. Me empujó hasta el respaldo. Se levantó y me bajó los pantalones. Qué frío. Tendría que haber encendido el calefactor. ¿Se lo habrá llevado el gilipollas de Gonzalo Trastiere? Tendría que haber mirado, copón. Los pasos se acercaron. Me bajó los calzoncillos. No quise mirar. Ella se apartó y no sé si me lo imaginé, pero creo que puso la cara que ponen en el porno cuando van a por melocotones y se encuentran albaricoques. Se la metió a la boca. Los pasos dejaron de oírse. Cerré los ojos con fuerza. Venga, cosas que me ponen: Ángela. Ángela no fallaba. Aquella vez en la casa de su madre, en Macael, cuando nos metimos al baño, echó el pestillo, se bajó el vestido, subió el pie al bidé y se señaló el coño. Mil pajas, con aquello. Recreé la escena. Fue en verano. Luego comimos ensalada de tomate y pollo asado. Mierda, no. No, no, no. Joanna se sacó mi ravioli de la boca. Me miró. Sonrió y se limpió la saliva con el antebrazo. «Es que estoy helao», le dije. Se sentó a mi lado y me puso las piernas encima. Me pasó el índice por el brazo. Si nos mirábamos, volvía a sonreír. Dije: «Pero déjame a mí». Le levanté las piernas y me arrodillé en el suelo. Me sabía en ese punto en el que solo un esfuerzo denodado te acerca a la redención. Redención por lástima, pero menos da una piedra. Dijo: «No hace falta». Dije: «Pero de verdad que no me cuesta nada». Dijo: «Ahora, en un rato, ven aquí», pero yo todavía le pasé la lengua por los bordes de las bragas. Una vibración le irradiaba desde los muslos a los tobillos. Me agarró la cabeza. Dijo: «Ven aquí». Y fui allí y nos congelamos. Saqué una manta del armario del guarro de Gonzalo Trastiere. Sonó el timbre. Nos vestimos. Volvió a sonar el timbre. Abrí. Di las llaves y las buenas noches.

No volví a ver a Joanna. Alguna vez pensé en volver por el barrio y tocarle el timbre, pero siempre me partía la tarde. Viví en otros tres pisos. En el último, un zulo cerca de la plaça d'Espanya, oí al novio de un compañero

hablar maravillas de Berlín. Berlín, me dije de vuelta a mi habitación, ¿qué sé yo de Berlín? Lo dejé estar. Serían los porros. A los dos o tres días me volví a cruzar con el novio de mi compañero. Me preguntó cómo estaba, tragué saliva y me dijo que él muy bien. Y dale con Berlín. Subió al piso y solo se calló para darle un beso a mi compañero y para probar la sopa de sobre. Al parecer, Berlín era lo que yo pensaba que era Barcelona. Además, el novio de mi compañero, que a esas alturas ya empecé a llamar por su nombre, Guillem, tenía a un hermano viviendo allí. Un hermano que curraba en un restaurante español, en la calle Turmstrasse. Un hermano que curraba en un restaurante español, en la calle Turmstrasse, en el que necesitaban gente. Eché cuentas. Me dijo que no dijese «calle Turmstrasse», sino directamente «Turmstrasse», que allí hablaban así. Lo apunté mentalmente. Ya lo tenía todo.

Llegué a Berlín un 9 de enero. Más frío que en la guerra. La Europa que nuestros padres soñaron, me dije cuando vi a la gente guardando cola para cualquier cosa. Al hermano de Guillem le pillaba lejos el aeropuerto, así que me esperó en la estación Central. De camino, el estereotipo de borracho callejero centroeuropeo me amenazó en el tren. Se subió al vagón a la tercera parada. Su petaca, sus mitones, su chándal, anorak y gorro negros. Su barba canosa y sus regueros de saliva desde las comisuras. Se topaba con las puertas. Esclafó los huevos en el asiento frente al mío. La gente se fue largando. Me miró. Soltó cuatro berridos. Dijo no sé qué de Hitler, estiró el brazo con una concisión envidiable y luego se pasó el pulgar de un lado al otro del cuello. «Me, spanish», dije yo, queriendo decir: «A mí que me registren, amigo». Se lo conté al hermano de Guillem. Creo que no se lo terminó de creer. Me miraba de reojo y asentía. Se llamaba Miquel. Carecía de lóbulos en las orejas y caminaba con los muslos pegados. El restaurante se llamaba Ole con Ole. En la puerta, el nombre y un neón con la forma de un sombrero de picador. Miquel vivía en la misma Turmstrasse, enfrente del restaurante. Me señaló un sofá y me dijo que podía dormir ahí hasta que encontrase algo. Dijo: «Dos o tres días, lo que necesites».

Tardé en entender a qué pijo había ido yo a Berlín. El movimiento por el movimiento era un atributo positivo en sí mismo, pero había algo más.

Seguía notando un agujero negro entre las costillas y las caderas. A veces convivía con él. Otras, me abordaba de improvisto. Podía estar viendo al Madrid, o volviendo a la cama tras una meada de madrugada, y ahí estaba. En el marco descascarillado de la puerta. En la cara del imbécil de Jordi Alba. Algo me tiraba de la cabeza hacia atrás. Me abstraía. Oía mi corazón y mi tragar saliva. Observaba en todo su esplendor la negritud de una masa difusa con la que no sabía qué hacer. No diría esa pijada de que me buscaba a mí mismo. Tampoco respuestas. O sentido. No sé si fue por lo de Ángela, pero el desconcierto crónico, el poco fuste de la gran mayoría de fenómenos a mi alrededor, me convirtió en un pragmático. Necesitaba que todo quedara revestido de una pátina de concreción. Yo decía en voz alta que era estoico. Supongo que solo seguía tirando hacia delante con lo que tenía. Poniendo más tierra de por medio con el sitio del que me largué. A ver si así.

En el Ole con Ole duré cinco semanas. Curraba de pinche. En términos precarios, que es de lo que estamos hablando, pinche significaba que mi trabajo consistía en partir la verdura, fregar los platos y los fuegos y salir pitando a por cualquier ingrediente que faltase. Un día, el cocinero quiso hacer carbonara. Decía que los alemanes qué sabían. Me mandó a por beicon. Le traje lacón. Me echaron.

Fuente Librilla. Tarde del 28

Me desperté de la siesta con un ronquido. Cerré la boca. Metí el dedo entre mi tobillo y la venda, intentando aflojarla un poco. Puse el otro pie en el suelo y me estiré hasta la persiana. La subí en tres tirones. Ya era de noche. El foco y la chicharrera de una scooter aparecieron al otro lado del murete de la plaza de la iglesia. Me agaché. ¿El Pakero? Se me aceleró el corazón. ¿Me estaba buscando? Respiré hondo. Conté hasta 120. Ojalá raspase un bordillo helado. Corrí la cortina y crucé la habitación a gatas. Encendí la luz de la mesilla. Mi madre había dejado junto a la lámpara una bandeja con un vaso de agua, una servilleta, dos yogures de fresa con una cuchara encima y un plato con una manzana, un cuchillo y un paquete de galletas María Fontaneda. Tiré de la tira roja para abrir el plástico. Me quedé con ella en la mano. Tiré de uno de los pliegues de la esquina. Saqué tres galletas. Las engullí. Observé la cuchara y los yogures. Mi madre pensaba que la gente se moría por ahí porque no comía suficientes yogures. Constituía una de las pocas bases de la convivencia bajo aquel techo. Cuando mi hermana o yo no queríamos más potaje —Jesús siempre quería más—, ella levantaba las cejas y decía: «Un yogur sí te comerás». Al parecer, esa fe inquebrantable le venía de la infancia. Una vez, su hermano mayor, mi tío Pedro, que se mató con el coche en Doña Inés, estuvo una semana en la cama. Malísimo. No sabían qué le pasaba. «Le pusieron las luces de los muertos», contaba mi madre. Todo cristo masticando rezos. Entonces llegó don Salvador y sacó un tarro de cristal que contenía una masa blanca. «Los yogures existían, pero aquí no llegaban», matizaba. Al cura se los daban en el obispado. Mi tío se levantó a la segunda cucharada. «Hijo, estaba esmayao», terminaba mi madre. Cuando íbamos de excursión a la granja escuela, nos colaba un par al fondo de la mochila, bajo la gorra, el protector solar y el bocadillo de lomo. A mí me daba una pena

terrible. Me quería morir. Los tiraba en cualquier papelera antes de subirme al autobús de vuelta. Imaginé a mi madre abriendo el frigorífico y separando un par de yogures del paquete de seis. No sé si fueron las galletas o qué, pero se me incrustó una piedra en la garganta.

Retiré las tapas de los yogures y los engullí. Se me escapó un peo. Desbloqueé el móvil. Tres mails de Infojobs, Tusclasesparticulares y Amazon. Los borré. Me metí en el banco. Nada. No sé hasta dónde podría estirar aquello. ¿Tendría que llamar al SEPE? No eran días para que te cogieran el teléfono. Abrí el wasap y pulsé la foto de perfil de Sara. La había cambiado. Ahora aparecía de espaldas en el monte de la Cruz, al oeste de Sierra Espuña, sobre el pantano de Algeciras. Sujetaba con la mano una correa. El perro no aparecía en la imagen. Llevaba el pelo más corto. Se le veía la nuca. Escribí: *es q eres senderista?* Imaginé la voz con la que lo leería. Borré. Estaba en línea. Escribí: *Oye te queria pedir disculpas por lo de ayer*. Puse la coma y la tilde. Envié. Dejó de estar en línea. Solté el móvil sobre la colcha. Fui a mear. Apoyé el pie del esguince y vi las estrellas. Crucé el pasillo a la pata coja, apoyando las manos en el gotelé. Levanté la tapa y me senté. Cuando terminé, me levanté y barrí con la mano una hilera de pelos de barba al borde del sumidero del lavabo. Me mojé el dedo y lo restregué en las manchas de pasta de dientes seca, a los lados del grifo. Volví a la habitación. Metí dos dedos entre el pie y la venda y tiré hacia fuera. La aflojé. Desbloqueé el móvil. Sara me había contestado. *Me molestó pero no te rayes es igual*. Hablamos un rato. Me dijo que sí, que la habitación con el flexo justo encima de la puerta era la suya. Que no, que la foto era vieja. Que sí, que el Etarra seguía arrancando el tractor tres horas antes de usarlo y que estudiar con ese ruido de fondo la había convertido en una especie de Dalai Lama. Rebozaba las frases de emoticonos. Su favorito era el de la cara amarilla carcajeante con una lágrima a cada lado. En ristras de cuatro, normalmente. Yo también soltaba alguno de vez en cuando. Luego me preguntó por mi libro.

Fuente Librilla. Tarde del 28

¡Copón, mi libro! Ahí estaba la solución: meter los sesos en mi libro me templaría los ánimos. Escribiría algo y se lo daría a Alfredo y el Pakero. El dinero llegaría. Salté de la cama y cogí de la mesa del escritorio el manual de Dayo Kane. Abrí una página al azar. *La mejor narrativa no se consigue a base de soluciones ingeniosas, sino de grandes problemas. Esto implica ser capaz de tolerar las cosas incompletas. Da igual que sean un primer borrador inacabado o los acontecimientos que afrontan los personajes. Cuanto más tiempo puedas pasar con algo sin resolver, más maravillosa será la resolución.* Me cagué en la Virgen del Rosario. Kane tenía razón. Tolerar las cosas incompletas. Me faltaban piezas para completar el puzle de don Sixto, pero tenía algo. Quizá la propia escritura me desvelase las partes oscuras de la historia. Arrastré la silla hacia atrás. Me senté. Apoyé el pie sano en el gotelé. *Don Sixto*, escribí en un folio. Rodeé las dos palabras. Tracé una flecha. ¿Por qué se fue?, escribí en la punta del trazo. Y venga flechas: *hijo malo de los nervios*, *hija mala por un novio americano*, *mujer cornuda*, *cáncer*, *el que lo echó a perdigonazos o a navajazos (¿o a guantazos?)*, *lo que fuera que hiciera mi padre (¿sabría eso el Enano?)*, *negocio turbio drogas (¿una cosa pequeña o narcotráfico gordo?)*.

Lo taché. Eso era precisamente lo que no sabía. A ver si el viejo soltase algo. Tolerar las cosas incompletas significaba tirar hacia delante. Oí pasos en la escalera. La secuencia de mi madre: tres pasos sincopados y pausa para recuperar el resuello. Tracé otra flecha. En la punta escribí *Relación con el pueblo*. Sí, por ahí. Mi libro contaría una historia de dominación. Lo escribí. Un terrateniente sibilino que solo enseñaba los colmillos cuando alguien le meaba en la puerta. ¿Por qué? Escribí. Rodeé las dos palabras. Esa era la cuestión. Me retrepé. Oí la respiración de mi madre. Entró a mi habitación y dejó tres pares de calcetines sobre la colcha.

—Ah —dijo— no pasa na.

Era lo primero que decía al aparecer. También al llamar por teléfono. Como si solo las malas noticias justificaran su presencia. Recogió los calcetines y los puso en la mesilla, junto a la bandeja. Retiró la colcha y las sábanas. Las agitó. Alisó la sábana bajera con la palma de la mano. Encajó una de las esquinas inferiores, por la que asomaban las flores azules sobre fondo blanco del colchón. Extendió la sábana. Dobló el cuarto superior sobre sí mismo. Hizo lo mismo con la colcha. Encajó la almohada. Volvió a dejar los calcetines encima y se fue.

Tracé otro círculo sobre el *¿por qué?* Pues mil razones. Tracé otra flecha. *Infancia*, escribí. Eso también lo decía Dayo Kane: *Todas las respuestas están en la infancia, incluso las que no se buscan*. Oí un chirrido. Mi madre entró con una silla. Nos miramos. Dejó la silla en el suelo.

—Na, que con la colcha sola estás pasando frío, es muy finica —dijo.

Arrastró la silla hasta el armario. Apartó mi maleta con el pie. Pegó las patas delanteras al rodapié.

—No paso frío, mamá, está bien.

—Es muy fina.

Comprobó la estabilidad de la silla. Subió un pie. Se irguió a dos por hora. Crucé la habitación a la pata coja. Le sujeté el brazo y bajó el pie. Me subí a la silla. Se me nubló la vista. Apoyé el brazo en la puerta del armario. Ahora. Miré a mi madre.

—Hay mantas en el armario de arriba. En una bolsa.

Me sujetó la pierna. Abrí el armario y saqué dos bolsas transparentes con mantas y sábanas. Las lancé a la cama. Abrió una. Metió la mano. Escarbó. Miró hacia la mesilla. Negó con la cabeza. Cerró la cremallera. Repitió con la segunda. Tiró de una manta. Me devolvió las bolsas y las encajé en el armario. Las lancé y cerré la puerta deprisa, antes de que se precipitasen. No había otra manera de encontrarles hueco. Me apoyé en el respaldo de la silla y en la puerta grande del armario y pisé con el pie sano. Mi madre desdobló la manta y la extendió sobre la colcha. Cuando se doblaba le salía una especie de silbido constante de la garganta. Encogía el cuerpo, como para amortiguar los dolores. Nunca supe si a mi hermana le pasaba lo mismo,

pero haber recibido una educación superior revestía mi relación con mi madre de cierta culpabilidad. Pensaba yo que cada achaque suyo tenía que ver, más que con los años en sí mismos, con haberlos pasado trabajando.

—Esta manta es buena, ¿sabes? —dijo.

—¿Cómo era de pequeño el Millonario, mamá?

Me miró durante un segundo. Levantó el índice. Susurró algo. Recogió la manta y la dejó sobre la silla. Descorrió la colcha.

—Tú ponte a tus cosas, hijo mío, que tienes el pie malo.

Sujeté una esquina de la manta. Me la quitó de las manos. Señaló el escritorio. Crucé por el hueco que quedaba entre la cama y la pared. Me senté en la silla. Observé el folio. Las flechas y los círculos. Allí había algo. Mi madre pasó la mano por la colcha. Miró desde una esquina. Cuando estiraba el cuello hacia atrás, la nariz le tapaba el ojo más alejado. Dio la vuelta. Ajustó los bordes. Volvió a repasar la superficie con la palma de la mano. Arrastró la silla.

—Ahora la saco yo, mamá.

—Tienes el pie malo. Sigue con tus cosas.

Señaló el folio con la barbilla. Las patas de la silla arañaron el suelo hasta el salón. Solté aire. Me apoyé en la correa de la persiana y descorrí la cortina. Las dos tiras de bombillas amarillas y verdes que cruzaban la plaza de la iglesia impedían ver el campanario. De algunos balcones colgaban Papás Noel apaleados. Guirnaldas de luces. A las chimeneas se les escapaba el humo.

—Era un camueso —dijo mi madre, de vuelta en mi habitación.

Casi me como el suelo. Me sujeté en la esquina del escritorio.

—¿Qué?

—El Millonario —encendió la luz de la mesilla y apagó la de la lámpara —, que era un camueso.

Fuente Librilla. Mañana del 29

Mi padre se agachó para coger una piedra cuando el pastor alemán de la Tacones nos ladró. Aproveché. Saqué el diente de ajo del bolsillo y lo lancé con disimulo al borde del camino. El chucho cerró la boca y se replegó. El viejo soltó la piedra. Murmuró algo. La niebla impedía diferenciar entre su piel y la cinta amarilla. Se oyó un gallo. Reemprendimos el trote. Quedaba una semana para la carrera. Aún no habíamos recorrido ni la mitad del trazado, pero llevábamos buena marcha. Solté aire al pie de la cuesta. Pensé que le estaba cogiendo el gusto a los entrenamientos. Quitando los jaleos con el Ropasuelta, el medio esguince y que no podía con mi alma con cierta frecuencia, aquellas correntillas me venían bien. Me conectaban con mi cuerpo. Sentía cómo varios trozos de mí se tenían que entender para, yo qué sé, girar el tobillo. Me gustaba. Por no hablar del silencio. También me había acostumbrado. Incluso lo agradecía. La respiración, las piedras a nuestros pies, los perros a lo lejos, los gorriones y algún tractor con grada. Con eso bastaba.

Visto lo visto, solo podía darle forma a mi libro mientras corría. En mi habitación era imposible. A mi hermano lo desbordaba la emoción por el posible fichaje de Hazard. Decía que faltaban «flecos». Sonreía. Se le veían las encías. Más encías que dientes. Siempre me preguntaba por qué solo le pasaba a él, si se supone que esa condición es genética. Al rato volvía a aparecer. Sujetaba el picaporte y meneaba la puerta mientras hablaba. Alguna vez salió un folio volando, de la ventolera. Insistía en los flecos. Yo no encontraba la manera de decirle a mi hermano mayor que no sabía mucho sobre la vida, pero que precisamente eran los flecos los que lo solían joder todo.

Así que me quedaban los entrenamientos, me dije. También lo decía Dayo Kane: había una estrecha relación entre escribir y cualquier otra

actividad solitaria. Echaba cuatro páginas hablando sobre la necesidad de fortalecer la escritura con otro ejercicio similar. Complementario, decía él. Una cosa complementa a la otra, decía, la oxigena y la refresca. Subiendo aquellas cuestas observaba de reojo el pellejo rígido de mi padre y decía mentalmente: *Jódete, Dayo Kane, mejor escritor de todos los tiempos, jódete.* Llegamos a la explanada que anticipaba los invernaderos. Soltamos aire casi a la vez. ¿Habría corrido el niño don Sixto por las montañas que rodeaban al pueblo? ¿Subiría el pie a un risco y diría que algún día todo aquello sería suyo?

—Yieee —soltó mi padre.

Lo miré por el rabillo del ojo. La cinta amarilla le aplastaba ya las cejas. ¿Qué sabría él de don Sixto? Poco más que el resto del pueblo. No eran de la misma quinta. No trabajaban en lo mismo. El Millonario no iba al bar del Librillano. Para alguien como mi padre, la única manera de no sentirse humillado por un tótem era vivir como si no existiera. O largarlo del pueblo, si es que era verdad aquello. Tenía que seguir preguntando. Igual me mandaba a tomar por culo. Mi libro merecía el riesgo. Primero le hablaría de su generación. Para ello, tiraría de la mía. Hablaría de mi hermano. Él diría que no era solo Jesús, que los jóvenes de ahora estamos acapullados. Todos, remataría. Y de arranque, una ofrenda: Sara. Cuénteme todo sobre cómo tratar a una mujer, Padre. Carraspeé. Del fondo de uno de los invernaderos llegaba el rugido de una motosierra.

—Estuve el otro día con la Sara.

Tragué saliva. Se me taponó un oído. Me apreté la nariz y volví a tragar saliva. Volví a oír con nitidez el rebufo de la motosierra.

—Con la Vinatera —dije—. La hija.

Llegamos al final de los invernaderos. El aire nos atacó por los costados. Me estiré hacia arriba el cuello de la chaqueta del chándal. Diez años antes me hubiera tapado la nariz. La niebla se había disipado. El sol se sujetaba de los picos de Sierra Espuña. Con miedo.

—Yo creo que me gusta, papá.

Chasqueó y giró el cuello. Cuando fui a cruzar la mirada con la suya, volvió al camino. La cabeza le bailaba, como si quedase holgura en alguna

pieza entre el cuello y la clavícula.

—Hoy hay que echarle cojones, eh.

—¿Hoy en día? Bueno, los jóvenes tenemos nuestros códigos…

—Hoy hay que llegar hasta el final.

—Te refieres a… Yo qué sé, depende. ¿En tus tiempos era diferente?

—Falta na pa la carrera.

Sorbió aire por la nariz. Era uno de sus gestos para indicar que la conversación había terminado. Había alguno más: alzamiento de ceja, apretar de morros, lanzamiento de último bocado de alimento al plato y posterior sonido seco y agudo. Los pillaba hasta el pobre Jesús. Acabábamos las cenas agotados con tanto estímulo y tanta interpretación. Dios, éramos críos. Una vez leí que los músicos de James Brown eran los tipos con más capacidad de observación del mundo. Tenía que ser así: era la única manera de conservar su trabajo. Por lo visto, El Señor se comunicaba a través de las articulaciones. Si levantaba un hombro quería velocidad. Un giro de tobillo significaba que parases el carro, que estaba en trance e iba a montar alguna. Los mensajes de las rodillas iban dirigidos a la gente melódica. Guitarristas, coristas. Flexión de la derecha: dame más, eres músico de James Brown, copón. Flexión de la izquierda: dame menos, no eres el protagonista de este espectáculo. Dos fallos significaban un despido. Me habría gustado ver a esos-tipos-con-más-capacidad-de-observación-del-mundo compartiendo asado con el Ropasuelta. Un domingo cualquiera.

Me agaché para aflojar un dedo la venda del tobillo. Apenas me dolía.

—Sé que es raro contárselo así a un padre, pero creo que se me ha olvidado ligar.

Mi padre acortó los pasos y escondió la cabeza entre los hombros. La cuesta abajo arrancaba a pocos metros. Lo imité. Dispuse los pies en diagonal. En el centro del camino, la tierra deslizaba más. Los riscos y los tormos se desprendían con facilidad y acumulaban bajo los pies una superficie perpendicular al suelo. Sobre el papel, la mejor manera de bajar una cuesta con un medio esguince de tobillo. Pero a mí me iba regular con las mejores maneras. No conseguía arrastrar el sedimento con los pies. Los tormos se desintegraban y se me colaban en las zapatillas. Noté el peso

creciente en los pies. Además, cada pocos metros la tierra se asentaba con la solidez de un caballón y yo tenía que saltar para no dejarme los dientes. Levanté una humareda.

—¡Nene, nene, nene, hostias, nene! —dijo mi padre, espantando el polvo.

Él fue más listo. Avanzó por el margen del camino. Las ruedas de los coches dejaban un terreno compacto. No se movían ni las hormigas. Pegó los brazos al cuerpo. Enseguida me sacó media cuesta. Cambié de perfil. Intenté deslizar con el tobillo esguinzado. Me pegó un esclate. Mala idea. A quién se le ocurre. Volví a la idea inicial. Acorté los pasos. Lo que hay que bregar para bajar una puta cuesta, me dije.

Bajé los últimos metros de culo. Me levanté y me sacudí las perneras y el culo. Alcancé al viejo. En llano, estiraba los movimientos. Separaba los brazos del tronco y arqueaba las piernas. Bajaba los hombros. La cinta le tapaba las cejas. Los pulmones y el corazón se me relajaron. Volví a la carga:

—Al que nos podíamos traer un día es al hermano.

Era consciente de que sacar la carta de Jesús era arriesgado. Pero qué me quedaba, Señor, ¿cómo se le sacan palabras a una pared? ¿Acaso iba a negar dos veces a su mediano?

—El otro día en lo de la leña lo vi fuerte.

Chasqueó. Se acercaba la subida. Acortó los pasos. Volvió a encogerse. Hice lo mismo. Vistos a la suficiente distancia no pareceríamos muy diferentes a un par de escarabajos peloteros. Se oyó el motor de un tractor. Venía de lejos.

—Fuerte de mente también —dije, y me llevé el índice a la sien—, como maduro.

—Como maduro…

—Sí, hecho un hombre. Creo que se ha dado cuenta de muchas cosas. Lo mismo tú no te has dado cuenta, al verlo a diario y tal. Yo he notado la diferencia, eh.

Volvió a chasquear. Carraspeó y retrasó los hombros. Algunos zagales llamaban a ese gesto de mi padre «la catapulta». Escupió en el hueco de tierra que nos separaba. Me acerqué al otro borde del camino

instintivamente. La flema parecía una zamburiña de lata. Subimos en silencio. Los ojos se me iban a sus piernas. Lo fácil que sería clavarle un planchazo a la altura de la rodilla. Un latigazo. La fuerza suficiente para partirle la tibia y el peroné. ¡Pam! Y al suelo.

Un codazo en la nariz era otra opción. Aprovechar la desorientación para situarme al borde de la linde, agarrarlo de los hombros y despeñarlo. Dos movimientos. Más orgánicos, sí, casi una coreografía, pero dos movimientos. Quizá uno fuera el límite. Y a partir de ahí la culpa era insoportable. La culpa por empujar a un padre barranco abajo. Noté el peso en las piernas. La cuesta no tenía fin. El tractor se acercaba por el recodo que llevaba al cementerio de Gebas. Se oían las gradas contra las piedras. Una gota de sudor pendía de la barbilla del Ropasuelta.

—Papá, ¿tú sabes por qué se fue Sixto? ¿Era tu amigo?

Esperaba las chispas.

—*Don* Sixto de la Cierva —recalqué—. ¿Era tu amigo?

Estaba al saltar.

—El Millonario, digo, ¿eras su amigo? ¿O fue tu señorito alguna vez o algo?

Sorbió aire por la nariz.

—¿Cuando cogías pésoles?

Estiró el cuello. La cabeza le emergió del bloque de cemento. La cinta amarilla le amontonaba ya los ojos con la nariz. Carraspeó. Hombros hacia atrás. La catapulta. La zamburiña, envuelta en una película de saliva burbujeante, cayó entre los dos. Me separé de un salto. Cabrón desgraciado. Viejo asqueroso. El John Deere apareció en la cumbre. Una mano emergió de la ventana de la cabina. Entrecerré los ojos. Distinguí la boina en ángulo de Alegrías. Mi padre saludó a su compadre, que redujo y echó el freno de mano a nuestra altura.

—¿Quéééé? —dijo, echando un antebrazo sobre el volante.

—Pos na —gritó mi padre.

Me miró, me señaló con la barbilla y levantó un hombro. No sé en otros sitios, pero en Fuente Librilla, ese gesto quería decir: «¿Y tú?». Seguí la ortodoxia y levanté los hombros. Alegrías miró a la cuesta.

—¿Tú? —dijo el Ropasuelta, colocándose una mano como visera.

—Pos na, he venío a labrarle el bancal a la Catreala, que me dijo ayer: «José, mira a ver si puedes ir y darle vuelta aquello, yo te pago lo que sea menester».

Mi padre asintió y bajó la mano.

—José, ¿vosotros erais amigos de Sixto? Mi padre y tú, digo.

—¿De don Sixto?

—Sixto —dijo mi padre entre dientes. Carraspeó. Casi vi los mocos subiéndole por la garganta. Otra catapulta. Se detuvo un segundo cuando retrasó los hombros. Soltó. Uno de los perdigones de saliva burbujeante se me estrelló en la zapatilla.

—Hombre, pues ya sabes tú que en el pueblo somos muy pocos.

El Ropasuelta clavó un pie en el primer escalón del tractor. Se agarró al asidero verde. Alegrías abrió la puerta de la cabina. Mi padre le indicó con la mano que no hacía falta. Puso el pie en el hierro y se impulsó con la manivela de la cabina. Se sentó en el guardabarros trasero. Cruzó una pierna sobre la otra. Agarró el hierro. Con la otra mano, golpeó el cristal de la cabina. Alegrías retiró el freno de mano. Metió la marcha. Estiró el cuello y me miró.

—¿Te subes, nene?

El viejo volvió a golpear la cabina. Esta vez, con una pausa entre los dos toques. Era una advertencia. Alegrías levantó el embrague. Bajó la cuesta al ralentí. En el último tramo, cuando la pendiente disminuía, pisó el acelerador y metió segunda. Las gradas se tambalearon. A la mitad de la rampa volvió a meter primera. Mi padre se giró. No sé si me miró a mí o a la sierra. Se oyó el rebufo del motor. Me senté al borde del camino. Observé los escupitajos. Uniéndolos se dibujaba un polígono irregular. Estiré la pierna y removí el trozo de tierra de los dos más cercanos. Volví a meterme el dedo entre el tobillo y la venda. Dolería al enfriarse. Se oyó el ladrido de un perro. Dos escopetazos. El tobillo me crujió al levantarme. Removí la tierra que rodeaba el otro escupitajo. Bordeé el camino y metí la nariz entre los barrotes de la puerta del cementerio. Olía a hierro oxidado y polvo. Junto a una de las casetas había un barreño rojo de plástico y una escoba. Un trapo

agujereado con pinta de haber sido una camiseta rodeaba el cepillo. ¿Quién iba a limpiar a un cementerio en plena Navidad? Oí un ruido metálico. Me separé de la puerta y bajé el montículo de un salto.

Bajé la cuesta. Me vino a la mente la cara resignada de Alegrías al soltar el embrague. El puño del Ropasuelta martilleando el cristal. Sentí un rampazo de calor desde la rabadilla. Pasaba siempre. Solo me daba cuenta del todo de quién era mi padre, solo lo observaba en su completa dimensión, cuando lo veía funcionar fuera de casa. Cuando veía las caras de los demás. De los que tenían la suerte de no llevar en sus entrañas las mismas cadenas de código genético. Viejo y repulsivo. Y agachaba la cabeza para que nadie me dijese con los ojos: «Suerte, este es tu padre». Me pregunté cuántas veces habría brotado en mí ese aire inquisidor. Cuántas veces habría provocado esas caras, esos soltar embrague. Cuántas lo justificaría con el poco aguante del resto. La susceptibilidad excesiva del resto. Tragué saliva. Noté una bola de moco bajando por la garganta. Carraspeé. Escupí. Poco antes de llegar a la curva de la Vereda oí el motor de una scooter. Salté a un bancal de naranjos y me tumbé junto al canal. Manoseé una piedra. ¡Venid aquí, hijos de puta! Las gotas de sudor se me arrastraban desde las sienes y las cejas. Alguna me llegó a los labios. Conté hasta 120. Perfil bajo, coño, me dije, ¡perfil bajo! Volví a contar hasta 120. Ese era el Pakero, pero ¿cómo iba a adivinar a Alfredo? La gente que pesa 250 kilos no va en moto. Se le oiría resollar, supuse. Cogí la piedra y la tiré barranco abajo. No sé si fue por el mareo de incorporarme rápido, pero noté cómo se me dilataba desde el estómago una idea irrefutable. Una verdad: yo tenía que vengarme de esos dos.

Fuente Librilla. Tarde del 29

Sara abrió la puerta y me indicó con la mano que entrara. Llevaba el pelo recogido en un moño que debía pesar sus buenos tres o cuatro kilos. Se recolocó las gafas. La seguí por un pasillo. En las paredes, un espejo enmarcado como si fuera un trofeo, fotos de comuniones, bodas, bautizos, milis. Me fijé en una en blanco y negro. Distinguí la plaza de la iglesia. El suelo de tierra. Una mujer con el pelo rizado vestida de sevillana. La Vinatera madre. Detrás, Miguel, su padre. Los pantalones por los sobacos. Las bocas abiertas como se abrían antes las bocas. Me pregunté cómo se llevaría Sara con sus cadenas de código genético. Disparé la broma.

—¿Eres tú?

—¿Eh? —dijo desde el fondo del pasillo, abriendo una puerta—. Sí, sí… hay de toda la familia.

A la derecha, una puerta corredera daba paso al salón. Un árbol de Navidad canónico. Chimenea y belén, sofá, dos sillones con la forma de culos grandes en los cojines, tele, mesa de comedor. Al otro lado, el mueble que ocupa una pared entera en cada casa española en la que se han tenido hijos antes de 1995. Llegué al final del pasillo.

—Estamos solos —dijo Sara. Y se ve que notó algo en mi cara—, lo digo para que no vayas de puntillas, escritor.

Me señaló la mesa de madera blanca que ocupaba la mitad izquierda de la cocina. Arrastré una de las sillas. Me senté. Sara cerró el frigorífico y abrió un armario, al lado. Llevaba en los pies una especie de botas esquimales de gamuza. No había visto algo así en mi vida. Como con el resto de su ropa, era difícil saber si se acababa de cambiar para salir a la calle o se acababa de cambiar al volver de la calle. Chasqueó y cerró el armario con el pie. La puerta rebotó en el marco.

—¿Qué tal el estudio? —pregunté.

—Bien, es fácil.

—¿Trabajo social es carrera ya o es módulo todavía?

—¿Has venido a mi casa a tocarme el coño?

—Era una broma —dije, y levanté las manos, pidiendo disculpas. Resopló.

Y era verdad. Se me había escapado. La clásica y clasista broma del Punteras sobre si x carrera era ya carrera o todavía módulo. Solía molestar. Solía dar igual. Sara envolvió con un trapo la cafetera sin asa. Sirvió dos tazas. Abrió el frigorífico y señaló, en la leja de la puerta, un cartón de leche entera. Negué con la cabeza. Se echó un chorro. Arrastró la silla con un pie. Dejó sobre la mesa las dos tazas de café. Se sentó. La luz que entraba por la ventana del fondo, que daba al patio, le recortaba la figura. Le di un trago al café. Sabía a alquitrán.

—¿Has tenido muchas novias?

—¡Pijo! —dije, y me limpié los labios con el dorso de la mano.

Se rio y bajó la mirada. Ella sí. Tres en 22 años. Dos en el instituto y uno, Juan Carlos, en Murcia. A veces se refería a él como «mi ex de la universidad». Murcia y universidad seguían siendo sinónimos. Dos le habían puesto los cuernos. El otro, decía ella, el primero, no se los puso porque no sabía que existía la posibilidad. Me vino a la cabeza su padre. De Miguel el Vinatero se decían muchas cosas hasta que se empezó a decir solo una: se liaba con la Tacones. Miguel se ganaba la vida echando viajes a Mula. Llevaba a la gente al médico, al ayuntamiento, a la oficina del paro. Por lo general, mujeres de más de 50 sin carné o coche. Y a la Tacones. Durante unos meses fue su principal cliente. Tendría yo 12 o 13 años. Nadie sabía qué fotocopias compulsadas se llevaba entre manos. Qué permiso de obra necesitaba tres viajes a Mula a la semana. La liebre saltó enseguida. Unos decían que una vez Miguel le palmeó el culo cuando la dejó en la puerta de su casa, en la Vereda. Otros, que los habían visto morrearse llegando del Retamal. O muy juntos en el baile de puja. El desencadenante era lo de menos, ya se *sabía* que estaban liados. Y el papel de cada cual: el Vinatero, un pobre diablo que no sabía mantener la chorra en los calzoncillos; la Vinatera, una cornuda, y la Tacones, una puta. Portadora de un puterío que

explicaba cada dedo que movía. Pasaba junto a la verja de la escuela en la hora del recreo porque era una puta. Se pintaba los ojos porque era una puta. Vestía botas blancas de tacón porque era una puta. Se largaba de la pescadería si la cola cruzaba la calle porque. De su marido no se hablaba mucho. Joaquín era encargado de obra en Elsamex, una empresa que se trasladó a Valencia. Pasaba mucho tiempo fuera. Otro pobre diablo. Algo tendría por ahí. Lo que no sabía yo era cómo se sedimentan esos lodos en la espalda de una adolescente. Quizá Sara pensase que, después de todo, qué iba a ser ella si no una cornuda. O quizá ni se le pasaba por la cabeza. Puede que cimentase sobre ese hecho su conciencia de ser la versión mejorada de su madre.

—Chacho —dijo, y levantó una mano—, que digo vas a hacerle un boquete a la mesa.

—¿Eh?

Con el índice sujetaba la taza en diagonal contra la mesa. La giraba sobre su propio eje con el pulgar y el anular. La paré. Se sacó el móvil del bolsillo de la sudadera.

—Tengo que volver a estudiar —dijo, soltó el móvil en la madera blanca y bostezó con la barbilla apoyada en la palma de la mano.

—¿Lo del módulo?

Me miró con cara de asco. Levanté las manos y agaché la cabeza. Arrastró las zapatillas-botas de esquimal por el pasillo. Me fijé en las fotos. Su hermano vestido con el traje del Madrid. Señalé el escudo.

—¿Cómo le va a Miguel?

—Bien —se encogió de hombros—. Su curro en los cebaderos, su casa en la Vereda, va a tener un hijo…

—Cumpliendo.

—Cumpliendo, sí.

Miguel hijo era quinto de mi hermano. Tenía una Aerox que petardeaba como sus muertos. Jugaba bien. Extremo culebrilla al que no le pesaban los zapatos de la obra ni las piedras de cemento seco en los codos, una especie que yo solo he visto en mi pueblo. Encajé el aire taciturno de los ojos de Sara: respondía a ese mohín propio de los hermanos menores que llegamos

a una casa sin que se hayan apagado los fuegos de la generación anterior. Ese silencio que solo nos permite descubrirnos como prodigios o retrasados.

Se giró al llegar a la puerta. ¿Esperaba un beso? ¿Yo esperaba un beso? Creo que sí. Aunque fuera por inercia. Un hombre y una mujer solos en una habitación durante un par de horas. Se besan tarde o temprano. O no, tampoco era eso. Me busqué y no me encontré los bolsillos. Me crucé de brazos. Me descrucé de brazos. Entrelacé las manos sobre el culo.

—Bueno —dijo, y me frotó el brazo. Desenlacé las manos. ¿Qué era yo, un viejo?

—Bueno…

—A ver si a la próxima me haces algo más de caso…

Levanté las cejas.

—Es broma —siguió, y me frotó el brazo con más velocidad—, pero el próximo día te toca a ti hablar.

Así que habría próximo día. Abrió la puerta. Se oyó un coche pisando la tapa descolgada de una alcantarilla.

—¡Claro! —dije.

Bajé el escalón para demostrar que las piernas sí me funcionaban.

—Bueno… —dije.

Sacó la cara y una mano por el hueco que quedaba entre el marco y la puerta. Las gafas se le levantaron levemente al tocar la madera.

—Me ha gustado hablar contigo.

—Y a mí —respondí—, y a mí.

Sonrió y cerró la puerta. Vi mi cara reflejada en la aldaba dorada con forma de mano. Una nariz de un palmo y poco más. El tobillo me crujió al bajar de la acera al asfalto. Crucé los cuatro metros de calle. ¿Cuándo aprendería a relacionarme con una mujer? Subí los escalones de dos en dos. El tiempo que había pasado desde que Ángela me dejó ya era el doble del tiempo que estuvimos juntos. ¿Y a qué conclusión llegué yo? Giré la llave del piso y abrí la puerta. Coloqué el talón al otro lado para evitar el portazo. El olor a lejía me llegó a los sesos. A ninguna conclusión, a ninguna. Más que hundir mi corazón en una montaña de arena, aprendí a vivir sin prestarle atención. A veces pensaba en que me gustaría conocer a alguien. Lo típico:

alguien especial con quien intercambiar calor y comprensión. Que me apretara la mano en las estaciones de autobuses. Que se riera de la gente que dice «en mi opinión yo creo que». Me recreaba, pero nunca iba más allá. Sabía que no me convenía. Dos o tres vueltas y acababa en Ángela. Los inicios. Joaquín Ghost. La primera vez que pidió patatas fritas en el Burger King de Santo Domingo porque intuía que me gustaban. Daba por hecho que aquellas serían las unidades de medida de cualquier amor. Y me costaba soportarlo. Así que ahí estaba yo, 29 años en los huevos, incapaz de apañármelas con mi propia lengua en el salón de la hija de mi vecina de toda la vida. La boca abierta. Incapaz de hablar a solas con cualquier mujer que no fuera menopáusica, menor de edad o mi hermana. Saqué las llaves. Alguien le metió puño a una moto chicharrera a la altura de la Boquera. Me temblaron los brazos y las piernas. El zumbido se acercaba. Las llaves se me escurrieron. Muy cerca. Metí la llave, giré y cerré de un portazo. Noté la vibración de la madera en la nariz. La moto se perdió cuesta arriba.

Las luces de la tele iluminaban las paredes del pasillo. Al acercarme, distinguí el bolo canoso de mi hermano. Sobresalía del sofá. Ángulo de 45º con el cuello. Respiraba fuerte. No tardaría en roncar. Me apoyé en el quicio de la puerta. Real Madrid TV. Un resumen rápido de la final de la Champions de 2002. Zidane levantando la izquierda a la altura del hombro para clavar la pelota en la escuadra. Recordé aquel día. En Fuente Librilla hubo un bajón de tensión eléctrica justo en ese momento. Durante algún tiempo relacioné la euforia con las luces anaranjadas.

Más brincos berlineses

Miquel me echó de su casa la misma tarde en que me largaron del Ole con Ole. «Entiéndeme», decía todo el rato. Se señalaba el esternón con los dos índices. Yo le decía que sí, que claro. Y no levantaba la cabeza porque era verdad que llevaba cinco semanas esclafado en su sofá, pero tampoco había mucho que entender. Me fui a un hostel. El Europe. Allí conocí a Gary, un neozelandés mazado que sabía 100 palabras en castellano. Tenía una teoría: los españoles éramos a los europeos lo que los neozelandeses a los ingleses. Y eso nos hermanaba. Me daba unos abrazos que me crujía hasta el ombligo. Y buenos palos en la espalda. Gracias a él me contrataron para fines de semana.

Trabajar en un hostel es fácil. Gary decía que bastaba con pensar que eras el hermano mayor de 60 críos y que papá y mamá se habían ido de acampada. «Y no los puedes llamar», puntualizaba, partiéndose de risa. Yo también me reía. Sabías que iba a decir algo que consideraba gracioso cuando se le enrojecía la cara. Arrugaba la nariz. Movía la boca como si necesitase más oxígeno del habitual. Siempre lo conseguía.

Lo del hermano mayor era verdad hasta cierto punto. Ni camas, ni baños, ni cristales, ni suelos. De mí solo dependían los sofás que ocupaban en ángulo recto el extremo derecho de la sala principal y las sillas de la cafetería, justo al otro lado. Un mostrador de madera trazaba un semicírculo en el medio. Detrás, mi bigote, mi inglés criminal y yo. Me fijaba en Gary. De día iba en manga corta y sonreía mientras jugueteaba con un abrelatas. Resolvía problemas a berridos. De noche, metía los sesos en el portátil. Resolvía problemas de puntillas. Yo dormía en un cuarto en la primera planta. Una litera, un armario, un taburete y un ventanuco de dos palmos cuadrados. Mi palacete. Gary solía irse al piso de su novia, Camila, una argentina que trabajaba en un call center y sentía que la vida se le escapaba

de entre los dedos. Por las noches volvía a Dayo Kane. No costaba encontrar sus libros en PDF. Mientras se abría el archivo me preguntaba si era porque era muy famoso o porque no lo conocía ni Dios. Y no diré esa patochada de que me refugiaba en ellos, pero me acompañaban. Damian Kovalski cruzó conmigo ese dilatado y sutil camino que me llevó a que dejaran de castañetearme los dientes de miedo y de frío. Bajaba los escalones como él, a brincos y apoyando los talones. Le tiré a *Mi año como estibador*. Bastante tuve: me compré una gorra de marinero, caminaba por ahí infraabrigado, resoplando, meneando los hombros. Me escupía en las manos y luego me las frotaba. Levantaba cajas que nadie necesitaba mover.

Pasaron las semanas. Encontré algo parecido a la tranquilidad. Los jueves salía con cualquiera que acabase de llegar al hostel. A los únicos tres bares que conocía: el 8MM, el Wowsville y el Wild at Heart. Si veía que querían más, los llevaba a cualquier boca de metro. Miraba una pared y decía: «Vaya, me ha engañado mi contacto, hoy no hay fiesta secreta». Cada vez decía la palabra «contacto» de una manera. ¿Contact? ¿Friend? Quién podría saberlo. A la vuelta, me venía a la cabeza que esa pobre gente volvería a sus Estocolmos, a sus Santiagos de Chile, diciendo que el ambiente nocturno de Berlín ya no era lo que fue. O igual hacían como yo y se lo inventaban todo.

Las cosas se torcieron pronto. Gary y Camila se largaron a Atenas. En Berlín se hacen ese tipo de cosas. Uno decide irse a Atenas. A ella le salió un curro. Otro call center. «Instinto de supervivencia, Santini», repetía. Los acompañé al aeropuerto. Nos abrazamos. «Instinto supervivinsia, Santaini», dijo él. Les dije que iría a verlos. Respondieron que igual venían de vez en cuando a Berlín. Eso era mentir, demonios.

Me ascendieron. Adiós a los fines de semana y los festivos. Para mis antiguos turnos contrataron a Veronique. Una francesa, que ya decía yo que mucho estaba funcionando por la vieja Europa sin toparme con una francesa con el morro apretado. A Veronique le parecía todo bien, pero no *muy* bien. Le comenté un poco. Le dolió el cuello de asentir. Pensé en mi madre. Al respecto, habría dicho: «Sí, sí, tú di lo que quieras que yo voy a hacer lo que me salga de la seta». Así fue. Se podía cruzar el salón saltando

de colilla en colilla. La peste tomó el poder. Una mezcla de pestes, más bien. Pies, coliflor, sidra pasada. Una peste suprema, de verdad, irreductible. Además, me tenía el Excel hecho una cuadra. Un día de marzo se presentó Philipp, el dueño. Que le faltaban perras. Que qué roales de mierda eran aquellos. A Veronique la echaron al momento. Philipp chascó los dedos y señaló la puerta. Ella se encogió de hombros. No sé si se enteró del todo. Philipp me llevó al bar de al lado. Era de esas personas que te clavan el dedo en la columna para indicarte que ya puedes entrar a un sitio. Le quedaban cuatro pelos. Rizados, amarillos aceitosos. Le dibujaban un triángulo en la cabeza. Entrelazaba las manos a la altura de las cejas y se las arrastraba hasta la coronilla. Allí las frotaba. Todo el rato. Me dijo que había que darle un giro al hostel. Yo de jefes que hablan de giros ya sabía un rato. Le dije que sí, que claro. Que un giro no, 25 giros. El giro consistía en «estar un poco más despiertos, más atentos a lo que demanda el cliente». Me sorprendió más entenderlo todo a la primera que presenciar el intento de transformación en pez gordo del dueño de un hostel. A las dos semanas se le olvidó todo. Tanto, que la hice negra.

Una noche, unos de Leeds volvieron haciendo eses. Su hooliganismo, su peste a rebozado. Todo en orden. Poco antes del amanecer, uno de ellos se cayó de la litera. Conmoción cerebral. Un buen trastazo. Me enteré cuando vi a los otros cargando al cristo ensangrentado escaleras abajo. Llamaron a un Uber. Yo a una ambulancia. Sobrevivió, volvió a Leeds y denunció al hostel. Por lo visto, un tornillo de la valla de la litera estaba suelto. Le sacaron las tripas a Philipp. Philipp se arrastró las manos desde las cejas hasta la coronilla y me despidió. Volví a mi cuarto. Mientras recogía, me dije que en aquel sitio debía haber una huella de mi paso. Saqué un permanente del lapicero de la recepción y subí las escaleras de dos en dos. *Que se pregunten por qué no tengo una estatua*, escribí en la pared que daba al pasillo. La primera mitad en letras elefánticas. A partir de ahí, me fue faltando ladrillo y las apelotoné. Era una buena frase. Guardé los jerséis y los calcetines. Cerré las dos cremalleras. Observé la pintada. Era una buena frase. Kovalski habría hecho lo mismo. Saboreé mi gesto heroico. Cuando bajé las escaleras me vinieron a la cabeza Gary y Camila. «Instinto de

supervivencia, Santini». Que Dios los protegiera. Bordeé la barra de madera. Eché un último vistazo y salí. El viento de febrero me crujió el pescuezo. En la acera de enfrente, un barbudo y un zagal embutidos en monos blancos descargaban de una furgoneta barreños, rodillos y cubos de pintura. En el lateral de la furgoneta, un letrero naranja anunciaba algo. No lo entendí. Debajo, un niño obrero cargaba con una brocha gigante. El barbudo y el zagal cruzaron la calle y entraron en el Europe. Me acordé: otro de los giros de Philipp consistía en pintar las paredes del hostel de verde. «Se relaciona con la esperanza», me dijo.

Tenía 307,78 euros. Cogí el metro hasta Schöneberg. Entré en un bar de viejos y me hinqué dos pintas a trago. Intentaba hundirme en un sillón granate cuando vi a Hans pasar al otro lado de la cristalera. Pegué un respingo y clavé la rodilla en el alféizar. En los alféizares de las ventanas de los bares alemanes pueden vivir sin apreturas cinco familias. Golpeé el cristal. Hans giró el cuello y me vio. Sacó la mano del bolsillo del abrigo. Me saludó. Es la única persona con mitones a la que he podido respetar. Nos conocimos en la puerta del Berghain. Un jueves tonto. Yo intentaba hacerme amigo de unos gallegos que decían que aquel día *sí* entraban. «A ti se te ve verde, murciano», me dijo uno. Otro, moreno en pleno febrero, decía que la clave era pronunciar el nombre de uno de los dj. Optaron por un tal Chuck Triumph. Pensé que era nombre de campeón de MotoGP.

Fui a un pakistaní a por un par de latas. Los gallegos no me guardaron el turno. Repitieron lo de mi tono verdoso. Abrí la lata mientras recorría la cola con la mirada. Más frío que en la guerra. Me saqué de debajo del abrigo la manga del jersey para sujetar la lata. Delante de mí, unas holandesas —creo que eran holandesas— brincaban y se frotaban las manos. El neón me quedaba a unos 20 metros. La puerta se abría a cada rato. No es que me costara verle el fuste a aquello, pero estaba en Berlín, demontre.

Entonces apareció Hans. Su gorro de lana marrón a medio calar. Los mitones, las botas de sacar a pasear a Colmillo Blanco. Las 20 chaquetas, que no podía tocarse los hombros. Los ojos verdes correteando sobre las mejillas hinchadas de alcohólico. Y la barba de candado, decisión estética horrorosa que le quedaba extrañamente bien. Nos miramos. Se sacó una flauta dulce

del bolsillo y sopló. La melodía del Titanic. Me hizo gracia. Saqué la otra lata y se la ofrecí. Levantó el pulgar. La cola avanzó. Cuando le dije que era español, levantó las cejas. «¡Franco!», dijo. Se quedó más tranquilo cuando le dejé claro que no era yo. No sé quién hablaba peor inglés. Me gustó que no importase. Hans vivía de un subsidio. Dormía en una pensión, cerca del Ole con Ole. Se lo conté todo. «¡Franquisssstas!», calificó. Estuve de acuerdo. Se hinchaba a sopa. Una sopa rusa. Con un euro tenías para dos o tres días. De Rusia también le gustaba la mostaza. Una vez me untó un trozo de pan y lloré por la nariz y las orejas.

Cuando se despedía, levantaba el puño. Gritaba: «¡Mursia!». Yo también levantaba el puño. Mi compadre la solía liar en los bares. Creí entender que no era su intención, pero que se bebía dos y se lo llevaban los demonios. En aquel tampoco podía entrar. Me acabé la cerveza y salí. Saqué la mano del abrigo para estrechársela, pero me abrazó. Me calentó la oreja con el aliento. Olía a vodka y Sunny Delight. Metió la mano en el bolsillo interior del abrigo. Sacó una petaca. Whiskazo. Dijo que tenía gestiones pendientes. Lo acompañé a una lavandería. Me dijo que lo esperase en la puerta. A los diez minutos salió con un gurruño de sábanas bajo el brazo. Entre azules y blancas, húmedas. Le pregunté si corríamos. Dijo que no hacía falta. Fuimos a su pensión. Me dijo que esperase en la puerta. «Five minutes», dijo, y me enseñó la mano enguantada. Sacó la petaca y me la dio. Apoyé la espalda en el muro. Noté cómo el whisky me caía a plomo en el estómago. La miaja de sol que quedaba se esfumaba por los huecos de una de esas iglesias a medio derruir que hay en Berlín de la época de la guerra y que no tiran para que a nadie se le olvide lo que pasó. Oí zapatazos en la escalera. Hans apareció. Se frotó las manos. Me indicó con la cabeza que lo siguiera.

En el metro se sacó otra petaca de otro bolsillo. Me fijé en sus dedos. Desde la mitad hasta las uñas le brillaban unos puntos amarillentos. Me contó que a veces se ganaba un extra recogiendo ropa de la lavandería. «¿Ropa sin lavar?», le pregunté. Arrugó el morro. Menudo filigranas. Se levantó y me señaló la puerta del vagón. Ni un solo punto de referencia conocido. Una avenida gigante. Como el resto, pero menos vivida. Coches a ambos lados, adoquines. Casi me como la cristalera de un bar. Entramos. Un

bar-pasillo. La barra a un lado, una hilera de taburetes con el cojín verde oliva, el hueco para llegar a las tres mesas del fondo y la pared con láminas de madera. Hans habló en alemán. El camarero me miró y asintió. La cabeza me ardía. Acerqué la frente a la chapa de la barra. Oí la risa de mi compadre. Cuando me incorporé, vi un círculo de madera entre nosotros. En el centro, una flecha dorada giraba en torno a unos 15 vasos de chupito, justo en el borde. Conté 24. Apoyó el culo en el taburete de al lado y le soltó un esclate al culo de la flecha. La flecha giró y giró y giró y señaló un vaso con un líquido marrón. Por lo visto, me correspondía. Un trago. La lengua se me durmió. Desde la otra punta de la barra, el camarero chasqueó y negó con la cabeza. Se giró. En la nuca le vi un chorro seco de tinte negro. Digo yo que sería tinte. Echamos un rato con la diana chupitera. Cuando sentía que no podía más, miraba a la calle y veía toda esa negrura y esas ramas agitadas por el aire y me tragaba lo que hiciera falta. Hans pidió. El camarero trajo dos pintas. De frente, el brillo de la cara sudada le aportaba credibilidad al tinte. Mi amigo y yo brindamos. Salimos.

No hacía tanto frío como parecía desde el taburete. Me bajé la cremallera del abrigo. Me ardía el pecho. Las raíces de los árboles del borde de la acera habían levantado la mitad de las baldosas, que dibujaban un circuito de motocross. El hombre-petaca había recargado. Caminamos. Desenrosqué el tapón y le pegué un tiento. Se me guiñaron los ojos. Seguimos caminando. A la derecha se levantaba un mamotreto de hormigón marrón. Bordeamos un solar con matojos de dos metros. La cola llegaba a la carretera. Uh, lo reconocí. La discoteca famosa. Me temblaron las rodillas. «Impossible», le dije a mi amigo. Me golpeó la clavícula con el revés de la mano. «Hey», dijo, y se señaló las dos sienes. Los puntos amarillos de los dedos habían desaparecido. Apuramos el líquido elemento. El portero cumplía con las expectativas. Un armario de 5x5 con unos hombros que seguían erguidos pese a que él entrelazase las manos a la altura del ombligo. Impermeable negro, pinganillo. Cara de hierro y un mechón verde fosforito. A los argentinos de delante se los ventiló rápido. «Not today», les dijo.

Nos miró. Hans levantó las cejas. Hablaron en alemán. Sus buenos dos minutos. Cara de hierro cabeceó medio centímetro. Hans avanzó y abrió la

puerta negra. Con medio cuerpo dentro, se giró e imitó el gesto de Cara de hierro. Entré. Un house criminal. O tecno. O synth. No hablaba yo electrónico. Sobre unas seis o siete columnas de hormigón se proyectaban haces de luces parpadeantes. Levanté la cabeza. En el centro, un triángulo se descolgaba. Lo adornaba un ojo con patas. Algo así. Hans me agarró del hombro. Lo seguí. Rodeamos un corro de saltadores con collares de neón verde. Mi compadre me soltó. Se me ocurrió girarme. Levanté la cabeza. Me fijé en el ojo. Las luces creaban la ilusión óptica de un parpadeo. Dios, o qué pelotazo. Devolví la mirada al frente. La bajé. Qué mareo. Intuí los zapatos de mi gorreado amigo. Me cedió un vaso. Levantó el suyo. Brindamos. «How much?», le pregunté, señalando el plástico. Se puso la mano en la oreja. Hice el gesto manual y universal para preguntar el precio de algo. Meneó los hombros. ¿Cava? Cualquiera sabía. Cerré los ojos. Noté el Dum-dum-dum subiéndome por la espalda. Dum-dum-dum en la mandíbula y hasta las sienes. Dum-dum-dum me elevé, me salí del cuerpo y sobrevolé las cabezas, los dedos índices, las estelas líquidas que se condensaban a siete palmos del suelo. Subí hasta el ojo y noté cómo los haces se proyectaban en mi pescuezo y me lo atravesaban. Toqué el hormigón helado. Repasé con el índice la superficie rugosa. Las patas. ¿Eran patas? *Parecían* patas. Y subí y observé los dos palmos de ladrillo sin enlucir y me acerqué y los toqué y ardían. Dum-dum-dum. Un bajo desde el subsuelo. Dum-dum-dum y vi que aquello era el cielo y allí estaban las respuestas y que yo no estaba para las respuestas y se me fundieron las pupilas. ¿Para qué estaba yo? Quién lo sabía. Para una pinta calentorra en un bar sin fuste.

Por ejemplo.

El tío de los mitones levantó los ojos y nos miramos durante unos segundos. Le pegaba llamarse Hans. Lo del gorro churretoso y los bajos de los pantalones de un negro más absoluto que el resto de la pernera sí era verdad. También lo de la flauta. La iba tocando la primera vez que me lo crucé. Lo de «¡Franco!» se lo dijo a un grupo de sevillanos en la cola de un kebab. Me hizo gracia. Le llegaban las cejas a la mitad del cráneo. Me terminé la pinta. Me saqué el móvil del bolsillo y entré en la web de Ryanair. Salía un avión a

Barcelona a las 23:45. 80 euros. A nadie le gusta volar a esas horas. Noté cómo se me relajaban los hombros y el peso me bajaba al estómago. Lo compré. Deshice el camino de mi llegada. Metro a la estación Central y de allí, tren a Schönefeld. Empezó a llover. Lluvia fina, europea. En el asiento de enfrente, un niño se sacaba mocos con el meñique y me los enseñaba. Yo le devolvía el pulgar. Y venga mocos. Su madre lo miró, y luego a mí, y le soltó un exabrupto. El crío arrugó los morros. Se cruzó de brazos. No se ha inventado todavía la manera de que un hombre mire a un niño y su madre no piense en tráfico de órganos. Miré por la ventana. Los edificios dieron paso a las casas bajas, a las chabolas y a los árboles. Lo que fuera que yo buscaba no estaba allí.

Quizá viví de espaldas a la ciudad. O que verme rodeado de 3,77 millones de personas fue demasiado para los cinco kilos de soledad que paseaba yo. O el humo. O los calcetines siempre húmedos. O esas calles que daban ganas de llamar a los portales para que alguien te abriera, quien fuera, por Dios del cielo. O los limones resecos. Me angustió, eso sí lo tuve claro, sentir entre el pecho y el ombligo un torrente de estímulos que rara vez conseguía conectar. Ser consciente de las cosas *pasando* y no poder ponerles nombre. O no al mismo nivel de abstracción. Vivir de espaldas a una ciudad: qué tontuna es esa. Y lo intuí. No sabía a qué respondía el agujero negro de mi estómago, pero los kilómetros no lo rellenaban.

Así que Barcelona–El Prat. Me dije que allí al menos conocía el nombre de cinco calles. «Qué pueblerino», dije en voz alta. A mi lado, un viejo calvo y roncador se limpió el morro con una servilleta marrón. Lanzó un sobre de mayonesa al envase de plástico que contenía restos de ensalada. Dos tomates cherry. Un trozo de pan tostado. Cerrajas. Cerró y ajustó los bordes de la tapa. Ahogó un eructo con el puño en la boca. Se retrepó en el asiento. Entrelazó las manos en la cúspide de su barrigón. Soltó aire. Observé la recreación de la maniobra de salvamento en el reposacabezas del asiento de delante. El recuadro de detalle sobre cómo colocarse la mascarilla. El tío no tenía pulgares. Me dormí.

Fuente Librilla. Mañana del 30

Mi padre ya no golpeaba dos veces la puerta de mi habitación. Con una sobraba. Abrí el ojo. Las ocho. Su manaza se abrió y dejó un diente de ajo en la mesilla. Arrastró los pies por el pasillo. Me incorporé. El tobillo me crujió al tocar el suelo helado. Pensé en lo de los golpes en la madera. En cierto modo, era una muestra de confianza. Estiré el brazo y levanté la persiana un par de dedos. Eliminando el segundo toque, mi padre me reconocía como a un igual. Es decir, un golpe en la madera es la señal que él utilizaría para despertarse a sí mismo. ¿Árida? Sí. ¿Arisca? Sin duda, pero a un jubilado árido y arisco no se le podían pedir muestras de cariño ortodoxas.

—Chacho, ¿amos o qué?

Me subí la cremallera del forro polar. Al ponerme los calcetines, observé la venda. Los bordes, doblados sobre sí mismos, se habían ennegrecido. Ya no hacía falta aflojarla con el dedo. Me metí en la cuenta del banco. Nada. Me cagué en el Estado del Bienestar. Fui al baño. Me vino Sara a la cabeza. «Me ha gustado hablar contigo». Era una frase más buena que mala, sí, pero ¿qué pijo hacía yo con esa frase? ¿Dónde la colocaba? A lo mejor, fiera, me dije, el problema es que vas pensando en que las frases hay que colocarlas. No supe qué responderme. Me agité la cuca y me lavé las manos.

—Se echa el día encima, capullo.

Chispeaba. Mi padre me miró de reojo durante ese instante en que uno, temeroso de las inclemencias del tiempo, decide rajarse. Lo evité. Bajamos los escalones. El tobillo me volvió a crujir. El viejo se frotó la palma de una mano con el puño de la otra. Llevaba la cinta amarilla en su sitio. Soltó aire. Desde el corral del Etarra salía ya el runrún del Massey Ferguson. Por el tono tenue, casi suave, supuse que llevaría un par de horas en marcha. Manoseé el ajo en el bolsillo. El Ropasuelta se encorvó a cámara lenta y

arrancó. La Express de la Totanera apareció en la curva. Pitó. Nos subimos de un salto a la acera. En el aire, mi padre levantó la mano. Al volver al asfalto esprintó hasta la cabina. Unos 150 metros. Apreté y luego reduje. Qué hacía. Frenó en la esquina y corrió en círculos en medio de la calle. Pasos cortos, de boxeador. Cuando llegué a su altura volvió a soltar aire.

—¿Qué haces, papá? —le dije, y me di cuenta de que sonó violento.

Se ajustó la cinta y reemprendió la marcha. Acortó las respiraciones. Agachó aún más la cabeza. Volvió a esprintar. A media recta, más o menos a la altura de la casa del Pirulo, noté cómo la cabeza le oscilaba de un hombro a otro. Aceleré yo también. Noté la piedra en el tobillo. El viejo llegó a la curva de la Vereda y volvió a los círculos. Rodeó el remolque del Breva. Estiraba los brazos. Soplaba a cada brazada.

—¿Hoy qué giro? —me dijo cuando llegué a su altura.

Noté el instinto de girarme, por si no me decía a mí. Pero sí.

—Hoy… seguir con lo que veníamos haciendo.

—Falta na —dijo, y las cejas le sobrepasaron la cinta amarilla.

—Vamos por el buen camino. No hay que forzar.

¿Qué giro? Era una buena pregunta. La lluvia arreció cuando bajábamos la cuesta de la Tacones. El perro no sacó ni una oreja. Pegué el culo a la fachada de la casa, resguardándome bajo el metro y medio de teja que sobresalía. Mi padre me acompañó. Al respirar, le salía de los pulmones un pitido como de olla exprés. No pasó ni un minuto. Alargó el brazo. Se miró la palma mojada.

—Ah, esto no es na.

No era na si eres un pez martillo, quise decirle.

—Esto ni riega los campos ni sirve pa na —siguió—. Marranea na más.

No sé si esperaba mi aprobación. Sorbió aire por la nariz. La conversación había terminado. Volvió a estirar los brazos. Pecho hacia delante. Marcha Ropasuelta. La camiseta se le pegó a la espalda enseguida. Se oyó un coche. Bajaba la cuesta de los Cortijos. En la curva frenó y levantó tres palmos de agua. Pitó. Levanté la mano. Adiviné los ojos de Juanjo. Me vino a la cabeza el futbolín. Tragué aire. Alfredo y el Pakero. Asquerosos malnacidos. ¿Iba yo a despreciar mi talento literario en escribir sobre ellos?

¡Y una mierda! Les cascaría algo. Algún capítulo de alguien. De Dayo Kane. Dayo, amigo, sé que lo entenderías. Sí, un capítulo de Dayo Kane. Se lo tragarían. Y, oh, eso solo sería el principio. Ni siquiera la milésima parte de la Gran Venganza, un plan definitivo que me germinaba entre las sienes. Levanté la vista. No vi al viejo. Asomé la cabeza. Había amainado. Reemprendí la marcha.

Alcancé a mi padre a la mitad de la cuesta. Esta vez, el agua no destrozó el camino. En las paredes de la elevación que los coches dejaban en el centro de la tierra se acumulaban piedras enanas. Correr junto a ellas permitía cierto agarre. Mi padre se movía a cámara lenta. No avanzaba mucho, pero daba sensación de velocidad.

—Eh —dijo.

Lo saludé con la barbilla. Coronamos juntos.

—Apretar —dijo.

Apretó. Le seguí el ritmo. Sentí calor en las yemas de los dedos y en la nuca. Sería el afán comunicativo de mi padre. Llegamos al pasillo que separaba los invernaderos. Planteé la jugada: quería hablarle de mi hermano. Era un tema espinoso. Lo sabía. Se lo solían llevar los demonios, sí, pero *era* el momento. Quién puede culpar a alguien de preocuparse por su hermano.

De madrugada me levanté a mear y oí un ruido metálico. Venía de dentro de la casa. Escaleras abajo. Meé. Más ruido. Dos golpes. Algo arrastrando algo. La puerta estaba abierta. Asomé la cabeza por el hueco de la barandilla. Vi la luz blanca del almacén. El hielo de las escaleras me subió hasta los pezones. Bajé hasta la tienda. Las cerraduras no estaban forzadas. Volví a la escalera y bajé otro piso. El ruido creció. Algo arrugando papeles. Arrastrando ruedas de carros. No se me pasó por la cabeza llamar a alguien. O entrar a la cámara y coger aunque fuera un gancho. Una machota. Asomé la cabeza. El almacén parecía la calle del mercado el domingo a mediodía. Cajas desfiguradas, bocabajo, plásticos aquí y allá, hierros en diagonal, montañas de hierros. Al fondo, mi hermano escarbaba en un sobre. Rodeé varias cajas y me acerqué. Paró. Me miró. Bajó las cejas al ver que era yo. Llevaba el pelo recogido en un moño espantoso. Los puños de la sudadera de la selección le caían hasta los codos. Se los levantaba cada poco. «Ah,

hermano», dijo. Le pregunté qué hacía. «Alguien tendrá que apañarlo», siguió. La mirada se le perdía cuando repasaba las cajas. Me agaché. Arrastré una caja hasta la pared. Contenía libretas. Pensé que sería más fácil ordenar desde el centro hacia los lados. Me agarró del brazo. «No, no —dijo—, lo tengo que hacer yo». Me incorporé y me sacudí el polvo de las manos. A su espalda se levantaba una estantería de Matutano. De las lejas sobresalían guirnaldas, cotillones sin abrir, matasuegras, un sombrero de copa bañado en purpurina rosa. El palo negro de una guadaña separaba la estructura metálica del plástico de la publicidad. «Lo tengo todo en la cabeza», me dijo, y se señaló las sienes. Volví a repasar el almacén. Allí nos escondíamos de pequeños. Él y yo, Rosario nunca participó. Escondía el miedo a las pilas de cajas, la oscuridad, el polvo y el conducto de ventilación con argumentaciones portentosas para una niña. Hablaba de lo absurdo de perseguir a alguien de tu propia sangre. «Absurdo, sí», decía mi madre con los ojos entornados. Dejamos de hacerlo cuando yo cumplí 10 u 11. No pasó nada, creo que simplemente me di cuenta de que era mucho más listo que mi hermano. Me daba pena verlo, con sus 15 años en los huevos, tumbado detrás de las estanterías viejas del mostrador de la carne. Hilos marrones colgando de las esquinas. Siempre se le veían las zapatillas y un trozo de calcetín. «¡Levántate y sal por ahí, arranca una moto y guíñale un ojo a una mujer!», me daban ganas de decirle. Quién sabe qué vi en él sobre mí mismo. Qué predije.

Jesús me clavó un par de dedos en la columna. Esa era de mi padre. Venía a decir: «Venga, no me calientes mucho los cascos y vete». Le pregunté por el sobre. «Ah, son cartas viejas de fútbol», respondió, metiendo la mano hasta el fondo. Sacó una de Zubizarreta con la camiseta del Barça. «Andoni Zubizarreta Urreta, Vitoria, Álava, 23 de octubre de 1961», leyó. Chasqueó. «Este la hizo negra en el Mundial. Con España. Los porteros del Barcelona siempre la cagan, son más malos que la carne de pescuezo». Nos reímos juntos. Me volvió a clavar los dedos en la espalda. Rodeé las cajas. «Hermano —dijo cuando ya estaba casi en la escalera—, que digo que a mí no me pasa nada contigo». Asentí. Subí un tramo. Volvieron los ruidos. Cajas. Hierros. No tardé mucho en dormirme.

—Pos ya ha llovío to lo que tenía que llover.

Mi padre negó con la cabeza y devolvió la mirada al frente. Llegamos al final del pasillo de los invernaderos. Apretó el ritmo en el tramo serpenteante que llevaba a la casa de los holandeses.

—Dicen que hay que hablar.

Una ceja se le levantó y se le escondió tras la cinta amarilla.

—Al correr, para ver realmente cuál es tu nivel de resistencia.

—¿Estamos ya?

—Lo leí.

—Lo leyó.

Se oyó el motor de un tractor. Rodeamos el charco que inundaba una depresión de medio metro. El tobillo apenas me dolía. Tampoco podía girarlo. Se me había soldado a la tibia. Levantaba y dejaba caer la pierna como un todo. En la puerta de los guiris había una Vito roja aparcada. Al otro lado de las baldosas que llevaban a la casa se levantaban tres pilas de ladrillos. Junto a ellas, una hormigonera. El Litri mediano salió del porche. Pantalones y zapatos de trabajo, plumas azul oscuro. Levantó las cejas y chasqueó para saludar. Mi padre le devolvió el chasqueo. Yo, el alzamiento de cejas. Descorrió la puerta lateral de la Vito y sacó un carretón. Era habitual: cuando pasaban los años y la muerte lo iba envolviendo todo, al que le sobraban cuatro duros le daba por obrar. La mayoría de veces demasiado tarde. Por eso había tantas casas a medio reformar. Al tiempo venían los herederos. Se les reconocía porque tocaban las paredes con miedo. No entendían nada. Llegamos al trecho que anticipaba la cuesta abajo. Se oyó la hormigonera.

—¿Qué títere lleva mi hermano con el almacén?

Estiró las zancadas al acercarse a la cuesta. Cogió aire. Acortó los pasos y descendió. Ropasuelta style, de nuevo. Yo intenté trotar en diagonal. Era una cosa entre ridícula e imposible. A cada patada al aire se me desprendía de la punta de la zapatilla un tormo minúsculo de tierra húmeda. El viejo parecía Pepín Liria. Cada cinco o seis metros pisaba como si quisiese compactar el terreno. Extendía los brazos por encima de la cabeza. Llevamos ya una

semana con esto del deporte, me dije, y todavía no hemos dado lugar a correr como dos personas normales. Bajamos rápido.

—¿Lo está ordenando? —dije.

Mi padre me miró de reojo.

—Hoy vamos bien, ¿eh, nene?

Asentí.

—Habrá que tirar muchas cosas del almacén.

Sorbió mocos garganteros con la nariz.

—Al cerrar la tienda y todo eso, digo —dije—, otras se podrán aprovechar. O vender, ¿no? Lo mismo los del Dialsur…

—Los del Dialsur me comen los huevos —dijo, y salió pitando.

A mí no me daban ni las piernas, ni los pulmones, ni la cabeza. Siempre pensé que ese extra de energía le venía de la mala hostia. Que tenía incrustada en el pecho una dinamo que convertía la ira en movimiento. Llegué a su altura casi al final de la cuesta. Una ráfaga de aire movió las copas de los pinos del cementerio. Él suspiraba. Lo tenía ahí. Le di de margen hasta la recta de Gebas.

—Vamos bien, nene —dijo, en lo que al principio pensé que era un suspiro.

Asentí. Era verdad. Frescos, con cierto fondo. El terreno nos sonreía. No llovía. Hasta salió un trozo de sol.

—Lo vi muy empeñado —seguí—, fui a echarle una mano y me dijo que no, que lo tenía todo en la cabeza.

Imité el gesto de las sienes de mi hermano. Doblamos el recodo que llevaba al mirador y encaramos la recta. Al fondo, una furgoneta atravesada ocupaba la carretera. Algo del restaurante, supuse. Condumio.

—¿Qué capullo será eso? —Observé cómo las cejas se le volvían a escapar al territorio de la cinta amarilla.

—Algo del restaurante. Al restaurante lo mismo también podrías venderle algo, ¿no? El mostrador ese viejo…

Sorbió aire por la nariz. Un tipo con casco y chaleco naranja nos hizo señales para que parásemos.

—¿Esto qué capullo es? —dijo mi padre entre dientes.

—¿Esto qué capullo es? —le dije al del casco.

—¡No se puede!

Otro casco y chaleco naranja bajó dos vallas amarillas de la furgoneta. Las colocó a lo ancho de la carretera. Nos miró. Se colocó una mano en la cadera. Usó la otra como visera. Le dijo algo a su compañero, que intensificó los movimientos. Mi padre dijo algo. No lo entendí. Nos separaban unos diez metros. El viejo se salió del camino y corrió por el bancal. Sin bajar los brazos, los del casco y el chaleco también salieron de la carretera. Mi padre dijo otra cosa que tampoco entendí.

—¡Cállese y escuche! —gritó Casco y chaleco 1.

Y entonces el cielo se abrió, y el mismísimo Zeus, controlando con una mano a los dos caballos que tiraban de una cuadriga de fuego, lanzó con la otra un puñado de rayos que cayeron envalentonados por el aire de la sierra y achicharraron a cada organismo vivo del término municipal de Alhama de Murcia. A mi padre no se le podía decir que se callase. Nosotros lo aprendimos rápido. Cuatro o cinco años. Jesús seis, a lo mejor. Un «¡cállate!» delante de un sanjacobo, un sanjacobo al suelo, un guantazo y una culpa. Dio tres zancadas y se colocó delante de Casco y chaleco 1. Un guantazo. Llegué a tiempo para colgarme de su brazo e impedir el golpe del revés de la mano. CC2 apartó a CC1 y empujó al viejo. Se zafó de mis brazos. Retrocedió. Le temblaba el labio inferior. CC1 se pasó la mano por la boca. Se la miró. Vería sangre. CC2 volvió a empujar al Ropasuelta, que flexionó las rodillas y cedió terreno. Levantó el brazo a la altura del pecho de CC2. Me puse en medio. CC2 me dijo que me quitase. Grité que por qué. Creo que lo descolocó la pregunta. Lo repitió: que me quitase. Mi padre sorbió con la nariz y escupió al borde del camino. A mi espalda oí pasos sobre la gravilla suelta. CC2 me empujó y me caí de culo. Como los gorriones. Me levanté. Me froté las manos. Mi padre levantó el dedo. CC2 se giró y acompañó a CC1 a la furgoneta. Arrastraban los pies.

—¡No me manda a mí a callar ni mi padre que en paz descanse! —gritó — ¡Ni mi padre!

—Vamos, papá —dije, e intenté pasarle el brazo por la espalda. Me dio un manotazo y se soltó.

—Tú de to lo que no sea la carrera, lo del correr, procura no dirigirme la palabra. No será que no te lo digo. No me toques mucho los cojones.

Se ajustó la cinta amarilla, que se le había subido al último dedo de la frente. Sacó pecho, levantó hombros y arrancó. Trotó hasta la curva.

—¡Me cago en san Dios me cago! —le oí, ya cerca del cementerio.

Aceleró. Los cuatro pelos se le enderezaron. Me giré. Casco y chaleco 1 estaba sentado en el lateral de la furgoneta. Las palmas de las manos en las rodillas. Casco y chaleco 2 colocaba una señal de tráfico cortado. Me acerqué al borde del cejo.

Dicen que Angelillo no quería matarse ni nada. Volvía de fiesta. De Mula. Se ve que su padre le dijo que como volviera a llegar tirando las macetas se quedaba sin casa. Así que paró en Gebas. A que se le bajaran los humos. O a dormir, quizá. Cuando tienes menos de 25 años nadie sabe si eres así o estás atravesando una época mala. No atinó a frenar.

Fuente Librilla. Mediodía y tarde del 30

La mañana se pasó volando. El paro seguía sin llegar. Mi madre me contó que el Ropasuelta llegó con la camiseta «no ya sudada, sino empapada, pa escurrirla y lavar una pila platos». Me pregunté dónde habría escuchado lo de «no ya tal, sino cual». Le dijo que se iba a poner malo. «¿Es que es malo sudar?», respondió él. Mi madre puso los ojos en blanco. Sacó una galleta del paquete de María Fontaneda. La hundió en el café con leche y luego la sacudió en el borde del vaso de cristal.

—Yo le he dicho que malo no es, pero que eso.

Se encogió de hombros. Me miró de reojo por si la corregía. Por si sudar era malo.

—¿Quieres? —dijo, señalando el café.

Negué con la cabeza.

—El vaso ese está limpio, ¿te echo la mitad?

—No tengo hambre.

—Estás muy estropeao. Tienes que comer.

Agarró un vaso a mi derecha. Sujetó la cucharilla del suyo entre el índice y el corazón. Vertió casi tres cuartos del líquido marrón. Me lo puso delante. Lo rodeé con las manos. Acerqué la barbilla. El vapor me humedeció las orejas. Limpió con una servilleta el reguero que había goteado. Me acercó las galletas y saqué un par. Me pregunté qué dirían mis padres de mi hábito de sacrificar la primera galleta de cada paquete para que se comiera todo el oxígeno y las demás siguieran crujientes. Ella diría que dónde había aprendido yo eso. «Pos no me desagrada», diría, irónica. Mi padre apartaría la vista con recelo. Se callaría. La soltaría al tiempo: la última palada de un saco de mierda que vaciaría cuando discutiéramos sobre, yo qué sé, la alineación de las ruedas de la furgoneta.

Cerró los ojos y apuró el café. Se sacó un pañuelo del bolsillo de la bata. Se sorbió los mocos. Del otro sacó el móvil. Pasó el índice por la pantalla del Motorola. La cara se le iluminó. Picó en el centro. Saqué otra galleta del paquete y retorcí el cuello de plástico que quedaba sobre la pila de círculos Fontaneda. La mojé en el café. Se me deshizo en la boca. A mi madre le bailaban los párpados y los labios. Pasaba el dedo a lo largo del cristal.

—¿Qué miras?

—Nada, esto.

Leyó algo. Se le levantaron las comisuras y le vi los dientes.

—¿Serán tontas?

Me enseñó la pantalla.

—Tienes que dejar el dedo pulsado.

Cogí el teléfono. En la pantalla vi a dos mujeres en la Puerta del Sol. La Mari Luz madre y Mari luz hija.

—Se han ido a Madrid a ver las campanadas. Señor, qué tontas. Qué par de burtos.

—No se les va a hacer tarde —contesté.

Levanté el pulgar. La foto se esfumó. Apareció otra. Un zagal volando con una bici. Arriba a la izquierda leí el nombre del contacto. Berraco. José Berraco jugaba con nosotros al fútbol. Los viernes, en el campo del Albardinal. Metía unos planchazos que te dejaba tiritando. Una vez me mandó al barranco de un codazo. Luego quiso darme la mano. Se la negué. Nos separaron. Ahora tenía un hijo que hacía ciclocross. Berraco hijo dio paso a una señora con permanente Rod Stewart.

—El otro día las vi en la panadería. A las Mari Luces. Nene, compraron lo menos tres kilos de empanadillas.

Sobre la permanente Stewart ponía: «Un año ya mamá no te olvidamos un beso donde estes». Miré el contacto: Belchí. El menor de los Belchí iba con Rosario a la escuela.

—Les dije que se estaban poniendo gordas. La hija sobre todo, menudas tragaldabas. Y se ponen así —mi madre se cruzó los brazos por encima del pecho— y dicen: «E que tan mu buena la panadilla».

Lo dijo con voz de pito. Luego arrugó el morro. Me reí.

—Se iban ya a Madrid. Esas van a echar allí una semana. Pues no son perras, ¿sabes? María santísima. Y les digo si lo tenían ya todo preparado y me dice la madre, con esa voz de tonta que tiene: «Sí, lo llevamo todo preparado en macuto».

Abrió la boca. Los dientes se le agigantaron. Marrones. Recios. A un palmo uno de otro. Dobló la cabeza y palmeó la mesa.

—¡Lo llevamo todo preparado en macuto!

Levanté el pulgar de la pantalla y la Belchí muerta desapareció. Le devolví el móvil. Me seguí riendo. Se pasó la manga por la cara y se retrepó en la silla.

—Ay, Virgen del Rosario. Ay. ¿De comer qué vas a querer? Tengo magra.

Después de comer subí a mi habitación. A Dayo Kane le daría gusto que un pupilo suyo se jugase la integridad física por defender la otra. Levanté la tapa del portátil y tecleé *Dios sabe LIBRO* en Google. Me salieron las webs de la FNAC, la Casa del Libro y algo llamado Tipos Infames. *Dios sabe PDF,* escribí. Subí un palmo de persiana de un tirón. Me saqué las zapatillas. *Dios sabe* es un wéstern. Kane cuenta la historia de tres hermanos que salen del pueblo al morir su viejo. Son libres y no saben qué hacer. Sin el yugo paterno, deciden materializar las andanzas del Jinete Tuerto. Un notas muy popular en aquella América, se ve. Bandido enmascarado, caballo negro, cortinilla moral. Así que se cruzan el país pegando escopetazos. Les dura poco. A la semana revientan a palos al más listo, detienen al más noble y cuelgan al más tonto. Ahí estaba. Descargué. Abrí. En inglés. Sus muertos. Bueno, me apañaría. Me sobraba un hermano. Volcaría los atributos positivos del tonto en el listo y en el noble. Un listo con coleta, un noble sudoroso. Traduje el primer párrafo en Google. Daba el pego. Abrí un Word. *Dos hermanos,* titulé. Pegué y tuneé. Quedó así:

Ya era pasada la medianoche cuando los dos hermanos salieron de la cabaña y echaron a andar por entre los pinares hasta el caserón de Cequicas. Habían decidido dejar atrás la mayoría de sus pertenencias, así que, aparte de sus mantas, solamente llevaban la vieja escopeta de su padre, su navaja y los

dos machetes. Una luna de un color amarillento enfermizo iluminaba su camino. Cuando llegaron al borde del jardín, se detuvieron en una floresta de árboles perennes y observaron la casa de dos plantas a oscuras en busca de señales de vida. Salvo por el canto de los grillos y el gruñido de sus tripas, todo estaba en silencio.

—Venga, vamos —dijo Pak, el mayor de los hermanos. Y salieron corriendo los dos por campo abierto hasta el establo, encorvados como simios. Alfred descorrió el cerrojo de la puerta sin hacer ruido y la abrió lo justo para que pudieran meterse rápidamente. Se quedaron allí un momento mientras se les acostumbraban las miradas a la oscuridad.

Dentro de la casa, el tío Cequicas estaba repanchingado en su butaca favorita de la sala de estar cuando oyó un ruido a través de la ventana abierta que lo hizo incorporarse a medias. Su mujer y su hija estaban pasando la noche en casa de una prima que vivía al otro lado del pueblo, y él había disfrutado de una cómoda velada a solas, bebiendo coñac a oscuras, y acordándose ociosamente de todas las mujeres de las que había abusado sexualmente a lo largo de los años. El ruido que acababa de oír parecía casi una voz masculina, pensó mientras cogía la escopeta de debajo de la butaca. Enfundado en un pijama, salió al porche y se quedó escuchando con la cabeza inclinada hacia el establo. Carajo, casi deseaba que hubiera alguien allí, solamente para animarle un poco la noche. Solo le habían intentado robar una vez en su vida, y él había hecho pagar a la panda entera de ecuatorianos por la equivocación de uno solo. Había matado a todos los hombres en un abrir y cerrar de ojos, pero luego le había podido la lujuria, y se tuvo que follar a aquellas cuatro zorras.

Pak y Alfred terminaron de elegir los dos caballos y los estaban embridando cuando oyeron que Cequicas gritaba con voz borracha:

—Venga, hijos de puta, salid ahora y os dejaré marcharos —al cabo de un momento añadió con una risilla—: Os doy mi palabra de cristiano temeroso de Dios.

Alfred pensó que si salían vivos de aquella, uno de ellos debería quedarse vigilando siempre en la puerta. Era un error de principiante.

—Bueno —dijo Cequicas, empezando a entrar—. Os he dado una oportunidad, ladronzuelos de mierda, pero no habéis…

En cuanto Pak le agarró la pistola, Alfred le clavó el machete en la coronilla al tipo con todas sus fuerzas. Una astilla del hueso salió volando por los aires y le rebotó en la mejilla. Cequicas cayó de rodillas y un chorro de sangre le empezó a manar de la tapa de los sesos como si fuera un pequeño géiser. Alfred dio un paso atrás y le asestó otro machetazo, hundiéndole el filo en el pescuezo grueso y carnoso, pero el tipo permaneció erguido, parpadeando rápidamente y abriendo y cerrando la boca como un pez en tierra boqueando aire. Alfred intentó arrancarle el machete, pero se había quedado completamente encajado entre dos vértebras.

—Joder, haz algo —le gritó a Pak, mientras Cequicas soltaba un mugido y empezaba a levantarse otra vez, lenta y milagrosamente.

Pak estaba plantado con expresión estupefacta, la escopeta en una mano y el machete en otra. Levantó la escopeta y apuntó hacia la cabeza de Tardweller. Apretó el gatillo. Una explosión rojiza tintó las paredes del granero.

—¡Vamos! —gritó.

Alfred apoyó un pie en el hombro del cadáver y consiguió extraer su machete. Montaron los caballos y salieron al galope.

—¿Cuánto crees que falta para que nos pillen? —preguntó el hermano menor.

—Muy poco si no nos movemos ya, joder.

Mientras avanzaban hacia el norte a medio galope, con los cascos de los animales pisando con fuerza la tierra apisonada, la enormidad de su crimen empezó a palidecer en comparación con la sensación de libertad que iba creciendo en ellos con cada kilómetro que avanzaban. Ya eran dos bandoleros.

Con eso valdría.

Fuente Librilla. Mañana del 31

Mi padre me despertó a las ocho. La luz del sol se colaba por la ventana de su habitación y cruzaba el pasillo. Fui al baño. Me tiré un peo largo. Abrí las piernas. La peste a química, a «mierda de estar malo», que diría mi madre, se extendió por el baño. Tiré de la cadena. Recogí el libro de Dayo Kane del borde de la bañera. Releí varias frases subrayadas. Le di vueltas a una: «El escritor serio que quiera hacer algo que tenga valor real tiene que lidiar con todo». Luego hablaba de que ser escritor es un camino perfecto para acabar solo, alcohólico y desquiciado. Esa la soltaba cada vez que podía. Al respecto, yo siempre pensaba en la suerte que tenía de, al menos, vivir en un sitio en que la gente hacía lo que tenía en su mano para saber *todo* sobre ti. Y, en el camino, algún «¿qué dices, Dayo, cómo llevas la novela esa?» te llevabas. Apreté. Noté cómo un trozo de zurullo me salía del culo. Esperé. «Siempre pensé que mi vida estaba justificada si conseguía escribir un buen libro», remataba mi ídolo. La piel de gallina. Eso era, tenía que lidiar con todo. El paro estaba al caerme. Les pagaría cada céntimo a Alfredo y al Pakero. O Alfred y Pak, lo mismo les daba por llamarse así ahora. Cualquiera sabía. Y luego, mi Gran Venganza. ¡Plop! El zurullo cayó entero y el agua me salpicó el culo.

—¿Nene, vamos o qué?

Le dije al viejo que corriéramos por el camino de los Lobos. Pasaríamos junto al vertedero. Rememoraríamos nuestro encontronazo el día de la leña. Nos observaríamos, días después, en comunión. Casi hablando. Se lo propuse mientras se ataba las cordoneras. Le dije que nos vendría bien cambiar de aires. Que lo había leído en un blog de atletismo. Se encogió de hombros.

—Y así no nos cruzamos con los pezucos de la furgoneta, que lo mismo ni han terminado.

—Mejor —asintió—. ¿Ajo?

—Sí.

Desde un par de días atrás venía aplastando el diente de ajo con los pulgares. Temía que me lo notase en el bolsillo. Bajamos las escaleras. El Etarra pitó desde la cabina del Massey. Levantamos las manos. Me subí el cuello del chándal. El viejo bajó de la acera de un salto. Con los pies juntos. No sé cuándo se colocó la cinta amarilla. El asfalto estaba mojado. Había llovido durante toda la noche. Se olía a troncos mojados.

—¿Has estirado?

—¿Eh? Sí —respondió.

—¿Rotación de articulaciones?

Asintió lento. Superamos la Boquera. Repasé la calle principal. El Librillano no había levantado la persiana. Me mordí el labio. A la vuelta diría algo. Mejor, mejor. El viejo hablaría mejor con menos fuerzas. Arrancó. Me aflojé la venda del tobillo y lo seguí. A la altura de la esquina que llevaba al Llano vimos a Raimundo. Grité su nombre. Se giró. Levantó la mano sin mirarnos. El Ropasuelta chasqueó y negó con la cabeza. Vimos el culo del tractor del Etarra, parado en la base de la cuesta. Llegamos. El puente estaba inundado. Pasaba de vez en cuando. A ningún alcalde de Mula le ha importado jamás que toda el agua que caiga en Fuente Librilla se acumule en un punto sin más drenaje que los agujeros en las vallas protectoras. José Vigueras, un maestro que pasó allí más de una década, quiso remediarlo. Decía que faltaba «cultura democrática». Montó una asamblea y convenció al pueblo: los fuenteros bloquearíamos los accesos al pueblo hasta que el Ayuntamiento arreglase el puente. No se enteró nadie. Ni el alcalde, ni un triste camionero, ni María santísima. Desde entonces, los vecinos asumieron su incapacidad como sujeto político y la espantaron con una actitud que sí manejaban: la previsión. Si llovía, tú ya tenías que saber que al día siguiente no se labraba. José Vigueras, por su parte, volvió al mínimo común múltiplo hecho un desencantado. Rodeamos el tractor. El Etarra huía de los ojos del viejo. Era una manera de reconocer un error de principiante. A quién se le

ocurría sacar hoy la herramienta. Observé los labios de mi padre. Se le levantaban en las comisuras. Disfrutaba.

Bordeó la carretera y saltó al bancal de al lado. Lo atravesamos por el sendero de piedras que daba paso a los caballones. Llevábamos buen ritmo. Quedaban cinco días para la carrera. Y no la acabaríamos, el trazado llegaba a los 12 kilómetros y hasta entonces no habíamos alcanzado ni los cinco, pero escaparíamos del ridículo. Volvimos a un tramo de carretera.

—Hay que hablar —dijo el viejo.

—¿De qué?

—Yo qué capullo sé. Lo dijeron en la radio, que para entrenarse uno bien, bien, tiene que hablar conforme vaya corriendo. ¿Sabes lo que te digo o no?

—Sí. Te lo dije yo.

—Para entrenarse uno bien.

—Digo que lo de hablar mientras se corre te lo dije yo.

—¿Eh? No. Lo oí anoche en la radio. Lo dijo un médico en *El Larguero*.

La niebla se disipó. Observé las laderas, al fondo. A medio camino se extendían los bancales de don Sixto. También tenía tierra al norte del pueblo, tirando a Mula y al noroeste de la región, pero cerca de los Lobos se concentraba la mayoría de su propiedad. Melones y almendros. Respecto a la gestión, más que de arriendo se debería hablar de feudalismo. Sí: varias generaciones de De la Cierva habían estratificado una pirámide en la que los niveles entre el pueblo y el patriarca de la familia lo ocupaban sus propios descendientes. En vez de nobleza y burguesía y clero, sobrinos, cuñados y yernos. De zagal, mi padre vigilaba los melones de varios bancales. Su jornada laboral arrancaba al caer el sol y acababa al amanecer. Contaba que de aquello sacó tres cosas. Un sentimiento y dos capacidades. El sentimiento: un odio cerval a los De la Cierva y a cualquier figura de autoridad. «Me arde el pellejo cuando me dicen que me calle», decía. Las capacidades: dormir en la raya de un lápiz, lo que acabó jugando en su contra a la vejez, y calcular la ruta de Serafín con los rayos del sol y el canto del gallo. Serafín era el cartero. Repartía cuando se le antojaba. Le costó algún soplamocos, en tiempos de dictadura y vendimias. Mi padre bajaba

del bancal como los conejos. Lo interceptaba en la Boquera. Serafín me lo contó una vez. Tendría yo 14 o 15 años. «Yo sufría de ver a tu padre con la cara roja —me dijo—, porque tu abuelo no escribía nunca. Claro, si en tu familia sois así. No habláis en la mesa, vais a escribir cartas. Tu padre me ponía de vuelta y media. "¡Vaya una mierda cartero!". "¡No había otro más pezuco!"». El Ropasuelta nunca afirmó ni desmintió. En cuanto a Serafín, pronto lo sustituyó Serafín hijo. Heredó el reparto guadianesco. Pero ya había llegado la democracia, las cosas daban un poco más igual. En Fuente Librilla, esperar una carta significaba acercarse a la casa de los carteros a preguntar. Solía abrir el padre en calzoncillos. Se encogía de hombros. «Mi Serafín está en la pieza», decía. La pieza era media tahúlla de almendros que el viejo heredó pasado el cementerio. Y no es que un bancal no requiera cuidados, pero no le quita a uno la vida. A cambio, Serafín hijo entró en el hablar cotidiano. Para decenas de generaciones, la expresión «estar en la pieza» sustituyó a la impersonal «estar a por uvas». Luego se le fue la cabeza. Dicen que Serafín padre tuvo que rodear el frigorífico con una cadena.

—Hay que hablar —dijo el viejo.

—En los bancales esos cuidabas tú los melones de don Sixto, ¿no?

—De su padre. Sixto los heredó luego, es tres años menor que yo. Aprendí tres cosas.

—¿Y cómo te trataba él?

—El padre era un negociante sacabarrigas…

—¿Y él?

—… si veía que te podía sacar ocho, repretaba pa sacarte diez…

—Digo el hijo, Sixto.

—… pero esa historia conmigo no le funcionaba, yo le decía hasta dónde podía llegar. Aquí en este pueblo es que han sío burros toa la vida. Hemos.

—Hemos.

—¡Hemos, sí, hemos, hostias!

—¿Qué le gustaba?

Levantó la barbilla.

—Algo le gustaría —insistí.

—¿Yo qué capullo sé?

—¿Y por qué se fue?

Tragó saliva y escupió. Nada, no había manera. Se limpió con el dorso de la mano el hilillo de saliva que quedó colgando. Pasamos junto al vertedero y llegamos al bancal de la leña. Recreé la imagen de mi padre en el suelo. ¡Mi propio hijo! Pensé en mi hermano. ¿Qué habría hecho aquellos diez años? ¿Cómo habría sorteado el orden natural de las cosas? En las matanzas, mismo. Antes de irme, la tarea de remover la sangre del cerdo para evitar que se cuajara recaía en mí. Él tiraba de la cuerda atada a la pata delantera del marrano. La liaba en la mesa. Mi madre sujetaba del rabo. Rosario era palomita suelta. Obtuvo una bula papal cuando se demostró que iba en serio con los estudios. Alardeaba de no saber nada de morcillas. «Pero nada de nada», decía. No convencía a nadie. Así que llamarían a alguien. Al Listo, a alguna vecina. La Gerónima y la Paquita acudirían. Podrían ayudar a sujetar al bicho, pero clavar los dedos en el fondo del barreño y trazar círculos hasta que el líquido granate se enfriase era otra historia. Una historia importante. «Tienen que ser manos de la familia», recalcaba mi padre. «Lo decía el abuelo». Mi madre tenía ya las lumbares en forma de ese, así que le tocaba a Jesús.

—¿Echas de menos el obrador? —pregunté.

—¿Por qué?

Asomó los dientes, amarillentos y escalonados. Me vinieron el Pakero y Alfredo a la cabeza. El pecho y los bufidos del gordo. Ya podía la oficina del paro o quien fuera soltarme la mosca. Aunque fuera por Navidad. Intenté sacudirme todo aquello. Subimos un repecho de unos diez metros. Pasamos junto a un conejo muerto. Las moscas zumbaban alrededor.

El tajo a la gallina fue el hecho fundacional del trauma de mi hermano, pero hubo otro episodio. Un viernes de diciembre. El Listo vino a echar una mano. Le tocó a mi madre sujetar el barreño. El Ropasuelta clavó el cuchillo en la garganta del cerdo y la sangre salió disparada. Como siempre. Al rato, cuando el bicho ya no se movía y mi madre iba a sacar el brazo, el viejo golpeó con la palma de la mano el pescuezo del marrano. Una tromba granate y negra caló a mi madre. Levantó los brazos. El pringue le infló las mangas de la bata blanca. El viejo se alejó sonriendo. Yo, que andaba por allí

llevando y trayendo, fui a por papel. Jesús se dio la vuelta. Vomitó en el barreño de las tripas. «Ya está, hijo, ya está», le decía el Listo mientras le palmeaba la espalda. A mi madre le brillaban los ojos y las mejillas. Se limpiaba la sangre como si fueran lágrimas. Fue el 5 de enero de 2001. Esa noche, el Madrid le metió tres al Deportivo y Zidane marcó un golazo. «¡La hostia cana!», gritó mi padre. Se levantó del sofá y aplaudió. «¡Sí, señor, sí, señor, eso es un futbolista del Real Madrid!», dijo.

—¿Quién te ayudaba… últimamente?

—¿Últimamente a qué?

Sorbió aire por la nariz. Cerré la boca. El sol se escabullía entre un manojo de nubes. Se oyó el canto de una perdiz.

—No, no, ahora dilo. ¿Últimamente a qué?

—No te pongas así, papá.

—¡Me cago en Dios y en san Dios, que no me pongo de ninguna manera!

Agaché la cabeza. Observé cómo se me desprendían de la punta de la zapatilla olas de tierra húmeda.

—Yo creo que llevamos ya un buen entrenamiento, ¿damos la vuelta?

Me miró. Le temblaban el labio y los párpados. Los agujeros de la nariz no daban abasto. Se me desatornillaron las rodillas. Escupió.

—¿Últimamente a qué?

—A matar al marrano —dije de refilón.

—A matar al marrano —asintió y escupió—, a matar al marrano, dice.

—¿Nos volvemos?

—A matar al marrano.

—Me duele el tobillo.

No era del todo mentira. Frenó de golpe. Se me acercó con la mano levantada. Formó un círculo con el índice y el pulgar. Apretó la mandíbula.

—¿Cómo tienes los santos cojones de plantarte en esta santa casa después de habernos dejao en bragas y preguntarme quién me ayudaba a matar al marrano?

—Papá…

—Úl-ti-ma-mente… —repitió con recochineo, separando las sílabas. Me pegó la nariz a la mejilla—. ¡Me cago en san Dios!

—No te pongas así…

—¡Me pongo como me pongo! ¿Tú sabes quién me ayudaba a matar el marrano? ¿Eh? ¿Tú lo sabes?

—No…

—Me ayudó tu madre —extendió una mano y se fue golpeando los dedos con el índice de la otra—, me ayudaron tus vecinos, los que eran tus vecinos, me ayudaron mis amigos y me ayudaron estos.

Ahí se besó el pellejo de los bíceps. Era cierto. Varias veces lo vi agarrando con una mano al marrano, echando el cuerpo hacia atrás para evitar cualquier golpe de las patas, y clavándole el puñal con la otra.

—A ver si te crees que faltabas tú pa matar el capullo el marrano. Que tenga yo que oír eso —las cejas se le enarcaron y escupió a mis pies.

—Vámonos —dije.

Me sujetó del brazo. Las comisuras le palpitaban. Le quedaba un trozo de carne colgandero en la nariz rojiza, como a los perros.

—Vamos a correr hasta que haya camino, me cago en la Virgen del Rosario.

Se colocó la cinta amarilla y arrancó. Lo seguí. Me pesaban las pantorrillas. Sentí un amago de flato. A él se le notaban los huesos y los tendones. Bufaba en corto cada cuatro zancadas. Una bomba atómica con sudadera de Cajamurcia. Pasamos el almacén de los Saleros. Lo que era una cabaña con la puerta atrancada cuando me largué se había convertido en seis naves plateadas. Tractores y ferbis en la puerta. Allí guardaban toneladas de almendra. Las usaban como aval. Trotamos hasta que hubo camino. Bordeamos el cejo que daba a la rambla y bajamos por las 100 escaleras, que en realidad eran 96. El último tercio se había despegado del resto. La erosión agrandaba el hueco. Saltamos y llegamos al último peldaño. Nos colamos entre los juncos. Vi huellas de jabalí. Me aparté para que girase sin tener que mirarme.

Volvimos en silencio. A la altura del vertedero vi que no quedaban trozos de cinta cocida al aire en los extremos de las vallas. Un gato pardo

deambulaba por el borde del agujero. En una esquina del fondo se asentaba un charco negruzco y varios tablones de madera. Llegamos al asfalto. Me vino a las rodillas una mezcla de dolores: alguien retorciéndome las rótulas y otro alguien clavando una aguja desde cada lado. En la cuesta nos cruzamos con la Vinatera.

—¡Andar con Dios los deportistas! —dijo.

Mi padre movió la barbilla. Yo levanté la mano. Llegamos a la Boquera. La persiana del Librillano se había levantado un palmo. La hilera de sillas amarillentas ya flanqueaba el portal. Me vinieron a la cabeza las tres Champions seguidas del Madrid. ¿Se habría acordado el viejo de mí? Desterré ese pensamiento. Era indulgente. Impropio de nuestro equipo. Yo sí me acordé de él. Habría sido un tema de conversación sin riesgo. No el capullo del marrano. El gol de Casemiro. Qué pepino, Casemiro, hijo. La cagada de Karius. Benzema con la sonrisa de tontico que se ha espabilado. La chilena de Bale. Vi una en Murcia, otra en Barcelona y otra en Berlín. Eso lo omitiría.

Más brincos catalanes / La murciandad

Al volver a Barcelona puse el huevo en un piso del Raval. Carrer San Lázaro. Una cochera reconvertida en loft transformado en lata de sardinas. El tío vería que cuatro pobres suman más o menos lo mismo que un rico y se quejan menos. Así que levantó cuatro paredes. Dijo que eso significaba que había cuatro habitaciones. 350 al mes. «No es caro para cómo se está poniendo la cosa», dijo mientras guardaba la libreta en la mariconera marrón. Por debajo de la puerta se colaba el aire, los berridos de los lateros y algún reguero de meado los sábados. Dos pisos. Abajo, salón, cocina, baño y un dormitorio. Arriba, los otros tres. Los peldaños se meneaban si pisabas a los lados. No hacía falta *ver* ratas para saber que *había* ratas. Vivía con Raquel la Siniestra, Vasilis y Alejandro, uno de Coruña. Raquel curraba en un H&M. Era de Zamora. Gótica con 35. Traje pantalón, se recreaba en las eses, su grupo favorito era Evanescence. Acababa de descubrir la carrera en solitario de Eddie Vedder. Cerraba los ojos cuando el pesado de Vedder se arrancaba con «oooh» y «eeeeooh». «¡Diosss, qué hombre, qué hombre!», soltaba mi compañera al final de la canción. Luego se mordía el labio y negaba con la cabeza.

Vasilis era de Atenas. Estudiaba sociología en la Autónoma. Cocinaba de puta madre. De él aprendí que una cuchara de madera grande encaja perfectamente en el hueco entre el borde de la olla y el asa. Se pasaba el día pidiendo perdón. Su novio, griego también, estudiaba en Madrid y venía de vez en cuando. Yo lo llamaba Spanoulis. Le hizo gracia las primeras 250 veces. Alejandro tenía 30. Curraba en Adecco. Recursos humanos. Buen tipo. Pesaba unos 100 kilos. Se comía las napolitanas del Mercadona dobladas. Me dijo que no me mordiese las uñas si esperaba encontrar curro. Y sí, yo esperaba encontrar curro. Tiré de él. En los turnos de reposición de los almacenes solía haber vacantes. Sobre todo, los viernes y sábados por la

noche. «La peña se apunta y luego resulta que se le olvidó que curraba», me decía. «¡Cago en Dios!», le respondía yo con voz de Lendoiro. Nos reíamos. Normalmente me mandaban al centro comercial Glòries. Al C&A, al Carrefour, al Benetton una vez. Echaba la noche descargando cajas y por la mañana desayunaba en una terraza del patio interior. Si encadenaba dos findes y otro par de historias durante la semana pasaba el mes sin problema. También curré de taquillero en la filmoteca.

Empecé a fumar como un sinvergüenza. Spanoulis vino de Madrid con una amiga colombiana. Se llamaba Yolanda. Un jueves se bebió cuatro y quiso marihuana. Todos me miraron a mí. Me encogí de hombros. Dije que abrieran la puerta y dieran una vuelta a la manzana. Lo consiguieron. Yolanda levantó el dedo. «Le pondré nota a la marihuana barcelonesa», dijo. Me encargó que buscara el partido de Colombia mientras se liaba uno. Colombia jugaba un partido clasificatorio para el Mundial 2018 contra Bolivia. Levantó un canuto sorprendentemente perfecto. Vasilis y el novio miraban asombrados. Hablaron en griego. Sonreían. Yo me retrepé en el sofá. Colombia jugaba bien. James Rodríguez ya se había comido un año de banquillo en el Madrid. Vagaba por Múnich. Se había convertido en uno de esos jugadores que hacen de este mundo un lugar proclive a la melancolía. Con Colombia, su zurda seguía siendo suficiente. Yolanda me pasó el porro. Le di una calada larga. Me enfrasqué en una nube de júbilo tranquilo. Me pregunté por qué James no se quedaba allí a jugar. Allí, que no tenía que demostrar nada. Que no le ponían la cabeza loca con estadísticas, con lesiones tontas y recurrentes. Que aún le dejaban el 10. Le di otra calada. Se lo pasé a Vasilis. Miré a Yolanda. Piernas en 45 grados, dedos extendidos y separados, uno sobre el brazo del sofá, otro sobre el montón de cojines, el cuello pegado al respaldo, la barbilla pegada a la garganta. El partido se le reflejaba en las pupilas. Yo sabía que el fútbol bueno a veces impresiona, pero no era para tanto. El novio de Vasilis le ofreció el canuto a Yolanda. Negó a dos por hora. Le pregunté si estaba bien. Movió los labios. Intentó sacar la lengua. Menuda hormigonera. Fui a la cocina. Me di con la rodilla en el pico de la mesa. Me cagué en Dios y en san Dios. Eché leche en una taza y la metí al microondas. Le añadí dos cucharadas de un bote de cacao

de Alejandro. El cabrón se compraba los paquetes de 2 kg de Hacendado. Saqué de su armario la bolsa de napolitanas. Yolanda se había tumbado en el sofá. Una pierna le colgaba. La otra, flexionada, la apoyaba en el suelo. «Creo tiene suenio», dijo Vasilis. Le toqué el hombro. Abrió la boca. Los ojos. Conseguí que se incorporara. Le dije que se bebiese la leche a sorbos pequeños. Asintió, avergonzada. Colombia ganó. James falló un penalti y metió el rechace. Trotó hasta el córner. Eso también lo hacía como los grandes. Varios compañeros se pusieron a su lado. Bailaron. Se les veía a gusto. Yolanda revivió dos napolitanas después. Dijo que tenía sueño. Yo me fui a dormir. Al bordear la mesa, me metí en el bolsillo el papel albal con el resto de marihuana.

Esa fue mi perdición. Una perdición desbrevada, de todas formas: me sorprendió lo gracioso que me resultaba todo gran parte del tiempo cuando caí en brazos de la depresión. Los meses circularon como centinelas. Sé algunas cosas que pasaron. Dudo de otras. Sé que pasó una primavera. Un verano. Sé que una tarde se me olvidó levantar la persiana de la taquilla de la filmoteca. Otro día volqué siete cajas de natillas en el almacén del Carrefour. Dejaron de llamarme. Alejandro dijo que se la había jugado. «¡Cago en Dios!», le respondí. Me mandó a tomar por culo. Sé que, después de una semana sin hablar con nadie, fui a por pan y se me había olvidado cómo se despedía uno de los sitios. Escuchaba *All Mixed Up* en bucle. La versión de Red House Painters. Me crujía el pescuezo cuando decía lo de *She said leave it to me, everything will be, be alright*. Cuando entraban las guitarras a marchamartillo, Dios del cielo. Otra tarde fui a las tiendas de discos de la calle Tallers. De camino, me pregunté cómo dejaba uno de ser invisible. Caminé trazando diagonales. Nada. Clavé pipas en fonoportas. Nada. Lancé una lata de Steinburg desde un macetero hasta una papelera por encima de una familia entera. Lo juro, nada. Pasé junto a una hilera de mesas con sus correspondientes guiris cenantes. En la primera metí la zarpa en la cesta del pan. Tres galletas saladas y dos gurruños. La pareja guiri soltó los cubiertos. Se limpiaron las bocas, cada uno la suya, con las servilletas de tela. Continué. De la segunda saqué un puñado de frutos secos. Tres patatas fritas y un trago de tintorro en la tercera. En la cuarta señalé los restos de una

paella blanquecina. La guiri se encogió de hombros. Levanté una tira de pimiento rojo y me la dejé caer en la boca. Señalé el montón de desperdicios de gambas. La guiri agarró el bolso. El guiri arrastró la silla hacia atrás. Metí la pala en el plato y levanté un manojo de cabezas. Cogí una con la otra mano. Metí la lengua hasta los sesos del bicho. Esta gente se dejaba lo mejor. Tragué saliva. Iba a decírselo. Os dejáis lo mejor, guiris. Pero el guiri gritó algo y un camarero con pinta de karateka cruzó la terraza en dos zancadas. Me llegó su olor. Mezcla de after shave y sudor.

Corrí sin soltar las cabezas. Las antenas se me clavaban entre los dedos. El aire me levantó el flequillo. El camarero karateka me recortó varios adoquines. Apreté. Sentí que no me iba a pillar en la vida. Se me escapó una risa ahogada. También sentí que mi cuerpo era visible. Me dio frío. Él gritaba algo. Me llamó fill de puta. Casi al final de la plaza, antes de que la calle se volviese a estrechar, vi de refilón una zapatilla amarilla fosforita. Asomaba por debajo de un mantel blanco. Puro guiri, si me preguntan. Rectifiqué mi trayectoria. La zapatilla se levantó y quedó suspendida en el aire con una robustez que resultó insoportable para mis 55 kg de bigote y pellejo. Volqué. Las cabezas se me escaparon. No me pude girar. El camarero karateka me clavó la rodilla en la espalda. Le bastó una mano para sujetar mi par de muñecas. «Ara ho contarem tot als Mossos», me decía en la oreja. Algún perdigón de saliva también. Y yo no podía hablar, notaba el sabor amargo de la sangre, pero me habría gustado decirle que sin problema. Que, total, las cosas no podían ir peor. Me sorprendió mi velocidad punta en pleno ciego porrero. Quizá fue la única vez, en aquellos meses de ropas del día anterior, que me reconocí algo a mí mismo.

Llegaron los Mossos. Dos. Cumplieron con las expectativas. Uno a cada lado del bodegón, bloqueando las posibles vías de escape. Estuve por decirles que se podían relajar, que si por mí fuera nos podíamos tumbar los cuatro y pedirles a otros cuatro que nos clavaran la rodilla en la espalda. Que no se estaba tan mal. El camarero karateka se levantó y cambió el tono. Menos humos, todo menos escupido. Mosso 1, manos en hebilla, asentía y me observaba. Vi las botas negras de Mosso 2. Flexionó las rodillas. Me preguntó muy alto si me podía incorporar. Le demostré que sí. Dijo: «¿Qué

ha pasado aquí, caballero?». Señalé al karateka. Dije que en lo esencial no estaba faltando a la verdad. Me sujetó del brazo. Las cabezas de gamba formaban un semicírculo a su izquierda. Nos dejábamos lo mejor. Al final, multa por desorden público. La pagué ese mismo día. Se me quedó en 60 euros. «Y luego vienen los ingleses a Magaluf y lo destrozan todo y se les permite. Es una vergüenza», me dijo el del banco. Me dolieron las rodillas dos semanas. Caminaba con el culo apretado. Al agacharme recordaba la rodilla del camarero karateka. También recordaba a su madre y a sus muertos.

Con respecto al Episodio Siniestra, sé que ocurrió, pero dudo de sus márgenes. Sé que una noche me despertó pegando chancletazos en el piso de abajo. Sé que pensé que me ponía bastante. Que encendí la luz de la mesilla. Desbloqueé el móvil. Busqué su foto de perfil de wasap. Salía ella mirándose las zapatillas, los brazos en 45º, las manos dibujando cuernos. Todo más negro que la quina. Sé que me ardían los muslos. Me la casqué. Me dio calor. Retiré el edredón de un manotazo. Noté el sudor en los pies. La rigidez de los calcetines. Volví a la foto. Amplié la cara. Se pixelaba, pero se notaban los hoyuelos. El hombro se me engarrotó. Me incorporé. Levanté la almohada y la pegué a la pared. Apoyé la espalda. Así. La picha se me escurrió entre las manos. Me la meneé con el índice y el pulgar. Los chancletazos se intensificaron. Imaginé que la Siniestra subía las escaleras. Que entraba en mi habitación y pedía disculpas y se encontraba el pastel y se le dibujaban esos hoyuelos. Ahí, ahí. Ahí venía, mi erección.

La primera en varias semanas. Me vino a la cabeza la vez que volví del Sidecar y me choqué con el bidé y descolgué la cortina de la ducha de un tirón y me acordé de Ángela y me la casqué en el váter y me vi de refilón en el espejo y aparté la mirada y me acabaron bastando dos dedos y el semen no me llegó ni a los nudillos y me pregunté cómo sería colarse por un váter y circular por el entramado de cañerías de una ciudad tan grande. Volví a los hoyuelos de la Siniestra. Las chanclas. Ahí venía. No conseguí recuperar la erección suprema, pero me corrí. Más alivio que placer. Me limpié el dorso de la mano en los pelos del muslo. La pantalla del móvil fundió a negro. Vi

mi reflejo desde abajo. ¿Se podía tener papada pesando menos de 60 kilos? Las ojeras hasta la nariz. La mata de pelo grasiento, los mechones por debajo de los ojos, formando una costra hueca con la piel. Pensé en fumarme un porro. Me quedé dormido.

Por la mañana, Alejandro y ella me esperaban en el sofá. «Vasilis se tuvo que ir», dijo él. Asentí. ¿Qué coño me importaba a mí? «Hice café», siguió, y señaló la esquina de la cocina. Me serví una taza. Fui al sofá grande. La Siniestra se sonó los mocos, se levantó y se sentó en el otro, junto a Alejandro. Tenía la nariz roja. Me evitaba la mirada. Cruzó las piernas sobre el cojín. Di un trago. Delicioso alquitrán, pensé. Alejandro se clavó los codos en las rodillas y apoyó la cabeza entre las manos. «Entonces, ¿qué fue lo de ayer?», dijo. «¿Qué pasó?», respondí con acento Lendoiro. Me miró y bajó los párpados con condescendencia. Di otro trago. «A ver», dijo la Siniestra, y se volvió a sonar los mocos. Dijo que yo le hacía señas desde el principio. «¿Señas?», pregunté. «Sí, señas —asintió sin mirarme—. Miradas, comentarios… señas». Señas. No nos habíamos mirado en tres meses. Alejandro se estiró en el sofá. Resopló. Dejé la taza en la mesa. «Yo me metí en su habitación, sí, pero no estoy loca», se le cerró la garganta. Le temblaba el labio. Alejandro se acercó. Le pasó el brazo por la espalda. «¿Anoche?», pregunté. Sí. Contó que llegué hecho un trueno. Que nos saludamos. Que subí las escaleras a gatas. Que se me bajaban los pantalones. Que me oyó vomitar. Que subió para ver si estaba bien. Que mi puerta estaba abierta y entró y se sentó en el borde de mi cama y yo la abracé y me besó el cuello y me desperté y la mandé a tomar por culo. El temblor del labio se le intensificó. Soltó un suspiro ahogado. Le cayeron lagrimones a ambos lados de la cara. «Lo siento muchísimo», dije. No supe qué añadir. Dudaba, ya digo, de que aquello hubiera pasado. ¿De dónde venían los chancletazos, entonces? ¿Ella furibunda después de mi desaire? Podría ser, pero no tenía sentido que yo me despertase y me cascase una paja medio rato después. No tenía sentido, ¿no? «Lo siento muchísimo», repetí. Ella asintió. Di por sentado que, de pasar, no había pasado nada más. No me atreví a preguntar. Lo habría dicho, ¿no? «¿Y entonces qué, Raquel, eso fue todo?». No había manera de preguntarlo sin ofenderla. Pero, después de todo, ¿tan grave era

que la mandase a tomar por culo? ¿A quién no lo han mandado a tomar por culo? Eso tampoco supe cómo decirlo. «No puedo seguir así», dijo, estirando el pañuelo reseco sobre la rodilla. Eso sí lo entendía. «¿Y qué vas a hacer?», pregunté.

Ahí sí me miró. «¿Qué voy a hacer yo?», se señaló el esternón. Alejandro arrastró el culo al borde del sofá. Lo imité. Sujeté la taza entre las dos manos. «Hemos pensado —dijo—, que lo mejor es que Raquel se quede en el piso». Di un trago. El café se había congelado. Me froté los labios. Asentí. «Me parece bien, ningún problema por mi parte», dije. Tragó aire por la nariz y ladeó la cabeza. «Ella se queda porque tú te vas, Santini». Ah, pijo, que me largaban. Me escurrí entre los cojines. «Es que…», empezó ella. «A Raquel le va bien —la interrumpió—. Tiene su trabajo, sus amigos, no da problemas… y a ti…». «A mí no me va bien, no», dije, y se me escapó una risotada. Se frotó los muslos. Levantó los hombros. La Siniestra volvió a estirarse el pañuelo en la rodilla. «Creemos que es lo mejor para todos, Vasilis está de acuerdo», concluyó Alejandro. Puto Vasilis. Apuré el café. Subí a mi habitación e hice la maleta. Mi equipaje se reducía dos o tres puñados en cada mudanza. Oí pasos. Alejandro se apoyó en el quicio de la puerta. Dijo: «No hace falta que te vayas hoy, puedes buscar algo… irte mañana, ¿sabes?». «Sé», respondí. Arrugó el morro, agachó la cabeza y volvió abajo. Oí chancletazos amortiguados.

Le di pocas vueltas. Cogí el metro a la estación de Sants. Salía un Talgo hasta Murcia a las 16:10. 78 euros. Compré el billete. El Talgo El Carmen–Sants es el pilar sobre el que se cimenta la identidad murciana en Cataluña. Yo sabía que era eterno, pero nunca había vuelto. Me perdía cuando alguien de Molina o Santomera me hablaba del Dragon Khan emocional que conllevaba. Los abuelos subiendo a construir raíles. El tomate restregao. La hospitalidad fría y en fascículos que reina en los sitios con perras. El cambio de vía interminable en Orihuela. La última media hora. Murcianos histéricos y reventados bajando maletas y caminando por el pasillo. Una noche conocí a uno de Nonduermas. Curraba de camarero en un bar de Joaquim Costa. Al lado de la Casa de Galicia. «Lo guapo de que nadie sepa qué es Murcia es que puedes construirlo tú —me dijo, colocándose

mechones de pelo tras las orejas—, ¡es un folio en blanco!». Y era verdad, pero a mí me faltaban elementos. Me rugieron las tripas. Me dormí. Me desperté a la altura de Valencia con el cuello quebrado. Me moría de hambre. Meé. Gases improductivos. Los nervios, me dije. Me faltaban elementos.

Uno tendría que saber un mínimo de dónde pijo era para rellenar ese folio en blanco. Llegué con ese tole tole a la magna capital del Segura. Una bocanada de bochorno me rodeó el cuerpo en el andén. Crucé la carretera. Entré en un bar con un letrero de Coca-Cola. En una esquina, tres viejos golpeaban la mesa de contrachapado con fichas de dominó. «¿Qué quieres, maestro?», oí a mi espalda. Un tipo canoso y con ojos de búho aplastó un cigarro y pasó a mi lado. Pasó por debajo de la barra. «Magra con tomate, marchando», dijo, y se limpió las manos en los laterales del pantalón negro. Me acercó una cesta de mimbre con pan. Miré afuera. Un gigantón y un zagal atravesaban la calle cogidos de la mano. Llevaban tambores. «No han empezado las procesiones y ya estoy hasta la punta el pijo», me dijo el camarero mientras colocaba en la chapa mi plato. El pimiento verde relucía. De los bordes de la carne sobresalían charcos de aceite. «¿Algo más?», preguntó. Negué con la cabeza. Levantó el pulgar. Salió de la barra. Apoyó un costado en el cristal de la puerta. Se encendió un cigarro.

Arranqué un trozo de pan y lo unté en uno de los montículos de tomate cuarteado. «Y mañana Domingo de Ramos —rezongó el camarero—. Tanta tontuna y tanto capullo». Tenía la vista clavada en la fachada de la estación. Los tropezones de tomate duro se me fueron a las encías. Me tragué la miga. Dura como el mármol. Se me apaciguaron las tripas. Los viejos arrastraron las sillas y se levantaron. «Ale», dijo el último. Levanté la barbilla. «Ale», respondió el camarero. Hice cuentas. Me quedaban 237,29. Puto Talgo. Me maldije por no buscar un Blablacar. Podría tirar si encontraba rápido un zulo de estudiantes. Pinché un trozo de magra. Un hilo de aceite se desparramó cuando lo levanté con el tenedor. Sacudí la carne en el borde del plato. «Y enseguida, lunes santo, martes santo, miércoles santo y sus muertos pisaos. Estás ya reventao de Semana Santa y entonces te llegan el Jueves Santo y el Viernes Santo. Que sabes que vas a descansar, ¿eh? Sus muertos

vas a descansar». La columna de humo casi le llegaba a los dedos. «Y luego, las Fiestas de Primavera», tercié. Salió de su ensimismamiento. «Calla, calla, calla —me miró y derribó el humo con el índice—. Las barracas y su puta madre. La gente haciendo dos horas de cola pa comerse una mierda de morcilla fría. La gente…». Me fundí el plato. Me limpié el morro con una servilleta y bajé del taburete. Dejé dos euros sobre la chapa. El camarero, que miraba de reojo, asintió. «Buenísimo», le dije al pasar por su lado. Volvió a asentir: «Aquí es que tenemos una manía: hacer las cosas bien».

Caminé en dirección al río. El traqueteo de la maleta se me subía hasta el hombro. Daba gusto. Una corriente de brisa meneó con disimulo las masas bajas de bochorno. Me adelantó un grupo de adolescentes. «¿El Carloh? —dijo uno—. Ese es más tonto que andar pa atrás». El olor a azahar se me coló por la nariz. Eructé. Se me quedó en la boca el sabor aceitoso del pimiento. No era solo el hambre. Me moría por meterme hasta el cuello en la murciandad. Significase aquello lo que significase. «Murciandad», me dije, he aquí una palabra que jamás pronunciaría en voz alta. ¿Qué era la murciandad? Eran esos zagales con el corazón en la boca, trotando hasta las gradas para chisparse. ¿Se seguirían chispando los zagales en las gradas? La murciandad era aquella adolescente con turbante y sobrepeso que le pedía un cruasán a su madre al pasar por la puerta de La Consuegra. La madre ladeando la cabeza, sabiendo que es mejor no decir nada. El azahar. Un pastor alemán galopando en pleno Infante. Un tipo con gafas y pantalón corto detrás, a sus buenos 15 metros y subiendo, gritando «¡Estrella, ven, Estrella, chica!». Crucé el río a la altura de Vistabella. Pasé por la puerta del Reina Sofía. Un tipo cojo y arrugado me pidió dinero. Me giré unos metros por delante. Una mujer en pijama blanco sanitario salió del hospital. Llevaba el pelo negro y rizado recogido en un moño. Se acercó al cojo. Hablaron. Ella se sacó del bolsillo una mandarina, una pera y lo que pareció una lata de atún. Él agachó la cabeza. Doblé la esquina al borde de las lágrimas. ¡La murciandad, Dios del cielo! Atravesé Obispo Frutos. La plaza de toros seguía en su sitio. En la valla, carteles de conciertos de Pablo Alborán y George Michael. George Michael en Murcia, Virgen de la Fuensanta, ¡qué sitio!

Llegué a las tascas, los 500 metros cuadrados que concentraban a los bares supuestamente alternativos. Cuando me fui, «alternativo» quería decir que no sonaba reguetón. Supuse que ahora significaría que no sonaba trap. Doblé por una esquina acolchada con kebabs. La pelotera de gente taponaba la calle. Bebían, reían, fumaban, algunos saltaban. Otros se liaban. Se me acercó un gigante con el pelo largo, rizado y canoso. Cojeaba. A cada paso se le meneaba el pañuelo púrpura que le colgaba del cuello. Iría asado. Me señaló. 14 o 15 anillos. Parecía el hermano bonachón y yeyé de Tony Iommi. «¿Qué te falta, Bigotes?». Me rodeó la espalda con un brazo y me extendió la otra mano. Nos saludamos. «¿Qué dices, Bigotes? Creo que no te conozco, yo soy el Reverendo Vinny». «Santini», dije. Asintió. En los ojos negros y en el trozo de sonrisa que no le escondía el bigotazo se adivinaba a un zagal que dos mil años antes había, yo qué sé, volcado una furgoneta en una acequia. «Hoy estamos de despedida, de *selebrasión*. Cerramos el bar. ¡Eh —gritó, y levantó una mano y todos los saltantes, bebientes, liantes y sonrientes miraron— que no le falte de na a mi compadre!». Agachó la cabeza y soltó una carcajada. «Voy pa dentro, que me toca», dijo. Lo vi abrirse paso y entrar al bar. Sobre la puerta, un toldo lucía la palabra «Trémolo» en letras rojas. La tipografía del CBGB. ¡Qué sitio! Sorteé a dos bailarines. Otro se tropezó con mi maleta. Le pedí disculpas. Una Siouxsie Sioux me saludó con la barbilla. Abrí la puerta. Luz azul. Haces naranjas y verdes en las paredes. Distinguí las portadas del *Forever Changes* y del *Odyssey & Oracle*. El garito tenía forma de L. Un extremo del palo, llegando a la base, albergaba la barra de madera. Vi al Reverendo en la cabina del dj, pegada a la pared. Meneaba la cabeza al lado de uno que parecía su versión manejable. Me pegué a la pared. Avancé de lado. Sonó una canción cabaretera, francesa, bilirrubinesca. Venga trompetas y contrabajos. Las cabezas se menearon. Llegué a la barra. Levanté el dedo. Me atendió uno con camiseta de los Damned metida por dentro de los vaqueros. Repasé las caras. No me sonaba nadie. ¿Dónde se metía esa gente de lunes a viernes? ¿A qué conciertos iba? ¿Por qué no los conocía?

Una mano me tocó el hombro. Me giré. «¡Acho, el Santini!». ¡Me conocían! Dos besos. Yo también la conocí. La Penitente. Una compañera de

clase. Metro noventa y cinco de lorquina. Hablaríamos ocho segundos en el tiempo que aguanté en la universidad. La acompañé a fumar. Dio instrucciones al de la camiseta de los Damned para que me guardara la maleta. Nos apoyamos en la pared del edificio de enfrente. A la Penitente no le iba aquel rollo. «De primeras —dijo—, ahora sí. Conozco a la gente». Levantó los hombros. Curraba de maestra en el colegio de Vistabella. Lengua y literatura. «El periodismo, pal que lo quiera, panda de machirulos explotadores hijos de puta», dijo. Los labios, la nariz y los ojos se le concentraron en el centro de la cara. Sopló. Volvió a la afabilidad. Allí conoció a su ex, al que le gustaba «el rollo Trémolo». Noté cómo el agujero del estómago me menguaba. El rollo Trémolo. Qué bien sonaba, cuánto me habría gustado formar parte. Y cerraba esa noche. El Reverendo manejable era el dueño. «Se ha cansado de proveedores, de borrachos y de tontunas —explicó la Penitente— y yo lo entiendo». Yo también le conté lo mío. Abría los ojos desde la frente hasta la base de la nariz. Asentía muy rápido. Chasqueó con lo que le conté del Episodio Siniestra. Salió el Reverendo. Me pasó un porro que parecía un freno de mano. Le di una calada. Y me fundí.

Una botella se reventó contra el suelo. Desperté. «Esa te la apunto, Bigotes», dijo alguien a mi lado. Me incorporé. La cabeza me daba vueltas. El sol entraba por los agujeros elípticos de la persiana veneciana. Iluminaba el suelo de la mitad del salón. Suelo blanco con incrustaciones de piedras de otros colores. Eso tiene un nombre, pensé. Me dolía el cuello. La Penitente bajó los pies de la mesa, decorada con litros vacíos y una bolsa de Cheetos Pandilla. Me extendió una lata de Steinburg. «¿Quieres?», dijo. Negué con la cabeza. Se oyó el descorrimiento de un pestillo. El de la camiseta de los Damned salió del baño. Me saludó con la cabeza. Sonrió. Menudo carisma. «Luego te llamo», le dijo a ella. Le guiñó un ojo. Se largó. Me miré las puntas de las zapatillas. La goma de las suelas se había despegado. «No, no es mi novio», dijo la Penitente. Le vi la cara entre la nube de humo. El pelo rizado y castaño le caía en dos cortinas desde el centro de la frente. Cara para afilar cuchillos. Ojeras de un dedo. Guapa y triste. «Yo ya no estoy para esas juguescas», dijo, y soltó la ceniza del cigarro en una lata con el borde renegrido. «¿Qué juguescas?», pregunté. Se levantó y tiró de la cuerda de

una persiana al fondo del salón, pegada a lo que supuse una habitación. Caminaba con las rodillas hacia dentro. Se le veían los tobillos. Pajizos perdidos. «Los novios, los besos, el folleteo… es tarde para todo eso, Bigotes. Ya no somos tan jóvenes». Me subió una corriente de calor por la columna. ¿Ya es tarde para qué? ¿Cuándo hemos dejado de ser jóvenes? Me limité a observar la exigua decoración del piso. Una hilera de cajas flanqueaba cada pared. Sobre la tele, frente al sofá, unas cartulinas atadas con hilo marrón rezaban *Flicidades*. «Cierran hasta nuestros bares favoritos… es tarde». ¿Hasta? ¿Qué más han cerrado, demontre? ¿Es tarde para qué?, quise gritarle. Levantarme y zarandearla. Se hizo de noche. Se apoyó en el asa de mi maleta. Me dijo que me podía quedar en su sofá unos días si no daba por culo. «Por culo no», le dije. Se rio levantando los hombros y llevando las comisuras a las orejas. Como si no supiera que para reírse no hace falta tanto trajín.

Pronto supe por dónde iba. Nos reuníamos por la noche en el salón. Ladrábamos nuestro día. No había diálogo, solo exposición de hechos y sensaciones. Cada lunes decía que iba a cuidarse. Se jalaba una ensalada con pasta del Mercadona. El martes volvía al arroz. El miércoles, a la pasta rápida. Yo sobreviví un año con las clases particulares. Tuve tres alumnos. Los dos primeros respondían al mismo esquema: padres que se forraron con la burbuja inmobiliaria y ahora sustentaban su posición social en que las madres no trabajasen, en que la barandilla de la escalera reluciese y en que su hijo menor, no-tonto-sino-que-tiene-otros-tiempos, carpeta y chándal del Madrid, recibiese docencia en casa. «El crío necesita más horas», le decía yo a las madres cuando me preguntaban. «O aprovecharlas mejor», respondían, casi al unísono. No conseguí rascar más de cuatro ratos semanales bajo aquellos porches rococós. El tercero sí era listo. Listo y ruso. Vivía en Puente Tocinos. Al padre se ve que le seguía yendo bien, sin burbuja y sin nada. Nunca preguntaron.

Luego me contrataron en el periódico. Llevaba una funda con mi currículum en la mochila. Que qué currículum. Arranqué con la trola de que tenía el carné de carretillero y al poco estaba buscando en Google cómo se escribe Stanford. Cada seis meses o así dejaba una copia en la redacción.

Me pillaba de camino a la vuelta de uno de los zoquetes. Un edificio acristalado. Verde, espejeado. Al borde de la autovía. Un letrero rojo en el vértice de dos columnas grises. *La Región*. Me abrió la puerta un barbas que salía cagándose en los muertos de un tal Jiménez. Un negrero, por lo visto. «¡Periodismo!», me gritaban las tripas. El de cultura. Lo acababan de echar. No había nadie en recepción. Subí unas escaleras de mármol y me encontré a un tipo canoso y jadeante. «¿Y tú qué quieres?», me dijo. «Un trabajo», contesté, y me encogí de hombros. Se rio como la gente que luego tiene cáncer de pulmón. Me contó que el periódico tenía pérdidas. Que era el momento de «sudar periodismo». Yo me subí las mangas de la camisa y todo. Luego me enteré de que *La Región* formaba parte de Imprenta Española, el grupo editorial con más periódicos de aquí a Francia. El edificio pertenecía a Ricard Segura, propietario de Imprenta Española. Segura cobraba un alquiler «de muchos ceros» al periódico. A su propio periódico. La deuda de *La Región* se solventaría largándose de allí y buscando una cochera espaciosa en la periferia. Pero no. Jiménez se vanagloriaba de que la rotonda de al lado dejó de llamarse Plaza Avenida de Murcia para llamarse Plaza La Región. Era un punto de encuentro para Blablacar. Y poco más. «Da imagen», decía Jiménez. Es un resumen de lo que me encontré allí.

El resumen de lo que se encontraron ellos conmigo también es rápido. Resulta que un rico de Torreagüera abrió una tienda de especias. Al final de la calle Correos. De gusto, se llamaba. Me mandaron a escribir algo. «Un reportaje, ¿no?», le pregunté a Jiménez. «Algo», respondió. El rico de Torreagüera decoró el escaparate con seis pirámides de especias exóticas. Resulta que la madre del de Torreagüera había muerto hacía nada. «Una larga enfermedad», dijo. Él vio que la vida son dos días y aprovechó la herencia para cumplir su sueño. «Este no se come los turrones», le dije al fotógrafo. Bien.

Tres años después me largaron a mí del periódico. «Hay pérdidas», me dijo el negrero hijo de puta de Jiménez. De vuelta a mi piso de Vistabella pasé por la calle Correos. Había una fiesta en De gusto. Le acababan de dar un premio. Establecimiento Más Innovador en los Premios Europeos de las

Pymes. O Premios de las Pymes Europeas, no recuerdo. Por lo demás, aprendí a descifrar las palabras de un jefe borracho cuando se te caía una entrevista un sábado a las diez de la noche y llamabas, pidiendo ayuda. Aprendí a trabajar 19 días seguidos. A disculpar al crítico de música cuando te llamaba el domingo a mediodía con voz subterránea diciendo que no había crónica de Raphael, que le sentó algo mal. «Seguramente, la ensaladilla rusa de la Plaza de las Flores», decía.

Curraba de sábado a miércoles. Los sábados salía de allí como los toros de toriles. Me bebía tres o cuatro en diez minutos. Me cruzaba con La Penitente. «Ya no vienes a verme», me decía. Era verdad. Ya apenas buscaba a la gente del Trémolo. Atravesé el centro a diario. Del derecho y del revés. Hasta con una gorra de la Federación Argentina que encontré en mi piso. Nada. En el local cascaron un garito de latineo. Trinidad 12, le pusieron. Letras azules sobre fondo blanco que hacían pensar en Mojácar. También fui. Pedí a los 13 Floor Elevators, a los Negativos. Hice un ruido ridículo por si acaso alguien, algún Trémolo, miraba. Nada. Nunca. Descubrí que en el edificio de al lado no cerraban la puerta. Una noche me colé. Pulsé el 7 en el ascensor. Subí los escalones del último piso de dos en dos. Llegué a una azotea. A un lado se veía la calle Sociedad. Puntos con patas de aquí para allá. Los del kebab. Al otro, la catedral. Farolas. La Fuensanta al fondo. El aire me levantó el flequillo. Un gato negro desfiló por la cornisa. Me dieron ganas de mear. ¿Y si la noche del cierre del Trémolo tampoco sucedió? No había pruebas. A la Penitente me la pude cruzar en cualquier sitio. En la fachada marrón de un bar anodino, con la voz de Lenny Kravitz escapando por debajo de la puerta. Asomé la cabeza. A ese lado, el edificio daba a las partes traseras de varios bares y restaurantes. Transformadores. Cubos de basuras. Más gatos. Recordé al protagonista de *La peste*, de Kane. Un alto que tenía dos manías: meter los pies en el agua si se encontraba con un río y mear desde una terraza al largarse de un sitio. Decía que era simbólico. Me puse de puntillas y me saqué la chorra. La coloqué en el poyete blanco. Se me encogió al contacto con el hormigón helado. No me salía. Pensé en chorros. Se me cargaron los gemelos. Apoyé los pies. Me la guardé. Al poco,

noté cómo brotaban unas cuantas gotas. Ni chorro, se le podía llamar. La tela mojada me humedeció los muslos.

También parecía tarde para mí. ¿Tarde para qué? Tampoco sabría decir. Nunca supe si me faltaba capacidad de concreción o que allí no hacía falta concretar. Que era tarde para todo. «Tarde para todo», me dije, he aquí otro sintagma que tampoco se puede decir en voz alta. Ridículo. Tarde para casi todo, lo mismo, pero ¿para todo? Ese rollo de *tarde para todo* es algo que le pasa a la gente que se saca la chorra en una azotea y consigue trazar una bella espiral de orín.

En esa época me dio por escribir. Seguí dándole candela a los libros de Kane. Entendí, o creí entender, que no era imposible llegar ahí. Que había algo honorable, incluso. No contar tu vida, ni siquiera contar el amasijo de medias certezas y dudas mastodónticas con que iba por ahí, me tiraba lo de convertir tu vida en algo. Ver las cosas desde un sitio. Eso es lo que hacían los escritores, pensaba yo, fueran buenos o malos. Se llamasen Stephen King, se autoeditaran o fueran a talleres Fuentetaja a los dos meses de jubilarse. Kane también decía que escribiendo se enteraba uno de lo que pensaba. Que las cosas se ordenaban. Y no sé si se ordenaban o se giraban sobre sí mismas como macarrones en una olla, pero algo pasaba. Pronto vi que necesitaba una legitimación. Por mucho que tuviese claro que escribir bien era un objetivo en sí mismo —*el* objetivo, qué pijo—, solo se cerraba el círculo si se publicaba. Me comí cuatro mierdas.

Luego ardió la lavadora de mi piso de Vistabella. Los bomberos del Infante cruzaron un autobús en mi calle. Subieron 15 o 20. Yo no merecía tanto despliegue. Que ardiera la casa, copón bendito. Firmé unos papeles. Se largaron. Llegaron con un piso en llamas y se fueron con uno inundado. Fui a por la fregona. Sonó mi móvil. Era mi hermana.

Fuente Librilla. Mediodía del 31

Después de correr me duché y llamé a Sara. Le pareció raro. Contesté como mi madre.

—¿Sí?

—Soy yo. Ah, no, no pasa na.

Antes de salir de casa me metí en mi cuenta bancaria. Nada. Ni paro, ni capullos. ¿Es que lo había agotado? Na, imposible. ¿Y si nunca me dieron de alta en el periódico? No, no. Vi los papeles. Los firmé. Me llegó el SMS de la Seguridad Social. Estaría al caer. Fuimos a los bancales de don Sixto. Salió el sol. Me dio en la cara. Sentí que había pasado un lustro desde la última vez. Tuve que cerrar los ojos.

—¿Es que vas a estornudar, Bigotes? —dijo.

—¿Eh?

En su presencia se me atrancaba lo único que me funcionaba a mí: la conexión cerebro-lengua, baluarte de supervivencia de los cuerpoescombro desde la primera vez que salimos al patio de un colegio. Ella la soltaba. Yo contestaba rápido pero mal, torpe. Como un vulgar protozoo. Luego rumiaba y llegaba a una respuesta más o menos solvente. Nunca a la correcta. Opté por cerrar la boca. Creo que ella lo agradecía. Me habló de sus exámenes. Tenía 15 o 20 en un mes. Yo no sé. La tenía clara: terminaría y se iría a Valencia a estudiar un máster de ayuda comunitaria. Luego, volvería.

—Ayuda comunitaria suena a África —dije.

Montaría una historia en el pueblo. Quería ayudar a los zagales que empiezan con los granos y las pajas y enseguida son cocainómanos. Conocía a los proveedores.

—Esos son peces gordos —dije, y, lo juro, quise ahogarme con mi propia saliva.

Me miró de reojo. Se llevó un mechón detrás de la oreja y asintió. La luz le encumbraba la nariz y dejaba ensombrecida la boca y el cuello. Una señora nariz, eh. De fumarse un puro bajo la ducha. Quedaba poca cuesta. Nuestros nudillos se rozaron. Se me calentó la mano entera. El brazo, el hombro, Señor, el pecho entero.

—Si veo que pita, iré al Ayuntamiento.

Clarísima la tenía: me contó que «con la que está cayendo», el Ayuntamiento de Mula en la vida montaría un centro como el suyo, pero lo apoyaría si veía que funcionaba. Soltaría viruta.

—Colaboración público-privada —dijo—, en el norte es habitual.

Yo asentí y miré al sol para quedarme ciego. Atravesamos el puente. Se oyó el motor de un tractor. Me subí la cremallera de la cazadora. Cogimos el camino que llevaba a los Lobos.

—¿Y tú? —dijo.

—¿Yo?

Sonrió. La punta de la nariz colorada, los ojos brillantes de tanto frío. Asintió. Me encogí de hombros.

—Yo na.

Me rodeó el brazo y posó la mejilla en mi hombro. Me temblaron las piernas. Abrí la boca para coger mucho aire.

—Venga… —dijo.

Llegamos al agujero del Millonario. Me detuve. Se detuvo. Le conté mi excursión por las casas de Sixto. Mi trajín con eso de un lugar desde el que mirar, la escritura, unos zapatos con los que funcionar por ahí. Levanté las cejas. Sonrió. Lo vi. Se colocó una mano de visera. Oteó. ¿Qué pijo veía ella en el vertedero? Le conté que seguía sin entender su marcha.

—Igual no hay nada que entender…

—Algo habrá, pijo —respondí—. Que entender. Digo que algo habrá que entender…

Clavé un pie en la valla y escalé. Los hierros temblaron cuando me senté en la cúspide. Pasé la otra pierna. Salté. Sara repitió la maniobra. Le tendí la mano antes de que saltara. Meneó la cabeza. ¿A qué ayuda una mano en el

proceso de descender de una verja? Nadie lo sabe. Se sacudió el robín de las perneras. Nos acercamos al rectángulo cavado.

—Hijo de puta… —dijo.

Caminamos por el borde. Daba igual la perspectiva.

—Esto a 600 metros del pueblo, ¿sabes? —siguió—. Lo llena, lo remueve y venga mierda pal pueblo. Y luego se te morirá la gente de cánceres, de historias, y nadie mirará aquí.

De las paredes del agujero asomaban raíces secas. Al fondo había piedras, hierbajos, cuatro tubos de plástico rojo rajados. Algo que parecía un gorrión.

—¿Quién cava esto para dejarlo así? —dije.

—Quien puede.

Se puso de cuclillas. Tiró de un tallo seco y le fue arrancando porciones que lanzaba al agujero. Una Partner granate encaró la recta entre nubes de polvo. Iba rápido. Me puse de cuclillas. Tiré un par de piedras al boquete. Se me cargaron los muslos. Me incorporé. La melena de Sara temblaba con la brisa. La Partner redujo poco antes del tramo de valla que rodeaba el vertedero. Distinguí una figura cuadrada. Ni idea. Volvió a acelerar en el siguiente bancal. Sara tragó aire y se puso de pie. Saltamos la valla. Volvimos al camino. Llegamos al puente.

—¿Sabes quién es Dayo Kane? —me dio por decir.

Levantó la barbilla, guiñó un ojo por el sol. Negó a dos por hora. Le hablé de cuando salía a la calle con un libro suyo bajo el brazo, que parecía que iba a casar a alguien. Seseó entre dientes. Hay gente que se ríe así. Me miró con los labios apretados. Quizá le pasara algo en los dientes inferiores. O un simple paluego. Quién fuera paluego, Señor. Lo entendí como una invitación a continuar. Le conté la vez que estaba sentado en el murete de la plaza de Europa con mi libro y mi lata, que lo mismo era para darme dos pares de guantazos, y llegaron dos policías. Lancé la Steinburg a un macetero municipal. Los agentes del orden subieron las escaleras y se me acercaron con las manos en la hebilla del cinturón. Documentación, ahí tiene. Nada, agentes, ¿es que no se puede leer al fresco en una plaza? Claro, agente, tome el libro. Está guapo, ¿eh? No me mire así, agente. Era una consideración,

¿cómo una amenaza? ¿Quién amenaza con un libro? Gire, gire el lomo y verá la portada. «Las pesadillas de… Crevillente», leyó el otro. Eso es, *Las pesadillas de Canterville*. ¡Buen servicio, agentes! Sara ahogó una carcajada y miró al otro lado. ¿Había provocado yo eso, Señor? Se me calentó la lengua. Le conté que a los agentes del orden les desconcertaba que se les desease buen servicio, que una vez se lo grité desde la terraza de un piso en calzoncillos, en calzoncillos yo, no el piso, y los agentes miraron hacia arriba con las manos en la hebilla, que qué capullo tendrán las hebillas esas, que… que alguien me parase, Dios del cielo. Menos mal que nos cruzamos con la Salvadora.

—¿Quéééé? —dijo Sara.

—Na, funcionando, ¡anda con Dios!

Rozamos los nudillos a la altura de la esquina del Llano. Junto al contenedor. Nos miramos. Sentí un rampazo en las manos y en el cuello. De mandíbula para arriba. Ella congeló una media sonrisa. Los agujeros de la nariz le palpitaban. No sé si acercamos las cabezas o solo yo acerqué la mía. Se descorrió un pestillo. Una vieja de luto salió a la acera con escoba y recogedor. Sara me separó con las palmas de las manos. La vieja, la Raspera, levantó la cabeza y saludó. Se lo devolvimos. Me rasqué el pescuezo. Sara reemprendió la marcha. La seguí. Caminamos en paralelo. En silencio, quitando el croar de las suelas de mis zapatillas. Noté el corazón volviendo a su sitio. Miré a la sierra. Agradecí el aire en la cara. Plantando el pie en lugar de flexionarlo al pisar, el ruido desaparecía. Parecía un pato.

—Bueno, adiós —dijo Sara a la altura de nuestras casas.

Levantó la palma y escondió los dedos en la escalera. Levanté la mía. Subí. Cerró su puerta de un manotazo. La madera tembló. A lo lejos se oyó una scooter. Qué poco quedaba para la Gran Venganza.

Fuente Librilla. Tarde del 31

Me estaba quedando frito en el sofá cuando mi hermano se cagó en Dios.

—¡Se lesiona el hijoputa en plena Navidad, yo no me lo creo! ¡Yo, lo que es yo —se clavó cuatro dedos en el esternón y me miró, los ojos rodeados de venas hinchadas— no me lo creo!

Marcelo. Rotura fibrilar. Dos semanas.

—Rotura fibrilar, dice el hijoputa —siguió mi hermano, un par de perdigones de saliva le salieron del hocico—. Ese lo que quiere es pegarse un fiestón allí en Brasil ahora. No me jodas. ¿Qué son, los carnavales?

—¡Navidad, zopenco!

—Ya, hermano, hostias, ¿sabré yo que es Navidad y mañana Año Nuevo? Pero que los carnavales de Brasil tendrán que prepararlos, ¿no? Ensayar y to eso. Vamos, el pifostio ese que montan no se gobierna de un día pa otro.

Me encogí de hombros.

—Tú ya sabes que esto te puede pasar cuando fichas a un futbolista brasileño —razonó, ahogando sus propios humos—. Les gusta la fiesta más que a los burros el boniato, pero son muy buenos.

—Marcelo es buenísimo, Jesús.

—¡Si lo sé, hostias! ¡Si a mí me encanta! Cuando coge la pelota, que dices: «¿Ande capullo vas, Marcelo?». Siempre la lía. Pa mí, de los mejores. Si me encanta, hermano. Una leyenda viviente del Madrid, pero qué cabrón es… ¿tú crees que es una leyenda viviente del Madrid?

—Leyenda viviente como pocas.

—Como pocas, eh.

Devolvió las piernas al sofá. Soltó aire. Sonrió cuando Nico Abad dijo que se vivían «horas bajas en Can Barça». Fui a mear. Al volver, pasé por la habitación y cogí el móvil. Un SMS. Notificación de la Seguridad Social. Baja

tramitada, decía. No sé qué títere me montaron en el periódico, pero cada 15 días me llegaban dos mensajes. En uno me daban de alta. En el otro, de baja. Entré en mi cuenta del banco. ¡Por fin! Mi gloriosa prestación por desempleo. ¡Viva! Mis flamantes 533,35 euros. ¡Hurra! En 600 se me quedaba la fortuna ¡Viva el estado del bienestar! Me senté en el borde del colchón. Miré la pared. El Pakero. Alfredo. Cajero. Me vestí. Le escribí al Petecas. Si me podía pasar los números. ¡El capítulo de Kane! Levanté la tapa del portátil. No lo había impreso. Repasé mentalmente la geografía del pueblo. Ni media papelería. Lo escribí a mano por duplicado. Letra grande, que ocupara aquello tres o cuatro páginas. Luego taché algunas palabras. Rodeé otras. Las relacioné con flechas. Perfecto. Bajé las escaleras de tres en tres. Doblé los folios y me los guardé en el bolsillo. Crucé el pasillo de la Salera, dirección Cajamurcia. La oficina estaba desmantelada. No quedaban ni las venecianas torcidas. En el hueco del cajero había un buen lamparón de cemento. Mierda. La Vinatera cruzaba la plaza de la iglesia. Me acerqué. Una bolsa en una mano, monedero granate en la otra, pan en pinza sobaquera. Le pregunté. Meneó la cabeza hacia atrás. La permanente le dibujó una parábola.

—Eso sí, es del Santander…

Asentí. ¿Qué pasaba con el Santander? Ni lo supe, ni me importó. No estaba yo para discriminar entidades bancarias. Me metí por el callejón de la panadería. Giré la cabeza. La Vinatera me observaba. Me despedí con la barbilla. Hizo lo mismo. ¿Mi futura suegra? En algún momento tendría que perfilar mis modales para con ella. Ahora no. Subí la cuesta. Llegué al parque. Vi el cartel rojo del Santander en un lateral, junto al salón multiusos. Saqué 150 euros. 5 euros de comisión. Sus muertos. Lie los billetes en un canuto. Lo guardé en el bolsillo. Saqué el móvil. Me sudaban las manos. Me las sequé en el pecho. Apoyé el pie en un banco, junto a los columpios. Desbloqueé la pantalla. «Si los busko y t los paso ok?», decía el Petecas. Venga, cabrón. Me senté.

—¡Ese guapetón! —dijo alguien desde la carretera. El Billy Elliot subía la cuesta al trote. Pantalón rojo cortísimo, sudadera, cinta fina en la frente.

Levanté la mano. Observé al Billy perderse por la recta del campo de fútbol. No llevaba mal ritmo. Desbloqueé. Un mensaje. Ahora. «El dl Pakero», dijo. Guardé el contacto. Empecé a escribir. Me citó en El Callejón a la hora del café. «Y hablamos», dijo. Bajé a casa. Comí un trozo de salchicha seca. Arranqué un gurruño del colín que colgaba de una de las barras del asador. Mi madre entró en la cocina. Brazos en jarras.

—Tengo prisa.

—Ya veo —dijo.

Engullí otros dos dedos de masa y corteza chiclosa. Llené un vaso con agua del grifo. Al trago.

—¿Qué vas, con la Sarica?

Negué con la cabeza. Me rodeó la cintura con el brazo.

—Lleva cuidado, hijo mío.

Asentí. Me agarró del brazo.

—Tú habla despacio.

—¿Qué?

—Con la Sarica. Habla despacio. En esta familia vamos a pijo sacao. No da buena imagen. Habla despacio y sonríe, que tienes una sonrisa muy bonica.

—Gracias, mamá.

—Y dile algo del pelo. Que lo lleva bonico. Eso nos gusta a las mujeres.

—Vale.

Llegué a El Callejón a las tres y poco. Nunca he sabido cuál es la hora del café. Tiré de la puerta. Cerrado. A esperar. Apoyé el culo en la pared y me dejé caer hasta el asfalto. Me apoyé en un brazo para retirar con la otra mano el manojo de piedras que se me clavaban en los muslos. El suelo estaba húmedo. Una ráfaga de aire me cortó la cara. Metí la nariz en el cuello de la cazadora. Me saqué los folios del bolsillo y los releí. Era perfecto. Alfred y Pak. ¡Menudos subnormales! Repensé mi estrategia comunicativa. Sacar los billetes y los folios y entregarlos. Adiós, buenas tardes. No digo que fuera un plan perfecto, pero agujeros no se le veían. Era compacto. Duro. A prueba de la charlatanería que se me escapaba cuando había dormido más de seis

horas. Una figura dobló la esquina. Distinguí los andares de oca mazada. Los hombros violando el rozamiento. Jose, el camarero.

—Eh —dijo.

—Eh.

Deshizo la pinza sobaquera y sacó un manojo de llaves de un neceser marrón con letras verdes. ¿Gucci? ¿Chucci? Abrió.

Sacar billetes, entregar billetes, repasé. Sencillo. Apoyé una mano en el asfalto y me levanté. Me sacudí el culo. Salté el peldaño. Olía a friegasuelos. Me bajé la cremallera y doblé la cazadora sobre un taburete. Me senté al lado. Jose encendió las luces de media tarde. Me palpé las llaves de casa en el pantalón. Jose sacó el móvil del neceser. Se remangó. Qué brazos, Señor. Levantó las cejas y la barbilla.

—Un… ¿té?

Subió más la barbilla.

—Un té —repetí.

—¿Qué té?

—Uno… clásico.

—Un té negro.

Asentí. Resopló. Quién le podía culpar. Poder destrozar el 95 % de cráneos de este mundo y tener que currar a las tres y pico, infusionándole un té a un pajizo con bigote. Qué justicia cósmica era esa.

—¡Y un quinto! —dije.

Giró el cuello desde la cafetera y asintió. Eso ya era otra cosa, supongo. Trasteó en el móvil. La voz de Juanes salió de las esquinas. *Me enamora*. ¿Qué tendría esa canción, sus buenos 20 años? Igual era su ritual. Igual uno no destroza el 95 % de cráneos de este mundo, pese a poder, si salpica sus días de ciertas bagatelas venidas a más. Canapés para el corazón. Juanes encajaba ahí. Había algo en él que emanaba paz. Latino guapo con entrecejo. Juguetón sin el guarreo de Chayanne, se desabrochaba la camisa más recordando que invitando. Trabajaba ese mejunje sonoro que te cubre de oro cuando das con la tecla, pero su pasado metalero le concedía cierta credibilidad. En ese sentido, hizo más que nadie para que una mujer mirase a un jevi cuando tocó en directo *Seek and destroy*, de Metallica. Encima,

filántropo: no pasaban tres semanas de ninguna catástrofe sin que apareciera recaudando fondos en pantalones blancos. En fin. Si uno no tenía la manía de darle 20 vueltas a todo, el culto a Juanes era una cosa que acababa llegando. «Canapés para el corazón», me repetí. ¿Se podía ser más pasteloso? Sacar billetes y folios, entregar billetes y folios.

Jose me trajo la taza. Sacó un quinto de la cámara, lo deschapó y le clavó una servilleta negra en la boca. Levanté el sobre del té. Lo dejé caer. Repetí. Saqué el móvil. Desbloqueé la pantalla. El Pakero se había desconectado hacía 13 minutos. Me metí en la web del *As*. Abrían con «Un año de estrellas rutilantes» a cinco columnas. Encima, un montaje con imágenes de Pau Gasol, Rafa Nadal, Fernando Alonso, Casillas, Laia Palau y la de la halterofilia. Arrastré el dedo hacia abajo. Un anuncio de Caixabank ocupó la pantalla. Se quedó en blanco. Jose se crujió los nudillos y se sentó en la esquina. Trasteó su teléfono. Manoseé el canuto de billetes en el bolsillo. Separé la esquina de uno de los billetes con el pulgar y el índice. En su sitio. Jose sorbió mocos desde la nariz. Una buena merienda. Desbloqueé. 15:25. ¿Estaba el Pakero jugando conmigo? Muy posiblemente. No podía quedarme allí, té para arriba y té para abajo, a verlas venir. La jugada me vino sola.

—¿Entonces qué? —dije.

Juanes se difuminó. Le tomó el testigo Loquillo. *Cadillac solitario*.

—¡Siempre quise iiir a ELE Á! —gritó Jose, puño en alto.

—¡Dejar un díííía esta ciudad! —berreé.

Me miró y asintió. No esperaba cimentar nuestra camaradería sobre el asqueroso cancionero de Loquillo, pero uno cae pronto en una guerra si se presenta sin cintura. Levanté el pulgar.

—¡El mejor! —dije. Crucé los brazos en el aire.

Me señaló con la barbilla con cara de no entender.

—El Loco —dije—, ¡el mejor de todos!

—Ah.

Ahí estaba. Jose y yo, camaradas. Saqué la bolsa de té y la dejé al borde del plato. Soplé. Di un trago al quinto. Observé los brazos de mi escudero. Ya

podía caerse el techo, que no me iba a manchar ni el flequillo. Qué gusto. Deslicé el té hasta la esquina. Me senté frente a él.

—¿Sabes que una vez encerró al de Def Con Dos en un baño?

Levantó la cara del móvil. Las cejas en forma de tienda de campaña.

—El Loco —repetí—, en un bar de Barcelona.

—Ah.

Volvió al teléfono. Los marrones, negros y azules de Instagram se le reflejaban en los ojos. La puerta se abrió de golpe. Ahí estaba. Me palpé el canuto. Sacar billetes, entregar billetes. Sería capaz. Jose se levantó. Oí el quejido de un hierro abatible oxidado. Una carretilla.

—Tres y cinco —dijo mi compadre.

El otro no era el Pakero. Respiré. Uno de una distribuidora. Descargó tres cajas de algo y cinco de otro algo. Le di un tiento al té. Derramé media taza al llevármelo a la boca y el resto al devolverla al plato. Se estrecharon las manos. El de la distribuidora cerró la puerta con el pie. Mi Sancho Panza volvió a su dispositivo móvil. Bebí. Me lancé a consolidar nuestros lazos.

—Hay quien dice que es un hijo de puta —dije—. Yo creo que para ser un artista bueno de verdad, tienes que ser un poco hijo de puta. Él lo dice siempre: «Cuando me subo a un escenario soy un asesino». Es verdad que luego a luego, un asesino tiene más códigos que mucha gente que va por ahí de buenecica, ¿sabes? Pero vamos, que es el mejor. Tiene canciones a capazos. Qué pijo canciones, ¡himnos!

Asintió.

—¿*Cadillac solitario* es tu favorita, entonces?

—¿Cómo? —dijo, arrugando la frente.

—Siempre quise iiir a ELE Á…

—Ah, yo qué sé —se encogió de hombros—. Le gusta a mi padre. Es del Loquillo, ¿no?

Asentí. Retiró de la barra el plato con la taza. Pasó la bayeta por el charco de té. Sonó Coldplay. *Viva la vida*. No tuve fuerzas. Bebí.

Coldplay, Señor. A nadie que haya echado dos jornales le puede gustar Coldplay. La puerta se abrió. Me temblaron los brazos. El Pakero aguantó la lámina metálica con el codo. Sacó pecho. Piernas abiertas. Parecía que fuese

a tirar una falta. A su lado apareció una bola humeante y tiznada. Alfredo levantó la barbilla. Jose rodeó la barra y me palmeó el hombro.

—Voy a ver si echo un cigarro.

Claro, camarada. Tira. Sus tres cabezas se saludaron a la altura de la tragaperras. La puerta se cerró. Miré de reojo. Le di vueltas al quinto. Despegué la etiqueta. La volví a fijar con el pulgar. Casi lo tiro. Oí la goma de las suelas. Me llegó a la nariz una mezcla de Axe y sudor de un par de días. El sudor de un par de días me rodeó.

—¿Qué? —dijo Alfredo, y me extendió la mano en la espalda, sentí dedos desde el culo al pescuezo— ¿No han dao las cuatro y ya estás con el bebercio? ¡Capullo en Dios, escritor, cómo aprietas! Luego pasa lo que pasa…

El Pakero se acodó en la barra, a mi derecha. Asintió con los ojos cerrados. El moño le brillaba.

—Luego pasa lo que pasa, sí…

—Tengo el dinero y un primer capítulo del libro —dije.

—Tú tienes el dinero y los folios y yo tengo prisa —dijo Alfredo. Se rio desde la garganta. Me sopló en la oreja.

—¿150, no? —seguí.

—Si las perras son lo de menos, escritor —contestó el Pakero.

—Lo dejamos en 250, venga —supe que a Alfredo se le estaba acumulando la saliva en las comisuras. Me pegó el pecho a la espalda.

—No llevo 250… —Tremendos sacos de mierda. Ojalá pudiera yo reventarlos a guantazos.

El Pakero se irguió. Me agarró del brazo. La cara se le endureció.

—Vamos rápido, que este y yo tenemos que irnos. Las perras son lo de menos, pero son. Me quiero referir a que tú el otro día te reíste de este y de mí…

—Si yo…

Me apretó. Sentí las uñas en el bíceps. La mandíbula se le afiló.

—… y por eso a mí no me vale con las perras. Vas a meternos en tu libro ese del pueblo. Ya te lo dije. A este y a mí.

—Lo tengo ya —saqué los folios del bolsillo y los desdoblé—. Es un primer bosquejo, para que os hagáis una idea…

El Pakero me quitó los folios de las manos. Los giró.

—Un bosquejo —repitió Bola de Sebo con desprecio.

—*Ya era pasada la medianoche cuando…* —leyó el Pakero a dos por hora, se acercó los folios— hostias, Bigotes, vaya mierda letra, no se entiende un capullo… *los dos hermanos salieron de la cabaña y echaron a andar por entre los pinares hasta el caserón de Cequicas.* ¡Hostias el tío Cequicas, qué huevos tienes!

—Es un wéstern crepuscular. Alfred y Pak, vosotros dos, sois dos bandoleros que recorréis España…

—Dos bandoleros, no es mala esa —dijo Pak.

—…pero no robáis por robar, sino por necesidad. Sois nobles y to eso.

—Me cago en Dios —siguió—, el Santini hecho un escritor, ¡con lo que hemos pasado juntos! ¡Nos vemos, crack!

Cogió los folios y se dio la vuelta. Levantó el pecho. Sopló. Se apretó el moño. Abrió los pies. Se le marcaron las venas de los tobillos. Caminó.

—Las perras —dijo Alfredo, agitando la mano.

—No llevo 250…

—¿Cuánto llevas?

Saqué el canuto. Las esquinas de los billetes se habían doblado, de tanto sudar.

—Pues…

Me lo sacó de entre los dedos. Tenía restos de grasa alrededor de las uñas. Los contó moviendo los labios. Bufó. Se los guardó en el bolsillo.

—Me vale —dijo, mirándome el flequillo. Al girarse me clavó el codo en la clavícula. Me tambaleé. Estiré los brazos y me agarré a la barra. El taburete cayó. Rodó unos metros. Él traqueteó la madera con los dedos y emprendió la marcha. Abrió la puerta con el pie. Gordo hijo de puta. No te dará un infarto antes de llegar a tu casa, malnacido. Dios, la Gran Venganza estaba al caer. Se me hacía la boca agua.

Levanté el asiento y apoyé el culo en el borde. Rematé el culo del quinto. Ardía. La puerta se volvió a abrir. Jose saltó al otro lado de la barra y

desencajó un filtro de la cafetera. Me miró. Media sonrisa. Levantó un hombro.

—¿Vas a querer algo más?

Negué con la cabeza. Despegué la etiqueta de Estrella Levante. Reconocí el pianico de Keane. *Everybody´s changing*. Recordé la cara de apio del cantante.

Fuente Librilla. Tarde del 31

Llevaba un rato estrujándome los sesos con la vida y obra de don Sixto cuando oí una voz en el pasillo.

—¿Qué haces?

Mi hermana, apoyada en el quicio de la puerta. Las ojeras se le extendían de una forma extraña. En círculo, en lugar de hacia abajo. Brazos cruzados. Se le notaban las clavículas bajo el jersey blanco.

—¿Cómo vas?

—Pues na —levantó la cabeza y torció el gesto—, que a ver qué hacemos con el cordero.

Alisó la colcha con la mano y se sentó de cara a la pared. Cruzó las piernas. El talón del pie que soportaba todo el peso martilleaba el suelo.

—Estoy escribiendo, Rosario.

—Aquí todos vais a la vuestra.

—¿Ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Ahora toca terapia? No puedo, de verdad. Estoy escribiendo.

Se levantó. Resopló. Cruzó los brazos y levantó la barbilla. Me miró con una mezcla de severidad y cariño. De responsabilidad por ejercer. Adelantó el labio inferior. Si existe una pose de hermana mayor, ahí estaba.

—Me tienes que ayudar.

Bajamos a la cámara del sótano. Giró la palanca de la puerta. Me subí la cremallera de la cazadora. Nos rodeó el olor a sal y carne reseca. Señaló una caja de embutido. Levantó la lámina de papel parafinado. Distinguí la estructura de un cordero. La piel se azulaba desde el lomo hacia las patas. No sabría precisar en qué punto del proceso de descomposición. Rosario volvió a taparlo.

—¿Qué hacemos? —la voz se le quebró.

Fui a abrazarla, pero ahuecó el pecho. La solté. Nos sentamos en las escaleras. Resulta que aquel sería el primer año en que mi padre no matase con sus propias manos el cordero de Nochevieja. No solo cerró la tienda: la nueva normativa para pequeños mataderos imponía unas instalaciones inasumibles para el bolsillo del Ropasuelta. Así que colgó el delantal. Más que por el hecho en sí mismo, la matanza era importante porque rodeaba la cena de un halo de seguridad. El viejo se explayaba sobre el corte y la textura. Hablaba con ligereza. Como si no le costara alcanzar ese grado de satisfacción. Nosotros masticábamos y agradecíamos. La fiesta en paz. Así que Rosario intentó anticiparse a la tragedia. Se lo llevó a Mula, a la Bolarín. Maestros carniceros desde 1925. Imaginé al Ropasuelta echando cuentas. «En 1925 estaba mi padre harto de matar liebres a capones», diría. Mi hermana conocía al Bolarín hijo. Fueron juntos al instituto. Ahora llevaba la tienda. Llegaron sobre las dos. El Bolarín bajó la persiana y los metió a la cámara.

—Y tu padre mirando las cubetas y las vitrinas y poniendo la cara esa que parece que va a echar un lapo. Y venga decir: «¿Es esta la carnicería esa? ¿Es aquí?». Dios —se cubrió la cara con las manos—, es que lo mataba.

Un pitido salió del interior de la cámara. Me levanté y encajé la puerta.

El Bolarín mató al cordero. Lo mantuvo al frío para que mi padre lo despiezase allí mismo. «¿Es que es aquí?», decía el viejo. Rosario pensó que mejor en casa. El Bolarín se encogió de hombros.

—Le habló a tu padre con buenos modales, ¿eh? Entendiendo eso que tiene en la cabeza —se martilleó la sien con el dedo—, hasta le dijo que a ver si un día le enseñaba a atar bien la tripa de la morcilla. Que eso pa un carnicero tiene que ser una deshonra.

—Seguro.

Volvieron al pueblo en el Qashqai de mi hermana. El aire acondicionado a todo lo que daba. Mi padre entre sonriente, harto y congelado. Ella, agobiada. El Ropasuelta descargó el cordero del maletero y lo dejó sobre una pila de cajas blancas. Lo cubrió con papel. Quedaron en arreglar la carne el 31 por la mañana. El plan murió en cuanto mi hermana vio el percal.

Aquello estaba más cerca de la putrefacción que de ser comestible. Igual la cámara no enfriaba como antes, igual el Bolarín se la metió doblada… cualquiera sabía. El viejo no preguntó en todo el día. Pasó. Supongo que veía con buenos ojos que aquello se fuera a la mierda. De alguna manera, confirmaría que las cosas no salían si no era a su manera. Si él no se encargaba de todo. Si no mataba al cordero. Si entre los pliegues de la carne muerta no se notaban sus huellas dactilares.

Rosario se apoyó en el escalón para levantarse. Giró la palanca y destapó la carne.

—¡Y ahora mira! ¿Qué vamos a hacer, Santini?

El labio le volvió a temblar. Resopló. Imagino que en aquella peripecia encontró una ocasión perfecta para ejercer de hermana mayor. De ser la que dispone cuando los padres ya no están para muchos trotes. Y pensaría que la había cagado.

—¿Y la mamá?

—¡La mamá! —salió del frigorífico y cruzó hasta el almacén en tres zancadas.

La seguí. Una luz amarillenta se colaba por el transformador y recortaba su figura. También algunas cajas en el suelo. Miré al fondo. Se percibía más despejado. Como si cupiese más aire. ¿Jesús bajaba cada noche? Me acerqué al interruptor. Se me agarrotaron los brazos. Mejor a oscuras. Pasé el dedo por el plástico rugoso del pulsador. Noté una tira de esparadrapo.

—La mamá va a llorar pase lo que pase, no hay que preocuparse.

Diría que intentó reírse, pero se le escapó un ladrido. Me giré hacia ella. Observé el haz de luz exterior. Podría venir de la casa de Sara. Dios, habría dado cuatro dedos por besarla. Se me apretaron las tripas. Estaría estudiando, trazando líneas perfectas con subrayadores en las últimas, recolocándose mechones de pelo tras las orejas. Se oyeron pasos. El golpe contra el cemento del escalón suelto. Mi hermana se me acercó. Nos separaban cinco metros del pie de la escalera, pero me salió clavarle dos dedos en la espalda para señalarle el camino. Ella nunca bajaba al almacén. Supongo que lo consideraba un fango innecesario. Asumir que, después de todo, pertenecía a aquella familia. Resignarse. O igual ni siquiera pensó en

eso. Igual era su condición de hermana mayor manifestándose. Un mediano subnormal y un pequeño escurridizo subiendo y bajando a por nísperos, perejil, fresas, melocotones, tomates, corderos, bajocas. Parecía más o menos justo. Los pasos se ralentizaron en el último tramo. Se hizo la luz. Distinguí las Paredes grises. Suspiré. Pantalón de algodón gris.

—¿Quéééé? —saludó Jesús. Iba sin camiseta. Una alfombra canosa entre el ombligo y el cuello. El pelo de la cabeza mojado y suelto.

Mi hermana negó con el labio mordido. Le pasé el brazo por la espalda. Resopló.

—¿Ande va Jesucristo? —dije.

Mi hermano chasqueó. Creo que lo hacía para comunicar que entendía, por el contexto, que acababa de ser objeto de una broma. Que la admitía de buena gana.

—Ah, no, no pasa na. Es que me he lavao la cabeza y he oído ruidos. He bajado, por si cualquier cosa.

—Y te has quitado la camiseta por si éramos ladrones, ¿no?

Volvió a chasquear. Mi hermana señaló la carne, cada vez más azul.

—¿Qué hacemos? —dijo. Las cejas le formaron un triángulo en la mitad de la frente.

Jesús bajó los dos últimos escalones de un salto.

—Fácil —dijo—. Fácil.

Fuente Librilla. Noche del 31

Mi madre abrió el cajón y sacó un untador con el mango amarillo. Me lo ofreció. Sonrió. Le vi los empastes. Lo cogí y solté el otro en el fregador. Repelé con la hoja las esquinas del envase de Philadelphia. Lo extendí sobre otro canapé. Le hice hueco. Dejé el plato en la mesa de la cocina. Mi madre tiró de la puerta del horno y espantó el humo a manotazos. Clavó un tenedor en una patata.

—A esto le falta —dijo. Volvió a cerrar.

Mi hermana entró con una caja de uva. La dejó junto a los canapés.

—¿Te vas a poner ya con la uva, nena? —dijo mi madre, levantando las cejas.

—¡Mamá! —respondió Rosario.

Se dieron la espalda. Del salón llegó la voz de El Sueño de Morfeo. Pies arrastrándose. Jesús abrió y asomó la cabeza.

—He puesto el disco de villancicos pop, ¿vale? —se había recogido la melena en un moño que se le escurría a un lado—. Cualquier cosa, me decís.

Cerró. Mi padre bajó del piso al rato. Ya habíamos puesto la mesa. Dos platos de patatas fritas Rubio. Canapés. Paté y queso. Cascaruja. Berberechos y mejillones. Muslitos. Almendra y mojama. Se colocó en un extremo, de espaldas a la tele. Descascaró un pistacho. Levantó el vaso vacío. Jesús apoyó el codo en la estantería de las plantillas y las cordoneras. Apuntó con el mando.

—A ver qué dice la majestad.

Me miró. Ladeó la barbilla con el manojo de sarcasmo que le cabía en el cuerpo. Rosario y mi madre iban y venían de la cocina. Sonó el timbre.

—Nene —dijo mi padre, meneando el vaso.

Felipe VI apareció en la pantalla. Manos sobre rodilla. Las alfombras de siempre. Volvió a sonar el timbre.

—¡Ya va! —dijo mi hermana, y salió al pasillo pasándose un trapo por el hombro.

Jesús cambió el peso de pierna. Apoyó la cara en la palma de la mano.

—A ver si dice algo del padre. Aunque yo creo que no, estos se cuidan entre ellos…

—Nene —repitió mi padre.

—… Santini, ¿es que al rey no le puede pasar nada si roba al Estado? Bueno, él es el jefe del Estado, claro. No puede pasarle nada, ¿no?

—¡Nene!

Saqué de la cámara de debajo de la vitrina del embutido un cartón de Don Simón. Lo levanté por encima de la vitrina.

—¿Este?

—Mismo —respondió mi padre con los hombros levantados.

—¡Hola, hola! ¡Bona nit, familia!

Carles se quitó la bufanda. Estrechó la mano con mi hermano. Se desabotonó la trenca.

—¡Hombre, si tenemos aquí a Juan Gamper! —dijo mi padre.

Extendió la mano. Carles rodeó las sillas. Se abrazaron. El Ropasuelta me miró por encima del hombro del otro. Me guiñó el ojo. Volví junto a mi hermano.

—No le puede pasar nada, ¿no?

—Tiene que decirlo el presidente, creo.

—Ah, claro —subió los ojos—, al ser una democracia tiene que decirlo el presidente, ¿no?

—Creo que sí.

Carles colgó el abrigo y la bufanda en la percha de la pared del pasillo. Volvió frotándose las manos. Fue a ayudar a mi hermana, que llevaba un plato de sepia y otro de gambas.

—¡Quita! —dijo ella, y lo evitó.

Cambio de plano para don Felipe. Turno ahora para los más golpeados por esta crisis que nos azota. Solidaridad.

—Qué hijo de puta es. Qué hijo de puta…

Mi hermano apretó la mandíbula.

—Los catalanes no lo podemos ni ver, ¿ah?

—¡Siéntate, Juan Gamper, capullo! —dijo mi padre, palmeando el respaldo de la silla a su izquierda—. ¡Vente aquí a mi vera! ¿Tú sabías que el fundador del Barcelona fue un falangista?

Carles se pasó las manos por la nuca. Puso los ojos en blanco.

—Bueno —empezó—, los madridistas poco tenéis que hablar de Franco, ¿ah? El equipo del régimen y eso…

—Eso es una tontuna —dije—. El Madrid tuvo al primer presidente exiliado del fútbol español. Tardó seis años en ganar una liga en la dictadura. Su mejor porcentaje de ligas ganadas, de hecho, es el de los años de la República.

—¡Toma, toma! —dijo el viejo, y me señaló con la barbilla.

—Bueno, pero el Barça…

—¿El Barça qué? —dije—. ¿El Barça qué?

Bajó la mirada. Pasó el índice por los lados de uno de los cuadrados rojos del mantel. Sonaron unos violines. El escudo de la Casa Real apareció en la pantalla sobre un fondo azul.

—Anda, hijo —Jesús se enderezó y se sentó a la mesa—, pa eso el año que viene no es menester que salgas. Yo el padre no me acuerdo, pero este paece que solo abre la boca pa decir tontunas, ¿no?

Mi hermana arrastró una silla y se sentó junto a su prometido. Colocó sus cubiertos en paralelo. Movió los vasos. Se ajustó el anillo plateado en el anular derecho.

—¡Venga, mamá, solo faltas tú! —gritó.

—¡Voy, voy, empezar! —se oyó desde la cocina.

Me senté entre mi padre y Jesús. Abrí la lata de Estrella Levante. Mi hermano me pasó su Coca-Cola. Nunca se le dio bien lo de deslizar la punta del dedo bajo la anilla. Asintió cuando se la devolví.

—Pues el fichaje de Di Stéfano, por ejemplo, cuñado, ¿qué me dices de eso?

—Mira, Carlos, yo esto te lo digo porque somos familia…

—… eso es —repitió a dos por hora mi padre—, somos familia…

—… eso por ahí no lo vayas diciendo, porque la gente se va a reír de ti. Cuando puedas, te metes en internet y lo lees bien. En alguna web decente, no te vayas a meter en algún especial del *Sport*, o la mierda del *Mundo Deportivo*, o…

—¡Santini!

Miré a mi hermana. Se le había tensado la cara. La barbilla, estirada, le temblaba. Levanté las manos y agaché la cabeza. Luego miré a Carles. Jugueteaba con la copa, los ojos clavados en el mantel. Se oyeron las suelas de goma de las zapatillas de mi madre.

—¡Venga, vamos! —dijo. Le volví a ver los empastes. Le sonreí. Se sentó junto a Jesús y redistribuyó los platos—. Toma, acércale las gambas a tu padre. ¿Carles, a ti te gusta la sepia?

—¡Me encanta!

Jesús separó los vasos y dejó el plato de gambas frente a mi padre.

—¿Tú sabes lo que pasa, Juan Gamper? —dijo el Ropasuelta—. Que aquí somos del sur y to eso, pero tontos no somos. Nos ganamos la vida con el campo, con los animales… pero sabemos las cosas que han ido pasando…

—Si yo no…

—¡Venga to el mundo a comer! —dijo mi madre.

—Aunque, bueno —El viejo arrancó la molla de un currusco de pan—, algunos en esta mesa se creen que ya no son de aquí. Por lo que sea, ¿sabes? Dejan a su familia igual que si fueran perros, luego se les ocurre y vuelven…

Observé su mano. De zagal pensaba en cómo sería clavarle un tenedor en esa superficie acartonada, salpicada de pelos y pequeñas cicatrices. Me pregunté si ahora tendría la fuerza suficiente para traspasar el pellejo.

—Las gambas están buenas, ¿eh? ¿Quieres, hijo?

Mi hermano asintió.

—Un poco frías ya —contestó Rosario antes de chupar sesos crustáceos.

Jesús me dio un codazo. Lo miré. Se limpiaba las manos en una servilleta. Había adoptado el viejo método de nuestra madre.

—¿Qué pasó con Di Stéfano, hermano? Nunca lo he entendido del todo, no te creas…

Di un trago. Entonces sonaron violines y clarinetes. Más violines. *La cabalgata de las valkirias*. Miramos a la tele. Todos menos mi padre, que le daba la espalda. En la pantalla, un José Mota con puro y sombrero de Bill Kilgore levantaba el pulgar. Sonreía. Unas letras amarillas aparecieron desde abajo y crecieron a la mitad. «Españolipsis Now», decían.

—Españolipsis… —leyó mi hermano— españolipsis, ¡qué cabrón!

Miré a Carles. Arrancaba trozos de pan y se los llevaba a la boca como si fueran hostias divinas. Mi hermana pinchó un trozo de sepia con los bordes tostados y se lo descargó en el plato con el tenedor. Él asintió.

—Madre mía, ¡qué nivelazo este año! —mi hermano agitó la servilleta, espuma por la boca—, ¡va a ser el mejor!

—¡Cállate ya, zopenco! —le escupió mi padre.

Jesús bajó la mirada sin cerrar la boca. Se le pasó en cuanto José Mota apareció en rueda de prensa disfrazado de Zidane.

—¿Quieres otra cerveza, Carlos? —dije, meneando mi bote vacío.

Levantó la cabeza. Asintió con los labios apretados. Salté el escalón y saqué tres botes de Estrella de la cámara. Abrí dos y dejé el otro en el centro de la mesa.

—Se va a calentar —dijo mi madre.

José Mota era ahora C. Tangana. A mi hermano le centelleaban los ojos. Los otros cuatro nos dedicamos a raspar los platos con el cuchillo y el tenedor. Carles dio un trago. Levantó la lata, como si le sorprendiera que en Murcia se pudiera facturar semejante sabor. Asintió. En el siglo que llevaba con mi hermana, el hijo de puta se habría bebido una poza de Estrella Levante. Lo que el cabrón pedía a gritos era que le clavase un tenedor en la frente.

—Se va a calentar —dijo mi madre, y levantó la lata—, toma, guárdala.

Le hice caso. Me tragué un puñado de almendras. Rosario y ella reagruparon lo que quedaba de comida en tres platos. Apilaron los vacíos. Mi madre peló una gamba y se la dejó a mi hermano junto a las cáscaras de pistacho. Le dio un codazo. Él volvió al mundo de los vivos, asintió y la engulló. Los dientes del viejo trabajaban a destajo. Acercaba la cabeza al plato, por debajo de los hombros, y se entregaba a una ceremonia de

mordiscos. Las manos quedaban suspendidas sobre las orejas. Los dedos separados, antenas de gamba pegadas a las falanges o colgando de los nudillos, salsas naranjas y marrones bajando por la muñeca.

Rosario arrastró la silla y me señaló la cocina con la mirada. La seguí. Cuando llegué ya había bajado la puerta del horno. Sujetó la bandeja a la altura del pecho y me señaló la mesa con la barbilla. Hice hueco. Coloqué un trapo en el centro del conglomerado descolorido. Retiró la lámina de papel de aluminio. Nos rodeó una nube de olor a piel quemada. Tosió. Abrí la ventana. Di manotazos al aire. Una carcajada llegó desde el salón. Jesús dijo algo entre espasmos. Rosario balanceaba el peso del cuerpo. Acerqué la cara a la bandeja. Era difícil distinguir la fisionomía de un cordero en aquella masa negra y reseca. La idea de mi hermano pasaba precisamente por ahí: si no nos vamos a comer un buen cordero —venía a argumentar—, que nadie sepa qué nos estamos comiendo. Yo venía de unos años de jugar un poco a eso mismo. A Rosario le temblaba el labio. Oí la goma de las suelas de mi madre contra el suelo. Se acercaba. No había manera de no mirar el cadáver calcinado. La luz de la bombilla se reflejaba en la superficie plasticosa. Cogí la lámina de Albal. La doblé por la mitad. La puerta se abrió a nuestras espaldas. Mi madre, cargada de platos.

—¿Qué es? —dijo.

Rosario se apartó y yo le cogí la pila de platos sucios. La dejé en el fregadero. Mi madre se acercó a la bandeja.

—Más platos —dijo.

Me miró y levantó las cejas.

—Limpios —precisó.

Me agaché y metí la mano en el hueco de debajo de los cajones. Saqué cinco platos con una espiral de plumas grabada en el borde desgastado. Me crujió el tobillo. Pensé en que no había reposado suficiente. Me pasaría la vida con una articulación de vidrio. Mi madre abrió un cajón y sacó una cuchara de madera y un bote alargado de cristal con una tapa azul. Dentro, una masa entre verde y amarillenta con tropezones de ajo y algo rojo. ¿Ñora? Rosario resopló.

—Tranquila, nena, ¡tranquila! —le dijo mi madre—, sujeta la bandeja. Nene, los platos.

Le hicimos caso. Los dispuse a lo ancho de la mesa. Sujetó las chuletas entre el pulgar y el índice. Cuatro por plato. Mi hermana encajó la bandeja renegrida en el horno y cerró la puerta con el pie. Mi madre desenroscó la tapa del bote. Hundió la cuchara de madera. Olía bien. Reconocí el aroma a cebolla. Me extrañó: bajo aquel techo, la cebolla era una cosa que solo se podía pelar en sacos de seis kilos, partir y hervir para las morcillas. Bañó la carne en salsa. Apenas quedaba negrura a la vista. Rosario la miró como un conejo asustado.

—¿Qué pasa, nena? —preguntó—. Esto tiene buena cara, ¿o qué? Yo le veo buena cara.

—Yo también —dije.

Me dio el bote vacío y lo puse a remojo en el fregadero. Escurrí el estropajo encima. La superficie quedó cubierta de espuma.

—¡Munchos quisieran! —siguió mi madre. Desencajó la tapa de la caja de plástico donde guardábamos las servilletas. Aún conservaba la pegatina de golosinas Fini, las dos tiras de regaliz con ojos, cejas y sonrisas. Sacó un puñado y volvió al salón-tienda.

Nuestro plan inicial era ocultarle el drama corderil. Rosario le imploró que nos dejase cocinar a los tres hermanos. «Tengo una receta sorpresa», dijo, y le guiñó un ojo. Mi madre negó con la cabeza. Entendimos que era inútil intentar sacarla de la cocina. Tratamos de aprovechar sus idas y venidas. Jesús hasta desenroscó la bombilla del horno, pero dio igual. Mi madre sabía *todo* lo que pasaba en aquel cuchitril. Cuando sacó la bandeja y observó la carne dio un par de pasos atrás. Se enderezó.

—Si tu padre ve esto —dijo, con los brazos en jarras—, le mete un cabezazo a la mesa que la parte.

En diez minutos gobernó el potingue celestial. El uso de la cebolla no sé si fue inspiración o vanguardia.

Primero servimos a los convencidos: Carles y mi madre. Luego, a Jesús Martínez, gran abstencionista del sabor.

—¡Oye! —dijo mi madre, limpiando el tenedor en la mitad colgante de su servilleta—. ¡Esto tiene buena cara!

Mi hermana volvió de la cocina con otros dos platos. Yo coloqué el mío junto a mi hermano. Ella rodeó a Carles, se apoyó en el hombro de mi padre y le dejó su ración de salsa extraña y PVC. Volvió a su sitio. El Ropasuelta sorbió aire por la nariz. Torció el morro. Untó la punta del índice en la salsa y se la llevó a los labios. Por su gesto, se diría que no le supo a mierda.

—¡Qué cabrón, como el entrenador de Ecuador de fútbol!

Jesús aplaudió. Le iba a dar una embolia. Miré a la tele. José Mota era Nicolás Maduro. Daba un discurso sobre la expropiación. «Las gallinas que entran por las que van saliendo», dijo. Risas enlatadas. Mi hermano negó con la cabeza y se palmeó el muslo.

—¡Vaya nivelazo este año, Santini!

Le sonreí. Mi padre asentía con los ojos cerrados. Se recargó el vaso y dio un trago.

—Bueno, ¿y esta maravilla? —dijo Carles con los ojos muy abiertos, como si todos acabáramos de despertar, que me dieron ganas de sujetarle del jersey, menearlo y decirle: «Carles, espabila, me cago en tu puta estampa, Carles, que te come la vida».

—Una receta nueva —respondió Rosario.

Detuvo los ojos en el hueco que quedaba entre Jesús y yo. Luego me miró a mí. Se pasó la mano por el muslo y volvió al plato.

—La salsa está buenísima —dijo mi madre—, ¿es ñora lo que lleva, no?

—Es una salsa argentina —respondió mi hermana, tapándose la nariz con el índice doblado.

—Argentina… ¿hay ñoras en Argentina? —siguió disimulando mi madre.

Rosario se encogió de hombros.

—Se ve que sí.

Mi padre se bebió otro vaso de un trago. Recargó. Yo también apuré la lata. Levanté la botella de vino vacía. Mi madre le dio un codazo a Jesús.

—Tráele vino a tu padre.

Mi hermano estaba en trance. La boca abierta. A veces se mordía el labio inferior y negaba con la cabeza. Los ojos le brillaban. Arrastré la silla y saqué una botella de Carrascalejo a la mitad. La levanté sobre el cristal del embutido. El Ropasuelta alzó un hombro. También cogí una lata. Le dejé el vino junto al vaso. Le quitó el tapón y encajó la nariz en la boca de vidrio. Cerró los ojos.

—Algo que no echa peste, menos mal —murmuró.

Carles llevaba un rato peleándose con el cordero. Identificando el cadáver. Clavaba el cuchillo en diagonal, con el codo apoyado en la mesa. Masticaba a dos por hora. Luego, un kilo de pan y media cerveza. Cierto: la salsa estaba buena. Un chimichurri levantino, diría. Levanté una costilla. Mordí lo que se suponía que no era hueso. Me pasé el trozo entre las muelas de ambos lados. Pegué la lengua al suelo de la boca. Intenté masticar. El ladrillo se desgranaba en hebras con textura cenicienta. Crujientes, eso sí. Busqué charcos de salsa en las encías. Tragué. Abrí mi lata y di un trago largo. Me enjuagué. Otra costilla. Separé un trozo de hueso con la lengua. Me lo saqué de la boca con la mano y lo dejé al borde del plato. Mi padre sorbió aire por la nariz. Creí identificar un sabor parecido a la carne en la esquina que quedó al aire al sacar el hueso. Nada. Pura recreación. Tragué hasta donde pude. Noté el bloque de hormigón en la tráquea. Tragué saliva. Me bebí media lata. Yo qué sé. Mi hermano no había dicho ninguna locura: si no pensabas en la carne magra y sabrosa de un cordero no estaba tan mal.

—La carne a lo mejor se ha pasado un pelín —dijo mi madre mientras separaba con los dedos lo que en algún momento fueron fibras de un tendón —, pero eso ya es cosa mía. Yo es que la carne me gusta casi cruda, ¿sabes?

Le enseñó los dientes a Carles. Él asintió y se limpió el morro con la servilleta. Se veía que le pesaba la mandíbula.

—En mi familia nos la comemos así también.

—En tu familia y en todas las demás, Carles —dijo mi hermana sin levantar los ojos del plato.

—Allí es muy típico el fricandó.

—¿Fricandó? —preguntó mi madre—. ¿Eso qué es? ¿Como un guisao, a lo mejor?

El viejo volvió a sorber por la nariz. Se golpeó el esternón con el puño y eructó. Me comí un kilo de pan.

—Mmm no exactamente. Fricandó…no sé si tiene otro nombre…

—Fricandó, Carles —dijo Rosario—, el nombre es fricandó.

El pobre imbécil cambió de objetivo.

—¡Un día tenemos que hacer, Adela!

—¡Pfff! —mi hermano se llevó las manos a la cabeza— ¡Es increíble!

En la tele, José Mota imitaba a Linterna Verde y trazaba un paralelismo entre los erráticos viajes del superhéroe por el cosmos y la nula transparencia en lo tocante a la investigación por presunto abuso de poder del comisario Villarejo. Mi padre se aclaró la voz. Levantó una costilla y la sacudió en la cenefa del plato. Los trozos de ñora y ajo se desprendieron. Formó un cilindro con la otra mano y retiró la masa amarillo verdosa. Quedaron un meteorito y sus manos pringosas.

—¡Bueno! ¿Puedo hablar yo ya? ¿Me toca? —Levantó la supuesta costilla —. ¿Esto qué capullo es? —La siguió levantando—. ¿Eh? ¿Qué capullo es esto?

Conforme se acercaba a la luz, el olor trascendió la costilla y se extendió a lo ancho de la mesa. Agitaba la mandíbula. Las cejas en uve, las venas del cuello de dos dedos.

—¿60 años matando animales y mi propia familia no sabe lo que es un cordero? —se señaló el pecho con la otra mano—. ¿Mi propia familia?

Nos repasó uno a uno. Se levantó. Lo vi más alto. Mi hermano se ladeó y miró de reojo la tele.

—¡Me cago en san Dios! ¿Es que queréis matarme? ¿Eh?

Soltó la costilla, que golpeó la cerámica y rebotó hacia el borde. Dejó en el centro un derrape de salsa y ceniza.

—Papá… —empezó mi hermana.

—¡Ni papá ni hostias! ¿Es que no sabéis que esto es cancerígeno?

Me sorprendió esa aseveración. Escondía un lunar de vulnerabilidad, para ser mi padre. No todos los días reconocía que igual un cáncer podría con él. El tembleque de la mandíbula se le subió al labio. Nos miraba dolido, ahora. Mi hermana jugueteó con el cuchillo. El viejo volvió a la silla. Se pegó

al respaldo. Resopló y clavó los codos en la mesa. Cerró los ojos. Formó una pinza con el pulgar y el índice. La arrastró desde el entrecejo hasta la base de la nariz. Carles levantó los ojos de su lata de Estrella y lo observó. No se atrevió a abrazar a una bomba atómica. Nadie podía culparlo.

—Papá —volvió Rosario—, a lo mejor…

—¿A lo mejor qué, a lo mejor qué? —extendió las manos y la expresión se le volvió a afilar—. ¿A lo mejor mi propia familia me quiere matar?

Jesús se estiró otro trecho. Intentó ahogar una risa. Se mordió el labio. Se miró los muslos. Mi padre se estiró hacia él y lo agarró por el brazo. Sentí el aire de la zarpa cuando me pasó por el esternón. Apretó y zarandeó. Mi hermano parecía a punto de desatornillarse. Lo miró con la boca abierta.

—¡Y tú mira a ver, capullo, que se te va a escapar la gotica con el capullo la tele!

Lo soltó y dejó la mano suspendida entre los dos. Jesús cerró la boca. Apretó los labios. Estiró el cuello para tragar saliva. El Ropasuelta bufó. Dijo algo entre dientes. No se podía vocalizar, con la mandíbula tan tensa. Arrastró la silla, se tiró de la tela de los pantalones desde las rodillas hacia las caderas y se levantó.

—¡Matarme, capullo, pero no me escupáis en la cara!

Apartó la silla con el pie y bordeó la estantería.

—¡Mi propia familia! —dijo, a la altura de la puerta. Abrió y cerró de un portazo. Se oyeron sus suelas contra las losas del pasillo. Las bisagras de la puerta de la calle. Otro portazo.

Jesús levantó la cabeza hacia la tele. Sonrió. Un hilillo de baba le unió los dos labios por el centro. Volvió a apretar el morro con disimulo cuando se dio cuenta de que lo observaba. A mí se me escapó un suspiro.

—Ave María purísima —dijo mi madre, que estiró el brazo y cogió su móvil de la estantería de detrás.

Carles sujetó un trozo de carne por el hueso y lo giró con la otra mano.

—Es verdad que lo mismo quedó un poco pasada la carne…

—¡Cállate, que solo abres la boca pa decir tontunas! —le soltó su futura esposa con las manos por encima de la cabeza.

Él se retrepó en la silla. Mi madre sopló.

—Los primos de Elche tienen unos huevos que se los pisan —le enseñó la pantalla del móvil a mi hermana, que asintió con los párpados medio cerrados—, se ve que ni se han juntado.

Siguió trasteando con el índice. Soltó el teléfono sobre la mesa, entre su plato y el de mi hermano. Arrastró la silla.

—Nena —le dijo a mi hermana con las manos sobre las rodillas—, pela un puñao de patatas, que voy a hacer una tortilla. Habrá que cenar, ¿no?

Las rodillas le crujieron al levantarse. Arrastró los pies hasta la cocina. Miré a la tele. José Mota disfrazado de Puigdemont y 25 más se despedían con la mano desde un escenario de dos alturas. Logo de TVE. Conectaron con la Puerta del Sol. Anne Igartiburu y Ramón García. Mi hermano y yo nos miramos. Se encogió de hombros. Pronto preguntaría por las uvas. Ramón García dijo que aquel año había sido muy bueno para los deportistas españoles.

Fuente Librilla. Noche del 31

Pisé el pedal del contenedor y la puerta de plástico gris se levantó. Tiré del asa de la bolsa con las dos manos. Una de las bridas de plástico había cedido. Goteaba. La solté adentro. Levanté el pie de la palanca. Me sacudí las manos. En la puerta del Librillano no había ni una silla. El aire bajaba de la sierra sin prisa. La persiana estaba medio echada. Me doblé por la cintura. Entré. Olía a puro y Suchard. Crucé el laberinto de sillas. Estaban al fondo, en semicírculo. En la pantalla, un resumen de la Séptima. Busqué a mi padre con la mirada. Nada. El Listo giró el cuello y me vio. Levantó las cejas.

—Feliz año, Julián —dije.

—Feliz año, nene.

Sacó la boca del forro polar. Levantó la mano. Me acerqué y se la estreché. Era raro, así, yo detrás de él, la muñeca girada para encajar con sus cinco salchichas. Le pregunté por mi padre. Se encogió de hombros.

—Coge algo, nene —dijo el Librillano señalando la mesa colocada entre la tele y las sillas.

Se distinguían los dulces cuando la cámara enfocaba el blanco del Madrid. Mistela y vasos de tres dedos, mazapán de Moratalla, bombones con envoltorios azules y dorados, no los había visto en mi vida, rollos, tortas. La Juventus apretaba. Era favorita aquel año. Deschamps, Zidane, Del Piero, Inzhagi.

—¿Y Alegrías? —pregunté. Él sabría algo.

El Librillano levantó una ceja.

—Estaba malo ayer. Se habrá quedao en su casa. Échate un vasico mistela aunque sea, nene, que es Año Nuevo.

Aproveché que la pelota salió para acercarme a la mesa y llenar uno de los vasos. Volví tras las sillas. Di un trago. Hacía diez años que no bebía

mistela. No recordaba el apelmazamiento en la lengua, el chorrazo de azúcar. Un ruido cerámico llegó desde el baño. Sonó a la pieza circular en la que uno se sienta golpeando la base del retrete. Me pregunté cómo se llamaba ese trozo. Se vio un hilo de luz bajo la puerta. Volví a repasar el semicírculo de calvas y mechones canosos. La boina del Listo. No faltaba nadie.

—¿Es mi padre? —señalé la puerta.

Nadie me contestó. Toqué el hombro del Listo.

—¿Qué?

—¿Está mi padre en el aseo?

—Sí, dice que le ha sentado mal la cena o no sé qué.

—¿Es que estaba mala la carne? —preguntó el Listo, los brazos encajados en los sobacos.

—Se nos ha pasado un poco.

Apuré la mistela. Tragué saliva. Estaba muerto de sed. Saque de banda. Volví a la mesa y recargué. Se oyó la cadena. Bebí. La Juve apretaba. Hierro se anticipó a Inzhagi. Se la pasó a Redondo, que levantó la cabeza. La mandó al hueco entre el central y el lateral. Allí llegó Raúl, que venía de una diagonal.

—Bieeeeeeen… —dijo el Listo— ¡eso es!

Di la vuelta y me acerqué a la puerta del baño. Apoyé el hombro en el marco de madera. Bebí. El césped se reflejaba en la cara de los amigos de mi padre. Llamé a la puerta.

—¡Papá!

Nada. La luz se apagó. El Librillano arrastró la silla y luego las zapatillas de paño hasta la barra. Bajó una botella de Ponche Caballero de una estantería. Comprobó la rosca. Me miró. Se me acercó.

—No va a salir, nene —dijo.

Volvió al semicírculo. Me indicó con la mano que lo siguiera.

—Vete por ahí arriba —dijo, mientras llenaba dos vasos de licor al borde de la mesa—. Tu padre es un viejo renegón. Y tú eres un zagal todavía. Vete por ahí arriba, échate unos bailes, unos furbolines, mira a ver si hay zagalas… ¡chin chin!

Chocamos los vasos. Me bebí el mío mirando la base de la puerta. Volví a atravesar el laberinto de sillas. Pensé en la carrera. Quedaban cuatro días. No habíamos completado el recorrido ni una vez. Ni medio recorrido, Señor. Me giré al llegar a la persiana. Seedorf regateó a uno de la Juve.

—¡Ahoooora, ahoooora! —gritó el Librillano.

—¡Qué cojones tiene el negro! —ese era el Listo.

Fuente Librilla. Madrugada del 1

Llegué a El Callejón al trote. Salté el escalón y vi los haces de luz rojo, verde y azul desde el ojo de buey de la puerta. Sentí la vibración de los bajos en los muslos. Tragué aire y manoseé en el bolsillo el mechero y los puñados de papel de periódico. Abrí. Mónica Naranjo. Dos zanguangos entrelazados junto a la tragaperras. Suelo pegajoso y cuerpos a presión. Telas sudadas o meadas o bañadas en ron. Me puse de puntillas. Vi calvas, tocados, alguna permanente, gafas de sol. Gorros de plástico a punto de caer. Pegué la espalda al pilar metálico. Alfredo, Pakero, ¿dónde estáis, carcamales? Sentí un aguijonazo encima del codo. Supuse que me habían abrasado el brazo entero. Me giré. La Tacones me miró y levantó las manos en señal de disculpa. Me agarró del brazo y me escupió algo en la oreja. Noté sus labios. Como si pelara una uva con la lengua. Yo le dije que sí. Me levantó el brazo. Arrugó el morro y me besó el rodal de tela achicharrada. Tiré. Sacó la lengua. Una hidra negruzca y brillante. Me la pasó por la manga. Volví a tirar. Se rio sin esconder ese palmo de carne del demonio. Parecía que le costara separar los párpados. Las pestañas, negras y brillantes, se doblaban hasta casi completar el círculo. La piel se le cuarteaba alrededor de la nariz cuando sonreía. O hacía eso que hacía ella con la boca. Me soltó y me guiñó un ojo. Creo que me guiñó un ojo. Se dio la vuelta y se alejó entre la turba. Por un momento pensé que contoneaba las caderas. No. Luchaba por mantener la verticalidad. Le volcó el cubata a un gigante con degradado. El gigante levantó los hombros y ella le rodeó la cintura. Vi las uñas rojas clavarse en el dorsal gigántico. Se hicieron amigos. Todo cristo iba dobladísimo. Me agaché, esquivé dos codos y una rodilla. Llegué a la barra. Me puse de puntillas, ni rastro del gordo ni del moños. Jose me saludó con las cejas. Me trajo un quinto y un chupito de absenta. No pregunté. Repasé las caras de la barra. Nada. Levanté el vaso. A la gloria de quien fuese.

Arrancó Rihanna. *Umbrella*. Me pregunté si *ya* era un clásico. No le di muchas vueltas. ¿Estaría Rihanna harta de cantarla? Apoyé la espalda en la madera. Habían quitado las mesas de la zona de cafetería. Me bebí el quinto en dos tragos. Aproveché que Jose pasaba cerca para señalar el vidrio vacío. Levanté dos dedos. Asintió. Noté un aliento en la nuca. Un collar con tiras brillantes de mil colores en el cuello. Una mano me rodeó y me cascó la goma tirante de un gorro de cartón.

—¡Hala! —dijo la voz—. ¡A triunfar! ¡Feliz Año!

Me giré. El Billy. Se había cortado el pelo, lo llevaba como Chayanne. Ni corto ni largo, cinco litros de gomina y hacia atrás. Levanté el pulgar. Sonrió. Llevaba un traje rosa. Corbata negra.

—¡Vas hecho un pincel! —dije.

Siempre me he preguntado qué lleva a alguien a trajearse en Nochevieja.

—¿Qué? —se puso la mano en la oreja.

Supongo que no es una decisión aislada, algo que uno pueda separar del resto de su vida. Trajearse en Nochevieja es el culmen de una personalidad. Fui a contestarle, pero me rodeó la cabeza y me la pegó a su pecho. Olía a caza. Me dio un par de palmadas en la espalda y me soltó. Me ofreció su cubata. Di un trago. Aprovechó para apartarme el flequillo con el índice. Me sujetó de ambos lados de la mandíbula y torció la cabeza.

—Así estás más guapo, nene —dijo, y arrugó el morro—, ¿de qué te escondes? ¡Qué manía tenéis los heteros medio bonicos de cubriros la cara! ¡Luego ves por ahí a cada orco de Mordor rapao… esos tenían que dejarse los pelos largos, nene, esos!

No me dio tiempo a responder. Me volvió a sujetar la cara y me dio un beso en la mejilla. Dijo algo. Movió mucho la boca. Me guiñó un ojo, recuperó su cubata y se perdió. Me giré. Los dos quintos. Le di un trago largo a uno. Tapé con el pulgar la boca del otro. Volví al pilar metálico. Desde allí crucé hasta la esquina del murete que llegaba al futbolín. No, futbolín no. Lejos. Media vuelta. Volví a la barra. Sonó Rosalía. Las zagalas asintieron, formaron pistolas con los pulgares, índices y corazones y trazaron círculos en el aire. Por fin, pensé, un gesto que une al rap y al flamenco. Avancé. Esquivé culos bailarines y culos sentados. Apuré el

primer quinto. Vi a un tipo con moño. De espaldas. Ahí te tengo, Pakero, hijo de puta. Bordeó un círculo de zagalas bailantes. Llegué al final de la barra. Desde allí sería más fácil. El moño se alejaba. Intenté rodear el círculo danzante. Me llevé un codazo en la sien. Otro en las costillas. Me separé un par de metros. Llegué a una olla de gigantes. Se movían menos, pero con más peligro. Perdí al moños. Avancé casi en cuclillas. Repuse fuerzas. Otro trago. Me tiraron los cuádriceps. Llegué al centro de El Callejón. Mateo'ss anunció la bola de discoteca. Recuperé al moños. Alfredo no andaría lejos. Volví a manosear el mechero. Se abrió una compuerta en el techo y bajó la pelota acristalada. El personal se volvió loco. Aproveché el instante de estupor general para ganar centímetros. El moños estaba en una de las esquinas del futbolín. Volvieron los bailes. Saqué los codos. Pisé un par de losas resbaladizas. Me sujeté al hombro de una. Le pedí disculpas. Me miró con asco. Se revisó el codo, quizá esperando ronchas. Cucarachas. Cualquiera sabe. Pisé cristales. Alrededor de la mesa se arremolinaban imberbes de dos metros y camisas nuevas. Bordeé. Toqué el brazo del moños. Un brazo demasiado fofo. Al brazo le seguía un pecho enjaulado en una camisa Spagnolo. Un cuello de toro. Una nuez alineada con una barbilla y una nariz. La estructura ósea de una grúa. Se giró. Levantó los hombros. No sé si se le llegaron a desplegar unas alas articuladas. Alrededor de los ojos se le acumulaban montones de carne apretada, palpitante de rencor. Solté el brazo. Me señaló con la barbilla. Levanté las dos manos. Era un animal, pero no el animal que buscaba.

—Lo siento —dije—, lo siento.

Más carne alrededor de los ojos. Más temblor. Subí las manos. Quizá no me viera, con esos ojos tan pequeñicos. Se recolocó la boina y se dio la vuelta. Dos mostrencos chocaron el pecho al otro lado de la mesa. Celebraban un gol. Uno se señaló la espalda con los pulgares, como los jugadores que saben que se les acaba de pasar el arroz. El del moño formó un megáfono con las manos y gritó algo. Algunos se rieron. A mí me fue tragando la masa danzante. Llegué a la barra. Me volví a colocar de puntillas. ¿Alfred, Pak? ¿Dónde están mis bandoleros? Jose me señaló y sacó un tercio con la otra mano. Me guiñó el ojo. Qué profesional. Pegué el estómago a la

madera. Los triángulos luminosos de detrás se me superponían. Intenté separarlos guiñando un ojo. Luego, el otro. Imposible. Jose me sirvió un chupito transparente. Acerqué la nariz. Anís. Las caras a lo largo de la barra también se me apretujaban. Levanté el vaso. A la gloria de quien fuese. Adentro. Miré hacia el techo. Abrí la boca. Los ojos me saltaron un palmo. Volvieron pronto a su sitio. Vi una hilera de chicles pegados en el techo. Formaban un dibujo extraño. Me estiré hacia atrás. Noté un codo en el centro de la columna. Cerré la boca. Me agarré a la barra y me enderecé. Pedí disculpas. Observé a un gordo sentado a mi lado. La uña del meñique le medía un palmo. Pensé en la carrera. Cuatro días. Los cejos nos comerían. Di un trago. Se oyeron gritos de fondo. Me giré. Dos grupos de 20 o 30 separaban a dos cíclopes en camisa blanca. Uno de ellos levantó el puño y tiró al suelo un vaso de tubo, que qué pena de cuatro o cinco euros. Vi las luces de la máquina de tabaco. ¿La habían cambiado? Me acerqué. Crucé un corro de adolescentes a punto de abrazarse. Era la hora. El gorro se me enganchó en la mata rizada de una de ellas. Otra deshizo el nudo. Todos sonreímos. La máquina de tabaco era la misma. La habían limpiado.

Una mano me tiró del hombro hacia atrás. Sentí los callos bajo el jersey. Me di la vuelta.

—¡Acho, un escritor!

Levanté la barbilla. Me esforcé por abrir los ojos.

El Pakero levantó las cejas. Allí los tenía. Salivé. Allí estaban.

—¿Qué dices, escritor? ¡Feliz Año, capullo!

Alfredo era la masa inabarcable de siempre. Peste a frito, grasa. Pesaba cinco mil kilos y se las arreglaba para que le sobrasen cinco dedos de camiseta y pantalones. Dos apretones de manos. Amiguísimos. Les señalé con la cabeza la puerta que quedaba a la espalda de Alfredo. Guiñé un ojo. Los tenía. Si ellos supieran. Alfredo abrió con el codo. Un trozo de cartón cortado a bocados tapaba el ojo de buey. Me agarró del brazo. Apuré el tercio y lo dejé sobre la máquina de tabaco. Lo seguí. Sonó Carlos Baute. El Pakero me escoltó. Alfredo me soltó y se apoyó en una pila de cajas de Schweppes. El Pakero, al otro lado, abrió su bolsa de aseo. El almacén tenía forma de triángulo. Al principio era un pasillo que daba a un restaurante

que tenía el mismo dueño de El Callejón. Luego el restaurante cerró, lo vendió, se construyeron pisos, ganó medio metro aquí, un palmo allá, y gobernó un almacén. Sus paredes blancas con roces negros. Suelo gris. Colillas, losa quebrada. Pilas de cajas de cerveza y refrescos. Tres contenedores. Una ristra de pimientos secándose en la pared. El Pakero sacó un sobre de plástico rojo. La voz de Carlos Baute llegaba deformada. Alfredo meneaba los hombros.

—Está guapo el Ricky Martin este, ¿eh?

—Guapísimo —dije.

El Pakero levantó una caja vacía de Estrella Levante y la colocó en vertical. Dibujó tres rayas en la superficie.

—¿Este no es el que se folló a su gato o no sé qué? —dijo.

—¿Qué capullo se va a follar al gato? —contestó El Pakero.

Manoseé el papel de periódico. Pobres imbéciles. Si supieran.

—Acho, que sí. Que sacaron un vídeo y salía el payo metiéndosela al gato o no sé qué.

El Pakero meneó la cabeza mientras enrollaba un billete de cinco euros.

—Escritor, tú que tienes mundo. ¿Se folló al gato o no?

Pegó la cara al plástico y esnifó una de las rayas.

—No sé si fue al gato o al perro —dije.

Se incorporó. Los ojos le lloraban. Se pasó el dedo por debajo de la nariz y luego se lo chupó. Le pasó el billete a Alfredo.

—¿Al gato? —noté cómo se le dilataban las pupilas.

—A uno se folló —dijo el seboso, y se arrodilló junto a la caja. Esnifó y meneó con la cabeza. Señaló la otra con la barbilla. Dejó el billete al lado. Me arrodillé. Absorbí mi parte y me levanté. Me limpié el bigote. Noté el pelotazo en las sienes.

—¡Buah! —dije.

El Pakero se rio. Le dio un codazo a Alfredo, que volvía a menear los hombros.

—¡Capullo con el escritor, que ha limpiao!

—¿Otra ronda o qué? —pregunté—¡Por nosotros!

—¡Hostias, con razón luego no tienes perras, Bigotes, cómo aprietas!

El Pakero volvió a la caja y dibujó otras tres. Me puse al lado. Me miró y abrió la boca. Le vi la hilera de dientes marrones. Apoyé el billete y limpié la primera.

—¡Buah! —repetí, mientras me limpiaba el bigote. Le di el billete. Parecían sorprendidos. Sacos de mierda. Y lo que les quedaba. Giré y me puse a sus espaldas, junto a uno de los contenedores. Las manos me temblaban. Saqué el papel de periódico y lo encendí con el mechero. Lo lancé al cubo, que por dentro estaba envuelto por una bolsa de basura. Mejor aún. Hice lo mismo con el contenedor de al lado. Volví a la caja de Estrella. Ni se habían enterado. Los hombros de Alfredo seguían marcando el compás.

—Yo estoy casi seguro de que fue el gato, ¿eh? —dijo.

—Coño, le ha dado fuerte a mi compadre. ¿Qué dices escritor?

—Ahora que lo dices, sí —contesté—. Es verdad. Fue el gato…

—¿Ves?

—Sí, sí…lo recuerdo, el vídeo…

—Una marranería —arrugó el morro y la frente—. Una cosa de enfermos mentales.

Me puse entre ellos y les pasé los brazos por los hombros. Les extrañó.

—Bueno, ¿os parece que me traiga unos chupiticos y unos cubalibres y que sellemos nuestras paces aquí dentro o qué?

—¡Coño, claro! —dijo Alfredo.

—¿Tú le preguntas al gitano si quiere trato? ¡Capullo, claro que nos parece! —el Pakero aplaudió.

Abrí la puerta con el codo. Cuando me giré para cerrar, el humo empezaba a levantarse a sus espaldas. Avancé entre el gentío. Me pegué a la barra. Conté hasta 120. Hice contacto visual con Jose. Levanté el índice. Ahí lo tenéis, malnacidos. Jose me trajo un quinto y otro chupito transparente. Me lo bebí de un trago.

—¡Por la Gran Venganza! —grité.

El camarero levantó la barbilla.

—¡Por la Gran Venganza!

Asintió y levantó el pulgar. Volví a contar hasta 120. Le di un trago al quinto. Así que ese era el sabor de la justicia. Así que así olía cuando el bien triunfaba sobre el mal. Seguí con mi plan. Me acerqué a la puerta y levanté el cartón del ojo de buey. Una capa de humo fino se extendía por el almacén. Aún no había llamas gordas. Volví a la barra.

—¡Oye, no sé qué están haciendo ahí adentro, pero se ve humo! —le grité al camarero. Esta vez sí entendió. Miró a la puerta y asintió. Se secó las manos y bordeó la barra. Yo me alejé hasta la tragaperras. Cuando el camarero abrió la puerta entró en el bar una nube de humo negrísimo.

—¡Fuego! —gritó alguien.

Y gritos. Agudísimos. Cristales contra el suelo.

Abrí la puerta y salí. El aire de la sierra me supo a gloria. Qué gusto. Me apoyé en el muro de la fachada. Repasé los quintos en el suelo. A un par les quedaba un trago. La gente empezó a salir a toda hostia. Gritaban. Se alejaban por el callejón. Miré al cielo y di un trago a la cerveza calentorra. Tragué aire. Al día siguiente todo el mundo señalaría al Pakero y a Alfredo. El camarero los señalaría. Era la única prueba. El único testigo. Adiós, Alfredo, gordo asqueroso. Adiós, Pakero, garrulo malnacido. Aquello sería su final. Y lo peor, lo que ni siquiera entenderían, es que el pozo que se abría ante sus ojos no tenía fondo. Su descenso al infierno. Mi victoria. Apuré el quinto y lo lancé al solar de enfrente. Oí cómo se estrellaba contra el suelo.

—¡Acho, escritor, lleva cuidao que vas a descalabrar a alguien!

Me giré. Distinguí dos figuras a la altura del remolque del Zurdo. Se acercaban. Alfredo y el Pakero.

—¡Feliz año, escritor! —dijo el Pakero, y me extendió la mano— ¿Es que llevas ya el barco cargao? ¡La hostia, cómo aprietas!

Apretón de manos. Amiguísimos. Señalaron la puerta de El Callejón con la cabeza.

—¡Vamos a ver qué se cuece ahí adentro! —dijo Alfredo. Asentí y levanté el quinto. Desaparecieron. Arrastré la espalda por el muro hasta que me quedé sentado. La Gran Venganza, sí… ¡La Gran Mierda! Apoyé el codo en la rodilla y me pasé la mano por la cara. Seguro que si levanto el papel de

periódico y le acerco la llama soplo al momento, de tanta culpa, seguro que si le llego a prender fuego al contenedor me arde la manga de la camisa antes de guardarme el mechero. Había que ser patán. Eso era yo, un patán. El Gran Patán. Busqué a tientas otro quinto. La puerta se abría y se cerraba. Pasaron mil años. Entonces oí la voz de Sara.

Fuente Librilla. Madrugada del 1

Yo no sabía que la casa esa a medio hacer al lado de la escuela era del abuelo de Sara. Subió las escaleras en dos saltos. Yo me apoyé en el muro de la entrada. Un escalón, un descanso. Una arcada y un gato. Un eructo. El gato salió pitando. Sara me preguntó por qué la evitaba. Yo le dije que cómo la iba a evitar, si mis carnes solo gozaban de sosiego cuando la veía. Llegué arriba. El pasillo era como el de su casa: espejo, mueble marrón para fotos, llaves y algún caramelo. Al otro lado, sillas y fotos de gente hambrienta y muerta. Pasé el dedo por el borde del cuenco de caramelos. Le pregunté por su abuelo. Murió hacía dos meses. Sin enfermedad y sin nada, de viejo. Dijo que era la tercera vez que me lo decía. «De viejo, es verdad», repetí. Llegamos al salón. Encendió una luz en el pasillo. Dijo que esperase. La apagó. Esperé. Enchufó una lámpara de pie en una de las esquinas. Dos sofás de casas de abuelos muertos: engañosamente mullidos, la estructura al ras, como niños famélicos, cubiertas granate con cenefas de rombos en un tono más oscuro. Me cansé de observar tanto. Acomodé el culo en el grande, frente a la tele. Cerré los ojos. Oí puertas de armarios. Interruptores. El cebollazo remitía. Grifos. Sara volvió con dos vasos de agua. Me ofreció uno. Pesaban. Lo apoyé en el muslo. Pasé el dedo por la cenefa del cristal. Sara se quitó las botas con los pies y se sentó a mi lado. Di un trago. Sabía a cañería. Una vez dijo una maestra que habría que investigar si la calidad del agua de por aquí estaba relacionada con la cantidad de viejos que mueren por cáncer de riñón. Nadie le hizo caso. Sara trasteó el móvil. Dijo algo entre dientes. Se desató las piernas y se acercó al mueble de la tele. Apretó botones en una barra horizontal en la base del mamotreto. Los faros de un coche iluminaron la otra mitad del salón. Sonó Sufjan Stevens. Torcí el morro, ofreciendo mi aprobación. Me miró con las cejas levantadas. Me sentí imbécil. Conseguí callarme. Volvió al sofá. Apoyó el peso del cuerpo en el hombro derecho y se

me pegó al pecho. Se me agarrotaron hasta las cejas. Sonó *I should have known better*. Sufjan Stevens escribió ese disco tras la muerte de su madre. No lo dije. Por eso la oscuridad, los pocos instrumentos, las canciones al grano. Por eso Sufjan Stevens había dejado de dar la chapa. Se te tiene que morir una madre para que dejes de ir por la vida como un barroco con alas de ángel. Tampoco lo dije. Me mordí el labio. Cerré los ojos. Era un buen disco. Muy bueno. Sara suspiró. Apuré el vaso de agua. Me aclaró las ideas. Noté su mano en mi vientre. Le pasé la mano por la espalda. Eché la cabeza hacia atrás. Del techo colgaba una lámpara con cristales de mil colores incrustados. Supuse que proyectaría una sombra terrorífica a dos o tres palmos. Qué frío. Levanté la mano. Coloqué el pulgar a la altura de la lámpara. Estiré los dedos. Seguí la dirección que apuntaba el meñique. Por aquí quedaría. Sara me preguntó qué coño hacía. Bajé la mano. Metió la suya por debajo de mi camiseta y la arrastró hasta el pecho. La miré y me besó. Noté su nariz helada en mi pómulo. Me dejé caer hasta su altura y me acarició los hombros y el cuello. Le devolví el beso. Enroscamos las lenguas un buen rato. A veces ella separaba la cabeza para respirar y me atraía hacia así tirándome de la camiseta. Me empalmé. Le pasé la mano por el vientre y bajé hasta el coño. Noté la humedad a través de los vaqueros. Soltó un suspiro. A mí se me pasó el mareo. Me desabrochó la bragueta y cerró el puño en torno a mi polla. Nos desnudamos. Ella se tumbó y se acarició el coño. Me coloqué encima. La pierna izquierda se me quedaba inmovilizada entre su muslo y el respaldo del sofá. Intenté escorarme hacia el otro lado. Pisé una zapatilla y resbalé. Ella susurró una carcajada. Se incorporó. El pelo se le amontonaba sobre los ojos.

—Ven —dijo, y señaló el asiento del sofá.

Me tumbé. Las tablas de la estructura se me incrustaron entre las vértebras. Sara me besó el cuello. Sus tetas se meneaban sobre mi pecho. Intenté echarme hacia atrás. La madera crujió. ¿Es que no había camas en esa casa? Levantó las cejas. Le acaricié los pezones. Un coche se detuvo en la puerta. Se oyó un portazo. Sara volvió a mi cuello. Recaí en Sufjan Stevens. El disco estaba al terminar. Le arrastré las manos desde la columna hasta el

culo. Si cerraba los ojos veía círculos rojos y amarillos. Volví a notar las tablas. Dios, estarían cerca de algún órgano vital.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—¿Es que no hay camas en esta casa?

Soltó aire por la nariz y se incorporó a mis pies. Se frotó los ojos con las palmas de las manos. A mí se me heló el vientre. Se subió las bragas.

—Es que… —dije, apoyándome en los codos.

Encogió los hombros. Se frotó los labios y se recolocó una horquilla sobre la oreja. Sonó un anuncio de Securitas Direct.

—Mejor lo dejamos.

Me crujió todo al levantarme. Murmuré una gran verdad: estaba para el arrastre. Me vestí. Pensé en decirle que me gustaba su pelo.

Fuente Librilla. Mediodía del 1

El camarero me sonaba. Juraría que del instituto. ¿Juan Carlos, de Albudeite? ¿José Antonio? ¿Juan Antonio? Creo que Juan Carlos. Pensaba decirle algo hasta que vi funcionar al Ropasuelta. Manoseando el pan. Arrastrando la silla. Tirando del mantel. Criticando el vino, a los niños, las cristaleras, la música. Juan Carlos resoplaba. Carles abrió la puerta con el hombro. Casi arrolla a un zagal que deslizaba un fórmula uno minúsculo por el parqué de la entrada. Se oían platos contra platos. Mi padre agarró al camarero del brazo. Casi lo tumba.

—Y mira a ver lo que quiere mi yerno, que es catalán.

Una mujer de pelo corto y vestido de lunares se levantó y trotó hacia el zagal. Lo agarró de debajo de los sobacos. Se lo llevó al pecho. Se reía como si le acabasen de decir que a su hijo al final no lo había atropellado un camión. Que era broma. Palmeaba la mesa con la mano libre. Mi madre le colocó mote rápido.

—Ah, que el nene es hijo de la Graja, échale guindas al pavo —dijo.

A mí se me pelaban los cables de los sesos. Doble de pota: una al llegar a casa y otra al poco de levantarme. Quise pedir una tortilla francesa. Carles llegó y bufó. Se quitó la trenca y la colgó en el respaldo de la silla que mi hermana le guardaba. En la esquinica, que no se viera mucho.

—¿De carne qué tienes? —preguntó Rosario, los codos clavados en el mantel, las manos cerrando el triángulo.

Juan Carlos o Juan Antonio levantó la vista del iPad.

—Pues… —mi padre se incorporó— carne brasa…

—Carne brasa al centro, ¡qué rica! —ese era Carles.

—… cabrito, marrano, chuletón de ternera… solomillo a la pimienta, que lo hacemos muy bueno.

—Bigotes —dijo el Ropasuelta—, ¿nos pedimos tú y yo un solomillico, que nos gusta a nosotros?

—Sí —dije sin pensar.

Agachó la cabeza. Me dio tiempo a verle la sonrisa, los dientes bañados en saliva. Era el sumo pontífice del contrapié. El dios del molestar.

—¿Y de pescado? —preguntó mi hermana.

—Ay, sí, yo también quiero pescado —dijo mi madre.

Carles pidió agua con gas. Juan Carlos asintió. Se le vio aliviado. Ligero. Puro.

—¡Pues marchamos eso, familia!

—¡Eh, eh! —puto Ropasuelta.

Juan Carlos tensó los hombros. Supongo que cerró los ojos y se preguntó un millón de cosas. Se giró. Se acordó de que convenía sonreír y sonrió.

—¿De vino qué tienes?

—Pues…

—Da igual —lo despachó el viejo con la mano—, tráete uno bueno y no me saques los ojos. Venga.

Juan Carlos apretó los labios y asintió. Mi madre le arregló el cuello de la camisa a mi padre. Nunca he visto a nadie a quien los cuellos se le despegasen tanto del botón. Las puntas dobladas, a punto de echar a volar. Mi hermana recriminó algo a Carles. Él se encogió de hombros. Puse la antena. No me enteré de nada. Una camarera que arrastraba los pies trajo tres platos de olivas. Mi padre asintió a dos por hora. Ella creo que se preguntó quién coño era aquel pellejo engolado. Se oyó de fondo la risa de la del pelo corto y los lunares. Venga palmas en la mesa. La iba a romper. Iba a romper la mesa.

—Ya está la Graja —dijo mi madre.

Mi hermano metió la zarpa en el cuenco de olivas.

—Coge alguna más, marqués —le chistó el viejo.

Jesús soltó dos. Se tragó otras tantas. Con tanto meneo aceitunil se me incrustó en los sesos la peste a vinagre. Me dio una arcada. Arrastré la silla y rodeé el resto de mesas. En el baño olía a Mistol. Me remojé la nuca y la frente. Oí la cadena a mi espalda. Me remangué la camisa y me sequé la cara

con el brazo. Se lo vi hacer a uno medio muerto una vez. Me dijo que daba gusto. Tenía razón. Un gordo con pelazo negro tintado, pelazo de ministro, salió de la cabina de aguas mayores. Me saludó en el espejo. Levanté la barbilla. Me desabotoné la otra manga y me pasé el brazo por el cuello mojado. Qué gusto.

Trajeron croquetas de pollo. Mi madre las caló rápido:

—Están buenas, pero muy masúas.

Me comí dos. Reviví. Mi hermano preguntó si tenían empanadillas de hojaldre. No tenían. Dijo que no pasaba nada. ¿De tomate y atún? Tampoco. Nada de empanadillas. El Ropasuelta comía con los pulgares levantados. Mi hermana y Carles discutían con disimulo. Tragué aire por la nariz. Noté cómo se me hinchaban los pulmones. Me sentí joven. Jesús pidió una Coca-Cola.

—Tráesela sin azúcar —dijo mi madre—, que luego le duele la barriga.

Llegaron los solomillos. Un calvo con camisa azul se levantó de la mesa de la del pelo corto y los lunares. Llevaba una cuchara en ristre. Parecía que había conseguido aislar el núcleo de un átomo. Se agachó. Desapareció un rato. Volvió a la altura adulta con el zagal en brazos.

—¡Bieeeeeen! —gritó.

—Toma, que también hay Grajo —dijo mi madre, limpiándose las manos en el trozo de servilleta que colgaba de la mesa.

—¿Qué tal la carne, papá? —mi hermana.

El viejo masticaba en silencio. Abrió los ojos. Tragó. Se nos heló la sangre.

—Está buena.

Soltamos aire. Una borrasca entera. Temblaron las cristaleras. Flequillos al alza. El zagal estornudó. Era verdad: la carne estaba buena. Durante los últimos años, comerme un filetazo se había convertido para mí en una celebración en sí misma. Quiero decir que no solía recrearme en minucias como el grado de cocción, la elasticidad o, Señor, la textura, pero aquella carne le hacía a uno sentirse por encima de la supervivencia. Apuré la caña. Juan Carlos me trajo otra. Pensé en Sara. Más que una disculpa, le debía una aclaración. Que viera que yo también llamaba «desastre» a lo de la noche

anterior. Me pasé la mano por la espalda. Putas tablas. En algún momento podremos, Sara. No, querida mía, follar no. O, bueno, sí. Follar también. Vaya un pijo. Digo que en algún momento podremos sentarnos en un sofá decente sin exámenes ni Ropasueltas ni Sixtos ni corderos calcinados ni Pakeros ni Alfredos.

—Las patatas están buenas, ¿ah?

Carles estaba rojo. Mi madre lo miró y sonrió como se sonríe al sobrino retrasado de una mejor amiga. Pobre diablo, de verdad.

—Carlos —dije—, ¿qué coméis en Cataluña el día de Año Nuevo?

—Fricandó de ese —dijo el Ropasuelta. Sacó el último palmo de pan de la cesta.

Jesús ahogó una risa y la convirtió en tos. Carles sonrió y soltó los cubiertos. Se frotó las manos. Eso de renunciar a las herramientas mientras queda comida es algo que jamás entenderé.

—Pavo —dijo.

—¡Ah, pavo! —el cabrón del Ropasuelta se estiró y asintió con ceremonia, la cabeza ladeada, los ojos cerrados.

—O sopa, mucha gente sopa.

—Sopa de pescao —dijo mi madre—, eso se come en muchos sitios.

—O las sobras de la noche anterior.

El cabrón del viejo extendió las palmas sobre la mesa. Separó los dedos y adelantó los hombros. Los ojos se le dilataron. Ocupaban desde la mitad de la frente hasta los labios.

—¿Coméis en Cataluña sobras de la noche anterior?

—Bueno, sobras…

—¡¿Sobras, yerno?! ¿Patatas con un bocao y to eso?

—El pescado también está bueno —esa era mi hermana.

—Tierno, tierno —corroboró mi madre.

—… sobras tampoco, son más bien…

No terminó la frase. Mi padre miró a mi hermana con desdén. Le había reventado el momentum. Comimos en relativo silencio. Juan Carlos me trajo una caña. El Ropasuelta se frotaba la palma de una mano con el puño de la otra. Ya no escrutaba cada trozo de carne. Un asentamiento de migas

de pan rodeaba su plato. Se había comido seis panaderías. En el centro quedaba una tira de grasa y los rabos de tres pimientos. Levantó el tintorro. Lo meneó. Me miró con los ojos entrecerrados. Apreté los labios. Se fijó en el vaso y bebió. Suspiró. Levantó la vista hacia el techo. Mi madre ahogó una carcajada y negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —dijo, y miró a la mesa de enfrente, a mi espalda—, que estoy viendo a ese con un kilo de gomina en el pelo y me estoy acordando del señorito Adán. De cuando le regaló unas aletas de nadar al Miguel del Electricista.

—¿Por qué le regaló unas aletas? —esa no me la sabía.

—Porque era un sacabarrigas —dijo el Ropasuelta sin dejar de mirar el techo.

—Pues resulta que los hijos del Electricista le trabajaban la tierra muy bien. Gente muy trabajadora.

—Gente tonta.

—Gente trabajadora, Matías, del campo. Como nosotros.

—Pero tonta.

—Bueno.

—Y le regaló unas aletas —dije.

—Sí —respondió mi madre—, unas aletas de nadar. Se ve que era el cumpleaños de Miguel. Y el señorito apareció en la finca con 500 pesetas y un paquete así largo —separó las manos—. Toma, Miguel, por tu cumpleaños. Gracias, señorito.

Mi hermana sacó el móvil. Carles le acarició el codo. Jesús agrupaba las migajas con el cuchillo.

—Entonces al día siguiente va Miguel, prepara las herramientas, su capazo, su marro, y se coloca las aletas de nadar.

Juan Carlos se acercó frotándose las manos.

—¿Todo bien por aquí, familia?

—Sí —dijo Rosario.

—Tú figúrate —me dijo mi madre—, el tontarrón con las aletas de nadar en el bancal. Hay que ser pezuco.

—¿Un postrecico vamos a querer?

—Sí, claro —respondió mi hermana.

—Si seguramente ni habían visto el mar, Señor. Cuánta miseria.

—¿Tenéis tarta de chocolate? —preguntó mi hermano. Cuando formulaba una pregunta crucial se le hinchaban los ganglios de la garganta.

—Tarta de la abuela, tenemos. También tarta de queso, de limón, de zanahoria, que sale muy buena… flan, pan de calatrava…

—¿Fruta del tiempo? —dijo Carles—. Es que tengo acidez.

—Naranjas y mandarinas.

—¡Yo naranjas y mandarinas!

—Yo tarta de la abuela —dijo Jesús.

—Naranjas, tarta de la abuela… —Juan Carlos señaló a mi madre. Ella estiró el cuello y miró a mi hermana.

—Nena, ¿pedimos algo pa las dos?

—Vale —Rosario se encogió de hombros. Nunca vi a las mujeres de mi casa comerse un postre entero.

—Pues… ¿tarta de limón, nena?

—Yo quiero probar la de zanahoria.

—Venga, tarta de zanahoria…

JC señaló al viejo.

—Yo lo que tenga menos azúcar —se masajeó la panza y cerró los ojos —. Tengo que controlar el azúcar.

—Pues…

—Ponle una naranja —dijo Rosario.

—Venga. Dos naranjas, una tarta de la abuela, una de zanahoria… ¿tú?

—Tarta de queso —dije.

Asintió. Se giró.

—Eh, una cosa —el Ropasuelta clavó los codos en la mesa y se incorporó —, ¿cordero tenéis? Es que yo he matado corderos y marranos toda mi vida, ¿sabes?

Juan Carlos apretó los labios. Asintió. Miró a los lados.

—Y anoche quería yo comer cordero y por circunstancias, por circunstancias de la vida, no pude probar. Hijo, y uno va cumpliendo años y

no sabe cuándo será la última vez que coma cordero, ¿sabes lo que te quiero decir? ¿Cuántos años tienen tus padres, nene?

—¿Mis padres?

El viejo asintió, paciente.

—71 y 68.

—Son mayores, tus padres.

JC asintió. Le dolería el cuello.

—Pues cuídalos, nene. Son mayores. Habrán trabajao como negros. Me cago en diole. Seguro. Les toca disfrutar. ¿Gambas? Gambas. ¿Cordero? Su fútbol, sus paseos. Ya lo creo. Ponte unas costillicas al centro, por lo que valgan.

—Tengo que preguntar —cambió el peso del cuerpo a la otra pierna—. Pregunto y os digo.

Mi padre asintió. Se retrepó y nos miró con los labios apretados. «A mí, mis valientes», decía su cara. Sus valientes intentamos ignorar el ruido que hacen las tuercas al apretarse. En la mesa de al lado, la Graja celebraba que su zagal se había comido un gajo de mandarina. Lo animaba a comerse otro. El Grajo le aconsejaba que fuera con cuidado. No supe si se lo decía a la Graja o a su vástago. Me pareció buena idea lo de lanzar al aire la palabra «cuidado». Me giré. Juan Carlos salió de la cocina. Le faltaba el aire. ¿Era de Albudeite? Había un Juan Carlos de Albudeite. Empezaba todas las frases con: «No, ya, claro, pero…». Imbécil como él solo.

—Caballero, no tenemos cordero. Queda cabrito, conejo al ajillo… también queda solomillo.

El viejo sorbió por la nariz.

—Si es que, si es que… —murmuró, mirando a un punto entre el camarero y yo— si es que no puede ser. Si es que me tengo que cagar en Dios.

—Yo le digo lo que tenemos… es Año Nuevo y a la gente le ha dado por comer cordero.

—Ni una costilla tienes, ¿no?

—No… ¿quiere entrecot? Creo que también queda.

—Un capullo quiero.

Arrastró la silla y se levantó. Se le iba a saltar un ojo.

—Papá… —Mi hermana se levantó y le agarró el brazo.

—Yo le digo lo que tenemos… —siguió el de Albudeite.

—¡Una mierda tenéis!

Pasó por detrás de la silla de mi madre. Carles sujetó la mesa, por si acaso volcaba, de tanta tensión. Jesús y yo nos levantamos. Los Grajos se giraron. Él le tapó los ojos al zagal.

—Yo…

—¡Tú te callas!

Levantó el índice. Parecía el tronco de un roble. Jesús y yo nos pusimos en medio.

—¿Tú sabes lo que es que tu mujer y tus hijos intenten intoxicarte? ¡Tu propia familia!

—No, ya, claro, señor —Juan Carlos levantó las palmas a la altura de los pezones—, pero yo le ofrezco lo que tenemos en carta. Han llegado ustedes a las tres, es Año Nuevo. Se le veía cierto recorrido en el trato con babuinos, pero nunca se las había visto con Papá Gorila.

—¡A tomar por culo!

Se giró hacia la calle. El Grajo cubrió a su hijo con el brazo. Mi padre cerró de un portazo. Las barras doradas que sujetaban las cortinas de uno de los laterales se menearon. Rosario mandó a Carles a por el coche. Él iba a decir algo. Se quedó sin ganas cuando vio el morro apretado de mi hermana. Mi madre arrastró la silla. Agarró el respaldo de la de al lado para levantarse. Rosario se acercó. Jesús le dijo al camarero que si los postres iban a salir rápido, que teníamos prisa. Carles salió escopeteado. Mi hermana rodeó la mesa y pidió la cuenta. Con datáfono. Juan Carlos dijo que sí y se alejó al trote. A Jesús se le pusieron ojos de perro mojado. No habría postre. Salí. En esa misma calle estaba la joyería en la que me hice el pendiente. Fui con el Cuco, uno de Pliego que se tiró dos meses comiendo a la izquierda de su padre para que no le viera la oreja. Vi el Qashqai de Carles al fondo. Del Ropasuelta, ni el tufillo a mala hostia. El suelo estaba mojado. Se oían truenos a lo lejos. Frente a la joyería seguía el Chaplin. Allí se reunían las de Campos del Río cuando se fugaban. Comían patatas fritas y veían a Ana

Rosa Quintana. Carles bajó la ventanilla y me preguntó por el Ropasuelta. Me encogí de hombros. Salió mi hermana. Luego mi madre, apoyada en el hombro de Jesús. Nos apelotonamos atrás. Fue idea de Rosario: le dejamos al papá el asiento de delante. Le dará gusto. Como había pagado, nadie discutió. Jesús me clavó el codo en las costillas. Alguien tenía que tomar a alguien, y yo pesaba 60 kilos. Acabé en las rodillas de mi hermano. Tanto todoterreno para acabar con la nariz incrustada en el cabezal del asiento del copiloto, pensé.

—Él solo quería una miajica cordero —dijo mi madre. Se mordió el labio y negó con la cabeza.

Carles metió primera y soltó el embrague. Llegamos a la plaza del Ayuntamiento. Nada. Un árbol de Navidad de 250 metros. Hermosísimo. Cuatro viejos en la puerta del Casino. Manos sobre manos en el mango de un bastón. Carles bajó la ventanilla y mi hermana preguntó si habían visto a un señor de unos 70 años muy enfadado. Qué iban a ver.

—Esto no es normal —dijo mi hermana.

Subimos la cuesta del Puntarrón. Carles miraba dos veces a cada lado. Giraba el volante con la palma de la mano. Llegamos al instituto. Por ir, creo yo, porque qué coño iba a hacer mi padre allí, apoyado en la valla como un amante con coche viejo.

Carles encendió la radio. Radio Marca. Una tertulia de ciclismo. Le bajó el volumen al 5.

—Vamos tirando, nene, si él sabe volver —dijo mi madre.

Bajamos hasta la Cofrusa. Mi cuñado metió tercera al salir de la rotonda del tanatorio. Pasamos la gasolinera. Entonces lo vimos. Un cuerpo de metro y medio y cuatro palmos de ancho. Trotando con el hombro derecho caído. El cuello de la camisa al aire. Carles redujo. Llevaba la cara desencajada. Indicó con la mano que siguiéramos.

—Se le ve en forma —dijo mi hermano.

Fuente Librilla. Mañana del 3

Eché un par de días sin mucha historia. A veces me venía a la cabeza mi desempeño estelar en casa del abuelo de Sara. No me atrevía a decirle nada. Mi padre pasó las tardes con los pies en alto. Miraba la tele de reojo.

—Creo que necesitamos un último entrenamiento —le dije.

—Yo no necesito nada.

Él sabría. Un coche con megafonía daba vueltas por el pueblo. Anunciaba el partido de Año Nuevo. Intenté escribir. Arrastré la silla y me levanté. Subí la persiana un palmo. La Cándida subía la cuesta con un barreño de plástico rojo apoyado en la cabeza. Cojeaba. Se decía que regaba con meados las matas del murete de la plaza de la iglesia. También se le acusaba de matar a los gatos que aparecían en un saco en el canal. La pantalla del móvil se iluminó. Rodeé la cama y lo desconecté del cargador. Sara. Dijo que tenía lo que yo buscaba. Que si nos veíamos. Me quité la camiseta del pijama y acerqué la nariz al sobaco. Olía a cebolla. Me duché.

Sara me saludó sin mirarme. Le pasé el brazo por detrás de la espalda y noté cómo se le congelaron hasta los mocos. Me guardé las manos en los bolsillos. Llevaba un turbante con los colores de la bandera de algún país del centro de África. En una realidad paralela le dije que se parecía al cantante de El Arrebato.

—Me lo ha contado una amiga —dijo a la altura de la Boquera.

—¿El qué?

Sorbió aire por la nariz y me miró como si nunca me hubiera visto.

—Sixto se fue porque le dio un cáncer. De riñón. Dicen que el agua de Sierra Espuña favorece el cáncer de riñón. ¿Qué coño le echarán?

—Sí, lo del cáncer lo había oído. Es una de las versiones que se cuentan.

—Es la verdad, Santini.

—Una de las posibles verdades, sí…

Paró. Se sacó las manos del bolsillo de la sudadera.

—Vamos a ver, que lo trató en Murcia la madre de una amiga mía de la universidad.

Reanudó la marcha.

—Le dio un cáncer y se fue. Sin más.

—Sí. Sin más. Mira.

Un tractor subía desde el puente. Sara se sacó el móvil del bolsillo. Desbloqueó la pantalla. Entró en el chat con una tal Marta. Arrastró el dedo hacia abajo. Me dio el móvil. Sara preguntaba. La tal Marta contestaba. Cáncer de riñón. Luego Sara decía que la gente de esa generación no se cuidaba nada. Y ya hablaban de la Navidad.

—Pero eso no es ninguna prueba —dije.

—¿Qué más prueba quieres? —frunció el ceño, molesta.

—Pues algo. Yo qué sé, Sara, es una conversación de wasap, ¿sabes lo que te digo?

—Una conversación de wasap con la hija de la enfermera que lo trató.

—Ya, pero que eso…quiero decir, no te enfades, pero es que llevo varios días investigando y no me puedes venir ahora con una conversación de wasap, ¿sabes lo que te digo?

—¿Investigando? —bufó—. ¿Pero tú te estás oyendo, tío?

—Sí, investigando…

—¿Pero qué película llevas? —se señaló la sien— En fin, mira, que te den por culo.

El John Deere pasó a nuestro lado. Distinguí la figura de un sobrino del Listo. Pitó dos veces. Levantamos las manos. De la trajilla le colgaban mazacotes de tierra salpicada de tallos verdes. Sara tenía razón. Una buena película llevaba yo, sí. Pasaba los días ensimismado, observándome a mí mismo de reojo, gustándome al preguntar por la marcha del Millonario, y no era ni capaz de descartar una sola de las mil versiones. Y lo peor: ahí no había nada. Aquello no le importaba a nadie. Quedaba el hecho de que don Sixto se fue. El resto daba igual. Noté un peso sobre los hombros. Me goteaba hasta el centro del estómago. A tomar por culo mi libro. A la mierda

la Gran Novela Rural. Tanto paseo y tanta pregunta. Tanto folio. Tanta boca pequeña para soltarlo. Tanto Dayo Kane. Tanto paseo por las casas. Tanto pegar el culo a las aceras, a ver qué te decía el ladrillo visto. Las manchas de humedad. Tanta escritura y tanto capullo. Giramos hacia el Llano. Oí a nuestra espalda la megafonía.

—Sara, lo siento.

—Na, da igual…

Caminamos un trecho en silencio. Llegamos al bancal de la Torera. No había rastro de los perros. A la vuelta volví a oír la megafonía.

Fuente Librilla. Tarde del 3

El partido empezaba en media hora. Abrí la puerta. Me subí la cremallera de la cazadora. No habían dado las cuatro y media. El sol se contoneaba entre una hilera de nubes. A esa hora ya no le daba tiempo a imponerse. Crucé por el callejón de la Salera y llegué a la cuesta. Vi a algunos críos al fondo. Botaban un balón. A la altura de la cabina ya se oía la música. Una canción con gaitas. Ni idea. Cada poco se difuminaban y entraba el mensaje enlatado. Más gaitas. Saludé con la cabeza a un grupo de adolescentes en pantalón corto y calcetas.

—¡Vamos los furbolistas! —dijo el Listo, unos metros por detrás. También lo saludé.

Alguna vez me sentí futbolista en ese camino. Se me tensaban los cuádriceps al pasar por el parque. Llegué al campo. Habían desbrozado el acceso y los alrededores. Los zagales ya calentaban entre las áreas. Un par de tipos en chándal recogían balones y lanzaban brazadas al aire. Al fondo, en la carretera estrecha que separaba el campo de la escuela, una C-15 con los cuatro intermitentes. Como el terreno estaba dispuesto en bancales a diferente altura, el personal se sentaba en el asfalto o al borde de la linde del campo para ver el partido. Los más finos preferían la acera de cuatro palmos que rodeaba la valla rojiza del colegio. No había casi nadie.

Apoyé la mano en la valla de dos metros y pico que escoltaba una de las porterías. Estaba mojada. Me fijé en un palitroque de unos 15 años. Pajizo, boca abierta, ojos despiertos. El pelo le cubría media oreja. Llevaba las botas desatadas y las calcetas a la mitad de la tibia. Se agarraba con los dedos los puños de la sudadera. Le llegó una pelota. La controló con la izquierda. Se le fue un par de metros y trotó con suficiencia. La pisó. Se la pasó de un pie a otro. Dibujó un par de bicicletas. Se la adelantó con el exterior. Tres pasos de carrerilla. Chutó. Sonó limpia. La pelota se elevó sin girar y entró por la

escuadra derecha. El portero ni se movió. Oí una respiración quejosa a mi espalda. Me giré. Andresín. Nos saludamos con la cabeza. Vino a mi lado.

—¿No decías que los zagales ya no saben jugar? —dije.

Se cruzó de brazos y levantó media sonrisa.

—¿Este? —señaló con la barbilla—. Es un zángano.

Tiraron otros dos. Uno la mandó a Gebas. La otra se la paró el portero. Mordida, a media altura, fácil. La pelota volvió al de las botas desatadas. La levantó y la tocó dos veces con la espuela. Se la pasó a la derecha por encima de la cabeza, controló con el exterior y se perfiló. Dos pasos. A la otra escuadra. Le sonreí a Andresín.

—Más gandul que una estera.

—Sabe pegarle.

—¡Que sus huesos valen pa otro, Santini, que no corre!

Alguien dijo «¡Ángel!» desde la acera. Una zagala. Él se giró y tiró hacia la linde. Trotaba como los que saben que pueden hacer que las cosas vayan de una determinada manera. Una definición de talento. Andrés carraspeó con moco. Escupió hacia el otro lado. Bordeamos la valla. Ángel nos saludó con la cabeza. La zagala se le enredaba en el pecho. Le devolvimos el saludo.

—Tú jugabas más que este. Pero más. Muncho más. Más todavía. Una cosa es pegarle bien a la pelota. Que hay que saber, coño, no digo yo que no, hay que saber y es verdad que el zagal le pega limpio, pero lo importante —se golpeó la sien con el índice— está aquí. Si no entiendes el juego, no vas a ningún lao.

Alfredo y el Pakero estaban apoyados en la valla de la escuela. El Pakero llevaba un megáfono. Hablaban con uno que no reconocí. En cuanto me vio, levantó las cejas. Me indicó con la mano que me acercara. Llevaba una diadema naranja en torno al moño.

—¡De ti estaba yo hablando, escritor!

Le di la mano a los tres.

—Le estaba contando a Joaquín lo de *Dos hermanos*. Los bandoleros Pak y Alfred —señaló al seboso —. En el establo del Cequicas, ¡Sí señor!

—Pero no roban por robar, roban por necesidad —dijo Alfredo con el índice en ristre.

El otro asentía. El Pakero levantó el pecho.

—De momento es un bosquejo, ¿sabes? Quiere decir que es una primera prueba pero que después quedan más pruebas. Díselo, escritor.

—Sí, claro. Es un bosquejo. Pero la esencia está ahí.

—La esencia está, ¿has oído, Joaquinín? El Pakero y yo en un libro. Eso no lo puedes decir tú, ¿eh, Joaquinín?

—¡Ni Joaquinín ni nadie, vaya un capullo! —remató el Pakero.

Nos sentamos en el centro de la acera. A mis pies se extendía un charco negro. Olía a aceite de motor. Andrés se sacó del interior de la chaqueta un paquete de Marlboro. Extrajo uno y me ofreció la caja. Le dije que no. Ángel besó a la zagala. En su vuelta a la tierra se topó con una pelota. Trotó hacia ella y clavó el pie izquierdo por debajo. La pelota se elevó hacia la portería y cayó en picado, como si hubiera chocado contra una pared invisible. El portero corrió hacia atrás. No llegó por un palmo. Entró botando y quedó envuelta por la red, en una esquina. Habría dado un brazo y 20 años por esa zurda. Andrés me miró. Volvió a levantar media sonrisa.

—Que sí —dijo, tras encenderse el cigarro—, si sabe tocar la pelota, pero to eso luego hay que hacerlo cuando el árbitro pita, ¿sabes lo que te quiero decir?

Dos matrimonios pasaron a nuestro lado. Saludaron. Serían de Pliego. Ellas llevaban mochilas de tela verde con cordones. Se quedaron de pie al borde de la carretera. El sol aún resistía. Se oyeron los palomos del Faroles, un viejo que tenía el corral al otro lado de la carretera. Los hierros de un remolque al pisar un bache. Una vieja pasó por delante. Nos miró con la boca abierta. La Gerónima, una amiga de mi abuela. Cuando te veía por la calle te preguntaba adónde ibas y de dónde venías. La hacía muerta.

—¿Qué hay, nene?

—Fútbol —dije.

—Ah.

Siguió caminando. Tenía los tobillos salpicados de manchas violetas. La acera se llenó. Críos, padres, scooters, alguna bici. El árbitro pitó. Sacamos nosotros. Algunos jalearon. Sonó la sirena de un megáfono. Me levanté. El

Pakero. Gran idiota desde tiempos inmemoriales, gustaba de acudir a cualquier evento social con un megáfono que le tocó en una rifa. Imitaba a Manolo Lama, cantaba *Mi carro* y hacía la broma del coche que estorba en el aparcamiento y luego no. Estaba subido en el murete de cemento que sujetaba la valla.

Devolví la vista al campo. Los de Pliego estaban mejor colocados. No es que supiesen qué hacer con la pelota, pero les bastaban pocos movimientos para ahogar los ataques fuenteros. Ángel jugaba en la mediapunta. Bajaba a recibir al centro del campo. Incluso más abajo. Daba igual. El central se la pasaba y cuando avanzaba diez o doce metros se liaba regateando. Nadie se movía. La perdía, y, eso lo dijo siempre Andrés, perderla antes de llegar a mediocampo significaba gol en contra. Decía él que porque el fútbol era «lo más justo que hay en el mundo, contrariamente a lo que muchos piensan, y si no sabes qué hacer con la pelota, si no entiendes el juego, lo justo es que te marquen un gol». La pelota le llegó al delantero de Pliego. Un bigardo de pelo rizado que corría con las piernas hacia dentro y salivaba demasiado. La quiso parar con la izquierda para meterle con el interior de la derecha, pero era malísimo. El control se le fue a cuatro metros, así que nuestro central llegó antes. Pero tampoco sabía qué hacer, entonces metió el cuerpo. El lechuguino chocó y tumbó al defensa. El público gritó. Manos al aire. Andrés apretó los labios. No era falta. Entonces el de Pliego se la acomodó y la mandó a la acequia, que era lo que parecía querer desde un principio. Les pasa a muchos futbolistas y yo lo entiendo: si yo no sé jugar, nadie jugará.

—Sabes que va a levantar el tío la cabeza y va a abrir a banda, que estaba el otro solo —dijo Andresín, la cara entre las manos.

De gente como él a veces sorprende que lamente los fallos del rival, pero la realidad es que su único equipo era el de las jugadas bien ejecutadas. Prefería un gol en contra a siglos de inoperancia. No sé cómo lo hacía, pero siempre levantaba la mirada antes de que el portero sacase. Achinaba los ojos en los primeros pases. Aflojaba los labios conforme la pelota avanzaba. Los movía, quizá invocando al dios del fútbol.

—Eso —decía si se jugaba a dos o tres toques, si corría el balón y no el tío—, eso es.

Miré a la derecha. La C-15 con los cuatro intermitentes tapaba el tramo de carretera que llevaba a las casas siamesas de Sixto. Recordé la tarde de mi inspección. No había pasado ni una semana. Era una manera irónica de acabar un intento de carrera literaria. Pensé que tampoco era un drama y me di cuenta de que eso era lo que me decía cada vez que me comía una mierda. Pero no lo era, no. Me seguía quedando paro. Buscaría zagales. Clases particulares. Y en verano, a los tomates. Algo habría para alquilarse. De la acequia para abajo. O en los Cortijos. Sin mucho jaleo. Algún viejo se estaría muriendo y algún hijo agobiado aceptaría un alquiler barato a cambio de abrir las ventanas mientras le busca giro a la casa. Podría invitar a Sara. Bromear. Decirle que yo también tenía las llaves de la casa de un abuelo muerto. Que flipabas con el sofá, unos cojines de dos palmos de alto.

—¡Noooo, cierra! —dijo entre dientes Andresín—, ¡sal, portero!

Un tirillas de Pliego entraba solo por la izquierda. Nuestro portero hizo caso a mi viejo entrenador y salió con las manos extendidas. El tirillas levantó la cabeza. Le metió con el interior. La pelota ascendió con rosca hasta el segundo palo. Por allí entraba el lechuguino al trote. No marcó el cabezazo con un giro de cuello, ni siquiera se puso de puntillas. El balón se le estampó en el lateral de la frente y entró botando en la portería.

—¡Gol! —gritaron los plegueros. En ese grito, el de un gol desde el terreno de juego, se consuma la mayoría de cambios de voz. Muere el niño y nace otra cosa.

El lechuguino corrió al córner. Saltó con una rodilla encogida y lanzó un puño al aire. Se abrazaron.

—¡Hijos de puta, gitanos! —gritó alguien.

—¡Que son zagales, hostias! —respondió otro alguien.

—¡Vaaaaamos Fuente Librilla, ahora os quiero ver, vamos! —megafoneó el Pakero.

Andrés se encendió un cigarro. Ángel aplaudió, animando a sus compañeros. Uno con un tupé que pesaría 50 kilos sacó de centro. Hijo de algún Rabote, supuse. Un grupo de críos correteó a nuestra espalda. Me giré. Tendrían ocho o nueve años. Uno de ellos, rapado, blandió un tocón de leña y amenazó al otro, que retrocedió hasta el borde de la acera. Una vieja con

chepa y luto llegó y le quitó el palo. El rapado se batió en retirada. La vieja soltó el leño a mi lado. Nuestro equipo tenía la pelota, pero seguía sin saber qué hacer con ella. La movía entre los centrales. Uno de ellos avanzaba sacando pecho, pero se le bajaba la persiana al pisar la divisoria. Solo tenían que vigilar a Ángel. A veces se escapaba de alguna escaramuza y llegaba a la base. Levantaba la cabeza. Metía un pase cruzado al hueco que nadie entendía. Se lamentaba. Reemprendía el trote con la cabeza gacha. Jugar en equipo pero demasiado mejor que el resto es otra forma de jugar mal.

Andresín aplastó el cigarro con la puntera de la J'hayber. Apoyó las palmas en las rodillas y se levantó. Arrastraba las manos en el aire, en dirección a la portería de Pliego. De momento no decía nada. Ya no había rastro de sol. Todo era una masa nubosa compacta y uniforme. Pensé en mi padre. ¿Qué estaría haciendo? Ni le propuse lo del partido contra Pliego. Le gustaba el Madrid más que el fútbol. Estaría con la pata en alto, sentado a la mitad de la mesa de la casa-tienda, viendo pistoleros en 13TV. La carrera era al día siguiente. No llegaríamos ni a la recta de El Berro, pero sería bonito. Un buen momento para contarle mi plan, que me iba a dejar de historias y me quedaba en el pueblo. Que podía contar conmigo en su nueva vida. Que esta vez sí. Le gustaría. No diría nada. Lo rumiaría y lo dejaría caer luego en el bar del Librillano. Subiéndose la bragueta, de vuelta del baño.

—¡Aaaabre, que tienes al tío solo! —Andrés ya dirigía al borde de la linde.

Ángel la pisó y chutó con el interior. La pelota dibujó una parábola, chocó en el larguero y salió. Andrés, brazos en jarra, pateó un hierbajo. Una mancha roja apareció en la esquina de la Vereda. Al fondo. Más ancho que una moto. Más ruidoso. Más lento. Un quad. Giré el tobillo. Aún dolía cuando lo movía después de un rato.

Un central clavado a Xuso Jones se la dio a un centrocampista, pero rebotó en un defensa y le volvió. Avanzó hasta la frontal del área. Chutó sin levantar la cabeza. El portero la sacó a córner.

—Está bien intentao —dijo Andrés entre aplausos—, ¡está bien intentao!

El quad redujo. Dobló la esquina y enfiló la recta del colegio. La cabeza de tres palmos. Recordé la escena, hacía 20 años. En la plaza de la iglesia. Yo

metí un centro perfecto al segundo palo del banco de madera. No lo vi. Levantaba ocho dedos del suelo, coño. En una rosca magnífica, la pelota chocó contra su cabeza. Él la rodeó con el brazo, se sacó una navaja del bolsillo y marcó una X en el plástico blanco. La soltó y siguió caminando. La pelota tardó poco en adoptar la forma de un casco militar. Los ojos verdes rodeados de venas rojas. Las pupilas vibrando. La mandíbula cuadrada, siempre tensa. El pequeñico. Dionisio de la Cierva.

Bajó del quad. Se pasó la mano por el pelo canoso, cortado al cepillo. Meneaba los hombros al caminar. Una oscilación acompasada, como de serpiente en vertical. Se pasó la lengua por los labios. Me miró. Giró el cuello al campo.

—Con lo chico que es el pueblo y lo que me ha costao encontrarte esta tarde, ¿eh?

—Lo que cuesta es encontrarte a ti, chiquitín —dije.

Hasta la mitad de la frase no entendí que yo estuviera diciendo aquello. Pegó la barbilla al esternón. Me llegó su olor a caza.

—Me pensaba que estarías con tu padre en el Librillano, ahí jugando a las fichas hasta caerte de culo. Todos los Ropasuelta iguales. Toda la puta vida dando por culo.

Llegó a mi altura. El aliento le apestaba a leche entera. Me agarró del brazo y sentí cómo su zarpa helada apretaba mi carne y me llegaba al hueso. Giró la muñeca. Me retorcí. No estaba asustado. Dolía tanto que vi la escena con frialdad, casi a dos metros de mí mismo. Algunos dejaron de mirar al partido. Se formó un corro.

—¡Eh! —gritó Andresín.

El Enano aflojó la presión y me empujó hacia la acera. Apoyé la otra mano en una baldosa y evité la caída. Sus muertos. Se anticipó al movimiento del entrenador. Le sujetó un brazo por el codo y se lo pasó por detrás de la espalda. Apretó. Andrés se dobló por la cintura. El paquete de cigarros se le cayó al asfalto.

—¿Pero a ti quién te ha dicho na, puto viejo, a ti quién te ha dicho na? —masticaba Dionisio.

Fui a levantarme. Me tropecé con el tocón de leña de los críos. Lo blandí con las dos manos y me acerqué al Enano por detrás. Dos zancadas. Lo solté a la altura de la oreja. Al momento brotó un chorro de sangre que se le arrastró hasta el cuello. Soltó a Andresín. Dio un paseíllo torpe. Volcó. Nuestro central ganó un balón en el centro del campo. A la salida de un córner. Metió el hombro y salió jugando. Amagó con chutar. En el último momento, abrió a la derecha. Por allí entraba Ángel, que se perfiló para meterle con el interior al palo largo. Como a los buenos de verdad: el hecho de que se supiera qué iba a hacer no le impedía hacerlo. La pelota avanzó en una espiral suave y se coló por la escuadra. El portero ni se movió. Un golazo. Solté el palo.

Fuente Librilla. Mañana del 4

—¡Estate quieto, capullo en Dios!

Me picaban las axilas del roce con la tela. Mi padre intentaba sujetarme el dorsal con cuatro imperdibles. Él era el único corredor sin camiseta de la organización. En la mía, sobre un fondo azul cielo se difuminaban tres lamparones rosas. A la altura del pecho se leía «Cross Fuente Librilla Año Nuevo 2019». De los sobacos caían tres franjas. Rosas, también. Mi padre mantuvo una blanca de algodón. Dijo que la otra era muy cantosa. Sonó una sirena de megáfono. Diferente a la del Pakero. Una voz metálica dijo que quedaban cinco minutos. El cielo tenía el color del cemento. «Mejor que un solanero», dijo mi padre mientras bajaba las escaleras de casa. La brisa se deslizaba al ralentí desde la sierra. Estiré la pierna sobre el murete que bordeaba el parque. Me palpé el isquiotibial. Mi padre me palmeó el hombro y señaló la montonera de gente en la línea de salida. Nos acercamos. Rotación de tobillos.

—Deberías estirar —le dije.

Apretó los labios y asintió. Rotación de rodillas. A mi lado, dos zagalas de unos 35 se subían las calcetas. Dorsales 654 y 655. Hablaron. De cerca de Albacete, supuse por el contoneo de las eses. Mi padre se frotó la palma de una mano con el puño de la otra. Estiré los cuádriceps. Se abrió paso entre un grupo de zagales.

—Quitarse, nenes —dijo entre dientes.

Lo seguí. Levanté las manos en señal de disculpa. Los críos me miraron y siguieron a lo suyo. Gente sana. Ahora estábamos en medio de la montonera. Roté la cadera. Él se reajustó la cinta. Si no fuera por el olor a jamón seco que me llegaba, habría dicho que mi madre la lavó. El amarillo parecía más intenso. Se pasó la mano por el dorsal. Delante de nosotros, el Etarra, gorra con la visera hacia atrás, una muñequera en cada mano,

estiraba el gemelo. Se giró. Lo saludamos con la barbilla. Se agachó para atarse la zapatilla. Mi padre aprovechó para ganarle la posición. El otro no sabía por dónde le venían, así que se apartó. Volvió el megáfono. Tres minutos. El viejo metió el hombro entre la Pandigo y Carmen María, la cuñada de Juanjo. Interrumpieron la conversación. Él dio una zancada larga y se colocó delante. Repetí el gesto: palmas al aire. Ellas negaron con la cabeza. Me costó alcanzarlo. Bordeaba cuerpos. Se agachaba. Lo alcancé. Me agaché para atarme los cordones de las zapatillas. Un nudo en un sentido y el siguiente, en el contrario. Lo leí por ahí. No se desatan jamás. Fui a decírselo, pero había desaparecido. Vi una tira amarilla avanzando de manera implacable. Pedí más perdones que en mis 29 años. Y allí estábamos, la línea blanca a nuestros pies, hombro contra hombro contra hombro, flanqueados por dos columnas de publicidad de Hero. Sonó el disparo.

—¡Vamos los de mi pueblo! —gritó el Ropasuelta.

No habíamos completado una zancada y ya nos habían adelantado 20 o 30 pimpollos. Mi padre sacó pecho. Escondió la cabeza entre los hombros. Las abuelas y los nietos aplaudían desde las aceras. Uno que pesaría 35 kilos rozó el hombro del viejo al adelantarlo. Él apretó la mandíbula. Reprimió el instinto de acelerar y clavarle el codo en el costado. Llegamos al cruce de la cabina. Enfilamos la recta que llevaba a la Vereda.

—Con tranquilidad, papá, que esto es muy largo.

Me miró. Tenía los ojos inyectados en sangre. Quizá no fuera el momento. Me centré en mi tobillo. Recuperé la marcha de vendedor de cupones. Rompí a sudar. Noté cómo unas agujas se me clavaban en el estómago. Se me secaron los labios. Me rasqué las axilas. Nos adelantaron otros 20 o 30. Las piernas me pesaban un quintal. Diría que se sumaron participantes, sin dorsal y sin nada, al ver que el coche escoba lo marcábamos mi padre y yo. A alguno le dio tiempo a echar fotos. Quién no se iba a animar. Acabó el asfalto. Bajamos la cuesta que llevaba a la acequia. Había depositado algunas esperanzas en el perro de la Tacones. Un ladrido que sorprendiese a alguien. No digo un infarto, no, un susto, un mal giro, otro tobillo a la mierda. Una pequeña ventaja, medio milímetro al que agarrarse. Pero qué va. El chucho yacía en la puerta de su casa de madera.

No levantó ni los ojos. Los aplausos del pueblo quedaron atrás. Tragué saliva. Llegamos a la base. Levanté la mirada. La masa de corredores se iba dividiendo hacia la mitad de la rampa. Dos grupos que serían tres. Cuatro, al final de la recta de los invernaderos. Me sorbí los mocos con el dorso de la mano. La cuesta era nuestra. Nos pertenecía. A Matías Martínez y a su hijo menor.

—¿Quieres correr normal, hostias? —dijo mi padre—. Pareces un zompo.

Mientras decía lo último dejó de mirarme. Lo hacía cuando consideraba que lo dejaba en ridículo. Normalmente, cuando mi madre me mandaba al Librillano de madrugada, para que volviera. Él me agarraba por encima del codo y me preguntaba si es que no sabía lo que significaba «últimas fichas». Y miraba hacia el otro lado. Como si le doliese sentir ese desprecio. Pero tenía razón. Además, mantener la pierna rígida durante 12 kilómetros sería peor que el dolor. Que nos quedara la estética al menos, me dije. Aflojé. Adoptamos algo parecido a un ritmo sostenido. Se oyó un trueno. En la sierra ya llovía. La tierra húmeda se acumulaba en la goma de las zapatillas. Una mujer con gorra se abrió al borde del camino y se sentó a dos por hora. Nuestros ojos se cruzaron. Se masajeaba el muslo con la cara encogida. Llegamos a la cumbre. Mi padre me miró y asintió. Volver al llano me permitió tomar aire. De golpe me volvieron los males: la garganta seca, las agujas en el estómago, el picor en las axilas, los dos mil kilos en cada pata. También noté una sierra entre la cadera y el muslo. Y, me cago en la Virgen del Rosario, el horizonte se alarga cuando no estás pudiendo subir una cuesta. Era imposible llegar a los invernaderos. Pasamos junto a las dos montañas de estiércol. La peste se me coló por todos los agujeros. Pensé en decirle al viejo que ya podrían haber quitado los montones de mierda, que vaya tela. Pensé que él respondería que estaba rodeado de tontos. Que siempre lo estuvo.

—¡Ñieee, ñieee! ¡Guuu! —repetía con un tono hueco que le salía de las tripas.

No sé cómo, pero llegamos a los invernaderos. La estrechez del trecho obligó al grupo gordo a desgajarse del todo. El eco de las pisadas rebotaba en

las mallas de plástico. Dejé de oír los gruñidos del Ropasuelta. Se me pegó por la izquierda un morlaco con mallas de compresión naranjas. Levantó el brazo y miró una pantalla que sujetaba con una cinta negra sobre el codo. Asintió. Aceleró y levantó una corriente de aire que me esturreó el flequillo. Empujó a tres o cuatro. Se oyeron gritos a la mitad del pasillo. Tragué saliva. Se me taponó un oído. Vi en un lateral a tres viejos y un zagal. Sentados. Se revisaban las piernas y los brazos. Uno decía que no podía mover la rodilla. Le sangraba. Otro le escurrió el culo de una botella de agua en la herida. Llegamos a las rampas en curva que daban a la casa de los guiris.

—¿Cómo vas? —dijo el viejo. Me miró de reojo.

—Muerto.

—Muerto —repitió—. ¿Te has comido el ajo?

Asentí. No sé cómo lo miré, pero soltó aire por la nariz. Lo entendí como una bandera blanca. El reverso piadoso de su airado sorber nasal. Se oyó un trueno. En el patio de los guiris seguía la pila de sacos de cemento. Un pastor alemán rodeó la casa. Ladró. Apoyó las patas en los topes horizontales de la valla de acero negro. Una guiri con pañuelo floreado en la cabeza —no supe si por hippismo o cáncer— bajó las escaleras del porche de un salto. Le dijo cuatro cosas al chucho.

—Es que hay que hablar —siguió mi padre. Levantó las cejas—. Durante la carrera, ¿sabes lo que te quiero decir? Hablar para acompasar el ritmo cardiaco. Se gana resistencia. Lo dijo el médico del corazón en *El Larguero*.

—¿Tú cómo vas?

Asintió. La cinta del pelo le surcaba las cejas. La guiri se acercó al perro. Iba en pantalones cortos. Lo reprendió en guiri, el dedo en ristre. El chucho bajó las patas de la verja y se alejó. Me pasé la mano por el lateral del muslo. Noté el bulto del diente de ajo. Doblamos un recodo. Ya se veía la uve que llevaba al cementerio de Gebas. Dejamos atrás a un grupo de mujeres con palos de montañero. Pensé que esos palos tendrían un nombre técnico. El sonsonete de nuestros pasos acoplados se me metió en los sesos. Tragué saliva. Me rasqué las axilas. La irritación se intensificaba con el sudor. Me remangué. También aumentaron los pinchazos estomacales. Y las piernas, a pesar.

—Entonces le soltaste —dijo.

¿Qué capullo decía?

—Al chiquitico —siguió—. Le soltaste, ¿no? Si estoy yo lo espabilo. Con la primera se mea encima. Y con la segunda lo vuelco. Y venga palos. ¿Cómo fue?

Ah, eso.

—Pero si lo sabes ya.

Me costaba respirar y hablar a la vez.

—Sí, hostias, pero quiero que me lo cuente mi hijo, ¡mi propio hijo! —enseñó los dientes. Le vi el charco de saliva sobre la lengua.

—Pues na, llegó y nos insultó y le metí con un palo.

—¿Me lo quieres contar bien, capullo? —dijo entre dientes.

Lo miré. Volvió a tronar. Apartó los ojos. Tragué saliva.

—El Enano llegó —empecé.

Pisé una piedra. Levanté el pie al instante y cambié el peso a la otra pierna. El tobillo se me endureció. Se había vuelto a torcer. Se me nubló la vista. Cojeé hasta el borde del camino y me senté junto a unos hierbajos. El viejo levantó el morro. Se colocó a unos metros de mí. Trotó sin moverse del sitio. Jamás pensé que lo vería adoptando esa actitud de runner urbanita. Levantó la barbilla. Me señalé el tobillo. Me quité la zapatilla y bajé el calcetín hasta el talón. Lo masajeé con los pulgares. Sus muertos, lo que dolía. El viejo escupió al otro lado. Se frotó la palma de una mano con el puño de la otra.

—A ver —dijo, y se agachó. Le crujieron las rodillas.

Acercó la oreja al tobillo. Se colocó mi pie sobre el hombro y me deslizó las manos desde la rodilla. Notaba los callos. Llegó al tobillo. Lo rodeó con las dos manos. Con una apretaba y con la palma de la otra acariciaba el hueso.

—Esto nos lo hacía el Rabote en la mili. ¿Esa te la he contao? ¿La de cuando Alegrías se tropezó con una caja de limones y sangró como un marrano, que llegó el Rabote y dijo que no sabía que podía haber tanta sangre dentro de un bulto con ojos, que le dio cuatro fretes y enseguida

Alegrías estaba subiendo cejos, brincando como un conejo? ¡Me cago en Dios!

Estiró el cuello y carraspeó. Imaginé una pelotera de mocos subiéndole por la tráquea. Los agrupó en la boca. Escupió. Pude ver la masa verde en pleno vuelo. Me dio una palmada en el tobillo. Se apoyó en las rodillas y se levantó. Formó una visera con la palma de la mano. La hilera de camisetas rosas circulaba ya por la recta de El Berro, pasado el mirador. Meneó los labios. Me sorprendió que no dijera nada. Volvió a tronar. Me cubrí el hueso con el calcetín y me até la zapatilla. Él estiró los cuádriceps. Esprintó a lo ancho del camino. Esprints de cuatro pasos. Se recolocó la cinta. Antes de levantarme, me encorvé y le di la espalda. Me metí la mano en el bolsillo. El diente de ajo se había oxidado. Me lo metí en la boca. Lo mordí. Un frescor narcótico se me extendió por el paladar. Me lo tragué. Troté. Soportable. Mi padre me señaló el camino con la barbilla. Reemprendimos la marcha. La cuesta era un muestrario de pisadas. El viejo ajustó la zancada al desnivel y descendió en zigzag. De vez en cuando se le aceleraban las piernas y equilibraba con los brazos. Tenía su estética. Lo alcancé en el último tercio. De nuevo acompasados, aprovechamos el rebufo de la bajada para subir un trecho sin mucho desgaste. Las piernas ya no me pesaban. De las rodillas a las cejas, mi cuerpo era un todo, ni estómago, ni axilas ni capullos, un tronco indeleble ajeno al paso del tiempo. Me pasé la lengua por la parte interna del labio inferior y arrastré un trozo de ajo al centro de la boca. Lo trituré. Me lo tragué. Volvió a tronar. Se oyó el golpe del agua contra la arena. Enseguida lo noté en los brazos.

—El Enano llegó —empecé de nuevo.

—Sí.

—Se puso churubito.

—Hijos de puta, son todos iguales. Me cago en el dios que los cagó. Con su chacho Millonario tuve yo varias. Se puso churubito…

—Justo. ¿Entonces tuviste tú varias con don Sixto?

—¿Tú solo? —se pasó el dorso de la mano por la nariz—. Digo si le diste tú solo.

—Sí, ¿pero qué te pasó a ti con el Millonario? ¿Sabes por qué se fue?

—¡Nene, una cosa detrás de otra! ¿Pudiera ser?

Coronamos la cuesta. Una cinta de plástico blanco con rayas rojas se extendía a lo largo de los pinos del cementerio. Tapaba la puerta, por si alguien pensaba que la carrera tiraba por ahí. Trazamos la curva cerrada. Llegamos al mirador. A ambos lados de la carretera se situaban puestos de avituallamiento. Mesas de plástico blanco bajo pérgolas rosas de un par de metros. Dos filas de críos con gorra ofrecían botellines de agua sin tapón.

—Resulta que fue a pegarle a Andresín.

—Hijo de puta. ¡Hijo de puta!

—Le cogió el brazo así a la altura del codo y se lo retorció. Tiene fuerza, el cabrón.

—¿Los enanos? Mucha. Fuerza y mala hostia. Toa la que quieras. Entonces le diste.

—Me acerqué y le metí un poco de hombro. Pa que viera que no iba de broma. Le dije que por qué no dejaba de tocar los cojones.

—Sí.

—Me dijo que quién me había a mí dado vela en aquel entierro, que tal, que por qué no me iba con mi padre a jugar al dominó hasta caerme de culo, que…

—¿Te dijo eso?

—Sí…

—Sus muertos —enarcó las cejas y escupió al borde de la carretera. La cinta le volvía a amontonar las cejas.

—Cogí un palo que había allí arramblao, en la puerta de la escuela, un tocón largo, así, y le metí en el cuello.

—¿En el cuello? —me miró extrañado.

—No sé, entre el pecho y la frente. En la cara. Salió sangre enseguida.

—En la nariz, sería.

—Sí. Y puso unos ojos, papá… de no creérselo. Se le pusieron en blanco y ya volcó.

—Ya volcó.

Tragó aire por la nariz. Llegamos a la altura de los críos. Yo cogí un botellín y me lo vacié sobre la cabeza. Noté cómo se me hinchaba el bigote.

Me pasé el dorso de la mano por el morro. Estornudé. Cogí otro. Me lo bebí de un trago. Lo tiré al suelo. Oí gritos al otro lado. El Ropasuelta arrastró su zarpa por la sucesión de manos infantiles. No quedó una botella en pie. Los críos se agachaban a coger el plástico. Las madres gritaron. De sinvergüenza para arriba. El viejo me miró de reojo. Levantó una comisura. Disfrutaba. A su paso se dibujaba un charco alargado que sellaba con las suelas de las Yumas. Un artista tocando el cielo con las manos, mi padre. Nos juntamos en el centro de la carretera. Olía a cuero mojado. Pasamos junto al restaurante del mirador. Nunca habíamos llegado hasta allí. Quise decirle algo. Chistó.

—Los tontos estos —dijo, señalando con la cabeza a cuatro guiris ensandaliados alrededor de una mesa—. Si esto fuera mío les cobraba hasta por respirar. Esta gente es tonta. Echas un zurullo, lo metes a la brasa, se lo sacas con una miaja tizón en un plato negro y hacen palmas con las orejas. Son tontos.

Levanté el pulgar.

—Hay que hablar —trazó círculos en el aire con las manos—. Es bueno. ¿Eso del libro qué? Tú no dices na, pero yo me entero.

—Eso del libro na —me encogí de hombros.

—Que sí, capullo. Si lo sabe to cristo.

Era raro oírlo así. Le cambiaba la voz, se le levantaba hacia el final de las frases, como si su aparato fonador no estuviera preparado para tanta palabra. En qué momento se me ocurrió decirle que era aconsejable hablar mientras se corría.

—¿Entonces qué?

—Entonces na. No hay nada. Me conté una mentira y me la he creído bastante tiempo. Supongo que tenías razón el otro día. En la cena, cuando dijiste lo de que algunos nos creíamos más por… cuando le soltaste aquello al Carlos. Pues puede ser. Puede ser que yo haya tenido miedo de aceptar que no soy más que uno de aquí. Pero ya está. Me voy a dejar de historias. Ahora cuando acabe la Navidad buscaré dos o tres zagales para darles clases. De apoyo, para los deberes y eso. Me sacaré unas perras y con lo que me

queda del paro lo mismo me busco algo. Gastos tengo pocos. Y luego los tomates. La Encarnita siempre necesita gente. O el almacén del Petecas.

—No he conocido a nadie que haya sacao na con fuste de un libro —cruzó las manos a la altura del pecho—. Meter los sesos ahí…con to lo que tiene que hacer un hombre al cabo del día…

—Bueno…

—¡Una tontuna!

Abandonamos el asfalto en la entrada de Gebas. Tomamos un camino que transcurría paralelo a la carretera. Volvimos a pillar algo parecido a un ritmo. Pescamos a unos cuantos.

Bordeamos los bancales de la Chifana. Un galgo tuerto nos acompañó al otro lado de la valla de su corral. La lluvia arreció. Subimos un repecho y llegamos a los Cortijos. Cruzamos la carretera que unía Fuente Librilla con la sierra. El viejo pisó un manto de hojas mojadas y patinó. Se cagó en Dios. También en san Dios. Yo corría, sin más. Cogimos el camino que llevaba al Castillo. A ambos lados se levantaban caserones de la época de la burbuja inmobiliaria. Escalera en embudo en el centro, naranjas y amarillos pálidos, piscinas. Mi hermana quiso comprar una. La que estaba pegada a los naranjos de la cuesta. Era del Chirinos. Le dieron un crédito y levantó un castillo. Luego lo mandaron a la mierda en el cebadero. Vivía en su mansión sin luz ni agua. Para cualquier cosa, se acercaba al canal. Nunca quitó los plásticos de los marcos de las puertas y las ventanas. Una vez lo vi en calzoncillos dando balonazos a la fachada trasera. Tenía buena zurda. Se enamoró de una de Alcantarilla y se largó. Colgó un cartel de «Se vende». Pedía 120 000 euros. «Muy caro para cómo están las cosas», decía Rosario. Ella quería el solar sin nada. Volver a empezar nunca fue una opción.

Desde la base de la cuesta se veían algunas cabezas. Noté la camiseta pegada a la piel. Miré al viejo de reojo. Había vuelto a sacar pecho, pero arrastraba las zapatillas.

—¿Vas bien?

—Voy en la gloria —dijo—. En la gloria bendita.

Alcanzamos el Castillo, una casa semiderruida en el punto más alto del pueblo. En los 2000 se convirtió en el local de ensayo de Los moros de mi padre, una banda de cochera punk liderada por el Bien Peinao. En mi adolescencia adoptó la forma de botellódromo y supongo que picadero. A lo ancho de la carretera se extendían los botellines estrujados y con la etiqueta medio despegada. Tapones, una gorra. Le di una patada a un amasijo de plástico. Salió rodando y se coló por el hueco del canal. El viejo hizo un movimiento raro. Se cagó en algo. Volcó. Apoyó las palmas en el asfalto. Miraba con la boca abierta, desorientado. La cinta se le había levantado de un lado. Como los raperos. Tenía barro en las comisuras de los labios. Me tendió una mano. Le temblaba el labio. Tiré de él y le pasé la mano por la espalda. Señaló los naranjos. Cojeaba. Esquivamos el chorro de agua y bajamos al bancal. Apoyó la espalda en un tronco. Se quitó la cinta amarilla y la lanzó a la carretera. La lluvia se colaba con cierta timidez entre las ramas. Amainaba. Vi un reguero rojo desfilando por detrás de la oreja del viejo, hasta el cuello. Se oyeron cohetes y aplausos. Alguien había ganado.

—Átamela fuerte, con maña. Hay que hablar. Es bueno.

Me puse de cuclillas y tiré de los dos extremos del nudo. La tela crujió. El viejo me sujetó por debajo del codo. Significaba que era suficiente. Le dije que en la meta había un médico, que fuéramos. Dijo que no. Se quitó la camiseta y la convirtió en un vendaje. Parecía que veníamos del Dakar. Resopló y apoyó la cabeza en el tronco. Se me cargaron las piernas. Me senté en una piedra. Se oyó un trueno. Pasé el dedo por la capa de barro de un tormo a mis pies. Miré al cielo. La masa gris se iba diluyendo.

—Pues sí, nene —dijo mi padre, girando el cuello sin separar la cabeza del tronco—. Yo tuve varias con el Millonario.

—¿Te duele?

Me coloqué frente a él. La tensión de la tela le teñía de rojo la piel sobre las cejas. Fui a aflojarla. Me apartó los brazos de un manotazo.

—¿Te has mirado los codos y las rodillas? —dije—. ¿Tienes más heridas?

—Esa gente… mira que han tenido perras —meneó la cabeza, los ojos apuntando al horizonte—, pero nunca han dejado de ser miserables. Nunca.

Su madre, la tía Pitita, le decía al abuelo que ella conocía a los municipales y que él sabría. La marrana. Pero es que su abuelo fue el que le dijo al cura que Rodríguez se quejaba de que no le habían pagao el yeso pa la pared de la iglesia. Y fueron los guardias de asalto y casi lo matan.

La piel le brillaba. Los pezones, como recién estrujados, miraban hacia abajo. Luego tres pliegues de pellejo marrón y la gran circunferencia. Lunares. Una verruga. Estaba gordo y flaco al mismo tiempo. Se apartó de la cara un triángulo de tela. Resopló.

—Y Sixto, el más miserable de todos. Más perras, más miserable —cabeceó y me miró—. En fin, que se fue porque yo lo eché del pueblo. ¿No querías saber eso?

—¿No dicen que tenía cáncer?

—En los huevos tenía cáncer —se agarró la genitalia—. Tú sabes lo del vertedero, ¿no?

Volví a la piedra.

—¿Qué del vertedero?

—El vertedero, capullo. El Millonario quería hacer un vertedero ahí abajo, en los Lobos.

—Sí. El mayor vertedero de escombro y tratado petroquímico de Europa…

—Eso.

—… para dar trabajo.

—Para dar trabajo mis cojones —devolvió la mano a su fuente argumental. Luego cerró los ojos y se arrastró el índice y el pulgar a lo largo de la nariz. Negó con la cabeza. Supuse que ya no sangraba—. Yo sabía que eso era embuste, pero uno, cuando es padre, pone a sus hijos por delante. Eso lo sabrás cuando tengas hijos.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Hablaba así con el resto de gente, cuando no mirábamos? ¿Había sido ese el problema, que le pedíamos que se expresase desde el epicentro de nuestra vida conjunta, sin oxígeno ni perspectiva, arranado en la misma silla en la que engullía riscos de pan duro? Extendí la mano. Seguía lloviendo.

—Lo hablé con tu madre. Total, que fui a su casa. Llamo. Me abre la ecuatoriana. Le pregunto por Sixto. Dice que sí, se va por el pasillo para adentro y vuelve. Que el señor me espera. La tercera puerta a la izquierda. Yo sabía que la casa era grande, pero él la había hecho… cómo te diré yo. Más espaciosa. Con alfombras y candelabros de mentira. Llego, llamo, adelante, adelante. No me había sentado y ya estaba sudando. El Millonario en un chándal del Real Murcia, viendo una carrera. Los mundiales o no sé qué. 10 o 12 negros, no se me olvida. Que qué necesito. Pues mira, Sixto, que como va a empezar pronto lo del vertedero y sé que vas a necesitar gente, pues que a ver si podías meter a mi hijo, a mi mediano.

Bajó la mirada. Se oyó el crujido de la cadena seca de una bicicleta. Los imaginé a los dos. De pie, el marrón de la pista de atletismo reflejado en sus caras. El Millonario saboreando un bombón con el que no contaba. Mi padre. Sus rodillas crujientes.

—¿Y qué te dijo?

Me miró con la boca abierta. Agitó la cabeza y se pasó la lengua por los labios. Tragó saliva.

—Mareó la perdiz. Me dijo que si es que a tu hermano no había manera de enderezarlo en la tienda.

—Hijo de puta.

—Yo sabía lo que estaba pasando, ¿sabes? —levantó el índice a media asta—. Yo lo sabía. Le digo que, bueno, que un padre siempre intenta que sus hijos vuelen solos, y que Jesús es mu trabajador, un poco cabezón, pero muy noble, y que allí en el vertedero le iba a sobrar faena. Y el cabrón dale que te pego con la tienda. Nos tiramos así un rato. Entonces estoy por irme y me dice: «¿Tú sabes lo que pasa, Ropasuelta?». ¿Qué pasa, don Sixto?

—¿Le dijiste *don* Sixto?

—Sí, hijo, sí —apretó los labios y cerró los ojos—. Dice: «¿Tú sabes lo que pasa, Ropasuelta? Que yo en mi vertedero voy a meter a personas a trabajar». ¿Cómo que personas? Dice: «Sí, voy a meter a personas, entonces… un burro, porque tu hijo no es otra cosa que un burro, no me cabe allí. ¿Tú lo entiendes, Ropasuelta?». Si lo cojo, lo desarmo.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada, cogí la puerta y me fui.

Se pasó el dedo por la frente, bajo la tela. Se lo miró y tragó aire. Pestañeaba a dos por hora. El ruido de la cadena seca se intensificó. Un manojo de rayos de sol apareció a la altura del Retamal, en la carretera de Mula. Se oyeron unos frenos. Secos, también. Alguien desmontó y dejó caer la bici. Vi unas Quechua negras y naranjas. Se acercaban. Una cabeza asomó por entre las hojas de naranjo. Llevaba casco y barba. Separó las ramas.

—¡Hola, muy buenas tardes!

Era uno de los zagales del fútbol. Jugaba de central. ¿Un Rabote, un Litri? Al parecer, le faltaba un hervor. Hablaba como si inventase un idioma sobre la marcha y solo fuera consciente cuando su interlocutor reaccionaba. Nos contó que era el coche escoba. «Bueno, el bici escoba, dijo», y se rio a trompicones. Explicó que todo el que iba detrás de él quedaba descalificado. Le dijimos que vale. Le sorprendió. Le dije que no se preocupara. Agité la mano, por si acaso. Levantó el pulgar y sonrió. Le faltaba un colmillo. Saltó el canal y volvió al asfalto. Vi cómo empujaba un pedal con el empeine para reemprender la marcha. Volvió a desmontar. Mi padre se dio un golpe en la panza. Levantó la mano y sopló. La cabeza con barba y casco asomó por entre los tallos. Dijo que había encontrado una cinta en el suelo, que si era nuestra. Nos la acercó con el índice y el pulgar. Por uno de los bordes se extendía una línea roja.

—Os podéis ir a la mierda los dos, la cinta y tú —dijo mi padre.

El otro le hizo caso. La dobló por la mitad. La dejó en el borde de la canaleta. Apoyé una mano en el tronco y me levanté. Me crujió el tobillo. Se había enfriado. Me agarré el pie por detrás y estiré el cuádriceps.

—¿Qué haces? —dijo el viejo.

—Deberíamos terminar, queda nada. ¿Tú cómo vas?

Hizo un gesto con la mano para que me sentase.

—Estarán ya dando los bocadillos y todo. ¿Vamos?

—Cogí la puerta y me fui —dijo, mirando al otro lado—. Para mí estaba todo dicho. Conforme salía pensé que, bueno, que una mata que no echó. Ya

encontraremos acomodo pa'l zagal. Iba de camino al obrador, que tenía que matar un marrano para el Obrero, el de Pliego, que en aquella época me hacía a mí mucho gasto. Y na, que no se me iba de la cabeza el tole tole. Lo del burro y eso, lo de tu hermano.

Asentí.

—Con que así es que abrí la puerta del obrador, levanté la persiana, subí mi radio, me eché un chorro de agua por la nuca y fui a por el marrano. Y dale con el burro. No se me iba. Crucé el corral, quité el candao y oí al marrano. Esmayao vivo. Miré por el agujero de la cerradura, que sabes tú que cabe ahí un cuello fino. No se me iba lo del burro. Puse el candao y volví al obrador. Cogí el martillo del abuelo, que lo tenía colgao de dos clavos, al lado de la pila. El martillo del abuelo.

—Sí, sí. El que usabas para meter las tuercas de la rueda de la furgoneta.

—¿Qué capullo las ruedas de la furgoneta? —frunció el ceño— El martillo del abuelo, el que usaba pa rematar a los marranos cuando estaba ya viejo. Lo cogí y salí para arriba. Al llegar a la cuesta me lo remetí entre la camiseta y el pantalón. Voy otra vez.

—¿A la casa de Sixto?

—Coño, claro —me miró con una sombra de indignación—. Cruzo el pasillo, abro la puerta. Pero bueno, Ropasuelta, ¿qué necesitas? Al hijoputa se le notaba guasón. Unos ojos de jabalí que le faltaban los colmillos.

—Cabrón.

—Pero bueno, Ropasuelta, ¿qué necesitas? Estaba detrás de un asiento, con la tele todavía. Venga negros corriendo. Y me saco el martillo. Una cara pasmo, nene… ojalá tuviera yo palabras para explicarlo. Tú sabes lo que hace esto en las cabezas, ¿no, Sixto? Sí, sí. Pues ya estás cortando de este pueblo. Dos o tres días te dejo. O vengo y te rompo la cabeza. No será que no te lo digo. Y entonces le meto un martillazo a la mesa. ¡Pum! La madera era buena. Aguantaba. Otro martillazo. ¡Pum!

Sentí el peso de los hombros, los brazos y la cabeza cayendo al estómago. Volví a sudar.

—Como te lo estoy diciendo, nene. Yo como padre no podía permitir eso.

Tragué saliva. Él apoyó las manos en las rodillas, bufó y se incorporó. Me indicó con la cabeza que me levantase. Le hice caso. Me temblaban las piernas. Separó las ramas con los brazos. Lo seguí. Saltó el canal y trotó a lo ancho de la carretera. Dobló los pliegues de tela que le caían en la cara. Llegó al asfalto. Arrastró los pies. Extendió la mano y miró al cielo negando.

—¡Pos na, ya ha llovío to lo que tenía que llover!

Bajamos la cuesta. Los pliegues de piel se le bamboleaban a cada paso. La panza botaba. Nos cruzamos con la Vinatera. Dijo algo. Levanté el pulgar. El viejo corría con la vista clavada en el centro de la carretera. Se me volvió a taponar el oído. Torcimos en la esquina del horno y bajamos por la calle Trasera. Notaba las miradas suspicaces en el cogote. La carrera había terminado hacía rato. Las madres bajaban la cuesta con el monedero bajo el brazo, hablando del arroz y de los hijos menores. El tráfico se había restablecido. Mi padre estiró el cuello y tosió desde las tripas. Escupió a la acera. El perdigón verdoso trazó una parábola perfecta. El arcoíris cruzaba la calle. El sol no terminaba de salir, y se agradecía: la brisa y el frescor que soltaba el asfalto facilitaban el trote. Al fondo, la nube se desplazaba hacia la ciudad. El viejo se peleaba con la tela colgante.

—¿Por qué no te pones la camiseta?

Me miró y levantó una ceja. Le señalé con la barbilla el turbante.

—Voy así más fresco.

Giramos en la esquina de la antigua almazara. Una paloma voló desde una de las tablas sueltas que jalonaban el tejado. Nos topamos con un camión de Cefusa. Iría a los cebaderos, que quedaban a la izquierda, a dos barrancos de las casas. Volví a pensar en la historia del martillo. Ojalá hubiera una mínima duda. Ojalá los wasaps de la amiga de Sara no existieran. Mi padre volvió a remeter en el círculo de tela los trozos que le sobraban. Los bufidos habían cambiado. Sonaban agudos, ahora. Se dio cuenta de que lo observaba y encogió el cuello. Me pregunté si sabría que le casqué a Dionisio por la espalda. Quizá sí. Me olió débil y me ofreció una oportunidad de reescribir la historia. Cuánta piedad. Quizá fuera lo mismo que hiciera él con la historia del martillo. O no. Me vio venir y me dejó

pensar que de pronto nos comunicábamos y se relamía pensando en el hachazo inminente, que golpear a alguien por detrás es la mayor bajeza que puede cometer un hombre, que dónde había aprendido eso, que, golpe al pecho, golpe al pecho, su propio hijo.

—A remate vamos a terminar el capullo de la carrera — rezongó. La voz le salía a trompicones. Me miró. Dios, era un viejo. La piel se le acumulaba entre los pómulos y los ojos. Los labios le temblaban. Cuando parecía que iba a decir algo, los cerraba y tragaba saliva. Intenté sonreír.

Pasamos junto a la casa de dos pisos del Millonario. Parecía sacada de una portada vieja del *Hola*. Una portada cuarteada, secada al sol, con un titular que dijera «Don Sixto de la Cierva nos abre las puertas de su nueva morada». O chalé. Morada no es una palabra que se use en las revistas del corazón. Me moría de sed. En la acera de enfrente, el Chachico sacaba el tractor de su cochera. Levantó la mano y sonrió. Lo saludé con la barbilla. Un gato cruzó la carretera y saltó el murete de piedra que separaba su casa del almacén de fruta de los Saleros. Me vino a la cabeza el final de su historia. «Yo como padre no podía permitir eso». Quise darle las gracias. Decirle que no pasaba nada. Sin mencionar el cáncer del Millonario o los cuernos a su mujer o la hija mala en América. Repetirle «no pasa nada, papá», cuando me preguntase a qué pijo me refería. Que sorbiese aire por la nariz, haciéndose el ofendido. Quise pasarle el brazo por la espalda y apoyar la mano en su hombro. Notar cómo se le tensaba y me miraba con la mandíbula apretada y los párpados a medio cerrar. Una fosca de humo escapando de la nariz. Retirar el brazo.

Llegamos al puente. Aún no habían recogido el cono que marcaba la penúltima referencia. Llegamos y dimos la vuelta.

Solo quedaba la cuesta.

Fuente Librilla. Mañana del 4

Acompasamos la zancada a los pocos metros. El sobrino del Etarra bajaba la cuesta haciendo un caballito con la bici. Llegamos al cruce que daba al camino del Llano. Superamos la Boquera y vi la raja del culo del Librillano, que levantaba la persiana del bar. Se giró y levantó la mano.

—¡Andar con Dios los deportistas!

Levantamos las manos. A partir de ahora podríamos ver juntos la Champions. Era el plan perfecto: una vez a la semana, escenario neutral y una razón tan potente entre nuestros cráneos que explicase una hora y media de silencio. Si la cosa funcionaba, podríamos ver también los partidos de Liga. Sábado a las siete en chándal y zapatillas. Un domingo después de comer. La sobremesa, mi padre y yo. Sus peos y mis dudas. Se dormiría. Despertaría y tardaría unos segundos en cerrar la boca. Despreciaríamos el torneo nacional, una molestia innecesaria pero llevadera. Como tantas cosas en la vida. Ahí hablaríamos. De lo que hubiera que hablar. De Sara, del porvenir, de mi madre, que ya no puede subir las escaleras y ronca como un jabalí. De Jesús. De mi hermana y del imbécil de Carles, que es una miaja señorito, pero no tiene maldad. Pasamos junto al murete de la plaza de la iglesia. Un par de críos jugaba con una pelota de plástico rojo. Uno de ellos le metió una hostia. El otro salió detrás de ella, escaleras abajo. Un padre se levantó del banco y bajó los peldaños de un salto. Agarró la pelota y abroncó al zagal, que agachó la cabeza. Me sequé el sudor con el dorso de la mano. El viejo tosió y aminoró la marcha.

—¿Estás bien?

Levantó la mano. Los gruñidos le salían entrecortados de la garganta. A mí también se me nubló la vista al ver el paso de cebra que marcaba la meta. Al fondo, bajo la sierra. El final, sus muertos, me dije. Nos vi de reojo,

reflejados en el cristal de la ventana de la Gertrudis. Un padre y un hijo: los pies y el corazón al mismo ritmo. Un grupo de viejas de luto se apelotonaba en el banco frente a la cabina.

—¡Andar con Dios! —dijo una.

Y no sé de dónde salió, pero de pronto tuvimos a un palmo la rueda delantera del sobrino del Etarra, que cruzaba la calle levantando un caballito.

—¿Qué coño haces, subnormal? —le grité mientras trataba de agarrarle del cuello.

Las viejas chillaron. Él bajó la rueda y derrapó unos metros por delante. Puso un pie en el suelo.

—¿Qué, qué? ¿Qué vais a hacerme? —dijo, encogiendo los hombros. Menudas mechas. Menuda hostia.

—¡Me cago en el dios que te cagó! —gritó el Ropasuelta, y salió detrás de él con el puño en alto.

El mechas impulsó el pedal con el empeine y tiró cuesta arriba. Oí resollar y renegar a mi padre. No bajó el puño hasta la puerta de la pescadería. Allí volcó. Me acerqué corriendo. La respiración se le apagaba, pero boqueaba con más frecuencia, como un motor al reducir la marcha. Grité. Una de las viejas del banco se levantó. Entré a la pescadería de la Pleguera. Pedí un teléfono. La Pleguera marcaba números en la balanza suspendida sobre las cajas de pescado y hielo. Las cabezas de un manojo de sardinas sobresalían del papel gris, en el centro del plato. La madre del Billy Elliot y otra preguntaron qué pasaba. La Pleguera se sacó el móvil del delantal y me lo ofreció. Llamé al 112. Mandaron una ambulancia. La pescatera se quitó los guantes mientras rodeaba la vitrina. Se los guardó en el delantal. Me dijo que igual no se habían ido todavía los del 061 que habían venido a la carrera. Salí. Las viejas de luto se habían acercado. También Juanjo y dos o tres más. Mi padre seguía en el suelo. Le habían desatado la camiseta de la frente y se la habían extendido en el pecho. No tapaba ni la mitad del amasijo de pliegues marrones. Alguien dijo que era una bajada de azúcar y que había que levantarle las piernas. Alguien se las levantó. Los calcetines, con la goma gastada, se le deslizaron hasta la espinilla. Un gordo

con un chaleco del 061 bajó corriendo desde la puerta trasera de El Callejón. Nos apartó a todos. Se arrodilló junto a mi padre. Alguien dijo que la ambulancia estaba al llegar, que la del 061 se había ido hacía rato, pero que el gordo se quedaba a comer. El del 061 pegó la oreja a la boca del viejo. Colocó una mano sobre el esternón y entrelazó los dedos de la otra. Empujó hacia abajo varias veces. Paró unos segundos. Se apartó un mechón negro y rizado de la frente. Repitió el movimiento sobre el pecho. Oí una voz a unos metros por detrás. Decía que el Ropasuelta se había tropezado con un bordillo y había volcado. La Pleguera llamó al 112 para preguntar por dónde iba la ambulancia. Gritó que había pasado ya media hora. Apoyó la otra mano en la cadera. Meneó la pierna. Era la pose que adoptaba cuando mi madre subía a quejarse del pescado. A decirle que, si tan bueno estaba, que se lo metiera ella por la seta. En diez años había encogido un palmo. El del 061 volvió a pegar la oreja a la boca de mi padre. Se me revolvieron las tripas. Noté una corriente subiendo por el esófago. Intenté ahogar un eructo. La masa de aire caliente con sabor a ajo se me acumulaba en el paladar. Abrí la boca. Tragué aire. Alguien me pasó la mano por el hombro. El del 061 acercó los dedos al cuello del Ropasuelta. Movió los labios durante unos segundos.

—Está muerto —dijo.

Miré al fondo. Un crío en chándal rojo cruzaba el paso de cebra a la pata coja.

Fuente Librilla. 5 por la mañana

—¿Le has dado un beso?

—¿Eh?

Mi hermano señaló con la barbilla a mi padre. Me acerqué al ataúd. Pasé el dedo por la manga del traje. Ya le habían cruzado los brazos sobre el pecho. El de la funeraria nos preguntó qué le gustaba. «En estos tiempos —dijo—, mucha gente quiere que la entierren con una bandera». «Una bandera del Madrid, sí», respondió Jesús. «Del Madrid, por ejemplo», dijo el otro. «¿Qué capullo vas a enterrar a mi padre con una bandera?». El otro se encogió de hombros y salió a por unos papeles. Las suelas le chirriaban al caminar. Recordé el primer paseo con Sara. Mis zapatillas cantarinas.

—A la gente le da asco besar a un muerto —dije—. Es raro.

—Es tu padre, hostias.

Apoyé las manos en la madera y acerqué la cara a la del Ropasuelta. El olor a maquillaje y a algo intenso que no supe identificar, parecido al amoniaco, me llegó a los sesos. Cerré los ojos y le di un beso. Me sorprendió el tacto de la piel, suave, casi resbaladiza. El de la funeraria abrió la puerta con el codo. Comprobaba algo en un fajo de folios grapados. Miraba por encima de las gafas.

—Pues esto sería —dijo, y cerró la puerta con el talón.

Mi hermano cogió los papeles. El de la funeraria se entrelazó los dedos a la altura de la cintura. Me miró y levantó las cejas. Se llamaba Nicolás. Tenía una nariz fina y alargada. Le sobresalían dos o tres pelos canosos. Bajo la coronilla también le quedaba un rodapié blanco. Llevaba un traje gris oscuro. La americana le llegaba por debajo del culo. «Bañadica, no sea que le apriete», supe que diría mi madre. Las mangas le tapaban los nudillos.

Sudaba. Soltaba aire con los labios apretados, como si tocara una trompeta en su cabeza. Balanceaba el peso del cuerpo entre los talones y las punteras.

—¿Esto de aquí qué es? —Mi hermano señaló el margen de un folio.

—La esquela. Eso lo paga el seguro también.

—Ya, si la esquela ya sé que es. Lo pone aquí, esquela. Si leer sé.

—Es una esquela genérica, normalmente la gente…

—¿Por qué sale en *La Gaceta de Murcia*?

—La gente lo prefiere. Es el periódico más leído de la Región.

Jesús apartó la vista con una caída de párpados letal. Me miró.

—Hermano, tú trabajabas en un periódico, ¿no?

—Sí.

—¿En cuál?

Pensé en la redacción del que fue mi periódico. En el letrero de la fachada. Esas tipografías noventeras que imitaban la letra manuscrita. Esas erres como tes. *La Tegión*, leían algunos. Pensé en Jiménez. La cantidad de vidas que necesitaría para conectar a Matías Martínez, fallecido en Fuente Librilla (Mula) a la edad de 72 años, con el bigotes de 60 kilos que entraba y salía del edificio con una mochila casi vacía. Aunque ni lo leería. El muerto le caería al de cierre. Remaquetaría la página y dejaría un 2x3 para encajar la esquela. No eran ni las 11, no le jodería el día. Pero, claro, dale tú pasta a un negrero. Que se hundan todos, concluí. Jesús miró al de la funeraria con desprecio.

—En *La Gaceta* —dije.

Mi hermano sorbió aire por la nariz.

—Venga, pues se queda en *La Gaceta*.

—Perfecto —dijo Nicolás.

Ordenó los papeles y salió de la habitación. Oí sus pasos al alejarse. Me estaba meando. Salí. A mí también me sonaban los zapatos. Me sonaban y me bailaban. Mi hermano me había dejado uno de esos híbridos entre zapato y zapatilla que dominaron la década de los 2000. Con la punta redonda, de polipiel, negros y con cordoneras. Me sobraban dos tallas. Mi hermana y Carles ya habían llegado. Nos abrazamos. A Rosario el pelo le olía a champú de peluquería. Hundí la nariz en su hombro. Carles me

palmeó la espalda y se unió al abrazo. Olía a crema hidratante de aloe vera. Llevaba un jersey marrón con cremallera de un palmo. Y un abrigo de paño gris. Se había dejado perilla. Me dijo algo al oído. Descifré la palabra «mucho». Asentí y le apreté el antebrazo.

—¿Cómo está la mamá? —le pregunté a mi hermana.

—Pues ya ves. ¿Tu hermano está ahí dentro, no? —señaló la puerta del cuarto del ataúd.

Asentí. Carles cambió el peso de una pierna a la otra y me palmeó el hombro. Me señalé la bragueta. Atravesé un pasillo y llegué al vestíbulo. Las agujetas se desperezaban. La cabeza me zumbaba. Había sido una noche larga. En el hospital nos dijeron que mi padre tenía un corazón fuerte, pero que ni un corazón fuerte puede con una carrera así a los 72 años. Pensé en los resúmenes de lo mejor del año de Deportes Cuatro. Siempre aparecían viejos raquíticos devorando kilómetros. Viejos que le habrían durado un soplido al Ropasuelta.

Salimos del hospital al amanecer. Volví al pueblo con mi hermana. Carles fue a Pliego a por gasolina para la calefacción de su casa. «¿Cómo fue?», me preguntó Rosario. Se lo conté. «Una carrera, a quién se le ocurre…», dijo, acercando la boca al volante. Y no siguió. No derramó la retahíla de acusaciones que esperaba. Recorrimos un buen trecho en silencio. El sol se escondía con disimulo tras Sierra Espuña. Pasamos junto al camino de los Lobos y me tembló el labio. «Le dio por hablar», dije, y me arrepentí al momento. Mi hermana me miró. La vi asustada. «¿Por hablar de qué?», respondió. Era una buena pregunta. ¿Qué merecía tantísimo la pena como para que nuestro padre separase los morros? Un sonido áspero salió de la caja de cambios. Había reducido sin pisar a fondo el embrague. «¡La carraca, neeena!», dije. Sonrió. Lo solía decir el viejo. Algo cambió en ella. La nube de aire negro que arrastraba sobre la cabeza se había esfumado. Triste, pero despejada. Me bajé del coche cuando llegamos a su casa. La ayudé a maniobrar para meterlo de culo en la cochera. Sacó un macuto del maletero y se puso el abrigo. Nos quedamos en la acera, observando cómo se desplegaban las lamas de PVC blanco. Me frotó el brazo con la mano. «¿No

tienes frío? Te vas a helar», dijo. Al hablar le salió vapor de la boca. Se cruzó de brazos. Jugueteó con una piedra al borde de la acera. La arrastraba con la punta de la bota. «No sé cómo preguntarte esto sin que suene mal», siguió. La miré. Le brillaban los ojos. El maquillaje no le disimulaba las ojeras. «¿Te dijo algo de mí? El papá, ¿se despidió de mí? Bueno, no despedirse —extendió los brazos y gesticuló—, digo si me mencionó…». Agachó la mirada. La abracé. Noté la tensión en su pecho. Dije: «Si es que fue repentino… él nos quería… a su manera». Nos separamos. Se pasó el anular por las pestañas. Agachó la mirada. Le froté el hombro. Apretó los labios y asintió. Nos despedimos.

—Hola —me saludó un viejo al fondo de la fila de orinales.

Llevaba gafas con cordón y cristales ahumados. Le respondí levantando la barbilla. Me bajé la bragueta. Acerqué los dedos de los pies a las punteras de los zapatos. Oí la chapa del cinturón del viejo. Pasó por detrás y se lavó las manos. Giró sobre sí mismo. Mediría poco más de metro y medio. Llevaba un chándal negro con una línea blanca en el lateral y un jersey de rombos. Caí en que mi padre no había envejecido lo suficiente para vestir así. Pasé las manos por debajo del grifo y me las sequé. El viejo me ofreció una de las suyas. Se la estreché. Apretó más de lo que esperaba.

—Lo siento mucho, hijo —dijo con acento valenciano—. Soy Narcís, amigo de tu padre.

Narcís. En la vida. Asentí. Me fijé en sus zapatillas negras. Minúsculas. ¿También encogían los pies al envejecer, Dios del cielo?

—Nos conocimos en la mili —dijo, y las cejas se le escaparon de los cristales—. También conocí allí a Alegrías, José. Muy amigos, los tres. Muy muy amigos. Nos veíamos cuando podíamos. Yo tenía un camión, y de vez en cuando la ruta me mandaba a Caravaca, a lo de los postres. Ahí aprovechaba y pasaba por el pueblo. Os vi crecer. A los tres. ¿Cómo está Jesús? Rosario… menuda mujer.

—Está bien.

—Luego ya… pues cada uno fue encaminando su vida, ¿me entiendes? Mis críos también se hicieron grandes, nosotros viejos, en fin, si eso lo has

visto tú. Pero siempre lo quise mucho. A él y a tu madre, la Adela. Menuda mujer. Y vosotros, pues como de la familia. Y mis críos se han hecho grandes oyendo hablar de vosotros, ¿sabes? Yo tengo dos. Joaquín y Águeda. ¡La parejica!, le decían a mi mujer, a la Candelaria. Se me murió. Hace unos años ya… lo pasamos mal. Ella me decía que no se me ocurriera ponerle flores en la tumba —levantó el índice—. Decía: «¡No será que no te lo digo, no me pongas flores que me levanto y las tiro!». Yo le llevo de vez en cuando a ver si es verdad que se levanta.

—Lo siento —dije. Agachó la cabeza. Puso la mano en el lavabo y se encorvó.

—Nada, hijo. La vida, qué te voy a contar. Te crees que lo tienes todo en las manos y de pronto se escapa… por eso lo mejor…

Se abrió la puerta. Apareció el Librillano. Cerró la boca al verme.

—Nene, ha venido tu madre.

Salí. Oí cómo saludaba a Narcís. Le sacaba un par de palmos. Igual algunos no encogían. Vi a Alegrías y al Listo en el vestíbulo. Hablaban. No me vieron pasar. Salieron dos parejas de cuarentones que no me sonaban de nada. Atravesé el pasillo. Me abrazaron Raquel y Rocío, dos amigas de mi hermana. Abrí la puerta del salón de la izquierda. Varios ojos se levantaron. Mi madre estaba en la última silla de una hilera, junto a la cristalera que mostraba el ataúd del Ropasuelta. En el centro, una mesa redonda con una cafetera y una bandeja con dos napolitanas de Dulcesol. Varias viejas se levantaron y me abrazaron. La Vinatera me apoyó la cabeza en el pecho.

—Ven aquí —susurró mi madre. Posaba el culo en el borde del asiento. El vestido negro le llegaba hasta los tobillos. Sin corte, un metro y medio de tela con tres botones y cuatro agujeros para asomar la cabeza y las extremidades. Olía a armario.

—¿Cómo estás?

—Bueno, bien. Si esto iba a pasar —dijo, y señaló la cristalera con la barbilla—. ¿Has visto qué guapo lo han puesto?

El ataúd se asentaba sobre una tarima blanca. Si mirabas desde una silla solo veías nariz. Un triángulo hinchado con una esfera en la cúspide. A los pies del bloque blanco y al fondo se apoyaban cuatro coronas de flores. Bar

Librillano, Bar el Tano, Asociación de Petanca. Alguien llamó a mi madre. Ella hizo amago de levantarse, pero una mujer con la misma edad y vestido la abrazó de pie. Tenía el pelo rizado y canoso. Mi madre le preguntó por sus hijos y sus nietos. Estaban bien. Grandísimos. Vi la raíz canosa de mi madre, en el centro del cráneo. Tenía los ojos hinchados y un millón de arrugas. La chepa le medía un palmo. Pero, de alguna manera, se la veía más ligera. Ni siquiera le temblaba el labio. Cada poco me acariciaba el brazo desde el codo hasta la muñeca. Me besaba el hombro. Me acerqué a la cristalera. Habían vuelto a peinar a mi padre. El ramillete de pelos se le extendía sobre el tercio superior de la frente. Un protoflequillo que solo podía aguantar en un mundo sin brisa.

—¡Hermaaana!

Mi madre se levantó. De frente le venía un clon con menos arrugas y la permanente más definida. Mi tía Concha. Se abrazaron. Hundió la nariz en el hombro de mi madre. Llevaba las uñas de un rojo de cómic. Levantó los ojos y me vio. Torció el labio. Nos abrazamos.

—¿Y Juan y los críos? —preguntó mi madre.

—Está aparcando, no hay un hueco, nena —dijo mi tía—. Hemos venido todos.

Ahí agachó la cabeza. Me pregunté si por vergüenza o porque acababa de entender que tampoco es que aquella fuera su fiesta. Mi madre le pasó la mano por el hombro a su hermana.

—¿Has visto? —dijo, señalándome con la barbilla.

—Está hecho un hombrecico —respondió mi tía. Tenía pintalabios en los dientes—. Un hombrecico hecho y derecho.

Quise morirme, desaparecer, perderme en su cardado amarillento. Decirle que estábamos en un velatorio, por los clavos de Cristo. Al fondo del salón vi a Narcís. Le estaba comiendo la oreja a Alegrías, que cambiaba el peso de una pierna a otra y asentía. Sujetaba la boina con las dos manos, a la altura de la bragueta. Me separé de mi madre y su clon y atravesé la estancia. Caminé con la vista clavada en los zapatos, intentando evitar los ojos de cualquiera. Alegrías extendió el brazo. Le apreté la mano callosa. Me atrajo hacia sí. La americana *beige* le olía a Liberto. Mi padre compraba esa colonia

en el Makro. Nadie más la vendía. Y con razón: el único que la usaba era Alegrías. Supuse que era un trato. Algo viejo, de la mili. Sellado con sangre o vino. El único gesto del Ropasuelta que el rédito económico no podía explicar. Imaginé que Alegrías se pasaría por la tienda días antes del cierre definitivo a llevarse los botes que quedaban. Sin decir una palabra. La barbilla alta y los morros apretados. Todo aquello me cayó como una lluvia torrencial desde los sesos hasta la garganta. Se me nubló la vista. Me costaba respirar. Intenté contener las lágrimas. Solté aire. Alegrías me palmeó la espalda.

—Venga, hijo, venga —dijo. El aliento le olía a carajillo.

Volví a respirar con normalidad. Apoyé la espalda en la pared. Al otro lado, Narcís chasqueó. Rumiándolo bien, sí que me sonaba. Un tío que hablaba raro, llevaba unas gafas raras y se hincaba el tintorro del Ropasuelta en la mesa de la casa-tienda.

—Cuántas correrías, José, cuántas…

—Munchas. Nene —me miró—, ¿conoces al Narciso?

—Claro —dijo el valenciano. Algo le pasaba en las cejas—. Hemos estado hace un rato de charreta. Le paece a su padre, ¿eh?

Flotaba en el aire una extraña sensación de normalidad. Las vecinas parloteaban en la hilera de sillas, los del dominó entraban y salían removiendo las manos en los bolsillos. Solo los más jóvenes permanecían callados. Amigas de mi hermana, sobrinos y nietos de las vecinas: se acercaban a la cristalera, alguno apoyaba los dedos y recibía una reprimenda del correspondiente padre, saludaban, miraban al techo, como contando hasta 180, y se largaban. En el marco de la puerta apareció una cabeza con el pelo de Mijatović. Luego, un cuerpo moreno. Fibroso. Hizo un gesto y le siguieron otros cuatro en alturas consecutivas. El mismo peinado con diferentes longitudes de pelo. También morenísimos. Fibrosos, con mocasines y chalecos acolchados sin mangas. Los Dalton pijos. Apareció un tipo de unos 70 con una mata de pelo canoso. Labios anchos, barriga y mirada perdida. Mi tío, Juan el Limonero.

—Chico, ¿qué? —me dijo, y extendió los brazos.

Nos abrazamos. Los Dalton me ofrecieron cuatro manos. Una cada uno. Las estreché. Estiré el gesto y acercamos los pechos. Como los futbolistas cuando los cambian y se enfadan. El más alto se llamaba Pedro José. Tenía dos años menos que yo. En su adolescencia se empeñó en que lo llamasen PJ. Y lo consiguió, con esa fluidez pasmosa con la que se mueven los pijos hasta con 15 años. No jugaba mal, tenía cierta intuición, pero le faltaba lo que Andresín denominaba, frotando los pulgares con los índices, «picardía». Quiero decir que si le hacías un caño no te clavaba el codo en las costillas ni nada. El siguiente era Gabriel. Tenía cara de listo. Unos ojos como monedas de dos euros, vivos, que compensaban la genética borbónica — narices y mandíbulas para llamar a puertas— de la familia Limonera. Estudiaría un doble grado. Ingeniería y algo en inglés. A los más pequeños los confundía. Uno de los dos se llamaba Jaime. Tenían pinta de haber pisado ya seis o siete ciudades estadounidenses. ¿Qué tendrían, 8 años? Dios del cielo. Al menos estaban callados.

—Las primas han ido a tomar algo —mi tío señaló la puerta con el pulgar—. Irene es que se ha mareado. Con las curvas y eso.

En Elche se ve que no había curvas. Me palmeó el hombro y caminó hacia el salón. Cojeaba un poco. Los Dalton lo siguieron con las manos en los bolsillos. Uno de los pequeños se pasó la mano por el lateral del cráneo, domando un mechón rebelde. Al otro lado, Narcís le contaba a Alegrías una historia de herencias. Hablaba como si entender su vida fuera necesario para entender la de uno mismo. El pobre Alegrías había encogido. De vez en cuando decía «claro, claro», o «no, si ya». Salí.

Un manojo de rayos de sol se colaba por los huecos que dejaba el desfile de nubes. Me remangué. Al otro lado de la carretera, en el antiguo almacén de grano, una grúa trajinaba con unos palés de ladrillos. Mi hermano apoyaba el hombro en una de las columnas de cerámica que sostenía el porche. Alrededor de la otra se arremolinaba un grupo de viejos. Algunos fumaban. Reconocí la espalda y la voz del Listo. Hablaba de que ahora mismo no se puede hacer nada sin que te graben. Ya no había libertad, en su opinión.

—¿Y la hermana?

Jesús me miró y levantó las cejas.

—¿La hermana? Creo que ha ido a tomarse algo —dijo, y señaló con la barbilla los toldos blancos del Santiamén, al lado del tanatorio—. O a que se tome algo el catalán. Ese se ve que es como los críos chicos, ¿sabes? Cada dos horas tiene que comer. Me cago en el dios que lo cagó.

Me senté en el bordillo. Las agujetas remitieron. Oía los chasquidos de la boca de mi hermano. Un monovolumen aparcó en la acera de enfrente. Bajaron de él el Billy Elliot y su madre. Oí pasos de tacones desde el otro lado.

—¡Hola, guapas! —dijo mi hermano.

Me giré. Las primas. Inés e Irene. Conforme se acercaban, ladearon la cabeza, cerraron los ojos y extendieron los brazos. Mi hermano abrazó a Inés, la mayor, castaña y escuálida, medio kilo de pulseras y brazaletes entre muñeca y codo. Hice lo mismo con Irene. También raspa. «Comen como los gatos», decía mi madre. Le olí el hombro. Buscaba restos de vómito. Nada. Nos separamos. Dijeron que lo sentían mucho. Luego hablaron del mareo de Irene. Por lo visto, un mareo mastodóntico, supremo, soberano. El Leviatán de los mareos. Entraron. La conversación duró 20 segundos y me sobraron 25.

Billy y su madre nos dieron el pésame.

—Estamos pa cualquier cosa, pa lo que sea —dijo la madre mientras me frotaba el brazo. Me miraba por encima de las gafas. Billy ladeó la cabeza y apretó los labios. Me abrazó. El jersey negro le olía a Axe. Entraron.

La grúa permanecía inmóvil con el motor encendido. Las nubes se espesaron. Volví a sentarme en el borde del escalón.

—¿Te vienen bien? —dijo mi hermano. Me giré y señaló el suelo con el índice—. Los zapatos, digo.

—Un poco grandes, pero bien.

—Si es que tienes pies de zagalico.

—No, no, tú, que tienes dos barras de medio.

Se rio con la boca cerrada. Con la nariz y los hombros. Pasé el dedo por la costura que unía la suela con el empeine. Algo había cambiado en mi hermano. Hablaba como si hubiera metido hasta el cuello en la poza de la

claridad expositiva. No temblaba. Usaba más palabras, pero tardaba menos en terminar. Acentuando donde correspondía, etcétera. Y los ojos. Se le habían estirado hacia arriba por los laterales y proyectaban una mirada que decía que él había sido siempre así, que éramos nosotros. O yo, cualquiera sabía.

Alguien interrumpió al Listo. Le dijo que lo que tenía que hacer era callarse. Él se encogió de hombros y dijo que, bueno, que como ya no se puede decir nada, que sí, que mejor callarse. Mi hermana y Carles salieron de los toldos del Santiamén. Carles medio metro por detrás. Rosario llegó a nuestra altura y sacó del bolso un paquete de Lucky. Extrajo un cigarro. Se lo encendió entre los labios. Dio una calada y cerró los ojos. Carles llegó.

—¿Y estas? —dijo mi hermana refiriéndose a las primas, la mirada puesta en el almacén de grano, los brazos en ángulo recto sobre el pecho—. Si ves la que han montao en el bar, te caes de culo. ¿Pues no que pide un sándwich vegetal y se enfada porque le ponen atún? Dice la tontona: «No sé cómo lo hacéis aquí, pero en Elche, el vegetal no lleva atún. Bueno, en Elche y en el resto del mundo». Y la otra mordiéndose el labio. Si la cojo. Hablando así lentico, como si fuera tonto el zagal. Como si fuéramos tontos. «Por algo es ve-ge-tal» —dijo mi hermana con lo que universalmente se conoce como voz de pánfila—. Haberte quedao en Elche, tontona, haberte quedao en Elche tocándote la flor —dio una calada y se miró la punta de los zapatos, unos zapatos negros con cordonera y tacón, como de madrastra chunga—. En fin, ¿vosotros qué?

Yo me giré y asentí. Jesús se encogió de hombros. Ella agotó el cigarro y lo lanzó de un capirotazo a la rampa de la cochera del tanatorio. Señaló con la cabeza la puerta. Carles la siguió. Me pregunté si ella había avisado a la gente. A tanta gente. El móvil me vibró en el bolsillo.

—¿Has visto a tus primos chicos? Vaya cuatro frailones. Parece que los hacen con un molde, capullo. Con que sean la mitad de tontos que la madre ya van espabilaos. Pobreticos.

Desbloqueé la pantalla. Tres llamadas perdidas de Sara. Varios mails y wasaps. Jesús chasqueó.

—Tienes que domarlos.

—¿Eh? —me giré.

—Los zapatos, que tienes que domarlos. Que la piel se doble donde a ti te venga bien.

Asentí. La grúa maniobró y salió del solar del almacén de grano. La puerta corredera se desplegó. Se oyeron pitidos de coche y gritos desde la rotonda de la Cofrusa.

—¿Tú sabías que fumaba? —le pregunté—. La hermana.

—Ha fumado siempre.

Fuente Librilla. 6 tarde

Íbamos de camino a la iglesia cuando mi madre me dijo que volviera a casa a traerle un pijama que le había cosido al nieto de Elche. ¿A qué nieto? Al nieto, al que fuera. Al concepto. «Un pijama granate monísimo —dijo—, estará en la cómoda. Me lo traes y se lo doy a la tita antes de que se vaya». Cuando cruzaba el callejón de la Salera me sonó el móvil. Era Sara. Que qué hacía. Que cómo estaba. Le dije que me acompañara a por el pijama. Le pareció bien.

Giré la llave y empujé. Me llegó el olor del sudor seco de mi padre, impregnado en la montonera de camisetas y pantalones que rodeaban la barandilla de la escalera. En la cúspide de la columna, su gorra de Frutas Risueño, la cooperativa de Pliego. Me acordé de nuestro reencuentro. Sus tobillos entre blancos y rojizos, como gorriones reventados. Mis zapatillas. Me senté en el tercer escalón. Pegué la cabeza a la pernera de un pantalón marrón de pana. De la cintura todavía pendía una soga negra. Pasé el dedo por el interior. Estaba tieso. Sonó el timbre. Encendí la luz. Sara me sujetó la cara entre las manos. Las tenía frías. Noté los anillos en la piel. Me besó.

—¿Cómo… van los… exámenes? —dije con voz casi de pito. Tragué saliva.

Apoyó la cabeza en mi pecho. Sentí su corazón. Miré al techo y tragué aire. Me frotó la espalda con las dos manos. Se separó. Encendí las luces de la escalera. Subí la primera tanda de escalones de dos en dos. La esperé en el descansillo. Le conté lo del pijama. Sonrió y negó con la cabeza. ¿Se había cortado el pelo? Cruzamos el pasillo de la casa y llegamos a la habitación de mis padres. Levanté la persiana y descorrí la cortina. Olía a crema hidratante. Busqué en la cómoda de mi madre. Bragas, pastillas, calcetines. Una foto con mi hermana en su graduación. Rosario con cara de urbanita. Una linterna. Nada.

—¿Cómo estás? —dijo Sara.

Abrí el armario. Se me metió en los sesos el olor de las bolas de alcanfor. Mi madre ponía una remesa a cada palmo. Decía que las polillas de la sierra eran más fuertes que las que se encontraba la gente que hacía los anuncios.

—Bueno… —dije. La miré un momento y metí la cabeza en el montón de fajas. Abrí los cajones. Papeles, tres pinzas de sellar cordones umbilicales, cuatro rosarios. Pasé la mano por las perchas. Vestidos negros, marrones y grises—. Aquí no hay ningún pijama.

Me acarició el codo y me apoyó la cabeza en el hombro. Frotó la mejilla. Se me congelaron hasta las pestañas. Tragué aire y le pasé la mano por la cintura.

—Igual está abajo, en alguna caja.

Los zapatos me chirriaron en el pasillo. Pensé en lo de Nochevieja, pero no quería hablar. Nunca más. Yo solo quería saber si hay un tiempo concreto para que uno se cure de lo que le pasa, para que el cuerpo absorba, o cague, o sude o mee, lo que sea que queda atrancado entre los huesos y el pellejo. Yo quería saber qué ocurre si ese tiempo pasa y uno sigue en las mismas. Cómo vive uno si pasa eso, quería saber yo. Qué pijo hace para seguir atándose las cordoneras.

—¿Qué te han traído los Reyes? —dije, por decir algo. Y recaí en que sí, era 6 de enero. Cuánta adultez y desidia.

—Estos pendientes —dijo, y se apartó la melena rizada. De cada oreja le colgaba una hilera de tres círculos. Azul, rojo y blanco. Le vi las pecas del hombro. El tirante del sujetador.

—Son bonitos. ¿Es que eres una afrancesada?

Cerré la puerta y encendí la luz de las escaleras. Se oyó un trueno. Levantó la barbilla y frunció el ceño.

—Los colores —dije, señalándole las orejas—, son los de la bandera francesa.

—Ah, es verdad. Es una buena combinación, sin más.

Bajamos el primer tramo de escaleras. Me adelantó en el descansillo. Dejó una estela de olor a champú de… ¿lavanda?, ¿jazmín? La seguí durante el siguiente trecho. Bajó cuatro escalones de un salto. Los pantalones del

Ropasuelta permanecían cruzados sobre la barandilla. La imité. Encendió la luz del último tercio. Yo quería que alguien me enseñase a diferenciar entre champús.

—Pues yo… —me dijo, apoyando la espalda en la puerta de la cámara frigorífica.

—De pequeño me daba miedo quedarme encerrado ahí adentro. Me gustaba entrar con mi padre, pasar los dedos por las vértebras de los cerdos, hundir el brazo en la montaña de sal, manosear el perejil. Luego pasaba algo. Creía que mi padre se largaría en algún momento. Era raro. Me dejaba de juguescas y vigilaba sus movimientos. P'arriba y p'abajo. Revisando los enganches de la carne, la temperatura, que nada gotease. Me daba miedo que se fuera y se olvidara de mí, y nunca…

—Me voy, Santini.

—No, espera, si yo también, miramos lo del pijama y…

—No, no, que me voy. Del pueblo.

—¿Y eso?

—Lo necesito. He pedido que me trasladen la matrícula y con lo de la beca…

—¿Adónde?

—He echado a media España. Me da un poco igual dónde, lo que quiero es irme. Si no me dan la beca, tiraré unos meses con lo que me saqué en verano en el bar. Y ya encontraré algo.

—Ah, bueno, pero para estudiar y volver.

—¿Quién sabe? —Se encogió de hombros y se separó de la puerta.

—¿No querías eso? Construir aquí y todo aquello…

—No lo sé. Tampoco sé si hay manera de saberlo. Pero bueno —siguió, y me frotó el brazo con cierta lástima—, ya te diré dónde pongo la seta, para que vengas a verme.

Me sentí viejo. Encendí la luz del sótano. Una batería de estanterías de tres lejas ocupaba la mitad más alejada. A un lado, bajo el transformador, una mesa con un tapete verde. De una de las paredes colgaban cuatro bicis en vertical, las ruedas delanteras sujetas en un soporte negro que cruzaba desde el interruptor hasta el ventilador y que yo siempre pensé que servía

para apuntalar el tabique. El suelo brillaba. Los cartones desgajados, mojados y resecos habían desparecido. Así que las vetas grisáceas de las losas no eran propias de la piedra. Solo mierda. Frente a los enganches de las bicis, a la derecha de la rejilla de ventilación, pendían seis percheros en dos filas de tres. Arriba, camisas, americanas y abrigos. Abajo, vestidos y pantalones. Todo embutido en plástico. Reconocí la tela. El olor del Renault viejo y blanco del comercial de Tejidos Barcelona que vino un día pidiendo morcillas y volvió al siguiente con el coche hasta los ejes, con un material que iba a tirar, liquidación, malos tiempos, ya se sabe, y era una pena. Mi padre vio negocio. Paseó los trapos por todos los campos del noroeste y, al ver que igual «negocio» no era la palabra, los amontonó en ocho o nueve cajas en la esquina más oscura del sótano. Entre el ropero y las estanterías había un hueco marcado por dos líneas verticales a lápiz.

—Igual está ahí —Sara señaló las estanterías del fondo.

—¿Eh?

—El pijama.

En el extremo superior de cada una de las cuatro esquinas había una etiqueta plastificada y escrita en Comic Sans. «Textil» en los percheros, «Productos» y «Ocio» en las estanterías, «Herramientas» junto a las bicis. Buscamos en Textil. 250 trajes para los juicios del Informe Pelícano, pero ni un trozo de tela granate para que durmiera un zagal. Sara arrastró los pies hasta las estanterías. Tampoco.

—Nada, no hay pijama —dijo, con un sombrero de picador esclafado en la cabeza.

—Llévatelo.

—No, hombre —se aflojó el lazo y lo devolvió a la estantería—, cómo me lo voy a llevar, esto tiene mucha salida.

Me reí. Ella se mordió el labio. Apagué la luz. Los percheros quedaron iluminados por la claridad que entraba por la rejilla, un rectángulo grisáceo que se cerraba en el hueco junto a las estanterías.

—Es raro que tu madre no sepa dónde está el pijama —dijo Sara, subiendo las escaleras. Se giró en el primer descansillo y me miró. Brillaba como los albaricoques buenos—. Al ser para un nieto y eso, digo.

—Mi madre es rara.

Subió el último tramo de escaleras. Deslizaba la mano a un palmo de la barandilla. Me pregunté si lo hacía en todas las barandillas del mundo.

Fuente Librilla. 6 tarde

—Cállate, nene, cállate, que se lo di a la Josefa.

Mi madre y yo enfilamos la plaza de la iglesia.

—¿A qué Josefa?

—A la del perrito. Me he acordao conforme salías del tanatorio.

—¿Es que ha sido abuela la Josefa?

—No, pijo, para el perrito. Escobi. Boby, ¿cómo se llamaba?

—Toby.

—Eso. Un día iba por la Verea con el perrito tiritando. Me contó que lo pasaba muy mal en invierno. Y nada, le goberné el pijama. Abrí una chispa el hueco de la cabeza y se le quedó apañao.

Me agarró del brazo para subir el escalón de la entrada. Le temblaba la mano. Acortamos los pasos al pisar suelo sagrado. Las beatas ocupaban los últimos bancos. La Carmen la Molinera estiró el cuello cuando pasamos a su lado. Asintió. La daba por muerta. Igual que a Toby.

—Lo que pasa es que tampoco iba a decirlo allí delante de la tita y todo. Tú, si te pregunta, dile que lo mandamos por correo y que se tuvo que extraviar o algo. Y a correr.

Clavó la barbilla al pecho. Rosario llegó y se puso al otro lado. Enlazó su brazo con el de mi madre. El ataúd ya estaba al fondo, bajo el púlpito. Nos sentamos en el primer banco, a la izquierda. Al otro lado estaban mi tía, Jesús y Alegrías. Detrás, Carles y las primas. Mi madre se giró y sonrió a sus sobrinos ilicitanos. Me pregunté si sería su primer entierro. Oí pasos a mi izquierda. Narcís. Levantó las cejas al verme. Me hice a un lado y abrazó a mi madre. Él sollozó. Dijo algo y mi madre le sujetó los brazos y asintió. Luego miró al suelo. Narcís dio media vuelta y se perdió al fondo.

—¿Te acordabas tú de Narciso, nene? —susurró mi madre con la vista aún en mis zapatos.

—No mucho. Era amigo del papá, ¿no?

—Bueno, amigo… —ladeó la cabeza—. Hicieron juntos la mili.

—Me dijo que eran muy amigos.

—Eso es mucho decir. Amigos… Alegrías, a lo mejor. Tu padre a quien quería era a vosotros. Os quería mucho.

Me sonrió con los labios apretados y las cejas levantadas. Arrastró la mano por mi brazo. Repitió con mi hermana. El cura salió de la eucaristía. Tendría unos 50. Era un cura al uso: gafas sin montura, piel cenicienta, pelo canoso con la raya a un lado, prácticamente gordo. No costaba imaginárselo de pequeño. Se acercó a mi hermano.

—Narciso me dijo que pasaba por la casa cuando estaba de reparto.

—Es más pesao que un collar de melones —estiró el cuello y puso los ojos en blanco—, te coge la oreja y no te la suelta, te la deja de goma.

—¡Mamá! —dijo mi hermana en un susurro gritado.

—Nena, ¿es que no se puede decir na?

Rosario apuntó al cura con la barbilla y resopló. Mi madre se mordió el labio. Jesús le dijo algo al oído al cura.

—Está guapo tu hermano. El pelo así recogido le queda mejor que cuando lo lleva estropajao, le tengo dicho que se lo recoja. A mí me gusta más con el pelo corto, como el papá. Que se le vea bien la cara, los ojazos esos que tiene. Pero bueno, él es como el papá, al final hace lo que le sale de los huevos. Yo solo le digo que tiene que llevarlo limpio, eso sí. Hoy lo lleva lustroso, pero hay días que… María santísima, puedes freírle ahí un kilo patatas. Tú estás guapo con el bigote, ¿eh? No te lo vayas a quitar. A tu padre le dije varias veces que se lo dejara. Me gusta a mí un hombre con bigote. Da seriedad.

Mi hermana le dio un codazo. Ella volvió a resoplar. Se cruzó de brazos. El cura se nos acercó. Nos dio el pésame. Olía a jabón de manos. Sonrió y se le formó una catarata de arrugas alrededor de los ojos. Mi hermano lo llamó. Hablaron al oído.

—Mira tu hermano —siguió mi madre—, parece tu padre.

Eso era. Jesús asintió y se frotó la palma de una mano con el puño de la otra. Se nos había soltado la cadena. Nos estábamos desatando. Mi hermano chepado, el nuevo Ropasuelta, mi hermana verbalizando su ansiedad. Mi madre hablando sin que le temblara el labio. El cura se dio la vuelta y subió los dos escalones del púlpito. Levantó las manos. Saludó. Dijo que podíamos sentarnos. Le hicimos caso. Dijo que estábamos allí para despedir a un buen hermano, Matías Martínez. Me pregunté qué pasaría al volver a casa. Beberíamos agua fría. Subiríamos el volumen de la tele por encima del 20. Arrastraríamos los pies y cerraríamos a portazo limpio. Todo lo que le jodía a mi padre. Repasaríamos las lejas del frigorífico y consideraríamos la posibilidad de zamparnos un producto lácteo que no fuera el más próximo a caducar. Abriríamos las ventanas. Una a cada lado de la casa-tienda. Nos sentaríamos en el centro, junto al jamonero, y observaríamos los mechones de los otros. Al aire. La corriente erizándonos la piel a su paso.

—Son tiempos complicados —dijo el cura—. Basta echar un vistazo somero a nuestro alrededor para darse cuenta. Los valores que han hecho de nuestra sociedad un espacio de comunión, libertad y convivencia entre hermanos se tambalean. Las cosas, hermanos, están dejando de ser una para ser varias a la vez —apretó los labios y paseó los ojos de un lado a otro—. O, lo que es lo mismo, para no ser nada.

—Virgen santísima —susurró mi madre.

Me levanté y me escabullí por el pasillo que quedaba entre el banco y la pared. Caminé hasta la salida sin doblar los pies para evitar los rebuznos de los zapatos. El aire me levantó el flequillo. La furgoneta de la megafonía cruzó por la Boquera. Anunciaba la entrega de regalos a los críos. A las ocho, en el salón social. Me subí el cuello de la cazadora. Crucé la plaza y me senté en el poyete que daba a la carretera. Creo que fue la primera vez que me sentaba allí sin que los pies me bailasen en el aire. Entre la iglesia y la ventana de la casa del cura había un cartel con fotos. Leí «Fiestas patronales». Me acerqué. «Reinas de las fiestas patronales», leí. Las tres fotos mostraban a tres adolescentes con los brazos en jarras. Una María José, una Rosario y una Lourdes. Llevaban diademas y brazaletes plateados. Tacones de un par de dedos. Las fiestas se celebraban en octubre. Era raro que ya se

hubiera elegido a las reinas. El logo de la comisión de festejos no aparecía por ningún lado. Volví al muro. El Ropasuelta se solía salir de la iglesia en medio de los sermones. A mis diez o doce me buscaba con la vista al levantarse. Yo lo acompañaba. Me sentaba a su lado. Se clavaba los codos en los muslos. Resollaba. Luego se enderezaba y tragaba aire. Miraba al cielo y me preguntaba si alguna vez había visto un cura flaco. Si sabía lo que hacían con el dinero del cepillo. Si sabía que se lo gastaban en gambas. Luego negaba con la cabeza y nos quedábamos en silencio. Pasaba un rato. Se aclaraba la voz y me preguntaba si yo ya había nacido cuando mi hermano tenía 39 de fiebre y lloraba y lloraba porque no podía comerse una tortilla de 12 huevos. Yo decía que no me acordaba. «No, no habías nacío —decía—. Si él era chiquitico. Se sentó en la escalera de la casa, así —me enseñaba los puños—, con las manicas apretadas, y venga llorar. Unos berríos que se oían en el puente. A remate, tu madre le tuvo que gobernar tortilla». Alternaba esa historia con la de Nicolás en Múnich. Nicolás era un quinto suyo que se fue a Mula cuando se casó. Curró toda la vida de camionero. La primera vez que fue a Múnich acabó en Praga. No sabía leer, así que funcionaba con la forma y la longitud de las palabras. «Y venga carteles de Munchen —decía mi padre, las comisuras en las orejas—. Y venga Munchen». Nadie sabe qué le dijo a su jefe a la vuelta, pero se pasó el resto de su vida laboral circulando entre Cartagena y Puerto Lumbreras, de extremo a extremo de la Región de Murcia. Murió de cáncer a los 60 y pico. Me pregunté si alguna vez le contaba todo eso a alguien más.

Unos pies se arrastraban por la cuesta. Miré. Era Raimundo. Levantó la mano. Lo saludé con la barbilla. Subió las escaleras. Se quitó la gorra de Cajamurcia.

—Hola, Santini, amigo. Siento mucho lo de tu padre.

Me levanté. Nos abrazamos. La tela se endurecía en la parte posterior de las mangas del plumas verde. Me senté. ¿Por qué no había ido al velatorio? Mi madre fue al de su madre. Arrastró las J'hayber naranja y puso los pies en ángulo recto. Se giró hacia la puerta de la iglesia con los brazos en jarra. Luego vi que le temblaba el labio.

—Me da pena que no me enseñes a la Rosalía —le dije.

—¿Eh? —levantó los ojos y apretó el ceño.

—Tu guitarra, la Rosalía.

—Ah, sí. La Rosalía. La vendí.

—¿Cómo que la vendiste?

—Sí, a uno de Alhama. Le dije al tontazo que la había tocado Gary Moore cuando vino a Molina de Segura —dijo entre los espasmos de una risa porcina—. Le saqué 200 euros, no te vayas a creer.

—¿Pero por qué la vendiste?

—Decía el tío que 100 y le dije que 100 capullos, que 200 y no me bajaba de la burra. ¿Que por qué la vendí? Pues yo qué sé, Santini —se encogió de hombros—, no se me daba a mí la música. No se me daba.

—Si grabaste discos.

—Grabé yo los discos en mi casa, capullo. Eso no le interesa a nadie. No tenía yo la gracia que tiene Gary Moore, mismo. Se lo dije a su hermana.

—Bueno, tampoco nacería Gary Moore aprendío, Raimundo. ¿Qué te dijo la hermana?

—Sí, Patricia Moore. Hablamos de vez en cuando.

—¿Y qué te dijo?

La puerta de la iglesia se abrió. Alegrías asomó medio cuerpo. Agitó los brazos. Salió. Cruzó hasta la mitad de la plaza en tres zancadas. Me señaló y me indicó con la mano que lo acompañara. Lo seguí. Me despedí de Raimundo con la cabeza. Levantó la barbilla y bajó las escaleras. Me pregunté en qué momento se dio cuenta de que su música era horrorosa. ¿En su habitación, después de grabar una versión de Manolo García? ¿Al darle al *play*? O sentado en la cama, los pliegues de encaje de la colcha blanca pegados a la parte trasera de los muslos, sacando la guitarra de la funda mientras escuchaba a su sobrino de seis o siete años en el salón, preguntándole a su madre por qué el tito hacía eso. Por qué cantaba cuando no tocaba y donde no era. Levantándose de la cama tembloroso, las axilas y el cuello calados de sudor, tragando saliva y notando la garganta seca, guardando la guitarra en la funda. Sabiendo que nunca tendría una funda dura, de las que se llevan con la mano y no colgadas al hombro porque una guitarra es una herramienta de trabajo y no una mochila cargada de libros

con el forro despegado de camino al instituto. Saliendo a merendar. Sonriéndole al sobrino.

La gente estaba de pie. Las manos entrelazadas a la altura de la genitalia. Crucé el pasillo a un par de palmos de Alegrías. Al fondo, uno a cada lado del ataúd cerrado, nos esperaban Jesús y Carles. «¡Siéntate, Juan Gamper, capullo!». Miré a mi madre. Me indicó la caja con la barbilla. Me coloqué delante de mi hermano, que se pasó la lengua de una mejilla a la otra. Parecía Cristiano Ronaldo cuando no le daban el Balón de Oro. Alegrías al otro lado. Nos agachamos. Pasé la mano por el trozo de madera que rodeaba una de las bisagras del cierre.

—¡Una, dos, y… —gritó mi hermano— aaarriba!

Metí el hombro bajo la madera y me temblaron las rodillas. Intenté acomodarme con los brazos. Imposible, no había Dios que moviera ese tonelaje de otro tiempo. Los huesos que se juntaban en el hombro no tardarían en ceder. Lo veía. El pino barnizado cayendo por mi lado. El golpe, los suspiros, los gritos. Mi madre desmayada. Un pie de mi padre asomando. Avanzamos. El haz de luz que se colaba por la vidriera del frontal se me estampó en la cara. Cerré los ojos. Me volvió Raimundo. El momento en que decidió echarle fotos a la guitarra y subirlas a Milanuncios. O a Wallapop. O a alguna otra web que conociera él y cuatro más, de guitarras de segunda mano para amantes del blues y las pulseras de cuero. El precio. ¿Dónde miraría? Las primeras ofertas. Él echándose hacia atrás, las ruedas de la silla pisando los pies de la colcha, la guitarra en una esquina. Un último vistazo. Se impulsaría con los pies y agarraría la mesa del escritorio para volver al ordenador. Aceptar. A tomar por culo. Tragaría aire. Notaría cómo el peso se le retiraba de las cervicales. Saldría al salón. Asomaría la cabeza por la ventana. Observaría a la Bendita vaciando el cubo del friegasuelos en la acera. Soltaría aire. Volvería a la habitación y lo borraría todo. Demos, letras, canciones propias, versiones, arreglos. Toda su santa mierda. Otro don nadie asumiendo que nada de lo que haga trascenderá su propia existencia. Otro más. Abrí los ojos. Las lágrimas me distorsionaron la puerta y la plaza. Noté la sal en la pupila. Se me aceleró el corazón. Me limpié con la manga. Doblamos al salir. El coche fúnebre estaba aparcado en la esquina que daba

al callejón de la panadería. Un tipo alto en traje negro abrió el maletero y nos indicó con el índice.

—Con cuidado —dijo.

Alegrías se subió al maletero con una plasticidad sorprendente. Carles, Jesús y yo empujamos desde el otro extremo.

—Eso es, muy bien —dijo el alto, y cerró la puerta del maletero—. Nos vemos ahí arriba.

Correteó de puntillas hasta la puerta del conductor. Alegrías se sentó en el asiento del copiloto. Mi hermano resopló y escupió al suelo.

—Este se ha pensado que somos tontos —dijo.

Fuente Librilla. 6 tarde

Mi madre soltó un berrido cuando el albañil colocó el primer ladrillo en el hueco de la tumba de mi padre. Un aullido agudo que multiplicaba cada grito que me soltó en las siestas de agosto, todo cristo roncando y yo aún paseando los garbanzos en el caldo amarillento del potaje. Mi hermana la apretó contra su pecho. Le frotó la espalda con la otra mano. A mi madre las gafas de sol se le quedaron en una posición rara, a la altura de las cejas. Las lágrimas se le teñían de negro, encharcaban el valle de las ojeras y se escurrían mejillas abajo. Quedaban otros dos huecos sin nombre. Uno a cada lado, en la fila del suelo. Creo que la idea original era seguir el orden marido-mujer-primogénito, pero si a un vulgar hijo mediano se le ocurría alterar el orden natural de las cosas se le acogía sin miramientos. Y ya se iría viendo. Observé las caras de los relicarios. El abuelo Lorenzo, la abuela Isabel. Los bisabuelos con la gorra de marchantes. Todos en esas poses de principio de siglo, que parecía que un pastor alemán les estuviera mordiendo los tobillos. Mi hermano sujetaba la puerta, detrás del albañil. Seguramente muriera antes que Rosario. De alguna manera se notarían estos últimos años bajo el mismo techo que mis padres. Los tres. En el centro de la casa-tienda con la tele apagada, escuchando cómo las moscas se freían al acercarse al fluorescente violeta. La alarma del horno. Lo que quiero decir es que igual que un niño que crece rodeado de adultos pasa los últimos años de la infancia envuelto en un agobio triste, a un treintañero que ve cómo sus padres se van doblando le crujen las rodillas antes de tiempo. A la fuerza. Además, mi hermana optaría por la incineración y que la esturreasen por ahí. En algún cabezo en el que entendió algo. O dondequiera que sus hijos hagan el bachiller. Y si no, levantaría otro panteón. Familia Martínez-cómo-quiera-que-se-apellidase-Carles. Romeu, creo. Familia Martínez-Romeu. Yo me tendría que buscar la vida.

Mimadre consiguió ahogar los sollozos. El albañil completó la segunda fila de ladrillos. Noté una respiración fuerte en la nuca. Era Alegrías.

—Ha faltao ponerle la canción —dijo. Me giré y señaló las zapatillas negras del albañil, manchadas de cemento—. Le fuera gustao que pusiéramos la canción. La de Julio Iglesias.

—Error de cálculo —respondí.

—¿Cómo?

—Que no hay dónde ponerla.

—Eso en un teléfono o cualquier cosa se puede poner, nene.

—Os la podíais cantar —dije—. El Narcís y tú.

Se rio con la nariz. Noté el borde de la boina en el hombro. Se oyeron los maullidos de un par de gatos. Me puse a su lado y le palmeé el hombro. Iba en mangas de camisa. Yo tampoco tenía frío. Me separé del grupo. Doblé la esquina y subí por uno de los callejones de cemento marrón que atravesaban todo el cementerio. Me pregunté si los críos seguirían midiendo el valor en incursiones a aquel cuadrado irregular. Número de incursiones y tiempo de cada una. Saltar la tapia y volver con las mismas no demostraba nada. La media estaba en unos diez minutos. El Pakero subió una noche de Halloween dispuesto no solo a batir el récord de 11 minutos de un sobrino del Listo, sino a establecer una marca que se recordase cuando ya no quedara ni pueblo. Se pasó una semana pregonando. Cayó el sol y nos sentamos al borde del canal. El Pakero coló un pie en uno de los huecos de la puerta y saltó al otro lado. Alguien puso en marcha el cronómetro. 12 minutos. 35. Dos horas. «¿Pakero? ¿Estás bien? ¿Paco?». Cuatro horas. Algunos nos fuimos. Siete. La noche entera. Dicen que a media mañana subió su madre y salió del cementerio sujetando la oreja de un niño-récord. También dicen que birló en su casa un trankimazin. No salió a jugar el resto del verano. Le preguntábamos al abuelo en la puerta del Librillano. «Está manso», decía el viejo. Supuse que no lo terminaba de asumir, que la gloria a veces te pilla sin haberte duchado. Pero qué sabría yo de la gloria, Señor, si nunca llegué a los nueve minutos. Cerraba los ojos. Pegaba la espalda a la tapia. Pensaba en mi abuelo. En cuando me subía a uno de los bordes del canal y me extendía su mano de pino viejo desde el otro lado. Sus pañuelos

blancos. Y el miedo desaparecía, pero el tiempo se dilataba. Volvía yo al lado de los vivos con el pecho de tres palomos, preparando la mano para firmar gorras, y no había cantado ni un grillo.

Levanté el pasador de la cerradura del cementerio. La puerta gimió. Cerré. Los talones me ardían. Pegué los pies a las punteras de los zapatos. Por la carretera subían dos zagales en patinete. La cabeza les llegaba al manillar. Una madre los perseguía. Les decía que por allí bajaban coches muy rápido. Que se subiesen a la acera. Me saludó cuando nos cruzamos. No la reconocí. Pasaba a veces, en Navidad. Pasé la mano por los troncos de los cipreses que flanqueaban la tapia. Se oyó un cohete. Me vino a la cabeza la foto de mi padre. Los cuatro pelos achicando agua, dispuestos como si fueran 400. La sonrisa del que pilla el chiste pero no le hace gracia. Quizá ahora pudiera superar los nueve minutos.

Apreté el paso. Las nubes habían superado el pueblo y se deslizaban hacia la sierra de Carrascoy. Algunas estrellas asomaron. La luz amarillenta de la torre de la iglesia ninguneaba a las decenas de espirales rojas y verdes que se contoneaban en las barandillas de los balcones. Gracias a Dios, los Papás Noel solo se intuían. Un tipo con gorra y sudadera rojas salió de una de las casas siamesas de Sixto y cargó una pila de cajas de cartón en una Sprinter blanca. Me pegué al muro. El gorras se frotó las manos y volvió a la casa. Me asomé por un ojo de buey. Habían vaciado la piscina. Los huecos blancos de la pared ocupaban más espacio que las marquesinas azules. El césped seguía seco. El de la gorra salió cargando una cómoda. Los cajones se abrieron a pocos metros de la furgoneta. Me acerqué y cogí del otro lado. Avancé de espaldas y me subí al vehículo. Él empujó. Salté afuera.

—Gracias, amigo —dijo.

—¿Es que se mudan?

—Venden. Las dos —movió el índice de una a otra. Se me acercó y bajó la voz—. El padre ha cascao.

—Ya —dije—. Soy amigo de la familia.

Ni siquiera pensé en preguntarle por la causa de la muerte. No soportaba más versiones. Al hecho de que el Millonario se largó se sumaba otro: el

Millonario estaba muerto. Levantó las cejas y me miró de reojo. Se oyó una voz femenina. Venía de una de las casas.

—Es la Mari Carmen. Vente y la saludas.

Fuente Librilla. 6 tarde

Atravesamos 25 salones y dos pasillos en ángulo recto. De la habitación del fondo salían una luz y una voz. El suelo era tan bueno, tan sagrado, que no se me oían los zapatos. Mari Carmen estaba de puntillas sobre una colcha verde. Sacaba de un altillo un lienzo bocabajo. Se ve que los ricos a veces tampoco saben dónde pijo se esconde la escalera. A los pies de la cama, unas zapatillas blancas sin desatar, con una corona de laureles en el lateral.

—A ver —dijo cuando se dio cuenta de que el de la gorra estaba allí. Esa es otra de ricos, creo: rara vez usan el imperativo para dar una orden. Tenía el pelo negro. Liso, a dos dedos del hombro, de presentadora de telediario. El de la gorra se acercó por el otro lado y tiró del lienzo. Ella resopló—, ahora, ahora.

Una foto familiar ocupaba el hueco entre el techo y el cabecero de madera negra. Se veía a un grupo de zagales. Cabezones y boquiabiertos, gorras, calcetines blancos y brazos muertos, noventeros en un monte. Tras una valla de ladrillo asomaban los cuernos de varios ciervos. Pensé que podría ser Cazorla. Cazorla o Sierra Leona. Mari Carmen se frotó las manos y saltó de la cama.

—¿Y tú? —me dijo, apuntándome con la barbilla.

—Amigo de la familia…

Asintió, como preguntándose de qué familia.

—… de tu hermano, y eso.

Volvió a asentir. El de la gorra cargó el lienzo. Una reproducción del cuadro ese de los relojes de Dalí. Los ricos también se remojan en los tópicos. Lo seguí por el pasillo. Oí los pasos de ella a mi espalda.

—Pues no viene mucho, mi hermano —dijo. Me giré y me indicó con la cabeza que la siguiera por la puerta a la derecha. 26 salones. Encendió la luz.

—¿Ayudo a algo?

—¿Y tú de quién eres?

—¿Yo?

—Lo preguntáis siempre aquí, ¿no? Me lo decía mi madre.

Hablaba raro, como si no le hubiera quitado el plástico al castellano y se le empalagase. Una de las bombillas parpadeó. Estaban envueltas en una lámpara de unos cuatro palmos. Una estructura de hierros dorados de la que colgaban flecos de pedrería. Una mesa de cien metros con dos candelabros y un jarrón con piñas secas. Dos sofás en ángulo recto, el mueble de una tele lleno de cabezas de cable. Al otro lado, una estantería. Libros ordenados. Lomos buenos, para construir barcos. Se acercó a la ventana que había entre uno de los laterales de un sofá y el mueble sin tele. Descorrió la cortina y giró la manija para inclinar el cristal unos 30 grados. De las paredes solo colgaba una cabeza de jabalí. El resto estaba jalonado de agujeros y ronchas peladas.

—De Matías Ropasuelta y Adela, los del supermercado.

—¿Qué? —dijo, volviendo al centro del salón.

—Mis padres.

—Ah, ni idea.

—¿Lo cazó tu padre? —dije, señalando el jabalí.

—Ese sí. Hace tiempo.

Tiró de la esquina de una de las cubiertas del sofá. Una especie de jarapa roja, amarilla y blanca.

—¿Coges?

Levanté el otro lado y junté las costuras. Se oyó un golpe seco. El de la gorra se cagó en Dios. Nos acercamos y unimos las puntas. Agarré de la parte que quedó colgando.

—Es raro —dije—. Llegué hace dos semanas al pueblo y decían que tu padre iba a volver…

—Vuel-ve, a casa vuel-ve, por Navidad… —canturreó.

—… y lo siguiente que sé es que ha muerto.

—Sí, fue rápido. Bueno —ladeó la cabeza—, fue lento y luego rápido.

—Mi padre también ha muerto.

—Lo siento. El… ¿cómo era?

—Matías Martínez. Le decían Ropasuelta.

—Ni idea.

El de la gorra se volvió a cagar en Dios. Mari Carmen recogió mi mitad y la dobló una última vez sobre la estructura del sofá. Se pasaba constantemente el pelo por detrás de la oreja. Lo llevaba demasiado corto para que aguantase allí. Supuse que tendría una casa en Murcia. Una o 25. Vendría de vez en cuando. Viviría en California. Puente aéreo Los Ángeles–Alicante. Una palabra en inglés cada tres o cuatro. Al revés, allí. Menudas chapas. El de la gorra se cagó en la puta. Volví los ojos a la cabeza del jabalí. ¿Y el hermano? Seguro que había reventado seis coches. Llevaría perilla. Tendría una novia, también rica, que arrastraría los pies al caminar y le preguntaría por qué no podía tener un poco más de conocimiento. O quizá hubiera pasado ya esa etapa y fuera un empresario al que casi nadie confundiese con su padre. Un empresario que dijese que invertía en tecnología y luego tuviese una empresa de impresoras. Un De la Cierva en la segunda década del siglo XXI. La cabeza de jabalí estaba cubierta de una capa de polvo amarillento. Lo que costaría limpiar eso. Me subió un rampazo de calor por el pecho. Noté el sudor en la nuca. Se oyó un estruendo en una de las cocinas. Un armario o algo.

—Voy a ayudarlo —dije, y señalé el pasillo.

Mari Carmen levantó la cabeza como si se hubiera olvidado de mí. También me sudaban los muslos. Giré en la L. Pasé la mano por la pared rugosa. Ese jaspeado, el señor feudal de los gotelés, que aporta estatus y capacidad de desprecio. Por la puerta todavía entraba algo de luz. Apostados a los lados, junto al mueble de las llaves y las fotos familiares, se levantaban dos pilas de *El Mundo*. Observé la portada de uno de ellos. Rafa Nadal, bandana y camiseta verde de tirantes. Pantalón pirata blanco, el muslo marrón. Puño al aire y cara de tigre. «Rafael I, rey de la tierra», decía el titular. En el centro del mueble, tres portafotos formaban un triángulo. En el que quedaba más cerca de la pared salían don Sixto, la mujer y los zagales. Una mesa navideña, se diría. Trajes y vestidos. Quién se pone traje para cenar en su propia casa. Sonreían. Don Sixto miraba como los que saben

convertir las causalidades en dinero. Un buen bigote. Me mesé el mío, tísico en comparación. En la otra foto, Sixto hijo. De graduación. No identifiqué la universidad. Me acerqué para leer la insignia de la beca azul celeste. Nada. Se le veía contento, más o menos. Tenía más nariz de lo que recordaba. El tercer portafotos, pegado a la pared, no tenía foto. El dibujo del propio forro: un lobo. Y debajo, en letras cuadradas, «Maisons du monde». Y debajo, las medidas: 25x30. Me pregunté si quitaron una foto. Si nunca la llegaron a poner. Si vieron que quedaba mejor el lobo. Si dudaron. Qué tristeza de gente.

Oí los pasos del de la gorra. Volvía al trote. Subió los escalones de un salto. Nos saludamos con la barbilla. Atravesé el pasillo y salí de allí. Miré hacia arriba. Nada. Un camión bajando la cuesta, a lo lejos. La Torera decía que cuando un viejo de por aquí se iba, no se iba solo. Me pregunté a cuántos viejos se lleva un viejo cuando se va. De qué dependería. Seguí caminando.

Fuente Librilla. 6 tarde

La tierra estaba húmeda. En ese punto en que se acumula en los laterales de las botas y sale despedida en filamentos cuando se le pega limpio a la pelota. Esponjosa. Caminé por el palmo que separaba la banda de la pared del bancal. Llegué hasta medio campo. Se oyó un trueno. A medio metro de la línea quedaba un cono roto. Del partido, supuse. Le metí una patada y lo mandé a los hierbajos. Sentí un pinchazo en los cuádriceps. Avancé en diagonal. Me costaba levantar los zapatos. Qué pesarían, 200 kilos. Observé la punta redonda. Las costuras. Las cordoneras nuevas. Mi hermano los habría elegido también si viviera en una ciudad. Si se le pasase por la cabeza que uno puede elegir un modelo de zapatos. Pasé la frontal del área. Unos pasos atrás. Hacia la derecha, también en diagonal. Por allí fue. No, más atrás. Otro par de pasos. Andrés mandaba a uno al primer palo. El Pakero se quedaba en el punto de penalti y atacaba el segundo. Sacaba Miguel Ángel, uno del Pinar. A mí me decía que me quedase en la frontal. «Conforme te llegue, le pegas. Acabamos siempre jugada», decía, y giraba el cuello desde la pizarra. Cuando no había pizarra se frotaba las manos. La pelota nunca llegaba a la frontal. La mayoría de veces el del Pinar se quedaba corto. Otras, la mandaba al lateral de la red. Cuando alcanzaba, la pillaba el portero. A veces llegaba al segundo palo y el Pakero le daba con la coronilla, como el gran tonto que siempre ha sido. A veces con la nuca. Pero aquel día salió rebotada. El del Pinar la metió con rosca y el portero despejó de puños. Tres botes y a la frontal. Yo ni la esperaba. Se me había olvidado. Agradecía la fe de Andresín en mi tiro, pero a esa edad las certezas te duran poco. Troté. Llegué antes que los medios de Albudeite. «Claaaaro — oí a Andrés desde la banda—, si es que ahí tenías que estar tú, Ropasuelta». Y llegué y le pegué. Un poco para que no me dijera nada. Yo lo que quería era que no me calentasen mucho la cabeza. Y le pegué y sonó como cuando se ve el fútbol

por la tele, y la pelota soltó un puñado de tormos y filamentos de tierra y subió y subió girando sobre sí misma, primero en dirección a la casa del Millonario y luego, conforme bajaba, directa a la escuadra. El portero no se movió. La pelota dejó de girar al tocar la red, que se estiró un par de palmos. Luego se deslizó y botó. El portero se dejó caer hacia atrás. Metió los dedos enguantados entre las redes. Llevaba el pelo largo y mojado. A lo Víctor Valdés joven. Noté brazos alrededor. Recreé la jugada. Pensé que la pelota había tocado en alguien. En el muslo de algún defensa. Algún pobre desgraciado de Albudeite. Pero no. Limpio. Todo limpio y hermoso. Bajé el pie. Volví a notar el roce de los zapatos en los talones. Era de noche.

Fuente Librilla. 7 mañana

Tiré del asa desplegable y me la quedé en la mano. Sujeté la maleta con la otra mano. Coloqué los tubos metálicos en sus huecos y empujé desde el trozo que los unía. Nada. Probé con la rodilla. Entraron a la tercera. Noté la nuca húmeda. El asa se plegaba hasta la mitad. Mierda. Me la colgué al hombro. Puse la mano en el quicio para evitar el golpe de la puerta de mi habitación al cerrar. Bajé las escaleras de puntillas. Dejé la maleta en el escalón donde se sentaba mi padre. Me saqué el móvil del bolsillo trasero y apunté al suelo para ver el tramo que bajaba hasta el sótano. Bajé de lado. No sé por qué. Supongo que por si venía alguien de arriba. Que quién iba a venir a las 7. El canto de un gallo se coló por la rejilla de ventilación. Seguí bajando. Deslicé la otra mano por la barandilla de mármol. Pensé que solo con ese trozo daba para construir otro panteón familiar y acomodar a los Martínez que quedábamos bailando. Llegué al sótano. Me subí la cremallera de la cazadora. Una de las lamas de la reja de ventilación se tambaleaba y silbaba con el paso del aire. No se veía un pijo. Desbloqueé la pantalla del móvil y subí el brillo de la pantalla a tope. Alumbré el fondo. Ahora. Lo apoyé entre dos de los listones horizontales de las estanterías. Abrí una de las cajas de la sección «Ocio». Gafas de plástico con forma de estrella. No más Elton Johns. Pulseras de perlas más blandas que un dátil maduro. Seguí escarbando. Un lápiz con un Snoopy de plástico en un extremo. Una peineta roja de L'Oréal. Metí la mano al fondo. Saqué un banderín azul con flecos blancos. Arriba escrito, FIFA France 98. Y el gallo, con la pelota, mascota de aquel mundial. Debajo, en filas de cinco, la plantilla de Francia. Distinguí a Zidane. Con más pelo del que recordaba. Barthez. Thuram y Desailly. Menudo tanque, Desailly. Pirés con cara de haberse hincado cien quintos la noche anterior, el único tipo al que la perilla le queda casi bien. Henry. Deschamps. El fondo recogía los tres colores de la

bandera gabacha. Tiré del hilo atado a las dos esquinas superiores. Bailó en la oscuridad. Lo devolví a la caja y abrí la de al lado. Una gorra del parque acuático de Vera. Un playmobil sin cabellera. Dos pares de gafas de culo de vaso. Un matasuegras. Farfulla. Volví a sacar el banderín de Francia. ¿Le haría gracia? Lo sujeté y estiré el brazo. Pensé en sus pendientes. Volví a pensar en eso de que cuando pasas demasiado tiempo solo no sabes si las bromas son privadas o simplemente no tienen gracia. Bueno, valdría. Coloqué la tapa de la caja. De vuelta a la escalera vi de reojo algo raro. Apunté con el móvil. Ahí estaba: el asador, en el trozo que quedaba entre la estantería y los percheros. Sus seis barras horizontales, el piloto rojo reventado, las rejillas, el cristal con la pegatina de la garantía. Me acerqué. Abrí la puerta y pasé el dedo por una de las barras horizontales. Me sorprendió no tropezar con ningún pellejo, ningún amasijo de grasa quemada. Lo olí. Oler sí olía. La virgen. Bajé el brillo de la pantalla y subí los dos tramos de escalones. Abrí la maleta y metí la mano hasta el fondo. Saqué la libreta y un boli. Arranqué una hoja. Me senté en el escalón. Me coloqué la maleta sobre las rodillas. Me raspé la punta del boli en la palma de la mano. Acabó pintando. «He visto que hacía juego con tus pendientes afrancesados y, bueno, aquí te lo dejo. Ojalá nos crucemos en un sitio con sofás decentes», escribí. Lo taché. Lo volví a tachar en varias direcciones. «Nos vemos por ahí, afrancesada». Y mi nombre debajo. No era ninguna maravilla, pero valdría. Doblé el banderín por la mitad y metí dentro la hoja. Me colgué la maleta al hombro.

Bajé los escalones de la entrada. Olía a lluvia. Crucé la carretera en dos zancadas. El corazón se me había acelerado. Levanté la tapa del buzón de los Vinateros. Saqué la hoja. La volví a leer. La estrujé y la convertí en una bola. Metí el banderín y solté el cierre. Tiré la bola de papel al corral del Etarra. Aún no se oía el motor del tractor. Crucé al otro lado por el callejón de la Salera. Se oyó un pitido de furgoneta a lo lejos. Los pies me iban rápido. Mi padre tenía razón. En algún momento tendría que tirar las zapatillas. Mandarlas a ca Nicolás, habría dicho él. Nunca me contó quién era Nicolás. Volví a notar las agujetas al subir unos metros de cuesta. Sonaron las campanas de la iglesia. Las siete y cuarto. Observé la plaza. El murete. Las

plantas regadas con los meados de la Cándida. Al otro lado de la acera, las pintadas de «Tonto el k lo lea», «La Loren la chupa», «Kinta 89». Me pregunté cómo sería ver aquellas calles por primera vez. Sin los recuerdos. Mirar por el barranco de Gebas y no pensar en que allí se mató Angelillo con el coche. Ver un mirador. Cómo serían aquellas aceras si les quedasen unos cuantos metros en los que vivir algo. Algo más. Llegué a la esquina del banco. Aún no había amanecido, pero el blanco de los picos de la sierra ya se notaba. Oí un motor. Giré el cuello. Vi el autobús. No habían dado las siete y media.

Agradecimientos

Gracias a Muriel, Mena, Mateo, María y Pichón, que acompañaron, leyeron, animaron, criticaron y mantuvieron la cerveza fresquísima. Gracias a mi madre, que me cuenta mucho, y a mi tío Juan por explicarme cómo se hace una morcilla. Gracias a María Campos por responderme los wasaps casi todo el rato y darle a las cosas su dimensión exacta. Gracias a Asier por hablarme de Osasuna y recordarme así que hay gente que está peor que yo. Gracias a Laura Sandoval y a toda la hoja de lata por su entusiasmo y finura. Y gracias a Kiko Amat, que atracó la diligencia de camino a la imprenta y disparó 1280 verdades.

Son los mejores.



Terminóse
de imprimir esta edición
de *Ropasuelta* en los
talleres de Imprenta Kadmos
el 7 de octubre del 2024, día de
la Virgen del Rosario, patrona de
Fuente Librilla. Por ahí asoma
Santini, hincándose un golpe de
anís en el puesto del Salero y
echándose unos bailes en
la puerta Iglesia.